
MI
ODIOSO
adorable
VECINO
ANDREA ADRICH

MI ~~ODIOSO~~ *adorable* VECINO

ANDREA ADRICH

Copyright © Edición original 2025 por Andrea Adrich

Todos los derechos están reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Esta es una novela ficticia en su totalidad. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Primera edición: febrero 2025
Título: Mi odioso (adorable) vecino.
Número de Registro en SafeCreative: 2502020782877

Puedes seguir a la autora a través de Facebook y ahora también en Instagram (andreaadrich_), y así conocer todas sus novedades y sus próximas publicaciones.

GRACIAS POR COMPRAR ESTE EBOOK

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULOS EXTRA
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
EPÍLOGO

OTROS LIBROS DE LA AUTORA:

Hermanos Montenegro:
Donde vuelan las mariposas.
En el otro lado del corazón
Mi sabor preferido eres tú

Vendetta

Trilogía Señor Baker:
La proposición del señor Baker
La petición del señor Baker
La decisión del señor Baker

Algo increíble

Un trocito de cielo para Nathan Littman:
El infierno de Nathan
El cielo de Nathan

Bilogía señor Brooks:
Los pecados de Olivier
La absolución de Olivier

Khalil, el hijo del desierto.

Los Maestros del Placer:
Érase una vez… el placer
Érase una vez… el amor

Serie Cicatrices:
Un corazón para Bruce Sanders
El retorno de Logan Mont Blanc
La bestia de las Highlands

Algo más que magia

Los Borkan:
KADEN: Amor por contrato
KILLIAN: Desde siempre
KAIROS: Y apareciste tú

Prohibido Enamorarse

Al mejor Postor

Serie Los Alfa de Chicago
SAMUEL, el Arrogante
ASHER, el Poderoso

Mi odioso (adorable) vecino

NOTA DE LA AUTORA:

Esta novela está enmarcada en un contexto de comedia para arrancarte una sonrisa y también algunas risas. Es una historia fresca, divertida y ligera, en el edificio más delirante de todo Chicago. Tiene humor, amor y buen rollo, aunque también un punto de dramatismo, y no hay más pretensión que hacer que disfrutes con ella. Sin más, te dejo con **April, Jamie** y **Paradise Hill.**

Aprovecho para decirte que mi Facebook está ya lleno y no puedo admitir más amistades, pero estaré encantada de tenerte en mi **Instagram (andreaadrich_)**, en el cual siempre serás bienvenida. En él encontrarás novedades, próximas fechas de publicación, imágenes de los personajes, ilustraciones y mucho más. ¡Te espero!

CAPÍTULO 1

La caja de cartón estaba ganando.

April Carter se detuvo frente a su nuevo edificio, el Paradise Hill (una coqueta construcción en tono salmón, de varias plantas), enfrascada en una épica batalla contra el peso que soportaba en los brazos, mientras la abarrotada caja de cartón amenazaba con esparcir su contenido por toda la acera.

Sus brazos temblaban por la tensión del esfuerzo, y en algún lugar cerca de sus pies, su Yorkshire Terrier, Luna, parecía empeñada en hacerla tropezar, ladrando entusiasmada a cada coche que pasaba a su lado.

—Luna, por favor —suplicó April, tratando de asomarse por encima de la caja para localizar a su revoltosa compañera—. Dame cinco minutos de tranquilidad. Eso es todo lo que te pido. Solo cinco minutos.

Luna respondió envolviendo su correa alrededor de los tobillos de April.

—Perfecto. Simplemente perfecto —musitó ella, poniendo los ojos en blanco.

El sol de principios de agosto caía implacable sobre la espalda de April, mientras intentaba desenredarse sin dejar caer la caja, o terminar besando el pavimento.

Resopló.

Definitivamente no era así como había imaginado que sería su

primer día en su nuevo hogar.

No, no era así.

Ni mucho menos.

En sus fantasías, se veía a sí misma cargando con gracia sus pertenencias hasta su piso, tal vez incluso con la ayuda de uno o dos vecinos guapos, como ocurría en las comedias románticas. Dos tipos musculosos, rabiosamente atractivos y encantadores, que se ofrecían a transportar las cajas pesadas por ella, mientras reían e intercambiaban bromas.

En lugar de eso, se encontraba atrapada en un peligroso juego con una Yorkie hiperactiva, y había que añadir que estaba perdiendo estrepitosamente. Igual que contra la puñetera caja.

—Sarah, te debo una por esto —murmuró, pensando en su mejor amiga, que le había ofrecido generosamente su apartamento cuando a April le habían dado la noticia de que la trasladaban a trabajar a Chicago.

Sarah había tenido que mudarse a Detroit algunas semanas atrás por el mismo motivo.

El piso era precioso (April lo había visto en fotos). Un lugar coqueto de dos habitaciones decorado con mucho estilo. Pero en ese momento, lo único en lo que podía concentrarse era en la difícil tarea de que ella, Luna y aproximadamente cincuenta cajas, llegaran al cuarto piso de aquel bloque sin sufrir ningún percance.

Con cuidadosas maniobras que habrían impresionado a un contorsionista, todo hay que decirlo, April movió los pies y logró liberarse de la correa de Luna.

—¡Ja! ¡Victoria! —exclamó.

Quizá celebró su triunfo demasiado alto, lo que provocó que una anciana que pasaba por allí le dirigiera una mirada de extrañeza.

April sintió que sus mejillas se sonrojaban ligeramente.

Genial. Llevaba quince minutos en el barrio y ya se estaba coronando como una loca.

No se dio cuenta de que Luna estaba tramando algo. No una gran trama para dominar el mundo, claro está, pero si un plan de los suyos, porque Luna era muy de hacer travesuras.

Cuando April echó a andar, notó cómo la correa se tensaba alrededor de sus tobillos. En cuestión de segundos, se encontró tambaleándose hacia atrás.

—¡No, no, no! —gritó con un deje de desesperación en la voz.

Trastabilló hacia atrás y sus brazos se tensaron cuando la caja comenzó a ceder en sus manos. Hizo unas cuantas piruetas sin gracia, tratando de mantener el equilibrio. Hacia un lado y hacia otro. Entre tanta cabriola solo era consciente de que Luna estaba ladrando con entusiasmo (como una posesa, más bien) a algo o a alguien que había detrás de ella. ¿Qué demonios le pasaba?

El sonido de la puerta de un coche cerrándose se registró vagamente en su mente.

Entonces el tiempo pareció ralentizarse, como si todo fuera a cámara lenta, cuando la caja finalmente ganó la batalla.

April observó con horror y estupefacción cómo se le escapaba de las manos, formando un arco en el aire como una pelota de fútbol lanzada de manera patosa.

Trató de alcanzarla, agitando los brazos sin parar, deseando impedir el desastre, pero falló y luego...

Chocó.

El sonido del cartón golpeándose con el metal continuó con un sonido peor, el ruido sordo de algo más duro, y después con un sonido aún peor: cristal rompiéndose.

«¡Mierda!», pensó.

April cerró los ojos con fuerza, respiró hondo y se dio la vuelta

lentamente. Cuando los abrió de nuevo, se encontró ante ella un elegante e impresionante Porche negro.

La caja con algunas de sus pertenencias estaba sobre el capó, y justo en el centro del parabrisas había una espectacular telaraña de grietas de color blanco, donde el preciado jarrón de bronce que le había regalado su tía abuela Matilda había hecho su última parada.

—Oh, Dios mío —masculló—. No, no, no —gimoteó.

—Pero ¿qué cojones…?

La voz que escuchó a su lado era masculina, profunda y mostraba un matiz de absoluta furia.

April se giró para mirar al dueño del coche y sintió que su corazón daba un vuelco, aunque no sabía si por miedo o por algo completamente distinto.

El chico que caminaba hacia ella era alto, de impresionantes ojos verdes, con el pelo oscuro peinado de forma informal y las puntas disparadas, y un rostro muy atractivo (muy muy muy atractivo), pese a que en aquel momento estaba contraído por algo que podía ser rabia o irritación, o ambas cosas.

Llevaba una bata médica encima de una camiseta de manga corta de color azul turquesa y unos vaqueros, y la forma en que se movía le recordó a un depredador acercándose a su presa. Ella era la presa, por supuesto.

—Lo siento mucho —comenzó a decir April de manera atropellada. Levantó las manos en lo que esperaba que fuera un gesto apaciguador—. Ha sido un accidente. La caja era pesada y Luna enredó mis pies con su correa y...

—¿Y pensaste que mi coche sería una buena pista de aterrizaje para tu caja? —El chico la interrumpió de malas maneras y pasó a su lado para inspeccionar los daños.

Apretó la mandíbula mientras contemplaba el parabrisas agrietado. La telaraña iba de lado a lado.

—¡Joder! —masculló entre dientes.

Acababa de comprarse el coche. Lo había sacado del concesionario aquel mismo día. Lo estaba estrenando. Le hirvió la sangre.

—¿Tienes idea de cuánto va a costar arreglar esto? —le reprochó a April.

—Lo pagaré, por supuesto —dijo ella rápidamente—. No te preocupes. Tengo un seguro de responsabilidad civil que se hará cargo de todo.

—¿Que no me preocupe? —repitió el chico en tono de burla. Se rio, pero no había ni rastro de humor en él—. Genial. Voy a tener que pasarme el fin de semana rellenando papeles y tratando de encontrar tiempo para llevar el coche al taller. Es fantástico. Sí, fantástico. No se me habría ocurrido un plan mejor.

Algo en su tono de voz y en su semblante hizo que la cordialidad que había utilizado April para disculparse comenzara a disiparse. Frunció el ceño.

—Mira, he dicho que lo sentía. —Agarró el jarrón de su tía abuela Matilda que había golpeado la luna y lo dejó en otra de las cajas que tenía a sus pies—. Estas cosas pasan todos los días.

—¿Que pasan todos los días? —repitió el chico, indignado, sin dejar de observar el destrozo de su coche.

—Sí, claro.

—¿En qué jodido mundo vives tú para creer que es normal lo que acaba de pasar?

April terminó de perder la paciencia.

—Vale, no hay necesidad de ser un…

—¿Un qué? —la cortó de nuevo él. Se volvió hacia ella con una ceja levantada y expresión expectante—. Por favor, ilumíname. Puso los brazos en jarra—. ¿Qué estoy siendo exactamente?

April contrajo las mandíbulas. ¿Qué se había pensado aquel tipo? Entendía que estuviera enfadado, pero se estaba pasando de la raya.

Alzó ligeramente la barbilla.

—Un idiota —dijo finalmente sin cortarse un pelo, mirándolo directamente a los ojos—. Ha sido un accidente y ya te he dicho que tengo un seguro de responsabilidad civil que se encargará de pagarte un parabrisas nuevo. Pero estás actuando como si hubiera cometido un delito grave, como si no tuviera solución, o como si te hubiera atropellado y te hubiera pasado siete veces el coche por encima.

El chico resopló.

—He sacado el coche del concesionario esta mañana —aseveró.

—Vaya… —susurró April.

El chico abrió la boca para responder a aquel «vaya», pero antes de que pudiera hacerlo, Luna se lanzó hacia él, meneando la cola furiosamente mientras trataba de escalar por sus piernas.

April tiró de la correa, sin embargo la Yorkshire estaba decidida a hacer un nuevo amigo.

—¡Luna, no! ¡Ven aquí! —dijo April.

Para su sorpresa (y también fastidio) la expresión del chico se suavizó mientras miraba a Luna.

Se agachó, olvidando temporalmente su enfado y el destrozo del parabrisas de su coche, y con la mano acarició a Luna detrás de las orejas.

—Hola, pequeña. ¿Cómo estás? —Sonrió.

Luna respondió tratando de lamerle la cara. Él rio, en aquel momento, de modo sincero.

Abril miraba la escena atónita.

—Por lo general no es tan amigable con los extraños —comentó,

incapaz de evitar la irritación de su voz.

No le hacía ninguna gracia que a su mascota le cayera bien aquel tipo. Aunque decir que le caía bien era quedarse corto, parecía amor a primera vista.

«Traidora», pensó, mirando a su perrita.

¿Cómo podía mostrarse tan alegre y afectuosa con él después del pollo que le estaba montando? Le tendrían que estar escuchando en la otra punta de la ciudad.

—Los perros son excelentes para evaluar el carácter de una persona —respondió el chico, sin levantar la vista de la Yorkshire, a la que no dejaba de hacer carantoñas.

Su tono sugería que tal vez la dueña de Luna podría aprender algo de su mascota. Pero ¿cómo iba ella a mostrarse amigable con aquel tipo después de cómo se había puesto?

April sintió que se le encendía la sangre. Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Sí, bueno…, Luna también intenta comerse su propia cola y le ladra a su reflejo —se apresuró a decir—. Así que tal vez no deberíamos confiar demasiado en su juicio.

El chico se puso de pie y April volvió a sorprenderse de lo alto que era.

Y de lo guapo.

Y de lo bueno que estaba.

Y de los preciosos ojos verdes que tenía.

Y de que su pelo era digno de un anuncio de champú.

¡Joder!

—Mire, señorita... —comenzó él.

—Carter. April Carter.

—Señorita Carter, tengo pacientes esperándome, así que manejaremos esto de manera rápida y eficiente, si le parece bien. —La miró de reojo.

«Ya está ahí de nuevo esa nota de sarcasmo que tanto me repatea —pensó April—. Qué tío más odioso».

El chico siguió hablando, ajeno a los pensamientos que cruzaban la cabeza de April.

—Soy el doctor Mitchell —se presentó—. Trabajo en la clínica veterinaria que hay a tres manzanas de aquí. Puede llevar toda la documentación necesaria de su seguro allí más tarde, y hoy mismo la enviaré a mi taller para solucionar esto.

Se abrió la bata y sacó de un pequeño bolsillo interior una tarjeta de presentación en tonos azules y blancos. Se la ofreció.

April estiró la mano y la tomó, observando que los dedos del chico eran largos y elegantes, a pesar de las débiles marcas que los surcaban de un lado a otro.

Eran las manos de un cirujano, pensó April.

Bajó la vista hasta la tarjeta y la leyó.

—Así que eres veterinario —comentó.

—Sí, de ahí la bata —respondió el chico lentamente, como si le explicara algo a un niño pequeño—. Normalmente prefiero que mis pacientes tengan cuatro patas y pelo. Por lo general son mejores que los humanos.

April no podía decir que no le entendiera. Muchas veces los animales eran mejores que las personas.

Su respuesta fue interrumpida por la llegada del portero del edificio, que se dirigía hacia ellos con expresión preocupada.

—¡Doctor Mitchell! ¿Está todo bien? Escuché un golpe —dijo.

El hombre, de unos sesenta años, era bajito y de constitución fuerte, con una prominente barriga que rebotaba ligeramente a cada

paso que daba.

—Todo está bien, George —respondió el doctor Mitchell, aunque su tono sugería lo contrario. Miró a April—. Acabo de conocer a uno de nuestros nuevos vecinos.

El corazón de April se hundió en el fondo del pecho. ¿Había escuchado bien? ¿Había dicho «nuevos vecinos»? ¿Aquel tipo que le había montado un pollo de tres pares de narices vivía en el mismo bloque que ella?

—¿Nuevos... vecinos? —musitó.

No podía ser.

George extendió una sonrisa de oreja a oreja en sus pálidos labios. Su rostro mostraba una expresión risueña.

—¡Oh, usted debe ser la señorita Carter! —dijo alegremente el hombre—. Se muda al 4ºB, ¿verdad? —No le dejó responder—. El doctor Mitchell está justo al lado, en el 4ºA.

¡¿Qué?! ¡¿Cómo?!

¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué?!

April decidió en aquel momento que el universo tenía un sentido del humor verdaderamente retorcido.

El doctor Mitchell consultó la hora en su reloj de pulsera.

—Bueno, ha sido un placer conocerla —dijo con visible mordacidad—, pero tengo mucho trabajo que hacer. George, ¿podría ayudar a la señorita Carter con sus cajas? No queremos sufrir más accidentes. —Lanzó a April una mirada con los ojos entornados—. La espero en la clínica antes de que cierre. Es más fácil que me pille allí que en casa, aunque seamos vecinos. Y no olvide llevar toda la documentación de su seguro.

Dicho esto, se subió al coche y se alejó, dejando a April mirándolo con incredulidad. Todavía no podía creer que aquel tío fuera su vecino, y por si no fuera suficiente, vecinos pared con pared.

Luna se quejó ante su partida, tirando de su correa.

—No se preocupe —dijo amablemente George, que ya se había agachado para recoger una de las cajas.

—Por favor, tutéame —le pidió April.

—Perfecto —contestó él, y continuó hablando—. El doctor Mitchell es muy amable una vez que lo conoces. Trata a todas las mascotas del edificio, ¿sabes? Hizo un trabajo maravilloso con el gato de la señora Henderson el mes pasado, cuando se comió una de sus plantas de interior, incluida la tierra de la maceta.

—Genial —murmuró April con la boca pequeña, observando cómo el impresionante Porche negro del doctor Mitchell se alejaba calle arriba, con el parabrisas convertido en una telaraña de cristal roto—. Simplemente genial.

Dejó escapar un suspiro.

CAPÍTULO 2

Más tarde, después de que George la ayudara a trasladar la mayoría de sus cajas a su piso (bendito fuera aquel hombre), April se encontraba en su nueva casa, rodeada de cartón y caos, y sin saber por dónde empezar a organizar aquel lío.

Luna finalmente se había agotado y estaba acurrucada en el sofá, roncando suavemente.

A través de la pared, April pudo oír movimiento en el apartamento 4ºA.

El sonido de la música clásica llegaba débilmente, y tuvo que resistir el impulso de golpear la pared con el puño para decirle a su querido vecino que la bajara.

Respiró hondo.

—Cálmate, April—. Todo está bien —se dijo a sí misma, sacando su teléfono para enviarle un mensaje a Sarah—. Es un edificio grande. Probablemente ni siquiera lo vea mucho. Él por su camino y yo por el mío.

Buscó las conversaciones de WhatsApp que mantenía con su amiga y empezó a teclear en la pantalla táctil.

No vas a creer lo que ha pasado, escribió. *¿Te acuerdas de que me dijiste que tu vecino era muy amable?*

La respuesta de Sarah no se hizo esperar.

¡Oh, sí! Jamie es genial, ¿verdad? Es tan mono.

April miró el teléfono con horror.

Jamie.

Ah, el doctor Jamie Mitchell.

Por supuesto, Sarah lo llamaría por su nombre de pila.

Acabo de joder la luna de su flamante coche nuevo, respondió April. *¿Mono? Es un imbécil prepotente. Ah, pero resulta que Luna lo AMA. Sí, así, en letras mayúsculas. Parece que se ha enamorado de él.*

Prácticamente podía oír las carcajadas de Sarah a través de la serie de emoticonos de llanto y risa que envió como respuesta y que llenaron la pantalla.

Solo tú, April Carter, solo tú podrías mudarte a un edificio nuevo, e inmediatamente ponerte en guerra con el vecino macizo de al lado. Por cierto, entiendo a Luna. Claro que la entiendo.

April hizo una mueca con la boca al comentario de su amiga.

Seguidamente giró la cabeza y volvió a mirar hacia la pared, donde el sonido de Bach (o tal vez Beethoven, nunca había sido buena con la música clásica) seguía filtrándose y llenando su salón.

Podía ser que su nuevo vecino fuera atractivo (asquerosamente

atractivo), pero también era odioso.

Y lo peor de todo era que ella estaba atrapada viviendo al lado de él, pared con pared, nada más y nada menos, y sería así en su futuro más inmediato.

Guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y tomó otra bocanada de aire.

—Todo está bien —se repitió, y en aquella ocasión lo hizo con más firmeza. Alzó los hombros—. Simplemente lo evitaré. No puede ser difícil, ¿no? —se preguntó de forma resolutiva.

Luna resopló con satisfacción en sueños, moviendo ligeramente la cola, como si estuviera teniendo un sueño placentero. Probablemente sobre su nuevo mejor amigo, pensó April con amargura.

Abrió la caja que estaba situada más cerca de ella y comenzó a sacar su contenido, y lo hizo quizás con más energía de la necesaria. Mientras, se hizo una promesa solemne a sí misma: pagaría la luna del coche del doctor Jamie Mitchell, se mantendría educadamente distante cuando inevitablemente se lo encontrara en el rellano y fingiría que él no estaba, que no existía.

Después de todo, ella era una profesional. Podía soportar vivir al lado del hombre más exasperante que jamás había conocido.

Sí, claro que podía.

No podía ser tan complicado.

A través de la pared, la música clásica cambió a algo con más graves, y el ojo de April tembló imperceptiblemente.

—Perfecto —suspiró, resignada.

Su querido vecino no solo era un chulo prepotente, sino que también tenía un gusto musical ecléctico que aparentemente abarcaba varios siglos.

Negó con la cabeza.

Llevada por la curiosidad, sacó su teléfono del bolsillo trasero de los vaqueros cortos que llevaba puestos, para buscar su clínica veterinaria. Hizo una mueca cuando vio la enorme lista de reseñas de cinco estrellas que aparecieron de inmediato en Google.

—«Es el veterinario más fiable de todo Chicago», leyó en voz alta, poniendo los ojos en blanco.

—«La dedicación del doctor Mitchell por el cuidado de los animales solo es comparable con el trato compasivo que les da a sus pacientes».

—«No hay otro veterinario en Chicago (ni en el mundo entero) como el doctor Mitchell».

Los oídos de Luna se animaron ante su nombre. Abrió los ojos y levantó la cabeza. April la señaló con el dedo índice en un gesto acusador.

—No empieces. Se supone que debes estar de mi lado —dijo.

Luna la ignoró.

La siguiente reseña hizo gemir de frustración a April.

—«El doctor Mitchell no solo es increíblemente bueno en su trabajo, sino que también es el soltero más codiciado del vecindario. ¡Mi gato nunca ha estado más saludable y mi frecuencia cardíaca tampoco cuando lo visito!».

April volvió a poner los ojos en blanco. Dios Santísimo.

—Increíble. —Dejó escapar el aire de los pulmones—. Todas las mujeres de Chicago babean por él —murmuró, arrojando el teléfono al sillón.

Apartó su mente de su vecino y le devolvió la atención a las torres de cajas que había por toda la casa.

Tenía que concentrarse en desempaquetar, no investigar a su irritante vecino a través de Internet.

Además, cuanto antes se organizara, antes podría encontrar los

papeles del seguro de responsabilidad civil, ir a su clínica y solucionar el problema del maldito coche. Solo entonces podría implementar y llevar a cabo su estrategia de «fingir que él no existía».

Primero se encargó de las cajas de la cocina, desenvolviendo los platos y los vasos que habían sobrevivido milagrosamente a la mudanza, a diferencia del desafortunado jarrón de bronce que le había regalado su tía abuela, que se había abollado, y que había quedado para tirar a la basura.

Mientras iba de un lado a otro, colocando una cosa aquí y allí, intentaba centrarse en los aspectos positivos.

El piso era realmente precioso, con grandes ventanales que inundaban los espacios de luz natural. Las paredes estaban pintadas de blanco y gris y los techos eran altos.

Sarah había dejado casi todos los muebles, incluido el sofá que Luna actualmente reclamaba como su trono, mientras April acondicionaba su cuna en algún rincón del salón.

Un fuerte golpe en la puerta hizo saltar a April, que casi dejó caer al suelo la taza que estaba desenvolviendo. Luna inmediatamente cobró vida, se bajó del sofá y corrió hacia la puerta moviendo la cola frenéticamente.

—¿Señorita Carter? —La voz de George la llamó a través de la puerta—. El cartero me ha dado tu correo abajo, y hay algunos documentos que debes firmar.

April abrió la puerta y rápidamente agarró a Luna antes de que pudiera escapar.

—Gracias, George —le agradeció—. Y gracias de nuevo por tu ayuda con las cajas. Sin ti, hubiera tardado media vida.

El portero sonrió amablemente y le entregó un fajo de sobres y papeles.

—Ha sido un placer —dijo—. Ah, el doctor Mitchell me ha pedido

que te recuerde llevarle a la clínica la información necesaria para arreglar lo del parabrisas del coche antes de las seis. Ha dicho que ya te habría dado tiempo a encontrar la documentación del seguro.

La educada sonrisa de April se congeló.

—¿Eso ha dicho?

El hombre asintió.

—También mencionó algo sobre asegurarse de que su perrita tenga todas las vacunas al día, por ser nueva en el edificio y todo eso... —George pareció disculparse con la mirada. —Política de la comunidad, ¿sabes?

—Luna está perfectamente al día de todo —respondió April con firmeza. —Pero gracias por hacérmelo saber.

—Hace un tiempo tuvimos un problema con un perro de un vecino que mordió a una niña y resultó que al animal le faltaban algunas vacunas por poner, lo que provocó un montón de problemas.

April abrió los ojos ligeramente, asombrada por el suceso que le estaba contando George.

—Por eso ahora nos aseguramos de que todo está en regla —añadió el hombre.

—Entiendo —murmuró April.

Debía de haber sido un hecho terrible.

CAPÍTULO 3

Después de que George se fuera, April hojeó los documentos del edificio y su irritación aumentó a medida que leía la política sobre mascotas.

«Todos los nuevos residentes con mascotas deben registrar a sus animales con el veterinario aprobado por la comunidad del edificio, el doctor Jamie Mitchell, dentro de la semana siguiente a la mudanza».

Miró a Luna, que estaba husmeando en una caja abierta de cojines.

—Esto es una conspiración —dijo—. El jodido universo está conspirando contra mí.

Entendía que, después del trágico suceso que le había relatado George, los vecinos quisieran que las mascotas tuvieran todas las cosas en regla, pero ¿tenía que ser precisamente con el doctor Jamie Mitchell?

Luna sacó de la caja un juguete que hacía ruido, se veía muy satisfecha consigo misma ante el hallazgo.

April consultó su reloj. Eran poco más de las cuatro. Tenía dos horas para recuperarse, encontrar los papeles del seguro y enfrentarse nuevamente al doctor Mitchell. Pero primero necesitaba hacer que el piso fuera un lugar habitable. Al menos eso.

Pasó la siguiente hora organizando lo esencial.

A las cinco, April finalmente admitió que no podía posponer más la visita a la clínica.

Se cambió de ropa y se puso un vestido de verano blanco con un estampado de flores, que la hacía sentir algo más arreglada que el atuendo que había utilizado para hacer la mudanza.

Recogió los documentos que había dejado encima de la mesa del salón y que había encontrado finalmente en una caja del dormitorio.

Luna prácticamente bailaba alrededor de sus pies mientras le ponía la correa.

—Sabes que lo vamos a ver, ¿verdad? —la acusó April, mientras la Yorkie hacía cabriolas hacia la puerta, sin importarle lo que pensara de ella su dueña—. Se supone que eres mi mascota, ¿qué pasó con la lealtad?

En el rellano, tuvo que pasar por la puerta del doctor Mitchell. Luna inmediatamente se detuvo para olfatearla, moviendo la cola. April tiró suavemente de la correa.

—No, perrita mala. No confraternizamos con el enemigo —susurró.

Las puertas del ascensor se abrieron y April se sorprendió cuando salió de él una mujer muy atractiva, vestida con un minivestido negro de tirantes. Era alta, rubia y parecía recién salida del set de una película de Hollywood.

¿Sería una vecina del edificio?

—¿Está Jamie en casa? —preguntó la mujer, al ver que Luna olfateaba su puerta.

April parpadeó.

—No. Bueno, supongo que no. Creo que está en la clínica —respondió.

—Qué pena, esperaba pillarlo aquí. Me olvidé el teléfono en su

casa esta mañana. —La mujer sonrió abiertamente—. Soy Jessica, por cierto. ¿Eres nueva en el edificio?

—Yo soy April —respondió automáticamente, con el cerebro atrapado en el «me olvidé el teléfono en su apartamento esta mañana»—. Me acabo de mudar hoy. Vivo al lado.

No sabía exactamente por qué o con qué pretensión le había dicho que vivía al lado.

El rostro de la chica pareció iluminarse.

—¡Oh, eres amiga de Sarah! —exclamó—. Jamie mencionó que te mudarías. —La sonrisa de Jessica se volvió cómplice con April—. Sé que tuviste un primer encuentro con él memorable.

April sintió que se le calentaban las mejillas. ¿Acaso ese hombre se lo había contado a todo el mundo?

—Sí, bueno… —Carraspeó—. En este momento voy a la clínica para solucionarlo —dijo, levantando la carpeta con la documentación del seguro.

Jessica se inclinó un poco hacia ella.

—No dejes que te intimide —dijo con un guiño—. Su ladrido es más ruidoso que su mordida. Por lo general.

Con ese comentario críptico en la punta de los labios, la tal Jessica sacó una llave del pequeño bolso que colgaba de su hombro (¿tenía la llave de su apartamento?) y entró en el 4ºA.

April se quedó allí de pie, como si tuviera las sandalias clavadas en el suelo, procesando la situación.

Entonces, su nuevo vecino no solo era un chulo prepotente, sino que también (aparentemente) tenía mujeres hermosas con llaves de su apartamento que iban a recoger sus teléfonos olvidados.

Perfecto.

No es que a ella le importara. En absoluto.

Bajó la vista hasta su Yorkshire.

—Venga, Luna —dijo, tal vez un poco más bruscamente de lo necesario—. Vamos a terminar con esto de una maldita vez.

CAPÍTULO 4

La caminata hasta la clínica duró exactamente siete minutos, durante los cuales Luna logró enredar su correa alrededor de tres parquímetros e intentó llamar la atención de cada persona con la que se cruzaba.

Cuando llegaron al moderno edificio de cristal con el letrero «Clínica Veterinaria HappyAnimals» escrito en elegantes letras azul oscuro en la fachada, la determinación de April de permanecer profesionalmente distante del doctor Mitchell estaba en conflicto con su deseo de arrojar de nuevo algo a su coche.

Respiró hondo, cuadró los hombros y abrió la puerta.

Una campanilla sonó alegremente sobre su cabeza, y Luna inmediatamente se dirigió hacia la recepción, donde un joven con una colorida bata negra y decenas de huellas de perrito de varios colores estaba tecleando afanosamente en un ordenador.

Alzó la cabeza por encima de la pantalla al oír el sonido de la campanilla.

—Bienvenida a la Clínica Veterinaria HappyAnimals —dijo alegremente, mirando a April—. ¿En qué podemos...? Oh… —Sus ojos castaños se abrieron ligeramente, como si hubiera reconocido a April—. Usted debe ser la señorita Carter —dijo.

—¿Tan evidente es? —preguntó April con cansancio.

El recepcionista (en la etiqueta que tenía sobre el pecho podía leerse 'Mike') sonrió—. El doctor Mitchell puede haber mencionado que la esperaba —dijo—. Algo sobre el parabrisas del coche y un

ataque con cajas voladoras.

—Estupendo —murmuró April—. ¿Se lo ha dicho a todo el mundo?

—Solo al personal de la clínica, pero es que el doctor Mitchell es muy tiquismiquis con su coche, y le acaba de sacar del concesionario —respondió Mike con una sonrisa.

April tomó aire.

—Sí, eso me ha dicho.

Mike movió la mano.

—Pero no te preocupes, todos hemos tenido nuestros momentos con él —habló de nuevo—. El mes pasado derramé su café, y como castigo me hizo aprender los nombres en latín de todos los huesos del esqueleto canino.

April frunció el ceño.

Antes de que pudiera hacer algún comentario a esa preocupante y turbadora información, se abrió una puerta de cristal y salió el mismo doctor Mitchell.

—Hablando del rey de Roma… —farfulló, alegrándose de no ser empleada suya y de que no existiera la posibilidad de que la obligara a aprenderse los huesos del esqueleto canino en latín.

Jamie Mitchell iba acompañado de un gran pastor alemán y de su dueña. El perro llevaba un cono de la vergüenza en el cuello y parecía completamente descontento con él.

—Recuerde, señora Davies, nada de juegos bruscos durante al menos una semana —estaba diciendo, con una voz más suave de la que April había oído aquella mañana—. Rex necesita dejar que esos puntos sanen adecuadamente. —Se agachó hasta el nivel del perro y le rascó detrás de las orejas—. Volverás a perseguir ardillas en poco tiempo, amigo.

Luna dejó escapar un ladrido emocionado, esforzándose por hacerse oír, por hacer notar su presencia. El doctor Mitchell levantó

la vista y April observó cómo su expresión pasaba del cálido profesionalismo a un frío reconocimiento.

—Ah, señorita Carter, justo a tiempo. —Se enderezó y le entregó algunos papeles a la señora Davies—. Mike, ¿podrías terminar de ocuparte de la señora Davies? La señorita Carter y yo tenemos algunos asuntos que discutir. —Miró a Luna, que prácticamente vibraba de emoción—. Y supongo que deberíamos registrar a esta pequeña en el edificio mientras estamos con ello.

April apretó los dientes y estiró los labios en lo que esperaba que pasara por una sonrisa, aunque no estaba muy segura de haberlo conseguido.

—Qué eficiente de tu parte —dijo.

El doctor Mitchell hizo un gesto con la mano apuntando hacia la puerta por la que había salido.

—¿Entramos?

April se limitó a asentir.

Mientras lo seguía, Luna trotaba alegremente entre ellos.

April no pudo evitar fijarse en que la bata no disimulaba sus anchos hombros ni...

«¡No!», se regañó a sí misma por la dirección que estaban tomando sus pensamientos.

No, ella no iba a fijarse en nada de aquel hombre, excepto en su desagradable personalidad.

Aquello eran… estrictamente negocios. O algo parecido. Arreglarían los papeles del parabrisas del coche, registraría a Luna como mascota del edificio y luego implantaría en su vida una estrategia de evasión para tratar de ver a aquel hombre lo menos posible.

Lanzó un vistazo a su alrededor.

La oficina del doctor Mitchell era exactamente lo que April había

esperado.

Meticulosamente organizada con muebles modernos y un escritorio de gran tamaño que probablemente costara un riñón. Certificados y diplomas médicos veterinarios se alineaban en una pared, mientras que en la otra había fotografías enmarcadas de varios animales, presumiblemente pacientes satisfechos.

Una gran ventana daba a un pequeño patio donde podía ver un área cercada que probablemente se usaba para rehabilitar a los pacientes que se encontraran en periodo de recuperación.

—Por favor, toma asiento —dijo, señalando una de las dos sillas situadas frente a su escritorio, mientras él se acomodaba en su trono ergonómico.

Luna inmediatamente se sentó a sus pies y lo miró con adoración.

—Traidora —murmuró April en voz baja, al tiempo que se sentaba.

—Perdón, ¿has dicho algo? —preguntó el doctor Mitchell, levantando una ceja oscura.

—No, nada —respondió April.

Sacó la información del seguro y la colocó sobre el escritorio.

—Aquí tienes todo lo necesario para tramitar lo del parabrisas del coche —dijo.

Jamie Mitchell cogió los papeles y los echó un vistazo brevemente antes de dejarlos a un lado.

—Gracias. Me pondré a ello a última hora de la tarde.

Se volvió hacia su ordenador y comenzó a teclear con dedos ágiles.

—Ahora, sobre el registro de Luna…

—Ella está al día con todas sus vacunas —lo interrumpió April—. Tengo sus registros aquí.

Sacó un pequeño libro, decidida a demostrarle a aquel veterinario

presuntuoso que era una dueña responsable con una mascota.

—Está todo correcto —dijo Jamie, mirando los papeles que April le había entregado—. Aunque le tendré que hacer mi propio examen para cumplir con las normas de la comunidad —añadió—. Tengo que comprobar si está bien desparasitada o si no está incubando alguna enfermedad que todavía no ha presentado síntomas.

—¿Ahora? —preguntó April, sorprendida.

—A menos que tengas que estar en otro lugar. —Jamie ya estaba de pie, moviéndose alrededor del escritorio y cogiendo unos guantes de látex de una caja que había sobre un armario de color blanco—. No tomará mucho tiempo —dijo.

Luna, naturalmente, estaba encantada con aquel desarrollo de los acontecimientos.

Brincó hacia la pequeña camilla mientras el doctor Mitchell daba unas palmaditas, animándola a subir.

April observó que saltaba con mucho más entusiasmo del que jamás había mostrado en sus visitas a su veterinario habitual en Nueva York.

—A ella realmente le gustas —comentó, incapaz de evitar la acusación en su voz.

¿Qué demonios le pasaba a su perrita con aquel hombre? ¿Se había enamorado de él? No entendía nada.

Los labios del doctor Mitchell se torcieron.

—Como dije antes, los perros son muy buenos evaluando el carácter de las personas.

Con los guantes ya puestos, comenzó a examinar a Luna con movimientos suaves y prácticos.

—¿Cuánto tiempo hace que la tienes?

—Tres años —respondió April, observando cómo él revisaba los oídos de Luna.

Dios, su traidora mascota prácticamente ronroneaba.

—Fue rescatada en un vertedero —continuó hablando—. El refugio en el que estaba pensó que tenía unos dos años cuando la adopté.

—Mmmm… —masculló Jamie, mientras sus manos seguían inspeccionando a Luna—. ¿Algún problema de salud que deba conocer? —preguntó.

—No, Luna está sana. Aunque se comió la mitad de uno de los cordones de mis zapatillas el mes pasado —contestó April.

Aquel comentario provocó una pequeña risa en el doctor Mitchell.

—Sí, los Yorkies pueden ser muy... glotones. —Rascó debajo de la barbilla de Luna y ella le lamió la mano—. Sin embargo, está en excelentes condiciones. La has cuidado muy bien.

El inesperado cumplido tomó a April con la guardia baja.

—Oh, gracias.

Sus miradas se encontraron durante un momento, y April se sorprendió de lo verdes que eran los ojos de Jamie, y de cómo estaban salpicados de motitas doradas con la luz de la tarde.

Cuando fue consciente del derrotero por el que iban sus pensamientos, carraspeó y dio un paso atrás. La máscara profesional volvió a colocarse en su lugar.

—Bueno, todo parece estar en orden —dijo el doctor Mitchell, ayudando a Luna a bajar de la camilla—. Solo necesitaré que rellenes algunos trámites para el registro que solicita la comunidad.

Se dirigió a su escritorio, abrió un cajón con varios archivadores y sacó un formulario.

Un golpe en la puerta los interrumpió.

Jessica, la mujer que había estado en su piso, asomó la cabeza.

—Jamie, son casi las cinco y media, y tienes una cita ineludible

con el gato persa de la señora Peterson.

El doctor Mitchell suspiró, dejando escapar una nota de resignación.

—Por supuesto que es ineludible —dijo, como si fuera algo que hubiera repetido decenas de veces—. Para la señora Peterson siempre es ineludible. Ese gato suyo debería clasificarse como un arma. —Miró hacia April—. Puedes completar el formulario en la recepción. Mike te ayudará con todo lo que necesites.

—Perfecto —respondió April, cogiendo la correa de Luna—. Gracias por examinarla.

Echó la silla hacia atrás y se levantó.

—Señorita Carter… —la llamó Jamie cuando April llegó a la puerta. Ella se volvió de mala gana—. Intenta no dejar caer más cajas en el parabrisas nuevo de mi coche.

April sintió que sus mejillas ardían.

¿Hasta cuándo se lo iba a estar recordando? ¿Era un suceso que le iba a perseguir toda la vida?, se preguntó. Pues sí que era tiquismiquis con su coche, como le había dicho Mike.

—Lo intentaré, doctor Mitchell —respondió con voz dulce, pero mordaz—. Aunque no prometo nada si sigue sonando Bach a todo volumen en tu piso.

Los ojos de Jamie se abrieron levemente por la sorpresa, y April aprovechó su silencio momentáneo para escapar, con Luna trotando felizmente a su lado.

Mike continuaba tecleando en el ordenador.

—Entonces… —dijo mientras April comenzaba a rellenar el formulario de la comunidad—. ¿Ha ido mal?

April tomó aire.

—Él es... —buscó la palabra correcta—. Exasperante.

Mike sonrió.

—Sí, te entiendo. Pero es el mejor veterinario de la ciudad. Eso es indiscutible. —Bajó la voz en tono conspirador y se inclinó un poco hacia adelante—. Pero no le digas que he dicho eso. Su ego ya es lo suficientemente grande.

—Por nada del mundo me arriesgaría a aumentar más su ego —comentó April, espantada con la idea.

Mike se echó a reír.

April terminó de rellenar el formulario, tratando de mostrarse indiferente cuando Jessica pasó a su lado en dirección a la oficina de Jamie, dejando una estela de perfume tras de sí.

—¿Ella también trabaja aquí? —preguntó a Mike, intentando sonar casual y probablemente fallando estrepitosamente.

—¿Quién? ¿Jess? —dijo él—. No, es la dueña de la clínica que hay a dos manzanas de aquí. Comparten algunos casos, porque ambas clínicas se ocupan de atender animales rescatados. Ella y el doctor Mitchell salieron durante un breve tiempo el año pasado. —Mike pareció darse cuenta de que estaba chismorreando y se enderezó en el asiento—. Pero eso probablemente no sea de mi incumbencia.

April carraspeó.

—Tampoco es asunto mío —masculló de forma apresurada. Le entregó el formulario completo a Mike—. ¿Está todo? —preguntó.

Mike echó un vistazo a los papeles que le acababa de entregar April.

—Sí, está todo —confirmó—. Bienvenida a la clínica, señorita Carter. Estoy seguro de que os veremos mucho a ti y a Luna.

—No, si puedo evitarlo —murmuró April, pero sonrió cortésmente. Después se giró y se dirigió a la puerta de salida.

CAPÍTULO 5

Afortunadamente, el camino de vuelta a casa transcurrió sin incidentes. No hubo cajas de cartón voladoras aterrizando en lunas de coches recién estrenados. Aunque Luna parecía decepcionada por tener que irse de la clínica.

De vuelta al piso, April se desplomó en el sofá. Su mente daba vueltas a los acontecimientos del día. Estaba siendo una jornada muy larga, y todavía tenía un montón de cajas que vaciar.

Resopló.

Haciendo un tremendo esfuerzo, se levantó del sofá y se puso de nuevo a ordenar el piso.

Sarah la llamó al caer la tarde, justo cuando estaba a punto de pedir algo de comida a domicilio para cenar. Tal y como estaba todo (patas arriba), lo que menos le apetecía era ponerse a cocinar. Ni siquiera un miserable huevo frito.

—Entonces —dijo Sarah sin preámbulos—, ¿han sido graves los daños del coche de Jamie?

April gimió.

—El parabrisas delantero está completamente roto, y lo peor es que acababa de sacar el coche del concesionario.

—¿El coche es nuevo? —preguntó Sarah.

—Sí.

Sarah no pudo evitar soltar una carcajada.

—No te rías —la amonestó April.

—Lo siento —dijo Sarah—. Es que resulta cómico.

—¿Cómico? ¿Dónde le ves la gracia?

—La gracia está en que le jodas la luna justo el mismo día que estrena el coche.

April suspiró de forma dramática.

—¿Por qué no me advertiste sobre él? —dijo.

—¿Advertirte sobre qué? ¿No te advertí de que es guapísimo? ¿Exitoso? ¿Cariñoso con los animales? ¿No te advertí que atiende de forma altruista a animales rescatados o sin dueño?

April puso los ojos en blanco.

—No me advertiste de que es prepotente y además exasperante y… —Se interrumpió de golpe cuando la música comenzó a sonar a través de la pared—. Ya ha vuelto a casa —dijo—. Maravilloso. —Suspiró otra vez.

La risa de Sarah resonó a través del teléfono.

—Va a ser muy divertido —comentó.

—¿Divertido? Esto va a ser un infierno. No sé si ha sido buena idea mudarme a tu piso.

Sarah siguió riendo.

—No digas tonterías, April —dijo—. ¿Ibas a alquilarte un piso estando vacío el mío? No te lo hubiera permitido.

April se quedó pensando unos segundos.

—Sí, lo sé —murmuró—. Pero es que…

—Pero es que nada —la cortó Sarah al otro lado de la línea—. No puedes negar que el edificio es precioso y los vecinos… peculiares. Ya los irás conociendo.

—¿Peculiares?

—Sí, es la mejor manera de describirlos.

—No sé si eso es bueno o malo —comentó April.

Sarah sonrió.

—Es bueno, no te preocupes.

—No sé si fiarme de ti.

Sarah se echó a reír de nuevo.

—Escucha, tengo que ir a correr, porque si no el cuerpo se desacostumbra y pierdo el ritmo. El deporte no me entusiasma tanto como me gustaría —apuntó—. Pero prométeme que me mantendrás informada sobre tu guerra con Jamie —dijo.

—No habrá ninguna guerra —contestó April con firmeza—. Porque voy a ignorarlo por completo.

—Claro que sí —dijo Sarah.

Por supuesto, no le creía. ¿Ignorar a Jamie Mitchell? Imposible.

Después de colgar la llamada con Sarah, April dejó caer los brazos sobre el regazo y echó un vistazo a su alrededor. Todavía tenía la mitad de las cajas de la mudanza sin desempaquetar.

Dios, qué caos.

Se pasó la mano por la frente. Las mudanzas eran agobiantes.

Muy a su pesar, escuchó los débiles sonidos de la vida en el piso de al lado.

Jamie Mitchell.

Luna se había acurrucado en su pequeña cama de tela formando con su cuerpo un ovillo. Una cama que April había colocado

deliberadamente lo más lejos posible de la pared compartida con su vecino.

—Todo está bien —se dijo por enésima vez ese día—. Soy una persona adulta, madura y profesional. Puedo soportar vivir al lado de un veterinario atractivo pero insufrible. Sí, puedo hacerlo.

A través de la pared, la música volvió a cambiar, en aquella ocasión a algo clásico que sonaba sospechosamente a una canción de amor. Era una cadencia lenta y melódica.

April resopló ruidosamente y arrojó un cojín a la pared.

Decidió que al día siguiente empezaría de nuevo. Sería educada pero distante. Mantendría a Luna alejada de la puerta de Jamie Mitchell. Sería ella quien establecería los límites, que serían claros y estrictos.

Y los llevaría a cabo.

Por supuesto que los llevaría a cabo.

Después de todo, no podía ser tan difícil, ¿no?

—Sí, mañana será un nuevo día —se dijo.

Pero una vocecilla interior le gritó que ignorar al doctor Jamie Mitchell iba a ser mucho más difícil de lo que pensaba.

April desvió la mirada hacia Luna. Roncaba suavemente en su cama, y podría haber jurado que sonreía mientras dormía.

Se levantó del sofá y continuó abriendo cajas y sacando lo que había en ellas. Mientras seguía colocando cosas en un lado y otro del piso, trataba de ignorar los distintos géneros musicales que atravesaban la pared.

Bach había dado paso al jazz, que de algún modo se había transformado en lo que sonaba sospechosamente a Taylor Swift.

El hecho de que, aparentemente, el Doctor Exasperante compartiera alguno de sus gustos por la música pop, no era atractivo.

Para nada.

No, de ninguna manera.

¿O sí?

CAPÍTULO 6

Tres días después del incidente del parabrisas, el apartamento de April empezaba a parecerse menos a un laberinto de cartón y más a un espacio habitable real y cómodo.

El sol de la mañana se colaba a través de las ventanas orientadas al este, creando rectángulos de luz en los que se reflejaba la sombra de Luna, que perseguía en esos momentos por el suelo de madera como si fuera un juego.

April se sentó en el sofá con las piernas cruzadas a estilo indio; con el ordenador portátil apoyado encima de las rodillas y una taza de café en la mano, mientras esperaba que apareciera el rostro familiar de Sarah en la pantalla.

—Espero que tu señal de wifi sea buena —se escuchó la voz de Sarah antes de que se conectara su video—. Necesito un recorrido completo de lo que has hecho con mi piso.

April ajustó la pantalla y apareció el rostro de Sarah, sonriendo maliciosamente.

—¿No querrás decir en realidad que te mueres por saber más sobre tu queridísimo doctor Mitchell? —dijo.

—No tengo idea de qué estás hablando —respondió Sarah inocentemente, aunque su sonrisa sugería lo contrario—. Pero ahora que lo mencionas...

—No hay nada que contar —la cortó April, tajante.

Giró en redondo su portátil para mostrar la sala de estar a Sarah.

—Mira, finalmente he podido acoplar los muebles que he traído. Los de la mudanza llegaron un día tarde, pero…

Ahora era Sarah quien la interrumpía.

—April Carter, no trates de distraerme con el diseño de interiores —dijo. Ya sabía April que lo que menos le interesaba a su amiga era cómo había decorado el salón—. ¿Lo has visto desde el día que le llevaste la documentación del seguro a la clínica? —le preguntó Sarah.

El intento de April de mostrarse indiferente se vio arruinado por el ligero rubor de sus mejillas.

—Solo de pasada. Estoy implementando unas estrictas artimañas para evitarlo —dijo.

—Ajá. ¿Y cómo te está yendo? —curioseó Sarah.

Como si fuera una señal, los oídos de Luna se animaron ante el sonido de una puerta cerrándose en el pasillo. Alzó las orejas.

Inmediatamente abandonó la persecución de su propia sombra y corrió hacia la puerta principal, dejando escapar un aullido emocionado.

—Traidora —murmuró April con los ojos entornados, luego volvió la vista a su pantalla—. Mis artimañas para evitarle funcionarían mejor si mi Yorkie no se hubiera obsesionado con él. De alguna manera puede sentir cuando está en el rellano; sabe cuándo sale, cuándo entra... Es como si tuviera un radar incorporado.

La risa de Sarah llenó el piso.

—Luna tiene buen gusto —comentó—. Hablando de gusto, ¿ya has conocido a alguna de sus... amigas?

—¿Qué tiene que ver el gusto de Luna con esa pregunta? —dijo April.

Sarah se acercó a la cámara de su portátil, provocando que su cara ocupara casi toda la pantalla.

—Nada —admitió—, pero ¿has conocido ya a alguna de sus amigas?

A la mente de April llegó la imagen de Jessica y la llave que tenía de la casa de Jamie.

—A alguna —dijo despreocupadamente, con cuidado de no dejar entrever ninguna emoción comprometida—. Parece tener una vida social bastante activa.

—¿Entonces has notado el desfile de admiradoras que tiene? —Los ojos de Sarah brillaron con diversión—. No dejes que eso te moleste. Jamie nunca ha salido en serio con ninguna de ellas.

April se echó hacia atrás la melena.

—¿Por qué habría de molestarme? —preguntó, quizás demasiado rápido, como si quisiera ocultar algo—. Solo intento ser una buena vecina y fingir que él no existe.

—Entiendo. ¿Y cuántas veces has entrado en la página web de su clínica?

—No he... —April se interrumpió cuando Luna comenzó a arañar la puerta—. Espera, hay alguien en el rellano —dijo de pronto.

Levantó su ordenador portátil, ofreciéndole a Sarah una amplia vista mientras se acercaba a la puerta y miraba por la mirilla.

El doctor Mitchell estaba en el pasillo. Se veía muy atractivo con unos vaqueros oscuros y un polo negro ajustado, que dejaba ver sus imponentes bíceps. Se encontraba hablando con una mujer mayor, de unos setenta años, vestida con un elegante vestido granate y un pequeño Pomerania de pelo blanco bajo el brazo.

—Señora Abernathy, le aseguro que el apetito de Princess es completamente normal. —La voz de Jamie se escuchó a través de la puerta—. Pero si está preocupada, puede llevarla a la clínica mañana y le echaré un vistazo.

—Oh, Dios mío… —susurró Sarah a través del ordenador portátil

—. ¿Lo estás espiando por la mirilla?

—No lo estoy espiando —siseó April, intentando que su voz no se oyera al otro lado de la puerta—. Estoy haciendo una exploración estrictamente objetiva para evitar un encuentro con él.

Sarah levantó los ojos al techo.

—Claro, cariño. Definitivamente eso es lo que estás haciendo.

—Por supuesto que es eso —afirmó April.

Luna eligió ese momento para dejar escapar otro ladrido emocionado, y April se congeló cuando los ojos de Jamie Mitchell se dirigieron hacia su puerta.

—Mierda —farfulló, encogiéndose sobre sí misma, como si eso fuera a evitar algo.

—Parece que alguien está ansioso por dar un paseo —dijo Jamie, lo suficientemente alto como para que su voz atravesara la puerta.

La diversión en su entonación hizo que April quisiera arrojarle algo a la cara.

—Tengo que irme —le dijo rápidamente a Sarah—. Luna necesita dar un paseo.

—Por supuesto que sí —comentó Sarah con una sonrisa de complicidad que se extendía de oreja a oreja—. ¡Llámame más tarde para contarme todas las actualizaciones sobre tu inexistente interés en tu atractivo vecino!

April terminó la llamada justo cuando las quejas de Luna alcanzaron niveles desesperados.

Hizo tiempo unos minutos más, aguzando de vez en cuando el oído para asegurarse de que el rellano estuviera despejado. Después abrió la puerta con cuidado.

Por suerte estaba vacío, pero el leve aroma del perfume del doctor Mitchell flotaba aún en el aire. April se dio cuenta de que no había notado lo bien que olía. Pero era delicioso.

—Vamos, Luna —dijo, abrochándole la correa al collar—. Iremos a dar un paseo. —La miró—. Y bajaremos por las escaleras. No quiero emboscadas en ascensores.

Luna trotaba alegremente a su lado, hasta que llegaron al principio de la escalera del cuarto piso. Luego plantó los pies, como si se los hubieran pegado al suelo, y se negó a moverse.

—¿En serio? —April lanzó un suspiro. Tiró suavemente de ella—. ¿Desde cuándo no quieres bajar por las escaleras? —le preguntó.

Era una actitud extraña, porque en el piso de Nueva York no había ascensor y tenían que bajar y subir tres pisos por las escaleras.

—Probablemente sepa que el ascensor es más rápido y menos cansado.

A April le dio un vuelco el estómago.

Jamie Mitchell.

CAPÍTULO 7

April cerró los ojos y contó hasta tres antes de darse la vuelta.

El doctor Mitchell estaba detrás de ella, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón en actitud despreocupada. Se había cambiado de ropa. Los vaqueros y el polo habían dejado paso a un pantalón de deporte gris y una camisa blanca de manga corta.

Parecía tener un semblante demasiado fresco, incluso después de una dura jornada de trabajo.

Luna ya se había lanzado hacia él y llamaba su atención intentando escalar por su pierna.

—Luna y yo hoy vamos a bajar por las escaleras —dijo April con forzada cortesía—. Para hacer un poco de ejercicio —añadió.

Jamie se puso de cuclillas y acarició a la perrita detrás de las orejas.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo, aunque su tono sugería que sabía exactamente por qué ella estaba evitando el ascensor—. Aunque tal vez quieras reconsiderarlo. Hoy han comenzado el mantenimiento de las escaleras. ¿No has visto el aviso?

Como para demostrar que Jamie tenía razón, un trabajador de mantenimiento con un chaleco reflectante apareció al pie de las escaleras con cinta amarilla y carteles de advertencia.

April reprimió un gemido.

—Bien. Entonces esperaremos al próximo ascensor —dijo, resignada.

—No seas tonta, hay mucho espacio en este —afirmó Jamie.

Entró en el ascensor y sostuvo la puerta a la espera de que April se decidiera a subir. Arqueó una ceja en un gesto divertido.

—A menos que temas dejarme caer algo encima —se burló.

¿Hasta cuándo iba a tocarle las narices con ese tema?

Dios, era tan odioso. Pero tan, tan odioso.

April lo fulminó con la mirada. Sin embargo, él ni se inmutó.

Luna, la traidora, inmediatamente se dirigió hacia el ascensor, obligando a April a seguirla. Cuando finalmente se metió en el cubículo, se colocó lo más lejos posible del Jamie, aunque no era suficiente. ¿Cómo iba a ser suficiente en el pequeño espacio de un ascensor?

—¿Cómo va el asunto del parabrisas? —preguntó April, más para romper el incómodo silencio que por genuina preocupación.

—Lo van a cambiar mañana —respondió Jamie, mientras bajaban.

—Me alegro —dijo April.

Por fin se zanjaría aquel maldito tema de una vez por todas.

Jamie bajó los ojos hasta Luna, que lo miraba con adoración.

—Luna parece estar adaptándose bien al edificio —comentó.

—La verdad es que sí —murmuró April.

No como ella, que el traslado se le estaba atragantando por su culpa.

El ascensor sonó con un suave *din* y se detuvo en el segundo piso. Las puertas se abrieron y entró un hombre de unos cincuenta años, sonriendo ampliamente.

—¡Jamie! Justo el hombre que quería ver —dijo—. Quería hablarte sobre ese medicamento para la artritis de Maxwell.

April se desvinculó de la conversación sobre el anciano perro

perdiguero del hombre, tratando de no fijarse en cómo el semblante profesional del doctor Mitchell se suavizaba cuando hablaba con su cliente. O cómo la luz acaramelada de los halógenos del ascensor captaba las motas doradas de sus ojos. O cómo…

El ascensor dio una sacudida repentina, lo que hizo que April tropezara, trastabillando hacia adelante. Una mano fuerte la agarró por el codo y la sujetó. Levantó la vista y encontró al doctor Mitchell mirándola con una expresión ilegible en el rostro.

—Cuidado —dijo en voz baja.

Su mano se demoró unos segundos más de lo necesario antes de soltarla.

—Gracias —le agradeció April, que tenía las mejillas ligeramente ruborizadas.

El resto del viaje transcurrió en silencio entre ellos, roto solo por los felices jadeos de Luna y la continua charla del hombre sobre los problemas en las articulaciones de su perro. Cuando finalmente llegaron al vestíbulo, April prácticamente salió corriendo del ascensor y Luna tuvo que luchar por seguirle el ritmo.

—Señorita Carter —la llamó Jamie—. No te olvides de la cita de seguimiento de Luna la próxima semana.

April se volvió, frunciendo el ceño.

—¿Qué cita de seguimiento? —preguntó.

—La que obliga la política de la comunidad del edificio una vez a la semana para todas las mascotas nuevas —dijo Jamie, sonriendo con mordacidad—. El señor Peter puede dar fe de ello —añadió.

—Así es —contestó el hombre.

April frunció aún más el ceño.

—Esa no es una ley real —protestó.

—La página cinco de tu contrato de alquiler dice lo contrario. —La sonrisa del doctor Mitchell se hizo más amplia. Tanto, que casi se le

iba a salir de la cara—. Yo mismo ayudé a redactar la política sobre mascotas para el edificio. Nos vemos el próximo martes —concluyó.

Y sin darle tiempo a replicar, Jamie echó a andar, pasando por delante de April.

Ella lo vio alejarse calle arriba con el rostro enrojecido por una mezcla de ira y algo más que se negaba a analizar. ¿Es que ese tío se había propuesto amargarle la vida?

Luna se quejó, tirando de la correa para tratar de seguirlo.

—No vas a ir detrás de él, por supuesto que no —le dijo April enfadada—. Vamos a pasear, y no pensaremos en veterinarios insufribles que inventan políticas ridículas para mascotas.

Su caminata las llevó al parque del vecindario. Un lugar que olía a tierra húmeda y hierba recién cortada. La luz del sol se filtraba a través del dosel de árboles, creando un mosaico de luces y sombras en los senderos de tierra.

Había bancos de madera y un pequeño estanque con una familia de patos que chapoteaban tranquilamente en el agua.

Desde allí se podía escuchar el canto de los pájaros, el susurro del viento y el zumbido distante del tráfico.

April sintió que una sensación de calma la invadía y que el peso del día se aliviaba un poco.

Entretanto, Luna hacía todo lo posible para anunciar su presencia a todos los dueños de perros que había dentro de un radio de dos kilómetros a la redonda.

April estaba empezando a relajarse cuando vio una figura familiar corriendo por uno de los senderos de tierra que atravesaban el parque.

El doctor Mitchell, porque aparentemente el universo aún no había terminado de torturarla aquel día, estaba corriendo sin camiseta bajo el sol del atardecer. Tenía su teléfono atado al brazo y unos

auriculares inalámbricos puestos, y apenas parecía sin aliento a pesar del calor. Era realmente ofensivo lo perfecto y atractivo que se veía.

April rápidamente tomó un camino diferente, pero no antes de que Luna advirtiera su presencia. Sus ladridos emocionados llamaron la atención de Jamie y April podría haber jurado que lo vio sonreír mientras continuaba corriendo.

—Esto es ridículo —le dijo a Luna mientras se apresuraban a andar en la dirección opuesta—. Chicago es una ciudad enorme. ¿Cómo podemos seguir encontrándonos con él continuamente?

La única respuesta de Luna fue mirar con nostalgia por encima de su hombro la silueta del doctor Mitchell alejándose.

Cuando regresaron al edificio, April estaba sudorosa e irritada. ¿Es que iba a toparse con su odioso vecino, tanto dentro como fuera del edificio? ¿Qué demonios pasaba? ¿Acaso se habían alineado los planetas de la Galaxia entera y también los de la Galaxia de al lado? Porque no entendía nada.

CAPÍTULO 8

La mañana siguiente empezaba en su nuevo trabajo. Las vacaciones se habían agotado y tocaba volver a la rutina.

Se duchó, desayunó y se vistió, tratando de no pensar en el hecho de que podía oír a Jamie Mitchell moviéndose en su piso a través de la pared que compartían.

Joder, era desesperante tenerle tan presente.

Cogió el transportín de Luna, con ella dentro, y salió pitando de casa. Aquellos primeros días prefería dejarla en una guardería canina. Extrañaba el piso y a los vecinos, y no quería que se pasase las horas que ella estuviera fuera de casa ladrando sin parar. Ya la dejaría sola un poco más adelante, cuando se hubiera acostumbrado al cambio que había sufrido su vida.

Afortunadamente, la guardería en la que había dejado a Luna y la empresa de marketing en la trabajaba estaban al otro lado de la ciudad, lejos de clínicas veterinarias y vecinos exasperantes.

April pasó parte de toda la mañana instalándose en su nueva oficina, agradecida por la distracción que suponía el trabajo.

—Hola, chica nueva. —Una voz masculina sonó en la estancia.

April levantó la vista por encima de la pantalla del ordenador y se encontró a Mark Morris, uno de los directivos de arte senior, apoyado contra el marco de la puerta.

Con sus gafas de diseño negras y su cabello cuidadosamente peinado, parecía salido de una publicación de GQ sobre

profesionales emprendedores.

Su pelo era rubio oscuro y tenía unos bonitos ojos grises. April le lanzó una mirada de arriba abajo de forma disimulada y pudo adivinar que, desde luego, iba al gimnasio. La camisa blanca perfectamente lisa le tiraba ligeramente en los anchos hombros.

—Tengo nombre —respondió, pero estaba sonriendo. Sin ningún mal rollo, por supuesto.

El hombre le devolvió la sonrisa.

—Cierto. April Carter, de Nueva York —dijo. Entró en la oficina con pasos largos y se quedó de pie frente al escritorio. Extendió el brazo.

—Mark Morris —se presentó.

—Mucho gusto conocerte —respondió April, estrechándole la mano que le ofrecía.

Mark se estiró un poco la pernera del pantalón y se apoyó en el borde del escritorio.

—Algunos trabajadores de la empresa vamos a comer a un nuevo gastropub que han abierto a la vuelta de la esquina —dijo—. La comida no parece estar rociada con insecticida —bromeó.

April no pudo evitar reírse. Mark Morris no le caía nada mal.

—Es bueno saberlo —comentó.

—¿Quieres unirte a nosotros? —le preguntó—. Mientras comemos puedes contarnos cómo has descubierto que Chicago no tiene nada que envidiar a la Gran Manzana.

April dejó escapar una risita ante su comentario. Allí también estaba presente la rivalidad que había entre las dos grandes ciudades.

—Chicago no tiene nada que envidiar a Nueva York —aseveró, siguiéndole el juego.

—Está bien que alguien de Nueva York haga una afirmación como

esa —dijo Mark, ampliando su sonrisa en los labios—. Entonces, ¿qué? ¿Te unes a nosotros?

—Sí, claro —respondió April, entusiasmada con la propuesta—. Me encantará ver ese nuevo gastropub. Gracias.

Miró a su nuevo compañero de trabajo.

Mark era exactamente su tipo: elegante, atractivo, creativo y completamente normal. No parecía ser el autor de complejas políticas de mascotas que parecían sospechosamente sacadas de la manga con la intención de joder a la vecina recién instalada.

—Vamos —la animó Mark, haciendo un gesto con la cabeza.

April apagó el ordenador, se levantó del sillón de cuero y lo siguió.

La calle bullía con toda la frenética actividad diaria de una ciudad con más de dos millones y medio de habitantes. Coches y transeúntes iban de un lado a otro sin parar.

El almuerzo resultó ser exactamente lo que April necesitaba. Mark y el resto de los compañeros fueron amables y divertidos, y durante una hora April no pensó ni una sola vez en los problemas que tenía con su odioso vecino.

Cuando Mark la acompañó de regreso a la oficina, se sintió más relajada de lo que se había sentido desde que se había mudado.

Además, el gastrobar era un lugar lleno de encanto, con mesas y asientos de madera oscura y letreros led de varios colores colgados en las paredes con frases positivas y motivadoras.

La vuelta al trabajo no había sido tan mala, después de todo.

Mark se quedó un momento en la puerta.

—Este viernes se inaugura una exposición de fotografía urbana en el Museo de Fotografía Contemporánea. ¿Quieres acompañarme?

April abrió la boca para aceptar, pero antes de que pudiera responder, su teléfono vibró con un WhatsApp de Sarah.

¿Cómo va tu misión de evitar a vecinos buenorros? ¿Luna te ha vuelto a traicionar? 😏

Luna no paraba de traicionarla, pensó April con pesar.

Ignoró el mensaje y la intención de Sarah de volverla loca y alzó la mirada hacia Mark.

—Me encantaría ir a ver esa exposición —le dijo, dejando firmemente a un lado los pensamientos sobre Jamie Mitchell—. Envíame un WhatsApp con los detalles, ¿vale?

—Perfecto —respondió Mark, dedicándole una última sonrisa antes de dar media vuelta y marcharse.

April sonrió. Mark le caía bien. Mejor que Jamie Mitchell. Mucho mejor. ¿Dónde iba a parar?

El resto de la jornada laboral pasó rápidamente y April se sentía bastante bien con la vida cuando regresó a casa. En aquel momento le parecía bastante más maravillosa que el día que se mudó.

Había hecho amigos en el trabajo, tenía una posible cita con un hombre atractivo y normal, sobre todo normal, y había logrado pasar varias horas sin pensar en su vecino.

No estaba mal.

Pero, como el jodido universo parecía conspirar en su contra, cuando entró en el edificio todo se torció. Su estado zen desapareció. Por completo.

CAPÍTULO 9

El vestíbulo era un caos total cuando llegó.

Un par de hombres de mantenimiento tenían las puertas del ascensor completamente abiertas y las herramientas esparcidas por el suelo.

George estaba tratando de calmar a varios vecinos nerviosos, y en medio de todo estaba el doctor Mitchell, (cómo no). Se le veía muy tranquilo mientras le explicaba algo al administrador del edificio. No parecía que nada lo afectase.

April se acercó hasta una mujer de mediana edad, con el pelo rubio cortado a media melena, que sabía que vivía en algún piso de la tercera planta.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—El ascensor se ha averiado —respondió la mujer—. Los de mantenimiento dicen que podrían tardar varios días en arreglar la pieza que se ha roto.

De pronto, April tuvo la sensación de que su piso estaba muy, muy lejos.

—Las escaleras también están en mantenimiento de la planta tres a la siete —anunció George en el vestíbulo—. Los operarios trabajarán en una planta a la vez, por lo que el acceso estará limitado.

«Genial, llego yo al edificio y se jode todo», pensó April para sus adentros. De qué mala leche le estaba poniendo toda aquella

situación.

—¿Y cómo se supone exactamente que vamos a llegar a nuestros pisos? —gritó alguien desde atrás.

—El ascensor de servicio que hay en la parte trasera del edificio estará disponible, pero su uso será limitado —contestó el administrador del edificio—. Solo tiene capacidad para tres personas y es bastante lento. Recomendamos coordinar las bajadas y las subidas con sus vecinos de planta para minimizar los tiempos de espera y agilizar el acceso.

—¡¿Qué?! —farfulló April entre dientes con incredulidad.

Tenía que tratarse de una puta broma.

Sus ojos se encontraron con los de Jamie Mitchell, que estaba al otro lado del vestíbulo.

Sus labios se elevaron en lo que podría ser una sonrisa. Una sonrisa que a April le revolvió las tripas.

—Bueno, vecina —dijo Jamie con una nota de mordacidad en la voz y lo suficientemente alto como para que April lo oyera—. Parece que vamos a vernos muy a menudo.

Luna, que había estado sorprendentemente silenciosa en su transportín hasta ese momento, dejó escapar un ladrido de emoción.

En aquel instante, April consideró seriamente regresar a Nueva York. Sí, se iría y no volvería nunca más ni a ese edificio ni a Chicago.

Observó con un horror apenas disimulado cómo el doctor Mitchell se dirigía hacia ella, moviéndose con destreza entre la decena de residentes frustrados.

La cola de Luna comenzó a moverse con tanta fuerza que todo el transportín se sacudió.

—Ya que estamos en la misma planta —dijo, deteniéndose junto a April—, lo lógico es compartir el ascensor de servicio. ¿A menos que

prefieras cargar a Luna durante cuatro tramos de escaleras parcialmente construidas?

Antes de que April pudiera formular una respuesta que no fuera del todo hostil, pero que le dejara clara algunas cositas, una mujer vestida con ropa de deporte y una esterilla para practicar yoga se materializó entre ellos.

—¡Doctor Mitchell! —La mujer le tocó el brazo con familiaridad—. Esperaba poder pillarte en algún momento. Te quería hablar sobre la cena…

April aprovechó la interrupción de la mujer para escabullirse y apartarse al rincón más alejado del vestíbulo, donde George estaba organizando una lista improvisada de gente para subir al ascensor de servicio.

—¿Cuarto piso? —preguntó con simpatía cuando April se acercó. Ella asintió—. Estás en el grupo tres con el doctor Mitchell y la Señora Henderson —dijo.

—¿No hay espacio en el grupo dos? —preguntó April, desesperada.

George negó con la cabeza.

—Ya está lleno. Y con el transportín para el perro, necesitarás espacio adicional. —Bajó la voz hasta un nivel confidencial—. Entre tú y yo, esta situación del ascensor podría tardar más de una semana en resolverse. Las piezas que necesitan están pendientes de entrega.

A April se le descompuso el cuerpo entero.

Perfecto. Simplemente perfecto.

April observó cómo el primer grupo desaparecía por el pasillo hacia el ascensor de servicio. El doctor Mitchell todavía estaba charlando con La Mujer del Yoga, que se reía con demasiado entusiasmo de lo que decía. No es que April estuviera prestando atención.

Su teléfono vibró con otro WhatsApp de Sarah.

Acabo de enterarme del lío del ascensor por la señora Henderson. Vas a estar atrapada en espacios pequeños con Jamie, ¿eh? Intenta no dejarle caer encima nada esta vez. 😉

Te odio, respondió April.

Unos minutos más tarde, se encontró apretujada en el viejo ascensor de servicio con el doctor Mitchell, la señora Henderson y un número alarmante de bolsas de la compra.

Luna prácticamente se había contorsionado en su transportín, tratando de acercarse a Jamie, que estaba a su lado.

—Qué perro más dulce —dijo la señora Henderson, una mujer de unos sesenta años, con un cuerpo grande y una media melena castaña rizada, ataviada con un vestido largo amarillo chillón—. Parece que le tiene mucho cariño a nuestro veterinario residente —comentó.

—Luna tiene un gusto cuestionable —murmuró April con sorna.

Los labios de Jamie se torcieron en una mueca.

—Debe venirle de familia. Ya sabes que dicen que los perros se parecen a sus dueños —dijo.

Antes de que April pudiera responder a ese comentario particularmente exasperante, se escuchó un chirrido agudo y el ascensor disminuyó la velocidad a un ritmo preocupante.

—¡Santo Dios! —dijo alegremente la señora Henderson, llevándose una mano al pecho—. Espero que no estemos atrapados.

Técnicamente no estaban atrapados, pero lo parecía, porque el viaje restante duró otros tantos minutos insoportables.

Cuando llegaron a la cuarta planta, April conocía más sobre el marido fallecido de la señora Henderson, el libro actual que habían seleccionado en su club de lectura, y su opinión sobre la eterna soltería del doctor Mitchell, de lo que jamás hubiera querido saber.

—April… —la llamó la señora Henderson cuando finalmente salieron de aquel prehistórico cubículo. —Todos los vecinos vamos a celebrar una fiesta en mi casa la próxima semana. ¡Deberíais venir los dos! —exclamó entusiasmada—. Jamie nunca asiste a nuestras reuniones sociales.

—Normalmente estoy trabajando —se justificó él.

La señora Henderson dirigió su atención a April.

—Bueno, querida, vendrás, ¿no? —insistió—. Nos encantaría conocer mejor a nuestra nueva vecina.

April se encontró aceptando solo para escapar de la conversación y de Jamie Mitchell. Ya buscaría después una excusa para declinar la invitación.

Mientras rebuscaba las llaves en el fondo del bolso, podía sentirlo observándola detrás de ella con una de sus exasperantes medias sonrisas.

—Las fiestas de la señora Henderson en realidad no son tan malas —dijo Jamie cuando April finalmente abrió la puerta—. Aunque su intensidad debe abordarse con precaución —añadió.

—Lo tendré en cuenta —respondió April con rigidez. Luna prácticamente estaba escalando las paredes del transportín—. Si me disculpas, tengo que…

La risa de una mujer llegó desde el piso de Jamie Mitchell, seguida por el sonido de la puerta abriéndose.

Las palabras de April murieron en su garganta cuando Jessica salió del 4ºA. ¿Es que acaso aquella mujer vivía allí?

CAPÍTULO 10

—¡Oh, hola! —Jessica sonrió alegremente—. April, ¿verdad?

Ella asintió, aunque lo hizo de mala gana. Jessica miró a Jamie.

—Jamie, no olvides que me prometiste mirar esas radiografías esta noche —le dijo.

—No se me ha olvidado —respondió él.

Y April notó que la expresión de su cara había cambiado a algo más cauteloso, más reservado.

Rápidamente April entró en su piso y cerró la puerta, tratando de ignorar la conversación que continuaba en el rellano.

Luna salió como un resorte de su transportín en cuanto April lo abrió y corrió para presionar su nariz contra la puerta.

—No, Luna —le dijo April con firmeza. A ver si le entraba ya de una vez en la cabeza—. No estamos interesadas en lo que sea que haga el doctor Mitchell en su tiempo libre, ni con quien lo comparta. ¿De acuerdo?

Luna, como hacía a veces, la ignoró, y se quedó tumbada al lado de la puerta.

—Esta perra es imposible —farfulló April, negando con la cabeza.

Se acercó al armario del salón, donde había instalado el equipo de música y lo encendió. Subió el volumen, ahogando cualquier sonido de la casa de al lado, y se concentró en preparar la cena.

La pantalla de su teléfono se iluminó con un WhatsApp de Mark

para darle todos los datos de la exposición de fotografía del viernes, lo cual fue una distracción bienvenida.

Tengo muchas ganas de ir, escribió April.

Iba a enviar el mensaje cuando un golpe en la puerta le hizo saltar en el sitio. Luna, naturalmente, se puso loca de emoción.

—¿Señorita Carter? —La voz de Jamie sonó a través de la puerta —. El volumen de tu música molesta mis consultas.

April dejó el móvil encima de la encimera de la cocina y salió disparada. Abrió la puerta de un tirón, lista para pelear. ¿Qué cojones se pensaba ese tío?

—¿Así es cómo llamas tú a las mujeres que te visitan? ¿Consultas? —soltó sin poder reprimirse—. ¿Y qué les haces? ¿Les metes el termómetro en el culito?

Las cejas oscuras de Jamie se alzaron con asombro.

—¿Perdón? —dijo.

April se dio cuenta de lo que acababa de decir y de su actitud. Joder, aquel hombre sacaba su parte macarra.

—Nada —dijo rápidamente en tono suave, regañándose a sí misma por no haber sido capaz de morderse la lengua. ¿De verdad le había preguntado que si metía el termómetro a las mujeres en el culito?

¡Qué puto horror!

Jamie la estudió unos segundos con los brazos cruzados por encima del pecho, y April luchó contra el impulso de ponerse nerviosa bajo su mirada. ¿Por qué tenía ese efecto en ella?

—¿Sabes? —dijo finalmente Jamie—, para ser alguien que tiene la estricta misión de ignorarme, pareces muy interesada en mi vida

personal.

April sintió que se le calentaba la cara violentamente.

—No estoy... —balbuceó. Arrugó la frente con expresión confusa —. ¿Cómo sabes eso? ¿Te lo ha contado Sarah? —le preguntó, indignada.

Si se lo había contado ella la mataría, lenta y dolorosamente, a ser posible.

—No hablas precisamente bajo —respondió Jamie, con semblante divertido—, y estas paredes son más delgadas de lo que piensas.

Las implicaciones que suponía aquella declaración hicieron que April quisiera que la Tierra la tragara. ¿Cuántas de sus conversaciones había escuchado?

¡Mierda!

«Que no cunda el pánico —se dijo—. No te dejes llevar por los nervios».

Aquella batalla la había ganado él, pero la guerra todavía no. La guerra todavía estaba por decidirse.

—Vale —logró decir, muerta de vergüenza—. Bajaré la música. No quiero interrumpir tus... consultas.

—Son consultas reales —afirmó Jamie, con un punto de irritación en la voz—. Jessica me trae casos complejos de su clínica para que le dé una segunda opinión. Aunque no es que tenga que darte explicaciones.

—Tienes razón, no tienes que darme explicaciones —dijo April—. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer.

Cerró la puerta antes de que él pudiera responder, luego se apoyó contra ella, con el corazón a mil por hora.

Resopló.

Luna miró alternativamente a ella y a la puerta, claramente en

conflicto sobre dónde debería recaer su lealtad.

—Ni lo pienses —susurró April—. No nos involucraremos en la complicada vida amorosa del doctor Mitchell. Nos concentraremos en otras cosas; como el trabajo, mi cita con Mark, y…

Su teléfono volvió a sonar con un WhatsApp de Sarah.

La señora Henderson acaba de decirme que Jamie y tú haríais una pareja adorable. ¿Debería empezar a planificar la boda? 😌 😌

April gimió y apagó el teléfono. ¿Por qué la señora Henderson era tan chismosa?

Se dirigió al equipo de música y bajó el volumen. Por nada del mundo quería que Jamie le aporreara de nuevo la puerta.

A través de la pared, podía oír su voz grave, presumiblemente hablando de medicina veterinaria con Jessica.

April se dijo con determinación que no le importaba de qué hablaran, como si lo hacían de la cría de los mapaches.

El viernes iba a tener una cita con un hombre atractivo que no tenía mujeres desfilando constantemente por su piso. Y ella tenía un buen trabajo, una bonita casa (a pesar de las paredes delgadas) y un plan meticulosamente trazado para evitar complicaciones. Su vida era perfecta.

El intercomunicador del edificio cobró vida, provocando que se sobresaltara. Lo descolgó.

—Atención residentes —anunció la voz del administrador del edificio—. Debido a complicaciones adicionales, el mantenimiento del ascensor probablemente se extenderá hasta la próxima semana. Agradecemos su paciencia y recomendamos coordinar con sus vecinos el uso del ascensor de servicio. Mañana por la mañana se publicará una hoja de registro en el vestíbulo.

Luna ladró alegremente ante el anuncio, como si entendiera exactamente lo que significaba.

April miró a su perra traidora, luego a la pared que compartía con Jamie Mitchell y luego a su teléfono apagado, que probablemente ya tenía una docena de mensajes burlones de Sarah.

—Esto no ayuda nada a mi plan de evitar complicaciones —dijo en voz baja. Tenía miedo de que el vecino pudiera oírla.

CAPÍTULO 11

Más tarde, aquella noche, después del último paseo del día de Luna (que requirió otro insoportable viaje en el viejo ascensor de servicio, afortunadamente sin el doctor Mitchell esa vez), April finalmente volvió a encender su teléfono. Como era de esperar, inmediatamente se iluminó. Su pantalla estaba llena de WhatsApp.

Sarah le había enviado no menos de doce mensajes, cada uno más sugerente que el anterior.

El último decía:

La señora Henderson está organizando una apuesta entre los vecinos sobre cuánto tiempo os llevará a Jamie y a ti liaros. ¿Debería apostar dinero por «atrapado en el ascensor de servicio» o «beso bajo el muérdago en Navidad»?

April lanzó un gruñido.

—Oh, por Dios —gimoteó.

Te odio, respondió por segunda vez a su amiga aquel día. *Y para que lo sepas, tengo una cita con otra persona el viernes,* añadió.

La respuesta de Sarah fue inmediata:

¡Oh, cuéntamelo todo! ¿Es tan atractivo como Jamie?

April ignoró ese mensaje y prefirió responder finalmente a Mark. Había dejado su contestación en el aire cuando Jamie había aporreado su puerta.

Mientras escribía de nuevo su confirmación, pudo escuchar otra vez la voz del doctor Mitchell a través de la pared. Estaba hablando por teléfono, en un tono profesional y serio, discutiendo sobre lo que parecía un caso complicado de cirugía.

Luna estaba tumbada junto a la pared que compartían, con la cabeza inclinada mientras escuchaba su voz.

April le arrojó un cojín blando. Luna ni se inmutó, porque ni siquiera la dio. ¿Pero qué narices le pasaba?

—No estamos celosas —le dijo severamente a su mascota—. Somos personas adultas. Bueno, tú no eres una persona —matizó—, pero sí eres adulta, y como seres adultos, no nos importa lo que haga el molesto vecino de al lado.

El teléfono de April sonó; era Sarah, naturalmente.

Adoraba a su amiga y bajaría al mismísimo infierno por ella, pero podía llegar a ser muy pesada.

—Bien, dime —exigió saber Sarah tan pronto como April descolgó —. ¿Con quién tienes la cita? ¿Y por qué intentas poner celoso a Jamie?

April casi gritó de indignación.

—No estoy intentando... —Bajó la voz, mirando hacia la pared—. No estoy intentando poner celoso a nadie —dijo—. Mark es un tío del trabajo. Un chico normal, muy atractivo, al que le gusta el arte, y que no tiene mujeres yendo y viniendo constantemente de su piso.

—Ah —exclamó Sarah con complicidad—. Así que has notado la activa vida social de Jamie… —observó.

—Es difícil no darse cuenta cuando desfilan por el rellano —murmuró April—. No es que me importe, por supuesto. Solo estoy tratando de vivir mi vida y pasear a mi perra traidora, la cual, según todas las señales, está enamorada de él.

—Es normal que Luna se haya enamorado de Jamie, es encantador con los animales y tiene muy buena mano con ellos —dijo Sarah, haciéndose eco de su comentario anterior.

April bufó.

—Claro que es encantador con los animales y que tiene buena mano con ellos, es veterinario —le recordó a su amiga.

—¿Sabes? Jamie no ha salido seriamente con nadie desde…

April la interrumpió de inmediato.

—No quiero saberlo —la cortó—. No necesito conocer su historial de citas ni necesito saber nada sobre él, excepto su agenda hora por hora, y solo para poder evitarlo.

Sarah sonrió al otro lado del teléfono.

—¿Y cómo vas con eso? —le preguntó.

En el tono de su voz dejó entrever lo poco convencida que estaba respecto a esa particular cruzada que quería llevar a cabo April.

Antes de que pudiera responder, se escuchó un golpe seco y estrepitoso en el piso de Jamie. Después un gritó agudo, seguido de una retahíla de maldiciones ahogadas.

Luna inmediatamente se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. Empezó a dar vueltas, visiblemente inquieta.

—Espera un momento, Sarah —le dijo April, siguiendo a la Yorkshire—. Creo que ha pasado algo…

Abrió la puerta y se dirigió al piso de Jamie. Llamó al timbre varias veces seguidas con impaciencia. ¿Y si se había caído y no podía levantarse? ¿Y si se le había caído algo encima y…?

Sus pensamientos quedaron suspendidos en la cabeza cuando Jamie abrió la puerta.

Iba vestido con unos pantalones de deporte de color negro y estaba descalzo. April trató de no fijarse en que estaba sin camiseta y que tenía el torso desnudo.

¡Santo Dios! ¡Qué torso! En aquella tabla podría lavarse la ropa sin problema.

Tragó saliva porque se le había quedado la boca seca.

«Céntrate, April», se regañó.

Cuando fue capaz de reaccionar, observó que Jamie cojeaba y que tenía una bolsa de hielo sujeta al pie derecho.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada. Las palabras salieron de la boca de April antes de que pudiera detenerlas.

Luna ladró y comenzó a dar saltitos al lado de Jamie.

Jamie arqueó las cejas. La sorpresa cruzó sus rasgos antes de ser reemplazada por su habitual expresión de serenidad.

—Sí, estoy bien. —respondió—. Acabo de dejar caer un vademécum de más de mil quinientas páginas en mi pie mientras reorganizaba una de las estanterías. Pero, por lo demás, todo bien.

Dolía solo escucharlo. ¿Más de mil quinientas páginas? Madre de Dios.

—¿A las doce de la noche? —dijo April con cierto reproche.

¿Es que no tenía horas durante el día para ponerse a ordenar?

—A algunos nos gusta ser productivos incluso fuera del horario de trabajo —respondió Jamie, aunque su tono era menos mordaz que de costumbre—. En lugar de gastar el tiempo tratando de trazar elaboradas estrategias para evitar al vecino.

April sintió que las mejillas le ardían. Maldita la hora en la que la había escuchado decir aquello.

—Yo no…

—¿April? —La voz de Sarah llegó a través de su teléfono, que todavía estaba en línea.

—Sí —dijo ella.

—¿Estás hablando con Jamie? ¡Ponme en manos libres!

¿Qué? ¿Sarah estaba loca? ¿Ponerla en manos libres para hablar?

No, de ninguna manera. Ni de coña.

—Adiós —se despidió April, colgando rápidamente. Miró a Jamie Mitchell y añadió—: Que tengas buena suerte con tu... reorganización nocturna.

—Buena suerte con tus estrategias para evitarme —respondió él, moviendo exageradamente los labios—. Aunque tal vez te lleve algo de tiempo conseguirlo.

April lo taladró con la mirada. ¿Qué había querido decir con eso?

Dios, era tan odioso. Pero tan, tan odioso.

—Vamos, Luna —la llamó.

Luna eligió ese momento para ignorarla. Y no solo eso, si no que se tumbó a los pies de Jamie, moviendo el rabo de un lado a otro para mostrar su entusiasmo.

La expresión de Jamie se suavizó cuando se agachó para rascarle detrás de las orejas. Sonrió, con ese gesto tan genuino que mostraba cuando estaba con animales.

—Buena chica —susurró. Luna le lamió cariñosamente la mano—. Al menos alguien en tu casa tiene buenos modales —dijo, haciendo de nuevo gala de su habitual sarcasmo.

April decidió no hacer ningún comentario al respecto. Probablemente empezarían a discutir y se tirarían así hasta la madrugada. Lo más sensato era callarse, o el vademécum de más de mil quinientas páginas acabaría en la cabeza de su vecino.

—Luna, a casa —la llamó de nuevo, tratando de sonar severa. Pero Luna la ignoró por completo otra vez.

Dios Santo, su mascota se comportaba como una adolescente encaprichada del chico malo del instituto.

—¿Sabes? —dijo el doctor Mitchell, todavía acariciando a Luna—. Todo sería más fácil si simplemente admitieras que en realidad no me odias.

April lo miró fijamente.

—No te odio. Solo creo que eres prepotente e insufrible —respondió.

—Casi nada —se burló Jamie—. Y aún así, aquí estás, preocupándote por si me ha pasado algo.

—Estaba comprobando de dónde provenía el golpe que he escuchado —protestó April, a la defensiva—. Podría haber sido un ladrón.

—¿Un ladrón? —repitió Jamie con incredulidad.

—Sí, podría haber sido un ladrón —afirmó April, sintiéndose cada vez más tonta.

Jamie se enderezó, haciendo una leve mueca mientras apoyaba el peso en su pie herido.

—Bueno, gracias por tu preocupación, pero debo volver a mi tarea —dijo.

—Ok. Vamos, Luna —dijo April.

Sin embargo Luna no hizo ningún movimiento para apartarse del lado de Jamie.

—Luna —dijo April con más firmeza—. Vamos, ahora.

—Luna puede quedarse, si quiere —le ofreció Jamie, y April podría haber jurado que estaba tratando de no sonreír. Era detestable—. Me vendría bien algo de compañía mientras clasifico mis libros.

—Por supuesto que no —respondió April, tajante. Se agachó y cogió a Luna en brazos—. Mañana tenemos que levantarnos temprano —dijo—. Además, tenemos una semana muy ocupada por delante. —April dio un golpe de melena—. Con muchos planes… lejos de este edificio.

—Claro. —Jamie estuvo de acuerdo, aunque su tono sugería que se estaba mofando de ella—. ¿La exposición de fotografía urbana el viernes, tal vez?

April se quedó helada. Sintió que se quedaba sin sangre en el rostro.

—¿Cómo sabes…? —No le salían las palabras.

—Paredes delgadas, ¿recuerdas? —dijo Jamie.

«Malditas paredes».

Definitivamente Jamie estaba sonriendo. Mejor dicho, se estaba descojonando de April. Menudo cabrón.

—Diviértete con Mark, y trata de no dejarle caer nada en el coche.

Con ese último consejo, Jamie se dio la vuelta y desapareció tras la puerta de su piso, dejando a April de pie en el pasillo, con su Yorkie, que no cooperaba en absoluto para tomar distancia con él; y con un fuerte deseo de gritar contra una almohada.

De vuelta en su apartamento, encontró seis nuevos mensajes de texto de Sarah:

¿Era Jamie al que escuché?

¿Qué estaba haciendo?

¿Tenía camisa? Su torso es es-pec-ta-cu-lar.

¿Luna te ha traicionado otra vez?

¿Por qué no me respondes?

Dios mío, estás hablando con él, ¿no?

April silenció su teléfono.

—Sarah, por favor —masculló.

Muy a su pesar, April estaba totalmente de acuerdo en que el torso de Jamie era espectacular. Parecía de otro mundo.

A través de la pared, April podía oírle moviéndose. De vez en cuando murmuraba algo para sí mismo mientras presumiblemente continuaba organizando sus libros. El sonido era extrañamente doméstico, tan normal que casi era tranquilizador.

Luna había retomado su lugar junto a la pared, claramente esperando tener más interacción con su nueva persona favorita.

—Esto es ridículo —le dijo April a su reflejo en el cristal de la puerta que daba al pequeño balcón que había en el salón—. No vamos a convertirnos en la clase de vecinos que se espían unos a otros a través de la ventana o la mirilla. Seremos la clase de vecinos educados pero distantes, que comentan el tiempo cuando se encuentran. Nos concentraremos en el nuevo trabajo, en las citas con tipos normales como Mark, y...

El intercomunicador del edificio sonó, April se acercó a la puerta y lo descolgó.

—¿Sí?

—Atención —sonó la voz del administrador del edificio—, residentes de los pisos 3 a 7, debido a un problema de última hora con el programa de mantenimiento, el trabajo en las escaleras se extenderá hasta fin de mes. Utilicen la hoja de registro que hay en el vestíbulo para usar el ascensor de servicio de forma ordenada y recuerden coordinar los horarios con sus vecinos de planta para una organización óptima. Agradecemos su continua paciencia durante este tiempo.

—Pero ¿qué jodida broma es esta? —susurró April.

A través de la pared, escuchó a Jamie Mitchell reír suavemente.

Cabrón.

Agarró su teléfono, quitó el silencio y le envió un WhatsApp a Sarah.

Voy a necesitar mucho más vino para pasar este mes que el que has dejado en el botellero de la cocina.

La respuesta de Sarah no tardó en llegar.

Pediré en Amazon un estuche de cinco botellas para que te llegue mañana mismo. Un exquisito Penfolds Saint Henri Shiraz del 2019. Considéralo un regalo de bienvenida. ¿O tal vez un regalo de compromiso? 😉

April suspiró ruidosamente.

¿Un regalo de compromiso? ¿Se había vuelto loca?

Miró a Luna, que ahora se quejaba suavemente contra la pared que compartían con Jamie, luego volvió la vista a su teléfono, que estaba lleno de mensajes burlones de Sarah, y luego miró a un punto indeterminado de la nada, pensando en el horario del ascensor de servicio que tendría que coordinar con su insufrible vecino.

CAPÍTULO 12

April se dio cuenta de que la Ley de Murphy se refería específicamente al mantenimiento de los ascensores de aquel edificio. Todo lo que podía salir mal, estaba saliendo mal. Irremediablemente.

Habían pasado seis días desde que el ascensor principal se había averiado, y el ascensor de servicio funcionaba según lo que George diplomáticamente llamaba «con un horario eficiente y creativo».

Esto significaba que cada residente tenía que coordinar cuidadosamente sus subidas y sus bajadas, lo que llevaba a una compleja danza de sincronización y negociación que hacía que las salidas para dar los paseos rutinarios de Luna parecieran operaciones militares tácticas.

Por eso estaba corriendo como una exhalación por el vestíbulo a las siete y media de la mañana, con Luna trotando a su lado, intentando tomar el ascensor antes de que pudiera encontrarse con Jamie Mitchell. Tenía una reunión crucial con un cliente a las nueve y perder el ascensor significaría llegar vergonzosamente tarde.

—¡Sujete la puerta, por favor! —exclamó, al ver que el ascensor de servicio estaba a punto de cerrarse.

Una mano familiar salió disparada para detener las puertas. Los pies de April vacilaron al darse cuenta de quién sería su compañero en el ascensor.

Jamie Mitchell estaba dentro.

Se veía injusta y rabiosamente guapo con unos pantalones

vaqueros rotos y una camiseta azul oscuro que hacía que sus ojos parecieran aún más verdes de lo habitual.

No es que April se fijara en esas cosas.

Claro que no.

—¿Subes? —preguntó él, con esa exasperante media sonrisa suya.

La cola de Luna comenzó a moverse con tanta fuerza que todo su trasero tembló. April consideró seriamente subir las escaleras, aunque estuvieran en fase de reconstrucción, aunque hacerlo implicara dar un resbalón y romperse la crisma.

—Ya voy tarde —murmuró, entrando finalmente en el ascensor.

Luna inmediatamente intentó trepar por Jamie como si fuera un árbol.

—¿Qué tal estás, pequeña? —dijo él en tono cariñoso mientras le acariciaba la cabeza. —Al menos alguien está feliz de verme esta mañana —añadió.

April no dijo nada. Se distrajo revisando su teléfono, tratando de ignorar cómo el pequeño espacio parecía reducirse aún más con la presencia de Jamie.

El ascensor comenzó su chirriante ascenso, haciendo unos ruidos preocupantes en los que April no deseaba pensar.

—¿Una reunión importante? —le preguntó Jamie, después de un momento de silencio.

—¿Qué? —April levantó la vista de su teléfono y lo encontró mirándola con lo que parecía ser un interés genuino.

—Estás vestida más formalmente de lo habitual —observó, señalando su chaqueta hecha a medida y su falda lápiz.

—No sabía que llevaras un registro de mi ropa —respondió ella.

Inmediatamente se regañó por la forma en que lo había dicho.

¿Por qué siempre estaba a la defensiva con él? No lo entendía.

Los labios de Jamie se torcieron, pero había un rastro de mordacidad en ellos.

—Soy observador, nada más. Es parte de mi trabajo —contestó.

—Claro —dijo April—. Bueno, sí, tengo una reunión importante con un cliente, a la que llegaré tarde si este trasto no…

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando el ascensor emitió un horrible chirrido y se detuvo con una sacudida. Las luces del techo parpadearon siniestramente.

—¡No! —dijo April con firmeza, como si con su autoridad pudiera ordenarle al ascensor que siguiera su ascenso. Pero el ascensor no se movió—. No, no, no —gimoteó desesperada, al darse cuenta de que sus peores augurios se estaban haciendo realidad—. ¿Pero qué demonios les pasa a los ascensores de este edificio? —se quejó.

Parecía que había caído una maldición sobre ellos. O sobre ella. La Ley de Murphy se estaba pasando.

Jamie pasó junto a ella para presionar el botón de emergencia. Su colonia, con unas notas amaderadas y presumiblemente cara, abrumó brevemente sus sentidos.

El intercomunicador cobró vida.

—Línea de emergencia del ascensor de servicio —respondió una voz femenina que sonaba aburrida—. Por favor, indique la naturaleza de su emergencia.

—Soy Jamie Mitchell del 4ºA. El ascensor se ha detenido entre los pisos tres y cuatro. La señorita Carter, del 4ºB, y su Yorkshire Luna, están conmigo.

—Ah, doctor Mitchell. —La voz se animó considerablemente—. No os preocupéis, os sacaremos de ahí. Aunque puede tardar un poco. El personal de mantenimiento está ocupado, arreglando la avería de uno de los ascensores de la Torre Willis.

—¿Cuánto puede durar «un poco»? —demandó rápidamente April, acercándose más al intercomunicador.

—Es difícil de decir, podría ser una hora o dos. Quizás más si se topan con tráfico.

La mañana cuidadosamente planeada de April se desmoronó ante sus ojos.

—¡Tengo una reunión en una hora! —exclamó.

—Será mejor que se ponga cómoda entonces —respondió alegremente la voz, antes de interrumpirse y de que se cortara la comunicación.

April se volvió para mirar a Jamie con los ojos entornados, como si de algún modo le estuviera diciendo que aquello era culpa suya. Él levantó las manos en señal de rendición.

—No me mires así, yo también voy a faltar a unas cuantas citas —dijo.

—Esto es una mierda, una mierda de verdad —murmuró April, sacando su teléfono—. Y encima no hay cobertura. —Chasqueó la lengua—. Claro que no hay cobertura, porque ¿por qué iba a salir algo bien hoy? —dijo con una mezcla de desesperación y resignación en la voz.

Luna, completamente imperturbable por la situación, se había sentado a los pies de Jamie, mirándolo con adoración, como lo miraba desde que lo había conocido.

—Traidora —susurró April.

Lo había dicho como cien veces desde que se había mudado, pero es que le fastidiaba que su mascota se hubiera «enamorado» precisamente del hombre que peor la caía en el mundo. Era ella quien le daba de comer y quien la sacaba a pasear. ¡Quien la cuidaba! ¿No debería estar de su parte?

Jamie levantó los ojos hacia April.

—Podrías intentar ser un poco más como Luna. Ella claramente se ha dado cuenta de que yo no soy el enemigo —dijo, apoyándose contra la pared del ascensor con una despreocupación que April definitivamente envidiaba. ¿Cómo podía estar tan tranquilo?

—Luna también se muerde la cola y a veces incluso se come su propio vómito —le recordó April, enfatizando sus palabras con un efusivo alzamiento de cejas—. Su juicio es, en el mejor de los casos, cuestionable.

Para su sorpresa, Jamie se rio. Era una risa real, no su habitual risa sardónica y llena de mordacidad.

El sonido le provocó a April algo extraño en el estómago, algo que decidió atribuir a la ansiedad del momento. Toda aquella situación del ascensor le tenía los nervios de punta.

—Es un buen punto —admitió Jamie—. Aunque tuvo muy buen criterio con el tumor del gato de la señora Henderson.

April parpadeó, sorprendida.

—¿Qué?

—El otro día, cuando Luna no dejaba de ladrarle a Félix durante una de las reuniones sobre el ascensor… —Jamie volvió a rascar las orejas de Luna, ganándose un suspiro de felicidad de la Yorkshire—. Ella se centraba en su lado izquierdo. Todo el tiempo. Era ese lado el que olisqueaba y sobre el que ponía atención. Eso me puso sobre aviso durante su examen anual. Encontré una pequeña masa tumoral en su intestino que detecté justo a tiempo.

Sí, April se acordaba.

Luna no paraba de ladrar al gato de la señora Henderson. Tuvo que regañarla varias veces para que se callara, aunque no lo consiguió. Luna insistía una y otra vez. Pero lo achacó simplemente a que se trataba de un gato y a la animadversión que hay entre ellos.

April miró a su mascota con un nuevo aprecio.

—Pensé que solo lo estaba molestando —comentó.

—Luna es más inteligente de lo que crees —dijo Jamie en voz baja.

Algo en su tono hizo que April levantara la vista, solo para encontrarlo mirándola con una intensidad que la dejó sin aliento.

El ascensor eligió ese momento para estremecerse violentamente. La sacudida provocó que April perdiera el equilibrio. Jamie la agarró del brazo y la sujetó justo cuando las luces se apagaron por completo, dejando el cubículo totalmente a oscuras unos segundos.

CAPÍTULO 13

—Esto va de mal en peor —dijo April en la oscuridad.

Las luces de emergencia se encendieron, bañando el ascensor con un misterioso resplandor azul.

De repente April fue muy consciente de que la mano de Jamie todavía estaba en su brazo, la sentía cálida a través de la tela de su chaqueta.

—Han cortado la energía —comentó Jamie, apartando la mano y dejándola caer en su costado. Era extraño, pero April creyó sentir frío en el lugar donde la había tocado—. La avería debe estar afectando también al generador auxiliar.

—Gracias por la información, *Señor Obvio* —murmuró April, tratando de controlar los latidos de su corazón. Enderezó la espalda.

—Por favor, dime que no tienes miedo a la oscuridad —comentó Jamie.

—No —respondió April.

Y por si fuera poco, pudo escuchar la diversión en la voz de Jamie.

—Aunque si tienes miedo a la oscuridad, puedes decírmelo. Prometo no reprochártelo. Confidencialidad médico-paciente y todo eso…

—No soy tu paciente —señaló April, deslizándose hacia abajo para sentarse en el suelo. Si iba a quedarse atrapada ahí durante un buen rato (y es lo que parecía, que aquello iba para largo), más le

valdría estar cómoda, o acabaría con las piernas entumecidas.

—Tú no, claro —dijo Jamie, uniéndose a ella en el suelo después de un momento de vacilación—. Pero Luna sí. Y se decepcionaría conmigo si no cuidara bien a su humana.

Luna, al escuchar su nombre, abandonó su puesto a los pies de Jamie para colocarse entre ellos, apoyando su cabeza en el regazo de April mientras mantenía su cola presionada contra la pierna de Jamie.

—Suiza —acusó April a su mascota—. Eres como Suiza en esta guerra —dijo.

—¿Es eso lo que es esto para ti? —preguntó Jamie—. ¿Una guerra?

Algo en su voz hizo que April girara el rostro para volver a mirarlo. Con el resplandor azulado de las luces de emergencia, sus rasgos eran de algún modo más suaves, menos cautelosos, pero igual de atractivos.

—¿Cómo lo llamarías tú? —preguntó ella.

Jamie pareció considerar su respuesta.

—Malentendido.

—¿Malentendido? —repitió April.

—Creo que la primera impresión que te di no es del todo exacta.

—¿Te refieres a cuando te jodí el parabrisas?

—Reaccioné mal ante un accidente y te hice pensar que era un imbécil prepotente.

April levantó una ceja.

—¿Estás diciendo que no lo eres?

—Oh, no, seguramente lo soy —dijo Jamie con una pequeña sonrisa—. Pero quizás no sea tan malo como crees.

En contra de su buen juicio y de su plan de mantenerse distante, April se encontró devolviéndole la sonrisa. Un gesto suave que elevó la comisura de sus labios ligeramente.

—Bueno, supongo que ya no estoy planeando de manera activa tu desaparición —bromeó—. Luna nunca me lo perdonaría.

—Eso es un gran elogio. —Él se movió ligeramente y su hombro rozó el de April—. Entonces, esa importante reunión... ¿es con un cliente nuevo?

April se lanzó a explicar su última campaña de marketing con una prestigiosa empresa japonesa, y se sorprendió al descubrir que realmente quería compartir esos detalles con Jamie. Él hizo preguntas inteligentes y dio opiniones sobre el tema que demostraban que realmente estaba escuchando y que tenía un interés genuino por su trabajo.

La conversación fluyó más fácilmente después de ese momento. Descubrieron un amor compartido por las películas independientes de terror, debatieron sobre el sabor del café de diferentes cafeterías del vecindario e intercambiaron historias sobre sus casos y clientes más memorables.

—Espera —dijo April, riéndose a carcajadas—. ¿La iguana hizo qué?

—Se escapó por las rejillas de ventilación —repitió Jamie, sonriendo—. Nos llevó cuatro horas dar con ella. ¡Cuatro horas! El dueño estaba convencido de que se estaba vengando de él porque se había retrasado en ponerle el desayuno.

—¿Y era una venganza? —preguntó April.

—Probablemente. Las iguanas pueden ser sorprendentemente vengativas —respondió Jamie—. Además, se piensan que sus dueños son sus sirvientes.

—¿Cómo los gatos?

—Más o menos —dijo Jamie.

April se encontró estudiando su perfil mientras hablaba, observando cómo todo su rostro se iluminaba cuando contaba historias sobre sus pacientes.

Jamie Mitchell era... atractivo. Por supuesto que lo era; pero tenía algo más, algo en lo que April no quería pararse a pensar demasiado.

—Tu turno —dijo él. Al girar el rostro hacia April, la sorprendió mirándolo. Bueno, escrutándolo detenidamente. Pero no dijo nada—. La solicitud más ridícula que te haya hecho un cliente.

April sintió que se le calentaban las mejillas. La había pillado *in fraganti.* Para disimular, se lanzó a contar una historia sobre un cliente que quería que su marca de comida de lujo para perros se comercializara exclusivamente para dueños de mascotas zurdos. La risa de Jamie llenó el pequeño espacio, haciéndolo sentir, de alguna manera, menos claustrofóbico.

—La gente está fatal de la cabeza —comentó Jamie.

—Ni que lo digas —dijo April—. Le advertí que perdería clientes y dinero con ese tipo de publicidad, pero no me hizo caso.

Luna se había quedado dormida entre ellos, roncando suavemente con la cabeza todavía en el regazo de April y la espalda presionada contra la pierna de Jamie.

—A Luna realmente le gustas —dijo April, acariciando cariñosamente la cabeza de la Yorkie.

—El sentimiento es mutuo. Luna es maravillosa —respondió Jamie.

April pensó que, si hubiera oído lo que Jamie acababa de decir de ella, estaría agitando la cola con tanta fuerza que haría que el ascensor se pusiera en marcha.

Después de una pausa, Jamie añadió:

—A pesar de lo que puedan pensar los vecinos o tú, no disfruto

siendo el villano del edificio.

—No creo que seas un villano —dijo April. Ante la oscura ceja levantada de Jamie, ella se corrigió—. Más. Aunque tienes una vida social bastante... activa.

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas. Jamie se giró para mirarla de lleno, con algo ilegible en su expresión.

—Cuidado —dijo en voz baja—. Eso casi suena a celos.

El corazón de April dio un vuelco. ¿Celos? ¿Se le había ido la olla? ¿De dónde se sacaba Jamie Mitchell que ella pudiera estar celosa?

—No... no son... —balbuceó—. Tengo una cita mañana —dijo de sopetón, como si eso fuera justificación de algo.

—Sí, con Mark de marketing. Todo el edificio lo sabe, gracias a la red de chismes de la señora Henderson.

¿Era su imaginación o Jamie sonaba un poco tenso?, pensó April.

—Ah, la señora Henderson, esa mujer que es capaz de hacer una radiografía de tu infancia solo con saludarla —comentó, inclinando la cabeza hacia un lado—. Si tuviste un hámster de pequeño, estoy segura de que sabe hasta el nombre.

Jamie se echó a reír.

—A veces creo que tiene micrófonos repartidos por todos los pisos —replicó con una sonrisa burlona.

April lo miró, mientras reflexionaba en serio sobre aquella posibilidad.

—Dios, ¿te imaginas? —dijo, horrorizada.

Jamie se rio con complicidad.

—Lo suyo no es normal.

—Desde luego si no tiene micrófonos, tiene un oído muy fino.

Las risas llenaron el aire.

Luna se movió un poco en el sitio, acomodando la postura. Abril cogió aire y pasó la mano por el lomo de su mascota.

—Es una cita tranquila con un compañero de trabajo —dijo, más para sí misma que para Jamie—. Sin complicaciones.

—¿Quieres decir aburrida? —replicó él.

—No todo el mundo necesita que su vida esté llena de relaciones dramáticas.

La mandíbula de Jamie se tensó.

—No sabes nada sobre mis relaciones —dijo.

—Sé lo suficiente —respondió April—. Las paredes son muy delgadas, ¿recuerdas?

El ambiente del ascensor cambió. Pasó de algo distendido y casi agradable a algo decididamente peligroso.

Jamie abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera hacerlo, las luces de emergencia parpadearon y se apagaron por completo.

—Joder, pero ¿qué coño está pasando? —se quejó April.

Por más que trataba de que sus pupilas se adaptaran a la penumbra, no lo conseguía.

Luna se despertó sobresaltada, gimiendo ante la repentina oscuridad.

—Todo está bien, cariño —la tranquilizó April, sin dejar de acariciarla.

Entonces sintió que Jamie se movía a su lado, su brazo rozando el de ella mientras cogía algo.

De pronto, la linterna de su teléfono iluminó el espacio del cubículo. A la brillante luz, su expresión volvió a ser cuidadosamente neutral.

—Gracias —murmuró April, sintiéndose confusa.

Se había puesto demasiado cómoda y había bajado demasiado la guardia. Esa era exactamente la razón por la que necesitaba ceñirse a su estrategia de evasión.

Se acomodaron de nuevo en un silencio raro, solo roto de vez en cuando por los suspiros ocasionales de Luna mientras se volvía a dormir.

April era muy consciente de cada punto donde el cuerpo de Jamie tocaba el de ella y del calor que irradiaba él en comparación con las paredes frías del ascensor.

Después de lo que pareció una eternidad, las luces de emergencia volvieron a encenderse. Casi simultáneamente, el intercomunicador cobró vida.

—¿Doctor Mitchell? ¿Señorita Carter? El equipo de mantenimiento ha llegado. Los sacarán de ahí en un par de minutos.

—Gracias a Dios —respiró April, aliviada, aunque una pequeña parte de ella se sintió extrañamente decepcionada. Pero ¿por qué?

Jamie se levantó y le ofreció su mano. Después de unos instantes de vacilación, April la tomó, tratando de ignorar la chispa de electricidad que la atravesó por el contacto.

—Bueno… —dijo Jamie mientras la impulsaba para ayudarla a levantarse—, al menos no nos hemos matado entre nosotros.

April lo miró de reojo.

—El día aún no ha terminado —respondió, pero no había ninguna nota ácida en sus palabras.

Él la estudió durante un momento, y luego dijo en voz baja:

—¿Sabes? No todo es tan simple como parece, April.

Era la primera vez que Jamie usaba su nombre de pila. Y algo en la forma en que lo dijo, en la forma de pronunciarlo, hizo que April sintiera un escalofrío.

Antes de que pudiera responder, el ascensor volvió a moverse con

un estremecimiento. Un minuto más tarde, el equipo de mantenimiento los estaba ayudando a salir.

CAPÍTULO 14

—Doctor Mitchell —dijo uno de los trabajadores—, perdón por el retraso.

April usó la distracción que suponía la conversación de Jamie con uno de los hombres de mantenimiento para escapar, arrastrando prácticamente a Luna con ella.

Una vez dentro del piso, se apoyó contra la puerta, con el corazón latiéndole a mil por hora, y lanzó al aire un suspiro.

¿Qué había pasado?

Se sentía distinta. Se sentía… Sacudió la cabeza con fuerza. No quería pensarlo. No quería pensar en nada.

A través de la pared, oyó a Jamie entrando en su apartamento y hablando por teléfono para reprogramar varias citas. A April le pareció que su voz sonaba diferente ahora que había pasado horas conversando con él en la semipenumbra del ascensor.

Luna fue directa a la pared que compartían ambas viviendas y se tumbó con un suspiro dramático.

—No te pongas así —le dijo April—. Ni siquiera se te ocurra empezar. Sigue siendo insoportable y complicado y no es alguien que nos interese en absoluto —aseveró—. ¿Lo entiendes?

Luna se limitó a girar la cabeza y a apoyarla sobre las patas delanteras.

El teléfono de April, al tener cobertura nuevamente, se iluminó con varios WhatsApp. Uno de Mark confirmando la hora de la cita al

día siguiente, varios de su secretaria sobre la reunión perdida, y otro de Sarah.

La señora Henderson me acaba de decir que te quedaste atrapada en el ascensor de servicio con Jamie durante varias horas. Detalles. Ahora.

April miró su reflejo en la ventana y notó sus mejillas sonrojadas y sus ojos brillantes. Parecía... afectada

—Esto no va bien —se dijo.

A través de la pared, escuchó a Jamie reírse de algo. El sonido le provocó un escalofrío involuntario por la espalda al recordar cómo había reído de esa manera con ella en el ascensor.

Luna lanzó un quejido a la pared.

—Lo sé —le dijo April—. Lo sé. Estamos en problemas.

La cola de Luna golpeó contra el suelo en lo que definitivamente era una afirmación, un sí como una catedral de grande.

April pasó la siguiente hora reprogramando la reunión con su cliente y tratando de no pensar en la forma en que el cuerpo de Jamie había rozado el suyo en la oscuridad. En esto último fracasó estrepitosamente.

Su teléfono volvió a sonar (Sarah) por quinta vez.

—Estoy bien, respondió April sin preámbulos, al descolgar la llamada—. No pasó nada.

—¿Nada? —El escepticismo de Sarah era palpable—. ¿Estuviste

atrapada en un pequeño ascensor con el veterinario más *sexy* de Chicago durante varias horas y no pasó nada?

—Hablamos —admitió April—. Sobre el trabajo, y las películas que nos gustan. Y sobre una iguana que tuvo de paciente y que aparentemente se estaba cobrando una venganza contra su dueño.

—Oh, Dios mío, ahora estás pensando en él con su nombre de pila, ¿verdad? —dijo Sarah, que no se le escapaba una.

April se quedó helada.

Ni siquiera se había dado cuenta de que había empezado a pensar en él como Jamie en lugar de como el doctor Mitchell.

—Eso... no es relevante —logró decir.

—Cariño —dijo Sarah con complicidad—, todo lo relacionado con Jamie Mitchell es relevante. Dime exactamente qué pasó, empezando por...

Un golpe en la puerta la interrumpió. Luna, que había estado de mal humor junto a la pared desde que habían vuelto, inmediatamente se animó.

—Espera —le dijo April a Sarah, acercándose a la puerta con cautela.

A través de la mirilla, vio a Jamie de pie en el pasillo. Se le veía ligeramente incómodo. ¿Qué llevaba en la mano?

—Tengo que dejarte —le dijo a Sarah rápidamente, ignorando las protestas de su amiga mientras colgaba la llamada.

Cuando abrió la puerta, Jamie levantó un vaso de cartón amarillo y blanco como si fuera una ofrenda.

—¿Tratado de paz? —dijo. April frunció el ceño, y Jamie continuó hablando—. Le pedí a Mike que de camino para acá te trajera un café de ese lugar que mencionaste. El que hace cafés con leche, miel y lavanda.

April se quedó mirando el vaso de cartón, perpleja.

—¿Cómo sabes…?

—Mencionaste que esta bebida te reconforta. En el ascensor. Cuando hablabas de lidiar con clientes difíciles… —le recordó Jamie.

El hecho de que hubiera recordado ese detalle, que realmente hubiera estado escuchando, provocó que el corazón de April hiciera una cabriola dentro del pecho. Una cabriola peligrosa.

—Gracias —dijo, tomando el vaso de cartón. Sus dedos se rozaron y ella intentó con todas sus fuerzas ignorar el hormigueo que sintió —. Pero ¿por qué...?

El café olía de forma deliciosa.

—Considéralo una disculpa —respondió Jamie, pasándose una mano por el pelo en un gesto que ella empezaba a reconocer como nerviosismo—. Por lo que dije sobre Mark, y por... bueno, por ser un imbécil prepotente a veces.

—¿Solo a veces? —dijo April.

Los labios de Jamie se torcieron.

—No te pases, Carter.

Ella no pudo evitar sonreír.

Luna eligió ese momento para hacer notar su presencia, pasando junto a April para saludar a Jamie con su entusiasmo habitual. Se puso a revolotear alrededor de sus pies.

—Hola a ti también —dijo él con una sonrisa de oreja a oreja, agachándose para acariciarla cariñosamente.

El movimiento lo acercó a April, y ella olió esa fragancia amaderada que tanto le gustaba. Poseía un toque *sexy*, sensual, provocativo… April nunca se hubiera imaginado que hubiera un olor que pudiera resultarle tan sugestivo. ¿O era porque lo llevaba Jamie?

—Entonces —dijo él, concentrado en Luna, pero dejando entrever un ligero toque de tensión en su voz—, ¿vas a ir a esa exposición de fotografía mañana?

April se preguntó por qué quería saberlo.

—Sí, con Mark. Es tipo normal, sencillo y...

—¿Aburrido? —sugirió Jamie, poniéndose de pie. Algo atravesó sus ojos verdes—. Es lo que dijiste.

—Yo no dije aburrido, lo hiciste tú.

—Porque eso es lo que quisiste decir tú. —Jamie dio un paso más y April se encontró retrocediendo ligeramente—. ¿Quieres saber lo que pienso?

—Estoy segura de que me lo vas a decir de todas formas —replicó April.

—Creo que tienes miedo a lo complicado —dijo Jamie en voz baja —. Creo que te escondes detrás de palabras como «normal» o «sencillo» porque es más seguro que admitir que quizás en el fondo deseas algo más… interesante.

El corazón de April se desbocó dentro del pecho.

—No sabes nada de lo que quiero o no quiero —dijo.

—¿Ah, no? —Definitivamente Jamie estaba demasiado cerca—. Porque en ese ascensor —señaló con el pulgar hacia atrás—, cuando hablabas de tu trabajo, tus ojos se iluminaban, adquirían un brillo especial cada vez que describías cómo tomar riesgos, cómo romper convencionalismos, cómo ser audaz.

—Eso es diferente —logró decir April—. Es trabajo.

—¿Lo es? —Los ojos de Jamie buscaron los de ella—. ¿O es simplemente lo que te dices a ti misma para convencerte?

Luna gimió suavemente, rompiendo la tensión del momento.

Jamie dio un paso atrás y April recordó cómo respirar, se le había olvidado.

—Disfruta tu café —dijo Jamie, mientras su máscara profesional volvía a su lugar—. Y suerte con tu cita normal y sin complicaciones

mañana.

Se giró y echó a andar hacia su piso. Pero se volvió una última vez antes de entrar.

—Ah, April…

—¿Sí?

—Las paredes son realmente delgadas. —El fantasma de una sonrisa mordaz apareció en sus labios—. Así que, tal vez, deberías dejar de decirle a Luna lo odioso que soy. Eso hiere sus sentimientos.

Con eso, desapareció en su apartamento, dejando a April de pie en la puerta, con un café con leche, miel y lavanda en la mano, y una sensación muy incómoda en el cuerpo.

Estaba en problemas. En serios problemas.

CAPÍTULO 15

Cuando regresó al interior del piso, Luna retomó su posición junto a la pared. Ahora era su nuevo lugar favorito de la casa, y como estaban en verano y hacía un calor de los mil demonios, prefería tumbarse en el suelo, para atrapar el poco fresco que desprendía.

April se acercó el vaso de cartón a la boca y dio un sorbo. El café estaba delicioso.

A través del muro, podía oír a Jamie moviéndose de un lado a otro, hablando con alguien por teléfono sobre la fecha de una cirugía.

Su voz sonaba diferente ahora; de alguna manera, con otros matices, como si hubiera desbloqueado una nueva capa de conciencia que no podía apagar, ni silenciar.

Su teléfono vibró con un WhatsApp de Mark.

¿Preparada para nuestra cita mañana? El código de vestimenta para la exposición de Fotografía Urbana es informal y artístico, sea lo que sea que eso signifique ?? .

April se quedó mirando el mensaje, tratando de reunir el entusiasmo que había sentido el día anterior ante la idea de una cita con Mark.

Antes de lo del ascensor.

Antes de que Jamie le trajera el café perfecto y la criticara por las defensas que tan cuidadosamente había construido a su alrededor.

Se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared que conectaba el piso de Jamie y el suyo.

Cogió a Luna y la tumbó en su regazo. Alzó la mano y se acercó a los labios el vaso de cartón con su café favorito.

Dio un sorbo. Dios, estaba delicioso. Exactamente cómo a ella le gustaba.

—Esto no tiene sentido —le susurró a Luna. Hablaba en voz baja porque por nada del mundo quería que Jamie la escuchara—. Pasamos unas horas atrapados en un ascensor, ¿y de repente me lo cuestiono todo? —Sacudió la cabeza de un lado a otro—. No. Por supuesto que no. Me niego.

Acarició a Luna, que suspiró satisfecha, y ella dio un nuevo trago de café con leche, miel y lavanda.

Su teléfono sonó de nuevo con un WhatsApp. Volvió la mano que tenía libre hacia atrás y lo sacó del bolsillo del pantalón. Consultó la pantalla. En aquella ocasión era Sarah.

Entonces... ¿seguimos fingiendo que no te atrae?

April miró el vaso de cartón, que contenía un café con leche según sus especificaciones, tal y como le gustaba, porque Jamie la había escuchado cuando hablaba de sus preferencias, de lo que le gustaba y de lo que no. Porque bajo toda esa prepotencia y complejidad había alguien que prestaba atención a los detalles que importaban.

Apoyó la cabeza en la pared y soltó el aire que tenía en los pulmones.

—Maldita sea —murmuró.

Cerró los ojos.

El intercomunicador sonó con su ruido chirriante. April tomó aire, resignada, dejó a Luna a un lado y se dirigió a la puerta. El café lo apoyó en la mesa.

—¿Sí?

—Atención residentes: debido al corte de energía de hoy, el horario de funcionamiento del ascensor de servicio ha sido modificado durante las próximas veinticuatro horas. Por favor, coordinen las salidas con sus vecinos de planta.

April cerró los ojos y contó hasta diez.

Aquello parecía el argumento de una película de risa. ¿De verdad estaba sucediendo eso con los ascensores?

A través de la pared, escuchó a Jamie decir algo sobre aplazar las citas del día siguiente y reprogramarlas de nuevo «por si acaso había más incidentes con el ascensor».

Tenía que dejar de estar pendiente de su vecino, y centrarse en Mark.

Iba a tener una agradable y «normal» cita con él, y no iba a pensar en absoluto en los ojos verdes salpicados de motas doradas de Jamie, o en la forma en que su voz se volvía más suave cuando hablaba de cosas que le importaban o...

Suspiró.

—Estamos condenadas —le dijo a Luna—. Completamente condenadas.

Su perrita, la traidora, se limitó a menear la cola y a componer una mueca de complacencia, encantada con todo lo que estaba sucediendo.

April se despertó a la mañana siguiente con los ladridos emocionados de Luna. Gimiendo molesta, consultó su teléfono, que lo tenía en la mesilla de noche.

Eran las seis y media, una hora antes de que sonara la alarma.

—Shhh… —siseó a Luna con voz somnolienta. Joder, apenas podía abrir los ojos—. Estas no son horas de ladrar. ¿Qué narices te pasa? —le preguntó.

Entonces oyó ruido en el piso de al lado. No podía ser.

—¿De verdad? —masculló mientras Luna continuaba saludando entusiastamente al vecino a través de la pared—. ¿No podías esperar hasta una hora razonable para darle los «buenos días»?

Maldita fuera.

Dejó caer la cabeza sobre la almohada y resopló.

En ese momento, su teléfono se iluminó con un WhatsApp de Jamie.

Luna tiene un impresionante despertador interno. Dile que mi carrera matutina no empieza hasta dentro de media hora.

April se quedó mirando el mensaje, debatiendo consigo misma si debía responder o no. Antes de que pudiera tomar una decisión, llegó otro WhatsApp.

Aunque si las dos estáis ya despiertas, os informo de que el ascensor de servicio estará libre durante los próximos treinta minutos. Así que es un momento perfecto para dar un paseo por el barrio sin encuentros incómodos.

April prácticamente podía oír la diversión en su voz. Era tan, pero tan cabrón.

Sus dedos se movieron sobre el teclado táctil antes de que pudiera detenerlos.

¿Estás siendo considerado realmente, o es una trampa para crear otro momento a solas en el ascensor?

La respuesta de Jamie fue inmediata, no se hizo esperar.

Quizás ambas cosas.

April se encontró sonriendo, a pesar de sus mejores esfuerzos por no hacerlo. Luna, que estaba por el suelo, había pasado de ladrar a quejarse lastimosamente contra la pared.

Tendré en cuenta tus sugerencias de horario —escribió April—. *Pero Luna y yo preferimos mantener cierto aire de misterio sobre nuestra rutina matutina.*

¿Es así como llamas ahora a tus elaboradas estrategias para evitarme?

Antes de que April pudiera formular una respuesta adecuadamente ingeniosa, llegó otro WhatsApp de Jamie:

Aunque debo advertirte de que la señora Henderson suele coger

el ascensor a las siete y cuarenta y cinco. Y está muy interesada en saber todo sobre cómo nos fue encerrados en el ascensor ayer.

April gimió.

La red de chismes de la señora Henderson era legendaria en el edificio. Probablemente ya todo el mundo supiera que Jamie y ella se habían quedado atrapados en el ascensor. Podía imaginarse las especulaciones que habría alrededor de la situación…

Escribió otro WhatsApp y lo envió.

Vale, Luna y yo seguiremos tu consejo. Pero solo porque somos generosas y no queremos que te pierdas tu carrera matutina.

Qué considerado por tu parte. Pensé que estabas planeando activamente mi desaparición.

El día es joven, doctor Mitchell.

April lo escuchó reír a través de la pared. El sonido agitó cosas peligrosas en su estómago, cosas que complicaban su firme resolución de mantener la distancia y un tono estrictamente cordial con Jamie Mitchell.

Quizá no debería engañarse a sí misma y admitir que eso (con él) ya era imposible.

CAPÍTULO 16

Recién duchada y vestida con unos leggins de color negro, una camiseta de tirantes roja y unas zapatillas de deporte, April se dirigió con Luna al viejo ascensor de servicio. Cuando bajaron, afortunadamente el vestíbulo estaba vacío, excepto por George, que les dedicó una sonrisa de complicidad.

—Bonita mañana para dar un paseo —dijo amablemente—. El doctor Mitchell acaba de salir a correr. Mencionó algo acerca de que el parque está encantador a esta hora del día.

—¿Ha dicho eso? —April mantuvo un tono neutral—. Bueno, Luna y yo preferimos explorar rutas diferentes. La variedad es importante para no aburrirse.

La sonrisa de George se hizo más amplia.

—Por supuesto. Aunque es posible que desees evitar la cafetería de Oak Street alrededor de las ocho. Escuché que el doctor Mitchell para allí para tomar un café después de su carrera.

April abrió los ojos de par en par.

—¿Todos los residentes de este edificio conocen nuestros horarios? —preguntó, sin saber muy bien cómo tomarse esa información.

—La señora Henderson, sí —respondió George con un guiño—. ¿Sabes una cosa? —dijo en tono confidencial, inclinándose un poco hacia April.

—¿Qué?

—Está proponiendo apuestas sobre vosotros.

April decidió que no quería saber en qué consistían esas apuestas, aunque podía hacerse una idea. La señora Henderson era muy peculiar.

—Que tengas buena mañana —dijo April, sin hacer mucho caso a sus vecinos. Estaba empezando a pensar que estaban locos.

—Igualmente —contestó George.

La brisa de las horas de la mañana era algo más fresca que durante el resto del día, en las que el calor podía llegar a ser sofocante.

April y Luna caminaron por las calles tranquilas de la ciudad, eligiendo deliberadamente una ruta que evitara tanto el parque como cualquier cafetería en la que pudieran tomarse un café los veterinarios después del entrenamiento.

April estaba mirando las noticias en el teléfono, cuando de repente Luna se puso firme y meneó la cola furiosamente. April alzó el rostro. Y allí, corriendo hacia ellas con exasperante elegancia, estaba Jamie.

Al verlas, se detuvo.

—Me alegro de verte —dijo, con la voz ligeramente entrecortada.

April no quiso pensar en lo bien que se veía vestido con ropa de deporte ajustada, y en lo definidas que tenía las piernas.

—Esto no es el parque —señaló.

—No, no lo es. —Jamie sonrió—. Al parecer, los dos compartimos la misma idea de evitar las rutas previsibles.

Luna estaba fuera de sí de alegría. Tiraba de la correa hacia Jamie con suficiente fuerza como para hacer que April diera un paso hacia adelante para poder mantener el equilibrio.

Odiaba que su mascota adorara a su vecino con la veneración que lo hacía.

—¿Sabes? —dijo Jamie, agachándose para acariciar a Luna y hacerle unas cuantas carantoñas—. La mayoría de la gente tomaría esto como una señal.

—¿Una señal de qué? —dijo April.

—Del destino. —Jamie encogió los hombros—. Una señal de que tal vez valga la pena explorar algunas complicaciones. Se puso de pie y April de repente se dio cuenta de lo cerca que estaban—. Aunque se intente huir de ellas con planes esmeradamente trazados.

—Tengo una cita esta noche —le recordó April, pero la afirmación sonó débil incluso para ella.

—Eso dices una y otra vez —dijo Jamie. Sus ojos se encontraron con los de April y ella sintió que el aire vibraba de nuevo con una peligrosa intensidad—. Pero ni una sola vez lo has dicho entusiasmada.

Antes de que April pudiera responder, pasó un corredor, lo que la obligó a acercarse a Jamie para hacer espacio en la acera. Su colonia (¿cómo coño olía tan bien mientras corría por la mañana?) la rodeó como una nube.

—Debería… —hizo un gesto vagamente en dirección a casa.

—Claro —dijo Jamie, aunque no retrocedió. Ni un solo centímetro —. Por nada del mundo quisiera complicar tu rutina matutina. No me lo perdonaría —añadió, con un tono de voz entre divertido y sarcástico.

April apretó los labios.

—Eres odioso —soltó, mirándolo directamente a la cara.

—Por fin me lo dices. —Los labios de Jamie se elevaron en una sonrisa—. Te lo he oído decir varias veces cuando crees que no puedo oírte hablando con Luna.

April sintió que le hervía la sangre.

Malditas fueran las paredes del piso. ¿Es que estaban hechas de cartón?

—Y también sé que críticas la música que pongo —añadió Jamie.

—Yo no… —Abril se interrumpió ante su mirada de complicidad. Alzó ligeramente la barbilla en un gesto de orgullo—. Eso... no es importante —dijo.

—Por supuesto que no.

Jamie se giró y echó a andar hacia atrás, todavía mirándola con esa exasperante media sonrisa tan característica suya.

—Disfruta de tu día normal y sin complicaciones, April —dijo—. Intenta no pensar en alternativas interesantes que puedas tener a tu alrededor.

Ella lo vio desaparecer por la esquina, con el corazón acelerado de una manera que no tenía nada que ver con el ejercicio.

Su teléfono sonó con un WhatsApp. Bajó la vista hasta la pantalla.

Sarah.

La señora Henderson dice que Jamie y tú acabáis de estar hablando en Cedar Street. ¡¡¡Detalles!!!

—¿Cómo narices…? —masculló April, con incredulidad, al leer el mensaje.

Miró a su alrededor, tratando de identificar a la señora Henderson entre los transeúntes que iban de un lado a otro. ¿Esa mujer tenía el don de la omnipresencia? ¿Estaba en todos los lados a la vez, como Dios?

No la vio, pero tenía que andar por ahí, si no, ¿de qué otro modo podría haberlos visto?

Estiró el cuello y lanzó vistazos aquí y allá. Nada.

Le devolvió la atención al mensaje de Sarah.

No voy a darte ningún detalle, porque NO ha pasado nada. Nos hemos encontrado por casualidad y

SOLO hemos hablado unos minutos (del calor que hace), NADA MÁS.

Lo de las palabras enfatizadas en mayúsculas era para que le quedaran las cosas claras, al parecer su amiga era dura de mollera.

Después de dar a la tecla de envío, April se guardó el móvil en el bolsillo de los leggins. Se había puesto de mala leche.

—Este edificio es exasperante —le dijo a Luna (o a cualquiera que se cruzara en ese momento con ella), mientras se dirigían a casa—. Todos los vecinos son exasperantes. Especialmente veterinarios insufribles que se creen muy listos.

La jodía que la tuviera calada. Sobre todo en tan poco tiempo.

La cola de Luna todavía se movía por su encuentro.

—Déjalo ya —la regañó April—. Seguimos adelante con el plan. Voy a tener una cita normal, en un lugar normal, con un hombre normal y sin vecinos cotilleando. —Chasqueó la lengua contra el paladar, mostrando su fastidio—. ¿Qué tiene de malo que quiera que mi vida sea normal? —dijo.

Su mente se quedó en blanco cuando, a través de las cristaleras de la cafetería que había enfrente del edificio donde vivía, vio a Jamie con dos vasos de café en las manos, no uno.

April entornó los ojos.

¿Para quién demonios era el segundo vaso?

¿Había quedado con alguien en aquella cafetería?

April escrutó el interior del local para ver si había quedado con

una mujer. A esas horas solo había un par de mesas ocupadas, el resto estaban vacías.

Quizá su cita todavía no había llegado.

Su teléfono vibró una vez más.

—Joder, Sarah —se quejó para sí misma.

Se quedó de piedra al ver que era un WhatsApp de Jamie. Lo leyó en voz alta.

Un café con leche, miel y lavanda estará esperando en tu puerta en 5 minutos. Considéralo una recompensa por seguir mis consejos.

April bajó la vista hasta Luna, que la observaba con sus ojillos negros con una expresión que solo podía describirse como de engreída satisfacción.

—Definitivamente estamos en problemas, en serios problemas —le dijo.

Por el motivo que fuera, quizá solo por amor propio, o por ego, porque la había escuchado decir que quería y que iba a hacer todo lo posible para evitarlo, pero Jamie no dejaba que se alejara de él, no la dejaba tomar distancia. Y lo peor es que en el fondo ella tampoco quería. Tenía tantos sentimientos encontrados.

La cola de Luna simplemente se meneó con más fuerza.

April se pasó la mano por la frente.

Había empezado a darse cuenta de que, a veces, sin esperarlo, surgían complicaciones por culpa de deliciosos cafés con leche, miel y lavanda, acompañados de sonrisas cómplices.

Y que, tal vez, eso no fuera tan malo después de todo.

CAPÍTULO 17

La exposición de Fotografía Urbana en el Museo de Fotografía Contemporánea había sido perfectamente normal. Mark había sido absolutamente encantador. La vinoteca a la que habían ido después había sido un lugar perfectamente agradable. Todo había sido exactamente tan sencillo como April quería.

Entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en la forma en que Jamie la había mirado aquella mañana?

Era poco más de medianoche y April estaba tumbada en la cama mirando el techo, tratando de no escuchar a través de las paredes que compartían, los sonidos ahogados de Jamie regresando a casa.

Ella no estaba preguntándose si había tenido una cita y no aguzó el oído tratando de averiguar si llegaba solo o con compañía. Eso sería una estupidez.

Luna, que había estado inusualmente tranquila toda la tarde y toda la noche, dejó escapar un pequeño gemido desde su cuna. No había querido dormir con April en la cama.

—Estás de mal humor porque no lo has visto desde esta mañana, ¿verdad? —le dijo April, dándose la vuelta hacia ella.

Pero Luna volvió a gemir y algo en el sonido hizo que April se incorporara.

—Luna, ¿estás bien? —le preguntó, ligeramente alarmada.

Luna no hizo nada.

Con la tenue luz que entraba por la ventana de la habitación, April

pudo ver a Luna acurrucada como una bola, temblando ligeramente.

Apartó las sábanas de golpe, se levantó y se acercó a su cuna, poniéndose de cuclillas.

Luna ni siquiera alzó la cabeza. Y eso ya era una señal de alerta para una Yorkie normalmente hiperactiva.

—Hey, cariño… —susurró April suavemente, extendiendo la mano para tocar el costado de Luna.

El animalillo se estremeció y dejó escapar otro gemido quejumbroso.

—Mi amor, ¿qué pasa? —le preguntó April en tono sumamente cariñoso.

La mano de April tocó algo pegajoso y cálido en el pelaje de Luna. Cuando apartó la mano, sus dedos estaban manchados de vómito. Pero no era vomito normal, tenía restos de lo que parecía sangre.

Su corazón se detuvo.

—No, no, no… —murmuró.

Encendió rápidamente la lámpara de la mesilla de noche. La cama de Luna tenía varias manchas de vómito más. La observó unos instantes; parecía respirar con dificultad y le costaba abrir los ojos.

El miedo se apoderó de April.

—Joder —musitó con el rostro descompuesto.

La mente de April se aceleró. Todavía no tenía veterinario en Chicago y llamar al que la llevaba en Nueva York sería una tontería, dadas las circunstancias. Todo apuntaba a que Luna necesitaba que la atendieran inmediatamente, y en persona, no a través de una videollamada.

—Maldita sea —susurró, mirando su teléfono.

Era casi la una de la madrugada.

Luna volvió a gemir y April tomó la decisión que tenía que tomar.

Aquel estado no era normal, y menos en ella.

Agarró su bata y se la puso. Con ambas manos, levantó a Luna tan suavemente como pudo y se la colocó entre los brazos. La Yorkie apenas podía mantener la cabeza erguida.

A April se le encogió el corazón. ¿Qué le estaba pasando a su pequeña?

Se dirigió hacia la puerta y la abrió.

El rellano estaba oscuro y silencioso cuando se dirigió al piso de Jamie. Llamó al timbre una vez y esperó. No quería alborotar al edificio entero.

Al cabo de unos segundos, oyó unos pasos que se acercaban al otro lado de la puerta. Finalmente se abrió.

Jamie apareció frotándose un ojo, con unos pantalones de pijama de talle bajo, una camiseta descolorida y el pelo ligeramente despeinado. En cualquier otro momento, April se habría distraído con esta versión de él. Pero Luna temblaba en sus brazos y nada más importaba.

—¿April? —La expresión de Jamie era de total confusión.

—Ha vomitado con sangre —dijo April, con la voz a punto de romperse—. No sé qué le pasa, Jamie, pero no se mueve, tiene dolor y...

—Pasa —la interrumpió él, cediéndole el paso. Su tono cambió instantáneamente de somnoliento a profesional.

Antes de que April fuera consciente de ello, Jamie se movía de forma resolutiva y rápida por el piso, cogiendo todo lo necesario.

Agarró su maletín médico e indicó a April que lo siguiera. Ella hizo lo que le ordenó sin apenas fijarse en los muebles de diseño y los libros médicos que cubrían las paredes. Entraron en una habitación que parecía una pequeña clínica. Tenía un escritorio y una camilla.

—Colócala con cuidado encima de la camilla —dijo, mientras se

ponía en las manos unos guantes de látex.

April se acercó y depositó suavemente a Luna en el colchón. La perrita ni siquiera se movió.

—¿Esto lo haces a menudo? —le preguntó April a Jamie, observando cómo él abría rápidamente el maletín, que había dejado sobre el escritorio, y sacaba el estetoscopio—. Me refiero a tener visitas de emergencia en medio de la noche.

—Más de lo que te imaginas —respondió él, mientras auscultaba a Luna con el aparato—. Tiene el latido del corazón muy débil —dijo.

April empezó a mordisquearse el labio, nerviosa.

Jamie se puso el estetoscopio alrededor del cuello y empezó a mover las manos sobre el pequeño cuerpo de Luna. Cuando presionó con los dedos encima del abdomen, la perrita lanzó un quejido agudo.

A April se le encogió el estómago.

—Ya, pequeña… —le susurró Jamie con voz tranquilizadora—. ¿Cómo ha estado hoy? ¿Has notado algo raro? —preguntó a April.

—Ha estado bien, pero más tranquila de lo habitual. Sobre todo por la tarde y por la noche. Ya sabes lo hiperactiva que es, no para ni un momento —dijo April—. Pensé que solo estaba cansada, o... —April se calló, recordando el apagado recibimiento de Luna cuando había regresado de su cita con Mark. Suspiró apesadumbrada—. Debería haber notado que algo andaba mal.

Jamie la miró y su expresión se suavizó.

—Oye, no digas eso. Los animales no pueden decirnos que algo anda mal.

—Pero…

Jamie la cortó.

—April, has buscado ayuda tan pronto como te has dado cuenta de que pasaba algo, eso es lo que importa.

April dejó caer los hombros.

Las palabras de Jamie la ayudaron, pero el corazón todavía le latía aceleradamente mientras lo veía trabajar.

Este era un Jamie diferente al que estaba acostumbrada. Era un Jamie concentrado, profesional, serio, pero con una gentileza subyacente que no había vislumbrado antes.

—Tengo que llevarla a la clínica —dijo, al cabo de un rato—. El abdomen está hinchado y me preocupa. Necesito hacerle algunas radiografías.

—¿No te importa abrir la clínica a estas horas? —le preguntó April.

—Por supuesto que no —respondió Jamie—. Luna necesita que se le atienda como es debido.

—Gracias —le dijo April.

Jamie movió la cabeza.

—No tienes que dármelas. Vete a vestir, mientras le inyecto un analgésico para calmar el dolor.

April asintió varias veces con la cabeza.

—Vale —dijo, agradecida.

No tardó ni tres minutos en vestirse. Corrió hacia su piso y se puso unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca básica de tirantes anchos. No se molestó en buscar nada especial en el armario. Lo más importante en ese momento era Luna, y el tiempo era crucial.

Cuando regresó al piso de Jamie, la Yorkie parecía que estaba más tranquila, y él se había puesto unos vaqueros y una camiseta negra de manga corta.

Jamie la miró.

—¿Estás lista? —le preguntó.

—Sí —afirmó April.

—Vamos —indicó Jamie.

CAPÍTULO 18

Cuando salieron al rellano, ambos tenían la misma idea de la cabeza.

—No me fío del ascensor de servicio —dijo April.

—Yo tampoco —repuso Jamie—. No podemos arriesgarnos a quedarnos atrapados con Luna así. Será mejor que bajemos por las escaleras.

—Sí, es lo mejor

El trayecto por la escalera estuvo cargado de prisa y nervios, con Jamie cargando a Luna, a la que había envuelto en una manta, y April siguiéndolo al lado, con el corazón en la garganta cada vez que gemía de dolor. De repente se sintió muy agradecida de que su vecino fuera veterinario, y de que ese veterinario fuera Jamie. La devoción que sentía por su profesión y por los animales era innegable.

El coche de Jamie, con el parabrisas recién cambiado, (observó April distraídamente), estaba aparcado en un lugar reservado en el garaje.

—Toma a Luna —le dijo a April.

Jamie pasó la pequeña perrita a April, que la cogió en brazos y se la acercó al rostro para darle un cariñoso beso en la cabeza.

Mientras tanto, Jamie sacó el mando a distancia del bolsillo del pantalón. El coche parpadeó un par de veces como respuesta y Jamie abrió la puerta trasera.

—Deberías ir con ella —dijo a April—. Intenta que esté tranquila.

—Vale —contestó ella.

April se acomodó en el asiento y colocó a Luna en su regazo.

El viaje hasta la clínica fue rápido, gracias a que las calles estaban vacías a esas horas de la noche.

April iba murmurando cosas tranquilizadoras a Luna mientras intentaba no concentrarse en lo competente y resuelto que se le veía a Jamie conduciendo por Chicago, al tiempo que, ocasionalmente, las miraba por el espejo retrovisor para comprobar que todo estaba bien.

La clínica se encontraba a oscuras y silenciosa cuando llegaron. Jamie desconectó la alarma y las hizo entrar. La familiar sala de espera parecía diferente bajo las luces de emergencia; parecía más íntima, más solitaria.

—Por aquí —ordenó Jamie, llevándolas a una sala situada al fondo de uno de los pasillos.

Las luces fluorescentes cobraron vida, revelando un impecable equipo médico y un par de camillas acolchadas.

April observó cómo Jamie se transformaba completamente en el doctor Mitchell al ponerse la bata blanca. Sus movimientos se volvieron más precisos y profesionales mientras examinaba a Luna a fondo.

Le hablaba suavemente, tranquilizándola y diciéndole que se iba a poner bien. Algo que April quería creer con todas tus fuerzas. Algo que necesitaba creer que fuera cierto.

Jamie le hablaba con una voz tan suave y empática que a April se le oprimió el pecho.

—Buena chica —murmuró mientras le extraía sangre para analizarla. Luna apenas se quejó—. Estás siendo muy valiente.

—¿Qué crees que le puede pasar? —preguntó April, tratando de

mantener la voz firme.

—Tengo una sospecha, aunque no quiero apresurarme —respondió Jamie—. Necesito realizar algunas pruebas para estar seguro. Puede que tarde un poco.

April asintió.

De repente fue muy consciente de que estaba en medio de la noche, en la clínica veterinaria del vecino al que más odiaba, con la ropa que primero había pillado del armario, y probablemente viéndose como un completo desastre. Pero él no pareció darse cuenta ni parecía preocuparse por su aspecto mientras se movía por la habitación, concentrado completamente en Luna.

—¿Cuándo fue la última vez que comió? —le preguntó Jamie, comprobando algo en un monitor, de espaldas a ella.

—Sobre las siete. Antes de irme a... —April se calló, sin querer mencionar su cita.

—Tu cita con Mark —terminó la frase Jamie por ella, con un tono ligeramente tenso.

—Sí.

—¿Y todo era normal?

—Sí. Creo que sí. Aunque apenas tocó la comida.

Jamie asintió con la cabeza y tomó notas en un portafolios.

—¿Y no hubo síntomas inusuales antes de eso? ¿No hubo letargo ni pérdida de apetito?

April hizo memoria, con la culpa arrastrándose por su mente.

—Estaba más apática que de costumbre después de nuestro paseo. Pero pensé... —April suspiró.

Jamie la miró de reojo.

—¿Que estaba enfadada porque te ibas a una cita y no ibas a estar con ella?

April no contestó. Según parecía, Jamie sabía leer la mente.

Los labios de Jamie sonrieron a pesar de la situación.

—En realidad, Luna no requiere tanta atención. Se puede quedar sola en casa como tantas y tantas mascotas. Esto no es tu culpa, April —aseveró.

La forma en que pronunció su nombre, suave y tranquilizadora, la dejó sin aliento.

—El análisis de sangre tardará unos veinte minutos —continuó hablando Jamie, colocando una vía intravenosa con asombrosa facilidad en una de las patas delanteras de Luna—. Mientras tanto, le voy a poner un poco de suero y a hacerle una ecografía.

April lo observó trabajar y notó lo diferente que parecía dentro de su elemento. La prepotencia que veía en él (o quería ver) fue reemplazada por una confianza tranquila; y su habitual sonrisa no se veía por ninguna parte mientras se concentraba en su paciente.

—Ven un momento —le dijo Jamie a April, haciéndole un gesto con la mano para que se acercara a la pantalla de ultrasonido. Ella fue hacia él, muy consciente de su proximidad mientras señalaba varias formas en el monitor—. ¿Ves esta zona oscura? —La señaló con el dedo índice.

—Sí.

—Eso es lo que me preocupa —dijo Jamie.

Su hombro rozó el de April mientras ampliaba la imagen, y ella captó el familiar aroma de su colonia, más suave y tenue, pero todavía presente incluso a esa hora de la noche.

—¿Sabes qué es? —preguntó, tratando de concentrarse en la pantalla y no en la calidez que se sentía al tener el cuerpo de Jamie al lado.

—Parece que ingirió algo que no debería haber ingerido — explicó Jamie—. Hay un objeto extraño en su intestino. Probablemente lo

comió durante su paseo de esta mañana.

—¿Y eso es lo que le provoca los vómitos con sangre?

—Sí, le está haciendo herida. No es sangre oscura, así que no está digerida.

—¿Va a necesitar cirugía?

La mano de Jamie encontró su hombro y lo apretó suavemente.

—Vamos a esperar al resultado que arroje el análisis de sangre antes de decidir, para descartar otras posibles causas. Pero si hay que operarla, no podría estar en mejores manos.

La confianza que desprendía la voz de Jamie era tranquilizadora. Y era algo que April necesitaba en esos momentos.

Sin ser consciente de ello, se encontró inclinándose ligeramente hacia adelante. La mirada de Jamie, que tenía el rostro vuelto hacia ella, se intensificó. Hubo unos segundos de silencio, de reposo. April finalmente dio un paso atrás.

—Gracias —dijo en voz baja—. Por ayudarnos. Por estar aquí.

—¿En qué otro lugar iba a estar? —contestó él.

Jamie la estaba mirando con esa expresión intensa y profunda otra vez, la que hacía olvidar a April todo lo «normal y sin complicaciones» que había en su vida.

Luna gimió, rompiendo el momento. Jamie inmediatamente devolvió la atención a su paciente. Revisó que la vía intravenosa estuviera bien y le murmuró palabras tranquilizadoras mientras le acariciaba la cabeza.

Y April lo vio con unos nuevos ojos.

Aquel era un Jamie despojado de toda pretensión: sin fachada prepotente, sin comentarios irónicos, sin mordacidad; solo pura dedicación para ayudar a un animal que sufría.

Era... atractivo de una manera en la que April no necesitaba

fijarse en ese momento.

Cuando Jamie estudió los resultados del análisis de sangre, su expresión se volvió seria.

—Luna necesita que la opere —dijo—. Ese objeto extraño está causando una obstrucción en el intestino y los análisis indican que hay principio de infección. Necesito extraérselo ya.

CAPÍTULO 19

April notó que las rodillas se le debilitaban. Las sentía como si fueran de gelatina.

—¿Ahora? Pero… —Su voz se rompió y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Hey… —De repente, Jamie se plantó frente a ella. Puso las manos sobre sus hombros—. April, hago esto todos los días. Luna es joven y está sana. Va a estar bien.

—¿Lo prometes?

La pregunta se le escapó antes de que pudiera detenerla; pequeña y vulnerable. La expresión de Jamie se suavizó de una manera que April nunca había visto.

—Lo prometo —respondió él en voz baja—. Pero tendrá que permanecer aquí algunos días después de la operación para hacerle un seguimiento exhaustivo.

April asintió, tratando de procesar todo.

—¿Puedo quedarme?

—La cirugía durará al menos dos horas —dijo Jamie—. Y estás cansada. Déjame que llame a un taxi…

—No —interrumpió April—. Quiero quedarme. Quiero estar cerca de ella. Por favor —le pidió.

Jamie la estudió un momento y luego asintió.

—Hay un sofá en mi oficina. Puedes descansar un rato allí

mientras la opero. Te avisaré cuando salga.

April se pasó la mano por las mejillas y enjugó las lágrimas que se deslizaban por su rostro.

Jamie, al ver el estado en el que estaba, le dijo:

—Confía en mí.

April lo miró y asintió brevemente con la cabeza.

—Voy a preparar a Luna para la cirugía.

—Vale. ¿Me puedes decir dónde hay un servicio? —preguntó April.

—Al fondo a la izquierda tienes uno —respondió Jamie.

—Gracias.

Siguiendo las indicaciones de Jamie, April se dirigió al baño. Por culpa de los nervios, se le iba a reventar la vejiga.

Dentro, donde todo era de un elegante mármol grisáceo y el lavabo de un metal de estilo envejecido, olía a una agradable mezcla de naranja y canela.

Después, frente al espejo, se miró y respiró hondo. Estaba hecha un desastre; ni siquiera le había dado tiempo a peinarse, pero es que todo había surgido de un modo muy repentino.

Dio el grifo del agua fría y se refrescó las manos y la nuca.

Tomó una bocanada de aire. Lo único que le importaba en aquel momento era que Luna se recuperara.

Que estuviera en manos de Jamie la hacía sentirse reconfortada. La gente decía que era el mejor veterinario de Chicago.

Cuando salió del baño, Jamie se había puesto una bata quirúrgica y estaba hablando en voz baja a Luna, quien parecía somnolienta debido a lo que April supuso que sería el efecto de la anestesia.

Jamie giró la cabeza cuando sintió su presencia en la sala.

—Está en buenas manos —le aseguró a April nuevamente—. Mike

llegará en diez minutos para ayudarme. Podrás verla tan pronto como terminemos.

April asintió, sin confiar en sí misma para hablar. Tenía un enorme nudo en la garganta y estaba segura de que no sería capaz de articular palabra alguna.

Se inclinó para besar suavemente la cabeza de Luna y acariciarla.

—Pórtate bien —le susurró con cariño, cerca de su rostro—. Y no se te ocurra hacer de esto algo habitual solo para ver a tu veterinario favorito —dijo, mientras la perrita cerraba los ojos.

La risa tranquila de Jamie al escucharla decir aquello la siguió mientras la acompañaba a su oficina.

El sofá era largo y sorprendentemente cómodo, y había dejado una manta de color amarillo pastel doblada en uno de los reposabrazos.

—Intenta descansar —dijo Jamie desde la puerta—. Vendré a buscarte en cuanto haya acabado.

April lo vio irse, sorprendida por el modo en que había cambiado su opinión sobre él en tan solo unas horas. El vecino prepotente y odioso que tanto la irritaba había sido reemplazado por alguien completamente distinto; alguien competente, amable, empático, comprensible, y...

«Complicado», le dijo una vocecita interior muy puñetera.

Complicado en todas sus formas.

Se acurrucó en el sofá, se envolvió con la manta y respiró el familiar aroma que flotaba en el aire.

Por la puerta entreabierta, podía oír a Jamie moverse por la clínica, preparándose para salvar la vida de su mascota.

Quizá, después de todo, valía la pena correr el riesgo con algunas complicaciones, pensó April, cuando el cansancio finalmente la iba alcanzando.

April dormitaba de manera intermitente, aunque se resistía a dejarse atrapar completamente por los brazos de Morfeo.

Cada vez que despertaba, podía escuchar voces apagadas desde el área quirúrgica. Las tranquilas instrucciones de Jamie a Mike, el suave pitido del equipo médico, el ocasional tintineo de los instrumentos…

Llegado un momento en que era imposible pegar ojo, se incorporó en el sofá y consultó la hora en su reloj de pulsera. Eran las seis menos cuarto, y el sol empezaba a despuntar en el horizonte.

Resopló mientras echaba un vistazo a su alrededor.

La pared detrás del sofá tenía colgados los diplomas y títulos de Jamie, iluminados débilmente por el resplandor anaranjado de la lámpara del escritorio.

April se descubrió estudiándolos, tratando de arrancar de ellos partes de su historia.

Había sido el mejor de su clase en la universidad de veterinaria, y se había especializado en medicina de urgencias. Había recibido varios premios a la excelencia en procedimientos quirúrgicos.

Jamie Mitchell era una eminencia en su profesión.

Sus ojos se dirigieron a las fotografías que salpicaban la pared entre los títulos. A diferencia de los retratos formales que había en la sala de espera, estas eran imágenes genuinas de Jamie con varios animales, todos mirándolo con total confianza.

Una foto llamó especialmente su atención. Un Jamie más joven, quizá recién graduado, se encontraba arrodillado junto a un enorme gran danés. Ambos llevaban unos ridículos sombreros de fiesta, pero daba a la instantánea un aire despreocupado y divertido.

—Ese es Maurice. —La voz de Jamie llegó desde la puerta, haciéndola sobresaltarse ligeramente—. Fue mi primer paciente cuando abrí la clínica. Su dueño insistió en celebrar su exitosa cirugía con una fiesta.

April ahora entendía el por qué de esos sombreros tan espantosos.

Se incorporó y se sentó rápidamente en el sofá, con el corazón acelerado.

—¿Cómo está Luna?

—Está muy bien —le aseguró Jamie, entrando en la oficina.

Se había quitado la bata quirúrgica, pero todavía tenía la misma expresión concentrada que ella estaba empezando a asociar con el «modo doctor Mitchell».

—La operación ha salido perfectamente. Quitamos un trozo de juguete de goma que obstruía su intestino. Probablemente lo ingirió en el parque canino, y reparamos el daño que le causó.

April dejó escapar un suspiro de alivio.

—Suelo tener mil ojos para que no coma nada de la calle —dijo.

—Pero es imposible controlarlo todo —contestó Jamie—. Además, los perros son muy listos y saben cómo ocultar algunas de sus travesuras.

April cogió aire y se pasó las manos por la cara. Menos mal que todo había salido bien.

—¿Puedo verla? —preguntó impaciente.

—En unos minutos. Todavía está saliendo del efecto de la anestesia.

Jamie se sentó en el borde del sofá, estudiándola.

—Deberías haber dormido un poco más —dijo.

—Es complicado dormir cuando están operando a tu mascota.

Jamie sonrió.

—Es cierto. Aunque algún rato sí que has dormido porque has hablado en sueños.

April se quedó helada.

—Yo no hablo en sueños.

—Pues hoy sí.

Santo Dios, ¿había hablado en sueños? ¿Y qué narices había dicho? El subconsciente podía ser muy cabrón.

—¿Y qué… he dicho? —preguntó, aunque no sabía sí quería saber la respuesta.

—Algo sobre vecinos odiosos que se creen muy listos —contestó Jamie.

April sintió cómo la cara se le ruborizaba violentamente. Las mejillas le ardían.

—Te lo estás inventando. —No sabía ni qué decir.

—La verdad es que sí —admitió Jamie, para sorpresa de April. Sus ojos bailaban de diversión—. Pero al ver que te has puesto roja como un tomate, me doy cuenta de que lo has dicho alguna vez.

April entornó los ojos, taladrándolo con la mirada. ¿Se podía ser más mamón que aquel tío? De buena gana le hubiera pegado una patada en la espinilla.

—No puedo contigo —masculló.

Jamie se limitó a sonreír con un toque de malicia.

—¿Puedo ver a Luna ya? —dijo April, para cambiar de tema, tratando de ignorar cómo la luz del amanecer que entraba por la ventana hacía que los ojos de Jamie parecieran más dorados que verdes.

La expresión de Jamie adquirió un gesto burlón.

—Vamos —dijo levantándose—. Se pondrá muy contenta al verte.

CAPÍTULO 20

Jamie la guio hasta la sala de recuperación, donde Luna descansaba en una cama acolchada, envuelta en mantas cálidas y con varios monitores conectados a su pequeño cuerpo. Tenía un semblante tranquilo y su respiración era constante.

—Las próximas veinticuatro horas son cruciales —explicó Jamie mientras April se inclinaba sobre la cama—. Tenemos que estar atentos a cualquier complicación y a que no sufra una nueva infección. Luna es joven y fuerte, y la cirugía ha sido todo un éxito, así que confío en que todo vaya bien.

April extendió la mano para acariciar suavemente la cabeza de Luna. Los ojos de la pequeña se abrieron brevemente al contacto. La reconoció de inmediato, porque logró mover un poco la cola.

—Oye, revoltosa —le susurró April con voz dulce—. Realmente sabes cómo llamar la atención, ¿eh?

—Ella ha aprendido eso de su dueña —dijo Jamie en voz baja.

April levantó la vista y lo encontró mirándola con una expresión que hizo que el corazón le diera un brinco. A la suave luz de la mañana, con la guardia baja y el cansancio visible alrededor de los ojos, parecía... real.

Tangible.

Y peligroso.

—Gracias —dijo de nuevo—. Por todo. Por estar ahí cuando te necesitábamos.

Independientemente de lo que pensará de él, le estaría eternamente agradecida por lo que había hecho por Luna.

—Siempre estaré ahí —respondió Jamie.

Aquellas palabras tenían más peso del que April estaba dispuesta a reconocer. Luego, aclarándose la garganta, añadió en broma:

—Aunque quizá la próxima vez podríamos programar la emergencia a una hora más razonable.

April esbozó una sonrisa. Ya estaba más tranquila.

—Le diré a Luna que consulte a su secretaria qué momento le queda libre —dijo.

La risa de Jamie fue cálida y genuina, llenando el espacio de silencio que había entre ellos.

—Mike lo agradecerá.

La campanilla que colgaba de la puerta principal de la clínica sonó cuando Mike entró con una bandeja de cafés de la cafetería de al lado.

April y Jamie salieron de la sala de recuperación.

—Hablando de él… —susurró Jamie.

—¡Buenos días, chicos! —los saludó Mike—. He pensado que nos vendría bien un café —dijo, alzando la bandeja.

—No sabes cuánto —habló April.

—Este café nos va a dar diez años de vida —bromeó Jamie.

Alargaron el brazo y cada uno cogió uno de ellos. Movieron el azúcar con la cucharilla de plástico y dieron un trago.

—Está buenísimo —dijo April.

Después de la noche que habían pasado, era revitalizante.

Mike sonrió.

—¿Cómo está Luna? —quiso saber.

—Ya está despertando de la anestesia —contestó Jamie.

Mike miró a April.

—Vaya nochecita, ¿eh?

—Ha sido bastante movida —respondió ella.

—Hablando de noches movidas —dijo Jamie, pasándose una mano por el cabello con ese gesto nervioso que ella estaba empezando a reconocer—. Deberías descansar un poco. Mike puede acercarte a casa.

—Sí, solo tardaremos unos minutos —repuso el chico.

—Prefiero quedarme —se apresuró a decir April—. A menos... a menos que suponga un problema.

Su mirada se encontró con la de Jamie y algo eléctrico vibró entre ellos.

—No —contestó Jamie—. No hay ningún problema.

Mike los miró con un interés mal disimulado. ¿Qué pasaba entre esos dos?

—Yo… voy a ver a Luna, antes de empezar a atender las citas de hoy —dijo—. Avisadme si necesitáis algo, como otro café. O privacidad —añadió, antes de echar a andar con media sonrisa burlona en los labios, y meterse en la sala de recuperación donde estaba Luna.

Cuando Mike desapareció tras la puerta, se hizo un silencio. De repente, April fue muy consciente de que llevaba la misma ropa que por la noche y de que ni siquiera se había peinado.

Alzó los brazos y se atusó un poco el pelo con las manos.

—Deberías asearte —dijo Jamie, como si hubiera leído sus pensamientos—. Hay una ducha en la sala de descanso del personal. Guardo algo de ropa de repuesto ahí para emergencias.

—¿Estás diciendo que necesito una ducha?

Los ojos de Jamie viajaron sobre April de una manera que hizo que su piel hormigueara.

—Estoy diciendo que has tenido una noche muy larga y mereces sentirte cómoda. La ropa puede ser un poco grande, pero...

—Pero ¿hay algo más cómodo que estar todo el día con una camisola? —dijo April. Así es cómo pensaba que le quedaría alguna de las camisetas de Jamie, tipo «camisola de playa». Menos mal que era verano.

—No lo sé —contestó él en voz baja—. Pero seguro que te queda bien.

La tensión entre ellos cambió, convirtiéndose en algo más pesado, más cargado. April enderezó la espalda, necesitaba poner un poco de distancia con Jamie antes de hacer algo increíblemente estúpido, como fijarse en lo cansado, pero rabiosamente guapo que estaba, o cómo su resolución profesional había resultado inesperadamente *sexy*, o cómo el genuino modo de cuidar a Luna la hacía sentir cosas que definitivamente no estaba lista para sentir.

El cerebro estaba a punto de entrarle en cortocircuito.

—Vale. Ducha. Buena idea —dijo.

Los labios de Jamie se elevaron en una ligera sonrisa.

—Al final del pasillo, segunda puerta a la izquierda. Encontrarás toallas limpias en el armario. Estaré pendiente de Luna.

April se quedó mirándolo.

Él se había metido en la sala de recuperación. April pudo ver desde la puerta abierta cómo revisaba los monitores para controlar los signos vitales de una Luna todavía aturdida, mientras le murmuraba con voz dulce que iba a ponerse bien.

April se dio cuenta de que aquel hombre no se parecía en nada al vecino prepotente y chulo que había conocido la primera vez. Era

alguien generoso que realizaba operaciones de madrugada para salvar a la mascota de su vecina, que guardaba ropa de repuesto para emergencias y hablaba con voz cariñosa a los animales asustados.

Alguien complicado, interesante y absolutamente aterrador en todos los sentidos.

—¿Jamie?

Él giró el rostro desde la sala de recuperación, y miró a April por encima del hombro.

—¿Sí?

—Yo… —April tragó saliva—. Gracias… por ser complicado.

La lenta sonrisa que le dedicó Jamie iba a ser un problema. April simplemente lo sabía.

CAPÍTULO 21

Mientras sacaba una toalla del armario y buscaba alguna camiseta de Jamie que no le llegara a los pies, April le oyó hablar con Luna.

Su voz sonaba lo suficientemente fuerte como para que ella entendiera las palabras.

—Tu humana está empezando a darse cuenta, ¿verdad? A veces, las mejores cosas de la vida son aquellas que no planeamos.

Luna lanzó un par de ladridos como respuesta.

«Traidora», pensó April con cariño, mientras una sonrisa cómplice se extendía en su boca.

Tenía que reconocer que quizá Luna había tenido razón todo el tiempo. Tal vez «algunas complicaciones» era exactamente lo que necesitaba en su vida.

La ducha del baño de la sala de descanso era mejor de lo que April esperaba. Tenía artículos de tocador de alta gama que olían levemente a ese aroma amaderado que estaba empezando a asociar con Jamie. Intentó con todas sus fuerzas no pensar en eso mientras se libraba del estrés de la noche.

La ropa que había en el armario, como era de esperar, era demasiado grande. Por suerte era verano, hacía calor y estaban en Chicago, donde nadie reparaba en nadie. Así que se puso una camiseta de Jamie de color negro con el estampado de un grafiti en tonos azules en la parte inferior.

Vio su reflejo en el espejo y tuvo que reírse al ver la forma en que

se perdía en su ropa. La camiseta le quedaba como un vestido veraniego.

Cuando salió, sintiéndose más humana, pero también incómodamente consciente de que ahora estaba completamente envuelta por el olor de Jamie, lo encontró hablando por teléfono en su oficina.

—Sí, señora Henderson, Luna está bien —decía, pellizcándose el puente de la nariz con los dedos. April supuso que para armarse de paciencia.

¿Cómo se había enterado la señora Henderson de que Luna había tenido que ser operada de urgencia en la clínica de Jamie?

April estaba pensando muy seriamente que esa mujer tenía una red de espionaje o que realmente era como Dios y estaba omnipresente en todos los lados.

Jamie continuaba hablando.

—No, no fue porque April pasara por alto las señales. A veces son indetectables.

—…

—Sí, es consciente de que ha sido una suerte que tuviera un veterinario al lado.

Jamie hizo una pausa. Tomó aire.

—…

—Claro que puede titular el capítulo como «emergencia a medianoche» de… lo que sea que esté escribiendo.

April no pudo evitar reír mientras se apoyaba en el marco de la puerta, viendo a Jamie lidiar con la vecina más cotilla de todo el edificio.

—Tengo que irme —dijo Jamie con firmeza—. Tengo un paciente que atender.

—…

—No, no necesito que traiga el desayuno. Ni el almuerzo. Ni... —Tomó aire de nuevo—. Señora Henderson, lo que realmente necesito…

En ese momento Jamie levantó los ojos y vio a April. La visión de cómo le quedaba su camiseta provocó que perdiera la línea de su pensamiento.

April se movió en el sitio al advertir su mirada. Se había asegurado de que la camiseta le llegara justo por encima de las rodillas.

—La llamaré más tarde —dijo Jamie por teléfono, sin dejar de mirar a April—. Sí, le diré a April que le envía todo su ánimo y que espera que Luna se recupere pronto. Adiós, señora Henderson.

Después de colgar, hubo un momento de silencio. Jamie suspiró. La señora Henderson podía ser muy pesada cuando quería.

—Entonces —dijo finalmente April—, ¿todo el edificio sabe que has operado a Luna esta madrugada?

—Me temo que sí. Te juro que no sé cómo lo hace la señora Henderson —respondió Jamie, todavía mirándola con una intensidad que hizo que April sintiera un escalofrío.

—A mí, te juro que empieza a darme miedo —dijo April entre risillas—. Ya no creo que sea una tontería eso que dijiste de que parece que ha puesto micrófonos en todos los pisos del edificio.

—Yo no he creído que fuera una tontería nunca, te lo aseguro —afirmó Jamie, uniéndose a ella en las risas.

Se puso de pie y April sintió que la oficina se hacía más pequeña.

—Esa camiseta te queda mejor que a mí —comentó mientras se acercaba a ella.

April se metió unos mechones de pelo detrás de la oreja.

—Sí, bueno…, parece un vestido.

—Parezca un vestido o no, te queda mejor que a mí.

El corazón de April saltó en su pecho.

—Debería... ver cómo está Luna.

—Está durmiendo —dijo Jamie con voz suave—. Mike la está vigilando.

—Oh… —April tragó con dificultad—. Entonces voy a ir a…

—¿Desayunar? —la cortó Jamie.

—Sí, el café que nos ha traído Mike lo tengo ya en los dedos de los pies —bromeó April—. Es poca cafeína para mantenerme de pie después de la noche que hemos tenido.

Jamie se giró un poco y señaló con el pulgar un par de bolsas de papel que había sobre su escritorio.

—¿Te gustan los croissants de chocolate? —le preguntó.

—¿Estás de broma? ¿A quién no le gustan los croissants de chocolate? —dijo April, mientras se le hacía la boca agua.

Jamie sonrió. Cogió una de las bolsas de papel y la abrió.

April lo miró por debajo del abanico de pestañas.

—Estás haciendo que sea muy difícil mantener mi argumento de que eres un vecino odioso —le dijo, medio en broma medio en serio.

—Esa es la intención.

Antes de que April pudiera procesar aquellas palabras, Jamie sacó un vaso de cartón de la bolsa y se lo tendió. Ella lo tomó de su mano.

El estómago le rugió cuando el olor a chocolate surgió del interior de la bolsa, llenando la oficina.

—Y sé que voy por buen camino —añadió Jamie.

—¿A qué te refieres? —April cogió uno de los croissants y le dio un mordisco.

—Has dicho que te gusta lo profesional que soy.

April se quedó perpleja. Frunció las cejas.

—Yo no he hecho esa afirmación en voz alta —aseveró.

—Es posible que lo hayas murmurado mientras «no dormías» en mi sofá —repuso Jamie, dando tranquilamente un sorbo de su café.

—¿Te lo estás inventando otra vez? —le preguntó April.

Jamie sacudió la cabeza, negando.

—Te aseguro que esta vez no.

April entornó los ojos.

—Te odio —dijo.

—Yo sé que no —la contradijo Jamie, dejando entrever en sus palabras una seguridad aplastante. La suavidad con la que sonreía era peligrosa. Muy peligrosa.

April apretó los labios hasta formar una línea con ellos.

Iba a responderle cómo se merecía (según su propio criterio), pero en ese momento Mike apareció en la puerta.

—Luna está empezando a despertarse —anunció con cautela, sin hacer ningún comentario sobre la proximidad que había entre ellos o el hecho de que April vistiera una de las camisetas de Jamie—. Pensé que querríais saberlo.

—Gracias, Mike —le agradeció Jamie.

Pasaron la siguiente media hora monitoreando las constantes vitales de Luna.

Jamie le explicaba a April cada detalle con esa voz tranquila y profesional que ella había empezado a encontrar muy atractiva.

Luna estaba aturdida pero receptiva. Su cola se movía débilmente cada vez que Jamie se dirigía a ella.

«Lo adora», pensó April para sus adentros, mientras Luna

intentaba lamer la mano de Jamie durante una auscultación.

—Tranquila, pequeña —dijo Jamie sin levantar la vista—. Su temperatura es normal, lo cual es una buena señal, porque significa que la infección está remitiendo.

—¿Cuándo podrá volver a casa? —preguntó April.

—Quiero tenerla al menos un par de días en observación —respondió Jamie, enderezándose—. Quiero supervisar personalmente su recuperación y asegurarme de que come adecuadamente. —Miró a April—. Deberías irte a casa y descansar un poco —le aconsejó.

April negó con la cabeza.

—Ya te he dicho que me quedo. —Por suerte era sábado y no tenía que acudir al trabajo.

Jamie la estudió durante unos instantes y luego asintió.

—Al menos deja que Mike te lleve a casa para cambiarte de ropa, para recoger el cargador del teléfono, o para lo que necesites.

—¿Estás dándome a entender que no quieres que lleve tu camiseta? —le preguntó April.

Los ojos de Jamie se oscurecieron.

—Estoy diciendo que, si sigo viéndote con mi camiseta, podría olvidarme de que soy un profesional y, además, tu odioso vecino.

El tono de su voz hizo que April se quedara sin respiración.

Antes de que pudiera responder (aunque no tenía ni idea de qué iba a decir a eso), sonó la campanilla de la puerta principal de la clínica.

—Salvada por la campana —murmuró Jamie, dando un paso atrás. Consultó su reloj de pulsera—. Es la señora Peterson y su gato persa. Tienen cita ahora. —Alzó el rostro hacia April—. Trata de no aparecer mucho por la sala de espera, si no quieres que te someta a un tercer grado, ella es peor que la señora Henderson cuando se trata de cotilleos.

April asintió, conforme. Lo que menos le apetecía era estar en boca de todos los residentes del edificio. Con ser el centro de los chismes de la señora Henderson tenía suficiente.

CAPÍTULO 22

April pasó la mañana entre dormitar en el sofá de la oficina de Jamie y vigilar a Luna, que iba mejorando poco a poco a medida que avanzaba el día.

Le contó a Sarah lo que había sucedido mediante un WhatsApp, que ella respondió en cuanto salió del trabajo.

Dios mío, ¿han tenido que operar a Luna de urgencia en plena madrugada?

Sí, la pobre se puso muy malita por culpa de una obstrucción en el intestino.

Puedo imaginarme lo mal que lo has tenido que pasar, sé cuánto quieres a Luna.

Sí, mucho. Pero por suerte, Jamie la atendió de inmediato y la operó para que la infección no le provocara mayores complicaciones.

Jamie es el mejor veterinario de Chicago y muy profesional. Luna no ha podido estar en mejores manos que en las suyas. ¡Es un crack!

Me he dado cuenta.

Porque eres muy terca, pero es algo

que salta a la vista ?? .

April sonrió. Sarah y sus continuos intentos por meterla a Jamie por los ojos. Esperó a que escribiera de nuevo.

Te dejo, cariño, se han acabado mis minutos de descanso. Vuelvo al trabajo. Me alegro mucho de que Luna esté bien. Mantenme informada de su recuperación.

Por supuesto.

Alrededor del mediodía, Jamie apareció con una pizza barbacoa mediana y un par de refrescos.

—Tienes que dejar de hacer esto —le dijo April mientras abría la caja de la pizza que habían dejado sobre el escritorio—. Podría empezar a acostumbrarme a tu amabilidad.

—Dios no lo quiera —respondió Jamie de inmediato, al tiempo que alargaba la mano y cogía uno de los triángulos de pizza—. No me perdonaría arruinar la visión de imbécil prepotente que tan cuidadosamente tienes construida de mí.

—Ya no creo que seas un imbécil prepotente —dijo April.

Las cejas de Jamie se alzaron.

—¿Ah, no? —dijo, pasándole uno de los refrescos.

—No, aunque todavía pienso que eres prepotente —contestó April

para picarle. Tomó el refresco que le ofrecía.

No podía evitarlo, le encantaba aquel juego de toma y daca que tenía con él.

—Me alegro de no ser ya un imbécil —dijo Jamie con ese punto sarcástico que le caracterizaba. Dio un mordisco a su trozo de pizza.

April tuvo que echarse a reír.

Comieron en un silencio cómodo, solo roto por Mike, que de vez en cuando entraba para preguntar a Jamie sobre dudas que le surgían de algún paciente.

April se encontró estudiando a Jamie cuando él no miraba: reparó en la forma en que se pasaba la mano por el pelo cuando pensaba, los movimientos precisos y habilidosos de sus dedos de cirujano, la suave sonrisa que no podía ocultar del todo cuando la sorprendía mirándolo.

—Me estás mirando —dijo finalmente en una de las ocasiones.

—Solo te observo. Soy muy observadora, ¿sabes? —dijo April—. Es parte de mi trabajo.

—Creo que eso lo dije yo una vez —apuntó Jamie. April sonrió—. ¿Y qué estás observando? —le preguntó.

April sopesó cuidadosamente su respuesta.

—Que tal vez me haya equivocado en algunas cosas contigo —contestó.

Jamie enarcó una de sus cejas.

—¿Solo en algunas cosas?

—No te pases, doctor Mitchell —dijo April.

La risa de Jamie fue cálida y auténtica, y April se descubrió pensando en lo lejos que habían llegado desde ese primer desastroso encuentro en el que ella le había jodido el parabrisas de su coche recién sacado del concesionario. También divagaba sobre

cómo a veces las peores primeras impresiones pueden conducir a los desarrollos más interesantes.

—April —dijo Jamie en voz baja, con una nota de seriedad en la voz—. Sobre lo de esta mañana…

En aquel momento, la voz de Mike se oyó en el pasillo, alterada y potente.

—Doctor Mitchell, se acerca una emergencia. Han atropellado a un San Bernardo y está grave.

La expresión de Jamie cambió al modo profesional, pero sus ojos se detuvieron en April.

—Continuaremos hablando más tarde —dijo.

April asintió, tratando de ignorar cómo su corazón se aceleraba ante la promesa que había en su voz. ¿Hablarían de que él le había dicho que verla con su camiseta puesta podría hacer que se olvidara de que era un profesional y su odioso vecino? No quiso pensar en ello.

—Vaya a salvar a más animales, doctor. Luna y yo estaremos aquí —dijo.

April lo vio irse, sorprendida por lo natural que se sentía al estar inmersa en su espacio, vistiendo su ropa, compartiendo su almuerzo, una charla… Con qué facilidad había pasado de ser un vecino irritante a... lo que fuera en lo que se estaba convirtiendo.

Su teléfono vibró con un WhatsApp de Sarah. Siempre tan oportuna.

Entonces... ¿sigues fingiendo que todo se trata solo de Luna? 😜

April echó un vistazo a la oficina de Jamie, la evidencia de su dedicación a su trabajo, los pequeños detalles que revelaban al

hombre que había detrás de la fachada prepotente. Por la forma en que había dejado todo para ayudar a su mascota en medio de la noche, sin hacer preguntas.

April no podía seguir engañándose.

No —escribió—. *No creo que se trate solo de eso.*

A través de la puerta abierta, podía escuchar la voz de Jamie mientras trabajaba con el San Bernardo que había sido atropellado; la misma gentileza que había visto cuando había atendido a Luna. La misma complejidad que la había atraído a pesar de hacer enormes esfuerzos por mantenerse en las cosas simples.

April empezaba a darse cuenta de que, a veces, las mejores cosas de la vida eran las que nunca veías venir, las que no planeabas, las que ni siquiera se te pasaban por la cabeza, las que nunca te hubieras imaginado.

Incluso aunque vinieran rodeadas de prepotencia y batas quirúrgicas, con una tendencia a sacarte de quicio y una capacidad exasperante para leerte la mente mejor de lo que te gustaría.

El suave gemido de Luna desde la sala de recuperación llamó la atención de April. Su pequeña estaba despierta y parecía estar más viva que nunca.

Tenías razón acerca de él.

Pero no dejes que se te suba a la cabeza ?? —le escribió April a Sarah mientras iba a ver cómo estaba Luna.

La cola de Luna se meneó en cuanto la vio y cuando April alargó la mano para acariciarla, no paró de lamérsela.

—Ya, cariño… —susurró con voz tranquila, inclinándose y dándole un beso en la cabecita peluda.

April alzó el rostro y a través de una de las ventanas que tenía la sala y que daba al pasillo, vio a Jamie mirándolas con esa expresión plácida que la hacía olvidar todo lo «normal y sin complicaciones» que siempre había buscado.

Quizás lo «complicado» no fuera tan malo.

CAPÍTULO 23

—No es necesario que la visites tantas veces —dijo Jamie, cuando April entró en la clínica por segunda vez aquella mañana—. Luna está bien.

April se acomodó el bolso del ordenador portátil en el hombro, tratando de parecer más profesional y menos como alguien que había estado inventando excusas para ver a su mascota.

—Estaba por la zona. Por… trabajo —dijo.

—Tu oficina está en la otra punta de Chicago —comentó Jamie.

April carraspeó, cambiando el peso de un pie a otro.

—Es que he tenido una reunión cerca.

—¿Otra vez? ¿Igual que esa reunión que has tenido con un cliente a las diez y media?

April ignoró la sonrisa de complicidad que le dedicó Jamie y se dirigió a la sala de recuperación donde estaba Luna.

Al entrar, la pequeña Yorkie empezó a mover la cola a modo de saludo, feliz de verla. En los tres días que habían transcurrido desde su operación, Luna había mejorado mucho, aunque Jamie insistió en mantenerla en observación «solo para estar seguros» de que todo iba bien.

April estaba empezando a sospechar que aquel exceso de prevención tenía poco que ver con una necesidad médica y mucho con la frecuencia con la que ella pasaba por allí.

—¡Buenos días, April!

Una voz cantarina la llamó desde el otro lado de la sala de recuperación, donde una chica morena, con el pelo largo, recogía el portafolios de una cuna donde había un gato callejero al que habían rescatado de unos contenedores de basura.

Era Violet, la nueva recepcionista. Una chica guapa, resuelta y a la que se le notaba que estaba muy cómoda con Jamie.

Había empezado a trabajar hacía dos días y April ya había contado al menos siete formas diferentes que la chica utilizaba para tocar el brazo de Jamie durante las conversaciones.

No es que ella estuviera pendiente de esas cosas, ni de nada referente a ellos. Por supuesto que no.

Mike había acabado un curso de auxiliar de veterinaria con unas notas excelentes, y Jamie había decidió ascenderle para que fuera su ayudante. Al igual que a Jamie, a Mike le encantaban los animales, y eso era una cualidad que Jamie tenía muy en cuenta.

—¿Estás aquí para «echar otro vistazo rápido» a Luna? —le preguntó Violet.

—Solo me aseguro de que esté comiendo bien —respondió April, con una voz neutra—. Luna a veces no come si no le pongo yo la comida.

—El doctor Mitchell ha estado cuidando muy bien de ella —dijo Violet con una brillante sonrisa en los labios—. Incluso anoche se quedó hasta tarde para darle personalmente sus medicinas.

Jamie, que acababa de entrar en la sala de recuperación, le lanzó a Violet una mirada que April no supo interpretar del todo.

—Ya son suficientes explicaciones de pacientes, Violet. ¿No tienes nada que hacer? —le dijo.

—Por supuesto, doctor. Voy a introducir en la base de datos de la clínica la información del gato callejero que trajeron ayer. —La

sonrisa de Violet se volvió cómplice con él—. Avíseme si necesita algo. Cualquier cosa.

April la observó alejarse, tratando de ignorar cómo sus últimas palabras habían ido dirigidas a Jamie con un tono inconfundible, que no hubiera pasado desapercibido ni a un sordo.

En ese momento, Luna empezó a moverse de un lado a otro de la cuna, para llamar su atención. April la cogió y la abrazó. Después, la dejó de nuevo en la cuna.

—Tu recepcionista es… muy amable —le dijo a Jamie.

Tal vez no tenía que haberle hecho ese comentario, pero no había podido contenerse.

Los labios de Jamie se abrieron en una ligera sonrisa.

—¿Estás celosa? —le preguntó, picándola con su habitual ironía.

—Estoy segura de que eso te encantaría —dijo April rápidamente, como si las palabras le quemaran la boca—. No estoy celosa, simplemente creo que no es muy profesional cómo ella…

Jamie se inclinó sobre April y bajó la voz.

—¿Cómo ella qué? —la animó a hablar—. ¿Cómo encuentra excusas para visitar la clínica? ¿Cómo se las ingenia para venir varias veces al día?

April sintió que un golpe de rubor le calentaba las mejillas.

—Eso es diferente. Luna es mi mascota y me preocupo por ella.

—Claro. —Jamie sonreía con un deje divertido en los labios—. ¿Y estas visitas son únicamente para supervisar a Luna?

—Claro que sí —contestó April.

—¿Entonces no estás usando ese vestido verde porque ayer mencioné que el verde es mi color favorito?

El corazón de April dio un vuelco.

Sí, había elegido ese vestido específicamente (de una tonalidad verde manzana) por ese comentario casual que él había hecho durante una de las visitas que ella le había hecho a Luna. Pero, joder, él no necesitaba saberlo.

April alzó un poco la barbilla.

—Está muy seguro de sí mismo, doctor Mitchell —fue su respuesta.

—Es parte de mis muchos encantos —contestó Jamie, pasando junto a ella para comprobar los monitores que controlaban a Luna. Su brazo rozó el de April, y ella intentó con todas sus fuerzas no percibir lo bien que olía. ¿Qué tenía ese maldito aroma suyo?

—Aunque creo recordar que una vez alguien lo llamó prepotencia —añadió Jamie.

—En realidad, fueron varias veces —señaló April.

—Y, sin embargo, aquí estás, concertando reuniones cerca de la clínica para venir varias veces al día, y poniéndote vestidos de mi color favorito.

Antes de que April pudiera formular una respuesta, sonó la voz de Violet. Se giraron al mismo tiempo.

—April, está aquí uno de tus compañeros de trabajo: Mark.

April se quedó de piedra. ¿Qué hacía Mark allí?

Miró a Jamie y luego a Violet.

—Gracias —le dijo.

Violet dio media vuelta y se marchó.

—Voy a ver qué quiere Mark —le dijo April a Jamie.

Él se mantuvo impávido a su lado, con una expresión imperturbable en el rostro.

Mark estaba de pie en la recepción, sosteniendo lo que parecían bolsas de comida para llevar y luciendo su encantadora sonrisa.

—Mark —logró decir April.

—¡Sorpresa! —exclamó él al verla—. Te he traído algo de comida.

April vio que Jamie había salido de la sala de recuperación y se dirigía hacia ellos.

—¿Qué estás haciendo...? ¿Cómo has sabido que estaba aquí? —preguntó April a Mark.

—Tu secretaria me ha dicho que Luna todavía está ingresada y que pasas mucho tiempo aquí —dijo él. Se acercó hacia Jamie con la mano extendida—. Espero no interrumpir nada, doctor...

—Mitchell —dijo Jamie, estrechándole la mano que le ofrecía. El tono de su voz era perfectamente profesional. Tanto, que puso nerviosa a April—. Y no interrumpes nada en absoluto. Solo estaba informando a la señorita Carter sobre los avances en la recuperación de su mascota.

April intentó no inmutarse ante su (exagerada) formalidad. No la había llamado «señorita Carter» desde el incidente del ascensor.

—Genial. —Mark levantó las bolsas que tenía en la mano—. Traje suficiente comida para compartir, si quieres unirte a nosotros —le dijo a Jamie.

—Gracias, pero tengo pacientes que atender —respondió él sin mucho entusiasmo. Sonrió, pero su sonrisa no llegó a sus ojos—. Violet puede guiaros a la sala de descanso de la clínica, aunque April sabe dónde está, dado el tiempo que pasa aquí. —Con ese comentario mordaz, Jamie se giró sobre sus talones y se alejó, con la postura rígida como si se hubiera tragado el palo de una escoba.

—Parece... muy serio —comentó Mark, cuando April y él se dirigían a la sala de descanso.

—Es simplemente muy profesional —se encontró diciendo April, aunque no entendía por qué estaba defendiendo a Jamie cuando él claramente había tenido una actitud hosca.

La sala de descanso era pequeña pero cómoda, con un sofá con el que April se había familiarizado mucho en los últimos días.

Quizá deberían haberse ido a comer fuera de la clínica, pero entrar en un bar o cafetería con comida de otro sitio no sería lo adecuado y sentarse en el banco de un parque con la ola de calor que tenían encima era poco menos que un suicidio. Chicago era un horno aquellos días.

Mark se sentó en el sofá y dejó sobre la pequeña mesa auxiliar los recipientes de plástico en los que el camarero del bar les había metido las ensaladas de pasta.

Mientras degustaban la comida, Mark conversó sobre el trabajo y sobre la exposición de Fotografía Urbana a la que habían asistido.

April intentó (de verdad que lo intentó) concentrarse en lo que contaba, pero su atención seguía desviándose hacia los sonidos de la clínica. Hacia la voz de Jamie trabajando con los distintos pacientes, hablándoles con ese tono suave y tranquilo con el que se dirigía a los animales asustados.

—¿April? La voz de Mark la trajo de vuelta al presente—. ¿Está todo bien?

—Sí —respondió ella—. Solo estoy preocupada por Luna —se excusó.

—Cierto, Luna… —Mark miró hacia la puerta—. Parece estar recibiendo mucha atención del doctor Mitchell.

Algo en su entonación puso a April a la defensiva.

—Es un buen veterinario —dijo.

—Estoy seguro de que lo es. —Mark la estudió durante unos instantes—. ¿Sabes? Cuando tu secretaria mencionó que pasabas bastante tiempo aquí, tenía una sonrisa un tanto… extraña.

—Mi secretaria necesita ocuparse de sus propios asuntos —murmuró April, dejando entrever cierto enfado en la voz.

En ese instante la risa de Jamie atravesó la puerta, junto con una carcajada femenina y *sexy* de Violet.

Mark observó cómo la expresión de April cambiaba. Se inclinó un poco hacia adelante.

—Entonces, ¿qué piensas de que me vaya a unir a un circo como domador de pingüinos? —le preguntó.

—Me parece una buena idea —respondió April en un tono distraído.

Mark sonrió débilmente.

—April, ¿dónde tienes la cabeza?

Ella frunció levemente el ceño.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Acabo de decirte que me voy a unir a un circo como domador de pingüinos y me has dicho que te parece una buena idea —dijo Mark.

April parpadeó, volviendo al presente.

—Lo siento —se disculpó. Dios, ¿de verdad le había dicho que le parecía buena idea eso?—. Yo… —Se interrumpió cuando la voz de Violet volvió a sonar en el pasillo, diciendo algo que hizo reír a Jamie. Otra vez. ¿De qué cojones se reían tanto?

—April, ¿estás bien? —le preguntó Mark.

—Sí, claro —respondió ella, tratando de sonar despreocupada.

—Ya… —dijo Mark. Dirigió una mirada a April, que no quitaba ojo de la puerta—. Mira, April, si te gusta el doctor Mitchell…

Ella giró el rostro hacia Mark.

—¡¿Qué?! —casi gritó, interrumpiéndolo—. ¿De dónde te sacas eso? —No le dejó contestar—. No, por supuesto que no —Negó con la cabeza con más firmeza de la necesaria—. Es un tío que me cae fatal.

—Vale… —dijo Mark, aunque con poca convicción. Miró su reloj—. Tengo que irme —anunció. Se levantó del sofá—. Tengo una reunión en Hyde Park.

April trató de centrarse.

—¿Con Wilson Patel? —preguntó.

—Sí —respondió Mark.

—Suerte.

—Gracias.

CAPÍTULO 24

Después de que Mark se fuera, April echó la espalda hacia atrás y apoyó la cabeza en el sofá. Cerró los ojos.

Ella no estaba celosa. Lo que ocurría es que Violet le parecía muy poco profesional. Se tomaba libertades con el jefe que no debería tomarse. Solo era eso.

El aire le llevaba los sonidos cotidianos de la clínica: el teléfono sonando, gente hablando, animales haciendo diversos ruidos. Y por encima de todo, la voz de Jamie, firme y profesional.

Hasta que Violet volvió a reír con él y April se descubrió agarrando la taza del café que se estaba tomando con demasiada fuerza.

Un suave golpe la hizo mirar hacia la puerta. Jamie estaba bajo el marco, llenándolo casi por completo, con una bata blanca abierta que le llegaba por las rodillas y una expresión ilegible en el rostro.

April no tuvo más remedio que reconocer que estaba súper *sexy* con el estetoscopio alrededor del cuello.

—Tu novio se ha ido muy pronto —dijo Jamie, en un tono cuidadosamente neutral.

Decía aquello para picarla. April estaba segura. Sabía de sobra que no estaba saliendo con Mark.

—No es mi novio.

Algo brilló en los ojos verdes de Jamie.

—¿No?

—No. —April se puso de pie. ¿Por qué de pronto tenía la necesidad de que Jamie supiera que no había absolutamente nada entre Mark y ella?—. Solo me trajo el almuerzo porque... —se calló.

—¿Porque…? —la animó Jamie a continuar.

—Porque mi secretaria, según parece, no tiene asuntos propios en los que ocuparse y se ocupa de los míos —terminó de decir April.

Los labios de Jamie se curvaron.

—Tu secretaria parece estar muy comprometida con tu vida social.

—Y eso lo dice el hombre que deja que la señora Henderson especule y haga apuestas sobre lo que hay entre nosotros.

Jamie alzó una ceja.

—¿Hay algo entre nosotros?

April sintió que se le calentaban las mejillas. ¡Joder!

—Eso no es lo que yo…

—¿Doctor Mitchell? —La voz de Violet interrumpió la conversación —. Su próximo paciente está listo, aunque podría avisar a Mike si está... ocupado.

La forma en que pronunció «ocupado» hizo que April quisiera tirar algo, preferiblemente a la cabeza de Violet.

Los ojos de Jamie no habían abandonado el rostro de April en ningún momento.

—Estaré allí enseguida —respondió.

—Como quiera —habló Violet. Dio media vuelta y se fue.

Cuando desapareció, Jamie dijo en voz baja:

—Aún no hemos terminado con esta conversación.

—Tienes pacientes que atender, *doctor*. —April enfatizó su título, tratando de restablecer cierta distancia entre ambos.

Jamie esbozó una de esas sonrisas tan peligrosas.

—Siempre tengo tiempo para el humano de mi paciente favorito —dijo.

—Pensé que no te gustaban los humanos y que preferías a los seres de cuatro patas.

—Estoy aprendiendo a hacer excepciones. —Jamie se acercó un poco a April y ella contuvo la respiración—. Especialmente con testarudas ejecutivas de marketing que fingen tener reuniones cerca para visitar mi clínica.

—Yo no…

—April —la cortó Jamie. La forma en que dijo su nombre debería ser ilegal. ¡Por Dios bendito!—, ha llamado tu secretaria para comunicarte las nuevas horas de las reuniones que has cancelado hoy. Ha dicho que la llames.

—¿Qué? —April frunció el ceño—. ¿Y por qué mierda no me ha llamado a mi móvil? —preguntó de forma inquisitiva.

—Lo ha hecho, pero lo tienes apagado.

April lo sacó inmediatamente de su bolso y se dio cuenta de que se había quedado sin batería.

«Mierda».

Jamie la había pillado.

—La próxima vez —dijo él suavemente—, no hace falta que canceles tus reuniones, solo admite que querías verme.

Con eso, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo. April se quedó con el corazón acelerado y la clara sensación de que estaba perdiendo cualquier juego que estuvieran jugando.

Apretó los labios.

Detestaba la prepotencia de Jamie, su encanto; esa manera de intuirla. Pero sobre todo detestaba que tuviera razón.

El feliz ladrido de Luna volvió a resonar por la clínica, seguido de la voz de Violet diciendo algo que hizo reír a Jamie otra vez.

April respiró hondo y contó hasta diez. ¿Acaso aquella chica era humorista? ¿Por qué tenía tanto empeño en hacer reír a Jamie?

Pero no estaba celosa.

Ella-no-estaba-celosa. Para nada, se dijo April en repetidas ocasiones.

Simplemente era la dueña de una mascota a la que habían operado de urgencia unos días atrás, y estaba preocupada por ella. Jamie podía interpretarlo cómo quisiera.

Sin embargo, ¿quién quería tirarle algo a Violet cada vez que hacía reír a Jamie, o le tocaba coquetamente el brazo?

—Maldita sea —masculló.

Debería marcharse. Volver al trabajo y dejar de inventar excusas para ir a la clínica.

En cambio, sus piernas la llevaron hacia la sala de recuperación de Luna. Ella la saludó con una mirada de complicidad. No se podía negar que estaba encantada de recibir todas las atenciones de Jamie.

—No empieces —le dijo April. La apuntó con el dedo índice—. Esto sigue siendo culpa tuya.

La cola de Luna se movió cuando la voz de Jamie empezó a oírse más cerca, hablando sobre los cuidados postoperatorios con el dueño de algún animal.

—Pero ¿qué te pasa con él? —le preguntó April a su mascota.

La cola de Luna se movió con más fuerza cuando Jamie pasó por delante de la puerta. Ladró un par de veces.

April sacudió la cabeza, pero no pudo evitar sonreír ante la evidente alegría de su pequeña Yorkie.

—¿No te das cuenta de que el doctor Mitchell significa complicaciones y probablemente problemas? —le dijo a Luna en voz baja—. Él es… Bueno, ya lo ves, es un picaflor; le gustan todas, pero no se queda con ninguna. No es un hombre de compromisos.

Luna escuchaba a April atentamente, como si entendiera cada una de las palabras que decía. De vez en cuando ladeaba un poco la cabeza.

—Yo… no sé si vale la pena correr el riesgo de sufrir ciertos problemas —continuó hablando April, mientras acariciaba cariñosamente el lomo de Luna—. Y Jamie es un gran problema. Entre los humanos siempre surgen conflictos cuando aparecen sentimientos, ¿sabes? —Guardó silencio unos segundos—. Pero, tal vez… —pensó, girando el rostro por encima del hombro y observando a Jamie explicarle a un hombre algo reflejado en los papeles que había dentro de una carpeta con el logotipo de la clínica —. Tal vez Jamie sí valga el riesgo de sufrir ciertos problemas.

Incluso si llegaban acompañados de sentimientos, límites personales autoimpuestos que se volvían cada vez más borrosos y difusos, y una nueva recepcionista atractiva e irritante que tenía que aprender a dejar de tocar el brazo de Jamie.

CAPÍTULO 25

La tarde llegó con un flujo constante de pacientes, lo que le dio a April muchas excusas para quedarse «solo un poco más» con Luna.

Así que finalmente no se fue.

Se instaló en la mesa de la sala de descanso y trabajó allí con su portátil, diciéndose a sí misma que estaba siendo productiva. Lo bueno de su trabajo era que, a veces, podía hacerlo allí donde estuviera su ordenador.

—Hola —la saludó Mike, apareciendo en la puerta de la sala con una taza de café en la mano—. Tengo media hora libre, puedo llevarte a casa si quieres —se ofreció.

April levantó la vista por encima de la pantalla del portátil.

—Hola, no es necesario, gracias —contestó—. Jamie me ha dicho que es bueno que Luna me vea a menudo para que su recuperación sea más rápida, y vosotros hoy tenéis mucho trabajo para estar pendiente de ella —contestó.

—Jamie, ¿eh? —La sonrisa de Mike era de complicidad—. ¿Ya no es el doctor Mitchell? —preguntó.

—Yo no... Eso no es... —April tartamudeó mientras la sonrisa de Mike se ampliaba en sus labios.

—No te preocupes. Todos hemos notado el cambio. Bueno, excepto tal vez Violet, pero ella es nueva.

Algo en su entonación hizo que April dejara de teclear.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué cambio hablas?

Mike lanzó un vistazo al pasillo antes de bajar la voz.

—Digamos que Jamie normalmente no revisa a los pacientes después de la operación seis veces al día. Ni les trae golosinas especiales de esa elegante tienda para mascotas que hay al otro lado de la ciudad. Ni pasa sus descansos para almorzar «revisando historiales», que casualmente siempre coinciden con las visitas de la dueña de su paciente favorita.

El corazón de April dio un vuelco. ¿Jamie estaba haciendo todo eso?

Se colocó un mechón de pelo tras la oreja.

—Simplemente es minucioso en su trabajo —dijo, tratando de sonar indiferente.

—Claro —asintió Mike—. Es muy minucioso. Sobre todo, cuando ciertas ejecutivas de marketing se ponen vestidos verdes.

April sintió que palidecía. ¿Mike también se había dado cuenta? ¿Tan exagerado era?

Joder.

Abrió la boca para responder a aquella observación particularmente peligrosa, pero la cerró de golpe cuando la risa de Violet resonó en el pasillo.

El dedo de April pulsó el «enter» del ordenador con más fuerza de la que debería.

—Ella no es su tipo —comentó Mike tratando de sonar casual.

—No me importa si es su tipo o no —respondió April, aporreando de nuevo la dichosa tecla.

—Por supuesto que no. Como tampoco te importa que Violet siga encontrando mil razones para estar en su oficina, o que se haya ofrecido a hacer horas extra para quedarse fuera del horario de trabajo y así «ayudar con el papeleo atrasado».

La cabeza de April se levantó de golpe.

—¿Que ella qué?

Así que esa tía iba a por todas con Jamie... Pero si solo llevaba en la clínica unos pocos días.

La expresión inocente de Mike no era nada convincente.

—¿He dicho eso en voz alta? Se me ha escapado —dijo—. Aunque, ya sabes, Luna podría necesitarte también a esas horas. El amor de sus dueños es fundamental para una buena recuperación, tal y como te ha dicho Jamie. —Le guiñó un ojo.

Si algo le quedó claro a April es que a Mike le gustaba el cotilleo y un buen salseo más que a la mismísima señora Henderson. ¡Y eso era casi imposible!

Mike desapareció antes de que April pudiera seguir interrogándolo, dejándola sumida en un carrusel de pensamientos que definitivamente no debería tener.

La tarde transcurrió lentamente. April logró adelantar parte del trabajo entre visita y visita que hacía a Luna (siempre totalmente necesarias según ella) y los vistazos furtivos que lanzaba a la recepción para controlar dónde estaba Violet (aunque esto jamás lo admitiría).

Alrededor de las siete, la clínica comenzó a quedarse en silencio.

April estaba recogiendo sus cosas, tratando de convencerse a sí misma de no quedarse hasta más tarde, cuando Jamie apareció en la puerta de la sala de descanso.

—¿Te vas? —preguntó, apoyándose contra el marco con los brazos cruzados. Aquella postura hacía que la tela de la bata se

tensara y se le marcara los bíceps.

—Sí —dijo April—. Luna parece estar bien y debo regresar a mi oficina en algún momento.

—Bien. —Jamie se pasó la mano por el pelo—. Yo me voy a quedar para poner al día el papeleo atrasado.

—Con Violet, ¿no? —curioseó April, sin poder controlar sus palabras. Habían salido disparadas de su boca.

Algo parecido a una mezcla entre satisfacción y diversión brilló en los ojos de Jamie.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Lo he escuchado.

Jamie entró en la sala, acortando la distancia entre April y él. Notó el cambio en la expresión de April.

—¿Y eso te molesta? —le preguntó.

April apagó el ordenador.

—¿Por qué habría de molestarme? —preguntó a su vez en el tono más despreocupado que pudo. De repente era muy consciente de lo pequeña que era la sala de descanso—. Es muy... profesional por su parte —añadió.

—Además, es su trabajo —comentó Jamie, con toda la intención de picarla. No podía negar que le divertía mucho que April se pusiera así, casi como niña pequeña enfurruñada.

—¿Hacer horas extras es su trabajo? —dijo April, cerrando el portátil con más fuerza de la necesaria.

Jamie esbozó una ligera sonrisa.

—Tú misma lo has dicho, Violet es muy profesional.

—Sí, claro, muy profesional —masculló.

«Si solo fuera su profesionalidad lo que la mueve», pensó en

silencio.

April colocó el bolso del portátil encima de la mesa. Al abrir la cremallera, ésta se quedó atascada. April tiró y tiró intentando que se abriera, pero no había manera. Se negaba.

—¿Todo bien? —le preguntó Jamie, al advertir los tirones que daba.

April frunció los labios.

—Sí, todo bien —dijo, a punto de perder la paciencia.

¿Es que aquella maldita cremallera no tenía otro momento en el que atascarse? Ella lo único que quería era irse de allí cuanto antes, y la mierda de cremallera la obligaba a sufrir a su odioso vecino, ese que estaba encantado de que su nueva recepcionista lo ayudara a poner al día el papeleo atrasado.

—Déjame a mí —dijo de pronto Jamie.

April no sabía cómo había llegado hasta ella. Estaba tan ofuscada que no le había visto moverse, ni acercarse. Pero de pronto sus manos estaban trasteando de forma habilidosa encima del maletín, tratando de arreglar la cremallera.

Ante su inesperada cercanía, April dio un par de pasos hacia atrás para poner distancia entre ellos.

Jamie se dio cuenta de su reacción.

—No te preocupes, no muerdo —comentó con esa ironía tan suya.

April cruzó los brazos por delante del pecho, como si quisiera poner una barrera entre Jamie y ella (aunque fuera simbólica).

—Por si acaso —dijo.

Jamie rio. No pudo evitarlo.

—Ay, April, me descolocas. —La miró unos instantes y continuó tratando de arreglar la cremallera. Finalmente cedió, y se abrió.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Cómo que por qué? —repitió Jamie—. Te apartas de mí como si tuviera la peste y, sin embargo, fulminas a Violet con la mirada cuando está cerca de mí.

Las mejillas de April se calentaron.

—Eso no es cierto —dijo.

—Claro que lo es —rebatió Jamie—. Es tan cierto como que se te corta la respiración cuando me acerco demasiado a ti.

April lo miró con un rastro de indignación en los ojos.

—Eso tampoco es verdad —protestó.

—¿Ah, no?

—No.

Jamie dio un paso adelante, dispuesto a demostrar que tenía razón.

—Dime que no es verdad —le exigió, dando otro paso hacia ella.

April lo miró atónita.

Sí, la dejaba sin aliento, sin oxígeno, sin capacidad para respirar.

El aire entre ellos empezó a sentirse cargado, denso, eléctrico, lleno de posibilidades.

April sabía que debía dar un paso atrás, alejarse, poner distancia, y mantener intactas esas líneas profesionales con las que, de un modo insensato, había estado jugueteando toda la semana. En cambio, se encontró balanceándose ligeramente hacia adelante, como si no le importara que Jamie la besa…

—¿Doctor Mitchell? —La voz de Violet sonó desde el pasillo—. Ya he terminado de organizar los archivos que me ha pedido. ¿Comienzo con el papeleo atrasado ahora?

CAPÍTULO 26

Jamie no se movió; sus ojos verdes con motitas doradas todavía estaban fijos en los de April.

—Me ha surgido algo importante, Violet —respondió—. Puedes regresar a casa. Gracias.

—Oh. —La decepción en la voz de Violet era clara—. No me importa quedarme para ayudarle…

—Te lo agradezco, pero no es necesario —la cortó Jamie con firmeza.

El corazón de April estaba acelerado.

Violet se dio por vencida.

—Entonces, hasta mañana —se despidió.

—Hasta mañana —contestó Jamie.

—No tenías que haber hecho eso —dijo April, cuando los pasos de Violet se alejaron por el pasillo.

—¿El qué?

—Cancelar tus planes con Violet.

—Lo dices cómo si hubiera cancelado una cita con ella —repuso Jamie—. Lo he hecho porque no quiero que te pongas celosa —dijo en tono irónico, con una medio sonrisa que comenzaba a asomar a sus labios.

—¡Yo no estoy celosa! —protestó April.

—¿No? —dijo él. April pensó que Jamie estaba demasiado cerca de ella—. Entonces, voy a aceptar su ofrecimiento para quedarse hasta tarde ayudándome con el papeleo. Tal vez después nos vayamos a cenar a algún restaurante.

Los dedos de April se apretaron sobre la tela del vestido.

—Eso sería muy poco profesional por tu parte, doctor —dijo.

—Ahora vuelvo a ser «doctor»? —Los ojos de Jamie bailaron de diversión—. ¿Qué pasó con «Jamie»?

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

—No puedes culparme. —Jamie extendió la mano y le metió un mechón de pelo detrás de la oreja.

La intimidad del gesto hizo que a April se le desbocara el corazón. Le latía en la garganta.

Jamie la miró a los ojos. Unos ojos profundos de color café y enmarcados de un abanico de largas pestañas.

—Estás increíblemente atractiva cuando te pones celosa —murmuró.

—Yo no estoy celosa —volvió a decir April, tratando de que su voz sonara convincente.

—Por supuesto que no —dijo Jamie, bajando la voz, como si fuera a contarle una confidencia, un secreto—. Sin embargo, te cambia la cara cuando ves a Violet cerca de mí. —Sonrió de esa forma tan peligrosa para April. El día menos pensado terminaría dejándose arrastrar por ella.

—Joder, eres imposible —masculló April.

El teléfono de Jamie sonó, interrumpiendo lo que sin duda habría sido el comienzo de otra discusión. Jamie lo sacó de su bolsillo y miró la pantalla. Rio suavemente.

—La señora Henderson quiere saber el número de veces que has venido a la clínica para ver quién ha ganado las apuestas —dijo,

leyendo en voz alta el WhatsApp que le había enviado.

April gimió.

—¿Alguien en ese edificio se ocupa de sus propios asuntos? —dijo.

No sabía si reír o llorar. Tenía los vecinos más locos de Chicago.

—Probablemente no —respondió Jamie.

Dio un paso atrás y April intentó no extrañar su calidez.

—Será mejor que hagamos una visita a Luna antes de que aparezcan todos los vecinos del edificio para cotillear.

Mientras caminaban hacia la sala de recuperación, April pudo escuchar a Violet recogiendo sus cosas en la recepción.

El sonido de sus tacones haciendo *clic, clic, clic*, al tiempo que se dirigía a la puerta de salida no debería haber sido tan satisfactorio como lo fue.

Quizá Jamie tenía razón. Quizá sí que estaba celosa de ella.

Luna los saludó con su entusiasmo habitual, moviendo la cola con tanta fuerza que sacudió todo su cuerpo.

—Está bastante mejor —observó Jamie, comprobando que todo estaba bien—. Probablemente mañana le dé el alta.

El corazón de April se hundió levemente.

—Claro —masculló—. Si está recuperada, ya no hace nada aquí.

Jamie levantó la vista ante su tono de voz.

—Aunque necesitará revisiones regulares. Probablemente diarias —dijo—. Solo para asegurarnos de que todo va bien.

—¿Diarias? —April luchó contra la sonrisa que amenazaba con escapar de sus labios—. Eso parece un poco excesivo, doctor Mitchell.

—Más vale prevenir que curar —aseveró él. Sus manos

examinaron con suavidad la cicatriz de Luna—. No quiero correr el riesgo de que haya complicaciones.

—Ninguno de los dos queremos. —April lo observó trabajar, sorprendida nuevamente por lo diferente que era allí en su elemento —. Es una preocupación estrictamente médica.

—Estrictamente médica —repitió Jamie. Se enderezó y de repente estaban otra vez muy cerca. A solo un par de palmos—. Al igual que tus múltiples visitas diarias a la clínica para ver a Luna.

—Exactamente.

—¿Y el vestido verde?

—Una coincidencia —dijo April, alzando ligeramente un hombro.

Jamie sonrió.

—Eres una mentirosa terrible, April Carter.

Antes de que ella pudiera responder, Luna ladró alegremente, haciéndose notar y recordándoles su presencia, recordándoles que estaba allí.

Jamie se rio y le rascó detrás de las orejas.

—Tu humana no es muy buena ocultando algunas emociones, ¿verdad? —le dijo—. Ni siquiera cuando insiste en fingir que no está celosa de la recepcionista tan profesional que he contratado.

—No estoy… —April comenzó a contestar automáticamente, como hacía siempre, luego captó la mirada mezcla de complicidad y diversión que reflejaban los ojos de Jamie. Lo hacía para picarla y ella siempre caía, como una tonta—. De verdad que no puedo contigo —soltó, pero estaba luchando por frenar la sonrisa que afloraba a sus labios.

Jamie miró su reloj.

—¿Qué te parece si salimos a cenar algo?

El corazón de April dio un vuelco.

—¿Cenar? —repitió.

—Luna tiene que tomar su medicación dentro de una hora. Después de cenar podemos sacarla a pasear y ver cómo se desenvuelve tras la operación.

—Eso es... muy profesional de tu parte.

Jamie sonrió y April pensó que deberían detenerlo por sonreír así.

—Siempre soy profesional.

—Yo, no sé si cenar juntos… —April dudó, dentro de su eterna dicotomía.

Jamie la cortó.

—April. —La forma en que pronunció su nombre la hizo temblar—. Solo di que sí —atajó.

April miró a Luna, que los observaba entusiasmada.

—Vale —respondió finalmente—. Pero solo porque después hay que sacar a Luna a pasear.

—Por supuesto. Es algo estrictamente profesional —dijo Jamie.

—Exactamente —replicó April.

La mano de Jamie encontró la parte baja de su espalda mientras se dirigían hacia la puerta.

—Y no estás nada celosa de Violet.

April lo miró de reojo.

—Eres enormemente molesto, como una mosca cojonera —afirmó April, pero estaba sonriendo.

—Sí lo soy, sin embargo, aquí estás —respondió Jamie.

Cuando salieron de la clínica, April habría jurado ver a alguno de los vecinos del edificio merodeando por ahí. Pero con la mano cálida de Jamie en su espalda, su cercanía y el olor de su afrodisíaca colonia, descubrió que realmente no le importaba quién estuviera

mirando, o si estaban cotilleando sobre ellos. Empezaba a reafirmarse en que valía la pena complicar ciertas cosas.

CAPÍTULO 27

El pequeño restaurante italiano situado a la vuelta de la esquina de la calle era acogedor y un verdadero encanto. Estaba sutilmente iluminado por el suave resplandor de las luces tenues que colgaban del techo, proyectando un brillo dorado sobre las mesas elegantemente dispuestas y creando una atmósfera íntima, incluso romántica.

Las paredes estaban decoradas con fotografías en blanco y negro de paisajes italianos, transportándote al corazón del país.

April se sentó frente a Jamie, tratando de no fijarse en cómo la luz parpadeante de las velas hacía que su mirada verde pareciera aún más intensa y profunda de lo habitual.

—Cuéntame cómo una chica de Nueva York acaba en Chicago —dijo Jamie, estudiando la carta con sospechosa indiferencia.

—No me quedó otro remedio, me trasladaron por motivos de trabajo y tuve que venir —respondió April.

Los ojos de Jamie se encontraron con los de ella por encima del borde de la carta.

—¿No querías venir?

April alzó los hombros.

—Tenía mi vida hecha en Nueva York y todo fue muy repentino. Ni siquiera me dio tiempo de buscar piso.

—¿Por eso te quedaste en el de Sarah?

—Por eso, y porque Sarah no hubiera permitido que no me quedara en su casa cuando me lo ofreció.

Jamie rio ante aquel comentario.

—Es cierto, Sarah no te lo hubiera permitido. Es muy… intensa —dijo.

April sonrió.

—No lo sabes bien. Dio la casualidad de que a ella la trasladaron a Detroit, también por trabajo, y que su piso se quedaba vacío, así que acepté.

El camarero se acercó para tomarles nota. April pidió unos raviolis rellenos y Jamie se decantó por un plato de saltimbocca; carne de ternera envuelta en jamón y cocinada con vino blanco.

—Supongo que no sabías dónde te estabas metiendo. Me refiero a los vecinos —comentó Jamie.

April dejó escapar un bufido.

—Están todos locos —afirmó—. ¿A veces no te parece que han salido de una película de risa?

El camarero regresó con la comida que le habían pedido, les deseó «buen provecho» y volvió a la cocina. April y Jamie continuaron con la conversación.

—Te mentiría si te dijera que no, pero sí que a veces parece que han salido de una película de risa.

—¡Todos están haciendo apuestas sobre nosotros! ¡Sin ocultarlo! —exclamó April, haciendo aspavientos con las manos.

—Y por si no fuera suficiente, la señora Henderson está escribiendo una novela en la que nosotros somos los protagonistas —añadió Jamie.

—Sí, ¿no es de locos? —dijo April.

Jamie se echó a reír.

—¿Y cómo crees que va a acabar? —le preguntó a April.

—¿El qué?

—Lo nuestro.

April bajó la vista al plato y movió la cabeza.

—No creo que acabe de ninguna manera —dijo. Pinchó un ravioli y se lo metió en la boca—. Espero que la señora Henderson tenga buena imaginación para continuar su novela.

—¿Por qué tienes tan poca fe? —le preguntó Jamie, partiendo un trozo de carne.

—Porque no eres mi tipo —respondió April.

Jamie sonrió ante aquella afirmación.

—¿Y quién es tu tipo? ¿Mark? ¿El Señor Perfecto de marketing?

April sintió que las mejillas se le calentaban ligeramente, pero no contestó. Al ver que no decía nada, Jamie volvió a hablar.

—Y dime, ¿qué es lo que buscas en un hombre? —Se metió el trozo de carne en la boca.

—Alguien… tranquilo —respondió April, tratando de salir del atolladero como buenamente podía. ¿Por qué estaban hablando del tipo de hombre que le gustaba?

—Es decir, aburrido como una misa —aseveró Jamie con mordacidad.

—No, alguien tranquilo no tiene que ser necesariamente aburrido —rebatió April.

—Oh, por favor, claro que sí —reafirmó Jamie—. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinti…?

—Veinticinco.

—¿Y con veinticinco años quieres estar con alguien *tranquilo*? Ya estarás con alguien *tranquilo* cuando tengas ochenta años.

—Deja de pronunciar tranquilo de la manera que lo haces —dijo April.

—¿Y cómo lo pronuncio?

—Como si fuera un pecado… ¡mortal!

—Es que casi lo es —dijo Jamie.

—¿Qué tiene de malo querer estar con un buen chico? —preguntó April.

Jamie sonrió.

—¿Crees que yo soy un «chico malo»?

—Eres más malo que bueno —atajó April. Aunque la palabra correcta no era «malo», sino «peligroso». Jamie Mitchell era peligroso. Muy peligroso.

Jamie no pudo evitar echarse a reír.

—¿Qué tiene de malo un poco de riesgo? —preguntó.

—No me gustan las montañas rusas —respondió April.

—Creo que dices «no», porque es más fácil que arriesgarse a que las cosas no salgan como esperas —comentó Jamie, muy seguro de lo que decía—. Me sorprende la terrible lucha que tienes contigo misma.

—Deja de hacer de psicólogo, Jamie. No te pega. —April se metió un par de raviolis en la boca y masticó.

—Bueno, soy veterinario, debo tener mucha psicología para tratar con los animales.

—¿Me estás comparando con un animal?

—Sí, con un chihuahua, para ser exactos —dijo Jamie.

April abrió los ojos de par en par.

—¿Con un chihuahua?

—Sí, perros llenos de personalidad, que debido al miedo que sienten están siempre a la defensiva, para protegerse de posibles amenazas.

April levantó una ceja.

—No me gusta esa descripción —dijo.

—Tienes demasiados muros construidos a tu alrededor, April —comentó Jamie, en un tono más serio—. Y esos mismos muros te impiden disfrutar de la vida.

April ladeó la cabeza.

—A ti lo que te molesta es que no quiera tener nada contigo. Eso es lo que hiere tu ego. Ninguna mujer te ha dicho nunca que «no» y no lo soportas. Estás acostumbrado a que todas caigan rendidas a tus pies, y eso te frustra más de lo que estás dispuesto a admitir.

Jamie cogió la servilleta y, con un gesto tranquilo, se limpió la comisura de los labios.

—Yo no estoy tan seguro de que no quieras tener nada conmigo —repuso, recostándose en la silla—. Quizás solo necesitas que te tiente un poco más.

April descubrió a Jamie mirándola con una de esas peligrosas sonrisas suyas en el rostro. Para disimular, cogió la copa de vino.

—¿Sabes que Violet me invitó a salir ayer? —soltó Jamie.

La copa de April se congeló a medio camino de su boca.

—Qué profesional por su parte invitar a salir al jefe —dijo, intentando sonar despreocupada—. ¿Y qué le dijiste? —La pregunta salió de sus labios antes de que pudiera ponerle freno.

Los ojos de Jamie brillaron con diversión.

—Que lo sentía, pero que me gustaban otro tipo de personas.

El corazón de April dio un vuelco.

—Oh…

—Sí. Chicas testarudas que piensan que soy prepotente e insufrible, pero que usan vestidos verdes para llamar mi atención.

—Ese tipo de mujeres es muy específico —comentó April.

Jamie se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Es que me gusta un tipo muy específico de mujeres —dijo.

—Yo nunca haría algo así —afirmó April, pero la sonrisa que se había colado en sus labios decía lo contrario. Tomó un sorbo de vino para ocultarla.

El teléfono de Jamie vibró con un WhatsApp, interrumpiendo cualquier momento que se estuviera gestando entre ellos. Lo sacó del bolsillo del vaquero y miró la pantalla. Gimió.

—La señora Henderson dice que acaba de empezar a escribir un capítulo titulado: «cena a la luz de las velas».

April miró hacia un lado y hacia el otro, espantada.

—¿Está escondida en el restaurante? —dijo.

—La verdad es que no me extrañaría. —Jamie miró a su alrededor —. De esa mujer no me sorprendería que estuviera detrás de una maceta.

April miró hacia la planta que había en el rincón. Era alta y frondosa. Podría ocultar perfectamente a una persona.

—¿Qué te parece esa? —le preguntó a Jamie.

Él se giró para verla. Se inclinó.

—¿Señora Henderson? ¿Está ahí?

Algunos comensales volvieron la cabeza para mirar. April estalló en una carcajada.

—¡Por Dios, Jamie! —exclamó, muerta de risa.

—En serio pienso que puede estar detrás, espiándonos —aseveró él.

—Lo peor de todo es que yo también pienso que puede estar escondida detrás —dijo April.

Imaginarse a la señora Henderson en aquella situación provocó una explosión de risas entre los dos. April reía tanto que le caían las lágrimas de los ojos.

Jamie volvió el rostro hacia ella, riendo: una risa cálida y real, y ambos compartieron una mirada llena de complicidad.

April cogió la servilleta y se enjugó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

Las risas se transformaron en un silencio cómodo, lleno de confabulación; de un extraño entendimiento más profundo. Durante un tiempo indeterminado se sostuvieron la mirada, sintiendo que algo cambiaba entre ellos. Conscientes, quizá, de que estaban cruzando una línea invisible; conscientes de que el mundo estaba alineado a su favor.

De pronto, la pretensión que tenía April de distanciarse de Jamie se convirtió en algo tenue y frágil.

El reloj inteligente que Jamie llevaba en la muñeca sonó con un pequeño pitido. Él consultó la pantalla recién iluminada.

—Es hora de darle la medicación a Luna —dijo, al ver la hora que era—. Tenemos que volver a la clínica.

April asintió.

El camino de vuelta estuvo cargado de algo que ninguno de los dos estaba listo para nombrar. La mano de Jamie volvió a encontrar la parte baja de su espalda y April intentó con todas sus fuerzas no suspirar ante el contacto. Pero le resultaba tan difícil…

Luna los saludó con su entusiasmo habitual, aunque April notó que los ojos de su mascota seguían los movimientos de Jamie más que los de ella, pese a ser su dueña.

—Ingrata —murmuró con cariño. Estaba claro que su mascota era ya un caso perdido.

—Es indiscutible que Luna tiene buen gusto a la hora de escoger a las personas —dijo Jamie, administrándole la medicación con la eficiencia y el cariño con el que lo hacía siempre—. Y tú al escoger los colores de tu vestuario.

April puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo.

—No vas a dejarme en paz, ¿verdad?

—No —dijo Jamie, rotundo. Se enderezó, y April pensó que estaba muy cerca—. Espero que no sea la última vez que te veo vestida de verde —añadió, mirándola de reojo.

—Lo haré por razones estrictamente cordiales, como agradecimiento por lo que has hecho con Luna estos días —respondió April.

—Por supuesto. —Los ojos de Jamie sostuvieron los de ella—. Y yo seguiré llevándote café con leche, miel y lavanda, por razones estrictamente cordiales también.

—Exactamente.

—Y revisaré a Luna una vez al día.

—Muy minucioso de tu parte.

—No soy más que un dedicado veterinario al cuidado de sus pacientes. Y de sus testarudos humanos.

Luna ladró suavemente un par de veces.

April bajó la vista hasta ella. Luna la observaba con una expresión en la cara que parecía decirle «te lo dije».

Jamie alargó el brazo. Cuando su mano encontró la de April, ella

no la apartó.

A través de las ventanas de la clínica que daban a la calle, April habría jurado que vio a la señora Henderson y a Mike chocando las manos en el aparcamiento.

Sacudió la cabeza, pestañeando varias veces.

No, no podía ser.

Tenían que ser imaginaciones suyas.

Pero con los dedos de Jamie rozando los suyos y Luna recuperada a su lado, descubrió que realmente no le importaba quién estuviera mirando, o que se trajeran entre manos esos dos, aunque sabía que al día siguiente todo el edificio se enteraría de lo que había pasado entre Jamie y ella.

La novela que estaba escribiendo la señora Henderson tenía un nuevo capítulo.

CAPÍTULO 28

El regreso de Luna a casa había sido sorprendentemente tranquilo.

Después de pasar casi una semana en la clínica, Luna había entrado en el piso, reclamando de inmediato su lugar favorito junto a la pared que las separaba del apartamento de Jamie. La única diferencia era que, ahora, en lugar de quejarse por la falta de atención del vecino, Luna parecía satisfecha, como si hubiera logrado conseguir algún gran plan que nadie más que ella supiera.

—No estés tan satisfecha —le dijo April, mientras le ahuecaba su cama para que fuera más mullida—. Esto no cambia nada.

Luna ladró en claro desacuerdo.

April había pasado la noche haciendo una meticulosa lista de lo que ella llamaba «límites formales entre vecinos» y lo que Sarah llamaba «una negación de lo evidente completamente innecesaria».

No más visitas a la clínica. No más almuerzos informales en la sala de descanso. Su vida volvía a la rutina.

Todo estaba claro. Todo estaba bien. Todo estaba perfectamente planeado… hasta que entró al baño a medianoche y la vio.

La araña era enorme.

Al menos eso era lo que el cerebro de April, presa del pánico, registró; que era enorme.

Siendo realista, probablemente fuera del tamaño de una moneda de un centavo, pero tenía demasiadas patas, demasiado largas, y

estaba apoyada encima de la ducha con lo que April juró que era una intención perversa.

—No pasa nada —susurró para sí misma, saliendo lentamente del baño hacia atrás—. Soy adulta. Puedo manejarlo.

La araña se movió levemente hacia un lado.

April se llevó la mano a la boca para no gritar.

Luna, que la había seguido hasta el baño, no parecía impresionada por la reacción que April estaba teniendo ante aquel intruso de ocho patas.

—No me juzgues —le dijo April—. Tú a veces te asustas de tu propia sombra.

Luna ladró.

—Shhh… no ladres —dijo April, con el dedo índice sobre los labios —. A ver si le da por correr y esconderse y entonces no tendremos más remedio que mudarnos de piso.

Luna la miró sin comprender. ¿Qué decía? ¿Su dueña se había vuelto loca?

April consideró las opciones que tenía.

1. Abandonar el piso inmediatamente y regresar a Nueva York.

2. Dormir sin ducharse (inaceptable). Tenía unas ganas terribles de relajarse bajo el agua templada. Había sudado por el calor que había hecho durante el día y necesitaba meterse un rato bajo el agua sí o sí.

3. Intentar atraparla ella misma (en absoluto). Jamás se atrevería.

4. Llamar a Sarah para que enviara a un fumigador profesional inmediatamente.

5. Llamar a George, el portero. No. Era muy tarde.

6. Llamar directamente a Jamie para que la ayudara a atraparla (y no hablar sobre ello nunca).

Para horror de April, la araña volvió a moverse. En aquel momento, tomó una decisión, sin importarle las consecuencias.

Solo medio minuto más tarde, estaba de pie frente a la puerta de Jamie, tratando de aparentar más dignidad de lo que alguien con pantalones cortos de pijama, una camiseta tres tallas más grande y muerta de miedo por una pequeña araña, tenía derecho a estar a medianoche.

Luna se encontraba a su lado, agitando la cola con evidente aprobación.

April llamó con un ligero toque de nudillos, y luego se arrepintió inmediatamente. Tal vez estaba dormido. Tal vez tenía compañía. Tal vez…

Mierda.

La puerta se abrió y todo pensamiento coherente abandonó el cerebro de April.

Jamie estaba frente a ella, de pie, vestido con pantalones deportivos de talle bajo y nada más, con el pelo ligeramente despeinado, como si se hubiera estado pasando las manos por él mientras leía. El libro que tenía en la mano sugería que eso era exactamente lo que había estado haciendo.

—¿April? —Parpadeó, observando la palidez de su rostro—. ¿Está todo bien? ¿Luna está…?

April no le dejó terminar.

—Hay una araña —espetó, e inmediatamente quiso que la Tierra la tragara.

—¿Una araña?

—En mi baño. Es enorme. Y perversa.

—¿Perversa? —repitió Jamie, claramente luchando contra una sonrisa.

—Está en la ducha y seguro que con intenciones asesinas.

—Claro. —Jamie estaba sonriendo—. Y necesitas que yo... ¿qué quieres que hagas exactamente?

April lo fulminó con la mirada.

—Sabes exactamente lo que necesito que hagas, Mitchell. No me obligues a decirlo.

—En realidad… —Jamie se apoyó contra el marco de la puerta, y April intentó con todas sus fuerzas no notar cómo ese gesto provocó que sus músculos se movieran. Santo Dios, qué torso—, creo que necesito oírte pedir ayuda. Específicamente.

April apretó los dientes.

—Te odio —masculló.

—No, no me odias. —Los ojos de Jamie brillaron con diversión—. Vamos, April. Solo dilo.

Ella respiró hondo.

—¿Podrías venir a atrapar la perversa araña que hay en mi baño?

La sonrisa de Jamie se hizo más amplia.

—¿Ves? No ha sido tan difícil —dijo.

—¿Vienes o no? —atajó ella.

Él cogió las llaves, cerró la puerta y siguió a April hasta su piso, con Luna trotando felizmente entre ellos.

—Entonces —dijo mientras entraban en el baño—, ¿dónde está ese arácnido asesino?

April no hizo ningún comentario a su mordacidad y señaló acusadoramente con el dedo índice a la araña, que no se había movido de su posición en la ducha.

Jamie la estudió durante un momento.

—¿Eso es todo?

—¿Qué quieres decir con «eso es todo»? ¡Mira el tamaño!

—Es muy pequeña —dijo Jame, pero su tono era cariñoso—. Y no parece que esté planeando tu asesinato.

—Eso no lo sabes. Mírale a los ojos.

—¿A los ocho? —Jamie no pudo evitar mofarse.

—¡Esto no es gracioso! —le recriminó April.

—Un poco sí —dijo Jamie. Se acercó a la ducha y observó a la araña para ver cómo la podía atrapar—. Te enfrentas a clientes exigentes y a veterinarios prepotentes, ¿pero esta pequeña te aterroriza?

—Los clientes y los veterinarios tienen el número perfecto de patas y solo dos ojos —murmuró April, acercándose inconscientemente a él—. Y no aparecen en mi baño a medianoche con intenciones perversas.

Jamie se volvió para mirarla. Había una clara diversión en sus ojos.

—Quizá porque no se lo permites —dijo.

April sintió que las mejillas se le sonrojaban.

—Solo atrapa la araña, Mitchell.

—Qué exigente —murmuró él, pero sonreía—. Pásame un vaso y una hoja de papel.

April se dirigió a la cocina.

Cuando le pasó el vaso, sus dedos se rozaron. El contacto le provocó un escalofrío a lo largo del cuerpo que no tenía nada que ver con su fobia a las arañas.

Jamie se movía con cuidadosa precisión, con un vaso en una mano y el trozo de papel en la otra. La araña, aparentemente sintiendo su inminente captura, decidió escapar.

Directamente en dirección hacia April.

No gritó ni agarró el brazo de Jamie. Bueno, sí lo hizo. Pero por

suerte, no hubo testigos, excepto Luna, que estaba observando toda la escena desde la puerta del baño con evidente diversión.

—Tranquila —le dijo Jamie suavemente a April.

La calma de su voz hizo que el corazón de April comenzara a golpear sus costillas. Volvió el rostro muy consciente de lo cerca que estaban en el pequeño baño, del calor de su piel bajo sus dedos, de cómo olía a jabón y a ropa limpia, y a ese algo únicamente suyo.

La araña eligió ese momento para echar a correr por el techo hacia el otro lado del baño.

April hizo un sonido que luego negaría que fuera un chillido (pero chilló) y se pegó contra el costado de Jamie. La fuerte inhalación que salió de la boca de él sugirió que estaba tan afectado por aquel contacto como ella.

—¿Estás asustada? —preguntó, su voz sonaba más ronca de lo habitual.

—Aterrada —admitió April, aunque ya no estaba del todo segura de que estuvieran hablando de la araña. Ninguno de los dos.

Jamie alzó los brazos y logró cazar al intruso arácnido con una habilidad impresionante, atrapándolo en el vaso.

—Aquí está —dijo, volviéndose hacia April—. Crisis evitada.

April de repente se dio cuenta de que todavía estaba aferrada al brazo de Jamie.

Debería dar un paso atrás.

Sí, debería. Crear algo de espacio entre ellos.

Recordó esos límites formales entre vecinos que estaba tan decidida a mantener.

En cambio, se encontró mirándolo, atrapada en la intensidad de su verde mirada.

«Aléjate, aléjate, aléjate», se ordenó una y otra vez.

—Perfecto, pero no la acerques a mí —comentó, haciendo un aspaviento con las manos y aprovechando el momento para dar un paso hacia atrás y separarse de Jamie.

Él no tuvo más remedio que sonreír.

—Vamos, es una simple araña —dijo en tono socarrón.

—Hay un montón de especies de araña que son venenosas.

—Y te aseguro que esta no es una ellas.

—Da igual, no la quiero cerca de mí. Tiene demasiadas patas y demasiados ojos.

Jamie rio.

April apretó los labios.

—Por cierto, gracias —le agradeció.

—Estoy para lo que necesites —dijo Jamie—. Aunque tengo que decir que, si querías traerme a tu baño a medianoche, hay formas menos elaboradas para hacerlo.

—No digas tonterías —contestó April.

—Entonces, ¿no consideraste otras opciones antes de venir a buscarme?

—Sí, claro que sí. —April tragó saliva mientras él se acercaba—. Pero tú eras la opción más práctica y rápida, y la araña era perversa.

—Mmmm… —Los ojos de Jamie se posaron en sus labios—. Era un ser realmente malvado.

El aire entre ellos se sentía eléctrico, cargado de ganas. April se encontró balanceándose ligeramente hacia adelante, atraída hacia la órbita de Jamie como un planeta atrapado en la atracción de la gravedad.

Luna eligió ese instante para ladrar con fuerza, sobresaltando a ambos. La araña se movió inquieta en el vaso, haciendo que April saltara hacia atrás en un acto reflejo, como un gato.

El momento se rompió.

—Debería... —Jamie levantó el vaso—… deshacerme de nuestra amiga de ocho patas.

—Sí, buena idea —farfulló April, pasándose la mano por la nuca.

Jamie se giró en redondo y desapareció para liberar a la araña, dejando a April apoyada en la encimera del lavabo, intentando controlar su ritmo cardíaco. El corazón le latía a mil por hora.

Respiró hondo, llenándose los pulmones.

Cuando Jamie regresó, parte de la tensión se había disipado y había sido reemplazada por su habitual sonrisa burlona.

—Dime una cosa —dijo, apoyándose contra el marco de la puerta con el hombro de una manera que era demasiado atractiva para la tranquilidad de April—, ¿debería esperar más emergencias a medianoche?

April sabía que Jamie se iba a burlar de ella por lo que había pasado aquella noche hasta el fin de sus días.

Alzó un poco la barbilla.

—Estoy segura de que la próxima vez podré encargarme yo misma —repuso, tratando de sonar convincente.

—Por supuesto que podrás —dijo Jamie, pero su sonrisa afirmaba lo contrario—. Aunque tengo que admitir que el juego de la damisela aterrorizada es muy convincente.

—¡No estaba jugando a ser una damisela aterrorizada! —protestó April.

—¿Segura? —insistió Jamie.

Se acercó de nuevo y el ritmo cardíaco de April volvió a acelerarse. Sintió que se le calentaban las mejillas.

—Joder, eres imposible —dijo.

—Y, sin embargo, me has llamado a medianoche para que viniera

a tu casa a atrapar una araña.

—Ya te lo he dicho; eras la opción más rápida. Si le hubiera perdido la pista, me hubiera ido con Luna a dormir a un hotel.

Jamie se echó a reír.

—¿No te parece una actitud un poco exagerada?

—¿Exagerada? Para nada. Incluso me volvería a Nueva York.

—Oh, por Dios —rio Jamie. Sus ojos sostuvieron los de April—. Por cierto, mi casa siempre tendrá las puertas abiertas para recibiros a ti y a Luna.

Antes de que April pudiera decir algo, Jamie se inclinó y le dio un suave beso en la mejilla, peligrosamente cerca de la comisura de la boca.

—Buenas noches, April —murmuró.

Dio media vuelta y se agachó un poco para rascar a Luna en la cabeza.

—Hasta mañana, Luna —se despidió.

Y se fue.

En aquel momento April no se acordaba ni de su nombre. Solo era consciente de la manera en que le temblaban las piernas, que parecían de gelatina.

Cuando pudo reaccionar, bajó la vista hasta Luna, que parecía muy complacida con toda la situación.

—Ni una palabra —le dijo—. No significa nada.

Al otro lado de la pared, podía oír a Jamie moviéndose de un lado a otro, tarareando algo que sonaba sospechosamente a la banda sonora de la película «La hora de la araña».

Joder, era tan cabrón.

(Tan adorablemente cabrón).

April tocó su mejilla allí donde se habían posado los labios de Jamie, luchando, a su pesar, contra una sonrisa.

Puede que algunas emergencias que tuvieran lugar a medianoche no fueran tan graves, después de todo.

Incluso si esas emergencias venían con veterinarios insoportablemente encantadores que no necesitaban saber lo rápido que había descartado todas las demás opciones que había sopesado para atrapar la araña del baño.

No es que ella lo hubiera considerado a él primero ni nada por el estilo.

CAPÍTULO 29

A la mañana siguiente, April consideró seriamente subir las escaleras para evitar encuentros casuales con Jamie. Pero Luna se plantó firmemente frente al ascensor de servicio, claramente con otras ideas.

—Traidora —murmuró April cuando las puertas se abrieron para revelar que Jamie ya estaba dentro. Al parecer, había captado su olor.

Se veía jodidamente bien (como siempre) con vaqueros oscuros y una camiseta ajustada azul que le hizo pensar a April en el momento que habían vivido la noche anterior en el baño. ¿Tenía algo que ver ese color? Pues no, pero su mente evocó el momento.

La lenta sonrisa de Jamie sugirió pensamientos similares.

—Buenos días —dijo él cuando ella entró—. ¿Has tenido alguna emergencia arácnida más que deba conocer? —le preguntó en tono de mofa, mientras acariciaba a Luna, que agitaba la cola sin parar.

April puso los ojos en blanco.

—No empieces.

—Solo estoy siendo amable, asegurándome de que estés a salvo de intrusos de ocho patas —dijo Jamie en tono tranquilo. Sus ojos verdes mostraban diversión, y April tuvo ganas de darle un puñetazo.

—Estoy empezando a pensar que la araña era menos nociva que tú —aseveró, molesta.

Las puertas del viejo ascensor se cerraron.

—Duras palabras de alguien que casi trepó por mí como si yo fuera un árbol cuando la araña se movió —dijo Jamie.

April sintió que se le calentaba el rostro.

—Eres un exagerado.

—Lo hiciste. —Jamie se acercó, provocando que April apoyara la espalda contra el ascensor, y colocó una mano en la pared—. No es que me esté quejando —añadió.

Luna observó su interacción con evidente aprobación, moviendo la cola.

—Esto es muy poco profesional —logró decir April, tratando de ignorar lo bien que olía y todo lo que le hacía sentir.

Profesional o no, le temblaba todo el cuerpo de arriba abajo. ¡¡Jodeeer!!

—Solo quiero que sepas que me ofrezco para solucionar cualquier emergencia futura que tengas, en horario laboral o fuera de él —dijo Jamie.

—No habrá ninguna emergencia futura —aseveró April, sorprendida de que le hubiera salido la voz.

Jamie sonrió con un punto de malicia, dejando ver una fila de dientes blancos y alineados. ¿Es que era perfecto? ¿Es que no tenía ningún defecto?, se preguntó April en silencio.

—Eres un cabrón —dijo.

—Sí, lo soy. —Jamie se inclinó un poco y su cálido aliento rozó la oreja de April—. Sobre todo con vecinas testarudas que no reconocen lo que sienten. Sus labios rozaron suavemente su sien.

El rubor de April se hizo más intenso.

Iba a responder cuando las puertas del ascensor se abrieron en el vestíbulo, para revelar a la señora Henderson, quien echó un vistazo

a la postura que tenían y sonrió con picardía. Levantó levemente una ceja.

«Santa Mierda», se dijo April, estirándose la camiseta de tirantes que llevaba puesta.

Jamie se enderezó.

—Debo deciros que los residentes del edificio han hecho varias apuestas sobre el número de encuentros en el ascensor que serán necesarios hasta… ya sabéis —anunció alegremente la señora Henderson—. Y con esto yo ya tengo material para escribir un nuevo capítulo de mi novela.

—Señora Henderson, ¿no tiene otra cosa mejor que hacer? —le preguntó April.

—La verdad es que no —respondió ella con toda la naturalidad del mundo—. El edificio estaba muy aburrido últimamente hasta que vosotros os habéis juntado.

—Nosotros no nos hemos juntado. No estamos juntos —le aclaró April.

—Todavía —enfatizó la señora Henderson, guiñándoles un ojo de forma teatral.

Pero ¿qué le pasaba a aquella gente?, se dijo April.

—Hacen bien en divertirse —comentó Jamie.

April lo fulminó con la mirada.

Jamie la ignoró. Posó su mano en su espalda mientras salían del ascensor.

—Que tenga buen día, señora Henderson —le dijo.

—De hecho, ya lo está siendo —repuso ella con una sonrisa de complicidad—. Aunque no es tan emocionante como atrapar arañas a medianoche, según tengo entendido.

April gimió.

—¿Es que ya lo saben todos los vecinos del edificio?

—Todos no, solo los que no están sordos —respondió alegremente la señora Henderson—. Fue un gran grito, querida.

—¡No grité! —exclamó April para defenderse, aunque había muchas probabilidades de que sí lo hubiera hecho. De hecho, había gritado.

—Por supuesto que gritaste —murmuró Jamie, ganándose un codazo en las costillas.

Luna, la traidora, ladraba y daba saltitos hacia la señora Henderson como si confirmara toda la historia.

—Bueno —dijo la señora Henderson, con los ojillos brillantes —os dejo seguir con vuestro día. Dirigió su mirada a April—. April, querida, estoy segura de que, si necesitas la ayuda del doctor Mitchell para atrapar otra araña, él te la brindará seguro. O para cualquier otra cosa que necesites. —Volvió a guiñar el ojo de esa manera tan teatral. April suspiró ruidosamente.

Después de que la señora Henderson subiera en el ascensor, April se volvió para mirar a Jamie.

—Esto es tu maldita culpa —dijo.

—¿Mi culpa? —Su expresión era pura inocencia—. No soy yo quien necesitaba un caballero de brillante armadura a medianoche.

—No llevabas una brillante armadura, precisamente —murmuró April, e inmediatamente se arrepintió de su comentario.

—Ah, ¿entonces te diste cuenta de que no tenía puesta la camiseta? —dijo Jamie.

«Como para no darse cuenta», pensó April en silencio.

—De lo que me di cuenta es de que estabas siendo insoportable, como siempre —contestó.

—Y eso lo dice la chica que me agarró el brazo como una lapa y no me soltaba.

—¡Había una araña en mi baño!

—Era pequeña.

—¡Era enorme!

—Apenas era visible —le rebatió Jamie.

—¡Tenía intenciones asesinas!

Jamie soltó una carcajada que retumbó entre las paredes del vestíbulo.

—¿Nunca te han dicho que eres demasiado melodramática?

—Dice el chico que no deja de burlarse de mí por eso.

Jamie se acercó de nuevo a April y ella se encontró apoyada contra la pared del vestíbulo.

—No todos los días aparece una chica preciosa en mi puerta a medianoche, vestida con diminutos pantalones cortos y necesitando ser rescatada de una araña.

El corazón de April dio un vuelco ante su proximidad.

—No necesitaba ser rescatada.

—¿No? —La mano de Jamie subió para acariciarle la mejilla—. Entonces, ¿no me buscaste a mí específicamente?

—Yo... —April tragó saliva mientras él se acercaba un poco más—. La araña era perversa.

—Recuerdo que dijiste eso varias veces mientras te agarrabas a mi brazo. —Su pulgar trazó la línea de su mandíbula.

—Yo no estaba… —Con Jamie tan cerca de ella, le era imposible a su cerebro funcionar de manera correcta—. No era mi intención…

Los labios de Jamie rozaron los suyos, suaves y rápidos, silenciando sus palabras. Antes de que April pudiera procesar lo que estaba sucediendo, él dio un paso atrás. Los los ojos le brillaban con picardía.

—Que tengas un buen día, April —dijo en voz baja y ligeramente sugerente.

Y dicho eso, dio media vuelta y se alejó, dejando a April en mitad del vestíbulo, con las mejillas ardiendo y los labios hormigueantes.

Luna miraba alternativamente a su aturdida humana y a Jamie alejándose, y agitó la cola con evidente deleite.

—No me mires así —le dijo April.

Pero Luna seguía mirándola de la misma manera, como si entendiera perfectamente lo que acababa de suceder.

—Será mejor que nos dé un poco de aire —comentó April, tirando de ella hacia la calle.

CAPÍTULO 30

Por la tarde, April casi se había convencido de que había imaginado el beso que Jamie le había dado por la mañana. ¿Se estaría obsesionando con él?

Perdió varias veces la concentración durante las reuniones que tuvo a lo largo del día, mientras su mente vagaba entre la forma en que los labios de Jamie habían atrapado los suyos de un modo breve pero intencionado.

Un WhatsApp de Sarah interrumpió su ensoñación cuando trabajaba en un informe con el portátil abierto en la mesa del despacho.

La señora Henderson me ha comentado la visita de urgencia a medianoche que te hizo Jamie. ¿Una urgencia con una araña? ¿Era de verdad? 🕷️😉

Era de verdad y fue horrible. Ya sabes el miedo que me dan las arañas, respondió April.

Claro, seguro que fue horrible. Pero ¿no tiene nada que ver con llevar al vecino a tu baño?

Las mejillas de April se sonrojaron.

¡Había una araña de verdad!

Vale. Intentaste llamar a George primero, ¿verdad? Él también se ocupa del mantenimiento del edificio. Podría haberse deshecho de la araña.

Antes de que April pudiera defender y argumentar por qué eligió a Jamie para atrapar a la araña, apareció un nuevo WhatsApp. En aquella ocasión, de Jamie.

Acaba de pasar algo muy sospechoso.

Aparentemente, en el baño de la señora Henderson hay una araña y me ha pedido que la ayude a atraparla.

April se mordió el labio, luchando contra una sonrisa. Tecleó rápidamente.

¿Estás sugiriendo que está copiando mi táctica?

Considerando que ella solicitó específicamente a «ese joven y apuesto veterinario del 4ºA», diría que sí.

April pensó que la señora Henderson estaba loca. ¿A quién se le ocurriría hacer algo así?

¿La has ayudado?, escribió.

He enviado a Mike ?? *.*

Solo acudo a llamadas especiales para ese tipo de cosas con ciertos vecinos.

April sintió un ligero calor en el pecho.

Muy cordial de tu parte.

Pensé que estábamos de acuerdo en que los dos somos muy cordiales en nuestros actos.

Imágenes del beso que se habían dado por la mañana pasaron por la mente de April.

Tengo una reunión, dijo de pronto.

¿Huyendo, Carter?, escribió Jamie.

Retirada estratégica.

¿De las arañas o de mí?

April miró su teléfono con el corazón acelerado.

Ambos sois igual de peligrosos.

Sin embargo, a pesar del peligro,

viniste a mí en busca de ayuda.

Un lapsus de juicio momentáneo.

Espero que no digas lo mismo del beso.

A April se le cortó el aliento. No lo había imaginado, la había besado de verdad.

Un golpe en la puerta de su despacho la salvó de responder (por lo menos de momento). Su secretaria asomó la cabeza.

—Hay una entrega para ti —dijo.

April levantó la vista y se encontró a Mike, sosteniendo un vaso de cartón que le resultaba familiar y tratando de no sonreír.

—Entrega especial —anunció—. El jefe dijo algo sobre mantenerse unidos frente a futuros encuentros con arácnidos.

«Oh, por favor».

April aceptó el café con leche, miel y lavanda y leyó el mensaje garabateado en el vaso de cartón.

«Mi puerta siempre estará abierta para todas las emergencias que tengas con arañas. O para visitas a medianoche por cualquier otra razón».

—Dile a tu jefe que eso es imposible —aseveró April.

—Ya lo hice. Dijo que dirías eso. —La sonrisa de Mike se hizo más amplia—. También dijo que te comentara que a lo mejor cambiabas

de opinión si le veías sin camiseta.

April casi se ahogó con el primer sorbo de café que dio. Tuvo que taparse la boca con la mano para no escupirlo y poner el escritorio y toda la documentación que tenía sobre él, perdido.

—Tu jefe es… Joder, no tengo palabras para describirlo.

Sin embargo, algo revoloteó en su estómago. ¿Mariposas?

—Gracias por traerme el café, Mike —le agradeció.

—Un placer —contestó él.

Después de que Mike se fuera, April cogió su teléfono.

¿Ahora utilizas a tus empleados como mensajeros? ¿No te parece suficiente haber mandado a Mike a atrapar la araña del baño de la señora Henderson?

La respuesta de Jamie fue inmediata.

Es para mantener la distancia y una relación estrictamente profesional entre nosotros.

El beso de esta mañana no ha sido

nada profesional.

Tampoco lo fue invadir mi espacio personal en tu baño, agarrándote a mí como si quisieras

mimetizarte conmigo.

¡Había una araña!

Sigue diciéndote a ti misma que esa es la razón por la que se te cortó la respiración ?? .

April se ruborizó hasta la raíz del pelo. Pero ¿qué se creía ese tío?

Estás muy seguro de ti mismo.

Estoy seguro de muchas cosas. Por ejemplo, de que esta noche te encantaría encontrarte otra araña en el baño para tener una excusa para llamarme.

¡¡¿Qué?!!

April taladró con la mirada la pantalla del teléfono. No podía con aquel hombre. No, no podía con él. Dios, era insufrible. Pero insufrible de verdad, insufrible de manual de libro.

TE ODIO,

escribió con letras mayúsculas

No sabía cuántas veces le había dicho esa frase desde que lo conocía. ¿Cien? ¿Mil? ¿Un millón? Pero es que lo odiaba. Más que a las arañas.

No, no me odias. Pero no dudes en pedir

mi ayuda si la necesitas.

April estaba a punto de gritar. Lo único que se lo impedía era que estaba en el despacho, trabajando, y que corría el riesgo de que la tomaran por loca. Así que se conformó con lanzar un gruñido.

CAPÍTULO 31

El resto de la jornada laboral de April transcurrió entre reuniones y miradas furtivas a su teléfono, porque, aunque odiaba a Jamie, en el fondo se moría por seguir aquellas bromas juguetonas que no dejaban de arrancarle una sonrisa tras otra, y a veces hasta una carcajada.

Cuando finalmente llegó a casa, encontró a Luna tumbada, como era su costumbre, junto a la pared que compartían con Jamie. Ya se había adaptado a la nueva vida que ella y April habían empezado en Chicago, y no era necesario llevarla a la guardería canina como al principio de mudarse.

Al verla, Luna se levantó y se dirigió al cuarto de baño. April estaba alucinando.

—Hoy no hay ninguna araña. No vamos a tener que ir a buscar al doctor Mitchell para que la atrape —le advirtió. La cola de Luna golpeó contra el suelo—. Puedes enfadarte, si quieres.

La voz de Jamie le llegaba a través de la pared, tarareando algo que sonaba sospechosamente como *«Itsy Bitsy Spider»*, la popular canción infantil que se había convertido en una de las favoritas de los niños, y que contaba la historia de una araña que trepaba por una tubería, pero que era arrastrada por la lluvia, aunque lo volvía a intentar una y otra vez.

Definitivamente lo de su vecino no tenía nombre. ¿Cómo se le ocurría cantar esa canción?, pensó April.

Estaba tratando de encontrar una respuesta, cuando su teléfono

vibró. Era Jamie.

¿Ya revisaste el baño?

¡Dios, iba a matarlo!

Eso es lo que te gustaría, ¿verdad?

No voy a decir que no, jajaja. Me gusta que busques excusas para verme ?? .

No fue una excusa. ¡La araña era real!

¿Es que no la viste?

Y la proximidad entre nosotros también fue real. Y el casi beso que nos dimos. Y el no «tan casi» beso que nos hemos dado esta mañana.

April se tocó los labios al recordarlo.

Muy poco profesional de su parte, doctor Mitchell, cuando hemos quedado en ser profesionales, escribió para picarle. Ella también podía ser muy «tocahuevos» si se lo proponía.

¿Quieres que me disculpe?, le preguntó Jamie.

Los dedos de April volaron por el teclado del móvil.

No.

Prácticamente podía oír la risa de Jamie a través de la pared al leer su respuesta.

Bien. Porque planeo hacerlo de nuevo.

¿Es una amenaza?

Una promesa.

April no pudo evitar sonreír. Sus labios se abrieron en un gesto que iba casi de oreja a oreja. Jamie era un tío muy poco común. ¿A quién se le ocurriría decir las cosas del modo que lo hacía él?

Luna ladró suavemente a la pared, parecía intuir que Jamie y April estaban manteniendo una conversación.

Jamie le envió un nuevo WhatsApp.

Luna es mejor casamentera que la señora Henderson.

No dejes que la señora Henderson te escuche decir eso, o despertarás a la bestia que lleva dentro y se inventará alguna extraña categoría vecinal.

Demasiado tarde. Revisa tu correo electrónico.

April se metió en su cuenta de Gmail y encontró un email enviado por la señora Henderson a todos los residentes del edificio anunciando actualizaciones en las «actividades de participación comunitaria», incluyendo una nueva categoría llamada «Asistencia vecinal nocturna», para casos en los que unos vecinos necesitaran la ayuda de otros.

Esa mujer está loca, le dijo a Jamie.

Pasaste por alto a George para que se encargara de la araña, así que todos creen que avisarme a mí fue solo una excusa ?? .

April suspiró ruidosamente, aunque había una nota de diversión.

Nunca voy a poder quitarme de encima eso, ¿verdad?

No es una posibilidad. Pero si te sirve de algo, estás preciosa cuando estás aterrorizada.

April sonrió a su pesar.

Deja de exagerar. No estaba aterrorizada.

Tampoco es que tuviera una tarántula en mi baño.

La forma en que te aferraste a mi brazo sugiere lo contrario. Un poco más y se me corta la circulación sanguínea.

April tuvo que morderse los labios para no echarse a reír.

Quizás solo quería una excusa para tocarte, se atrevió a escribir.

El silencio que siguió hizo que su corazón se acelerara. ¿Había ido demasiado lejos en su conversación? ¿Había metido la pata?

Finalmente, su teléfono se iluminó:

April Carter, ¿estás coqueteando conmigo?

April pensó la respuesta unos segundos, después tecleó.

Tal vez. ¿Sería un problema?

Solo si dejas de hacerlo, respondió Jamie.

Una especie de líquido cálido se extendió por el pecho de April.

Miró la pared que compartía con su vecino, luego la expresión cómplice de Luna, luego su teléfono, donde las palabras de Jamie encerraban promesas que estaba cada vez más ansiosa por explorar.

¿Y si solo estoy siendo amable?

Amable, claro. Como si no hubieras estado pensando todo el día en el beso de esta mañana.

Las mejillas de April se sonrojaron. ¿Acaso Jamie leía la mente?

Te crees muy listo, ¿verdad?

No, simplemente soy observador.

Ya sabes que es parte de mi trabajo.

¿También es parte de tu trabajo atrapar

arañas a medianoche?

Eso solo lo hago por mi vecina favorita.

April sintió como si el corazón le cosquilleara. Se mordió el labio inferior, y decidió jugar un poco más.

Eso suena un poco sospechoso, ¿no crees?

Tal vez lo sea, pero es tan sospechoso como

que yo sea tu vecino favorito.

April soltó una pequeña carcajada.

Mmmm… No sé, tendrás que esforzarte un poco más para ganarte ese título.

¿Ah, sí? ¿Y qué tendría que hacer para convencerte?, escribió Jamie.

April tecleó rápidamente.

Seguro que se te ocurrirá algo ?? *.*

A través de la pared, podía escuchar a Jamie moverse por la casa; tan cerca, pero no lo suficiente (o no tan cerca como ella quería tenerlo en ese momento).

CAPÍTULO 32

Normalmente, los sábados por la mañana se convertían en un campo de batalla para el acceso a las lavadoras del edificio, pero aquel fin de semana en particular trajo un desafío adicional: solo había una lavadora en funcionamiento en la lavandería del sótano.

April se quedó mirando los carteles de «Fuera de servicio» que había pegados en tres de las cuatro lavadoras, calculando las posibilidades de tener su ropa lista antes del mediodía.

El sótano conservaba su habitual encanto mientras bajaba las escaleras con el cesto de la ropa sucia. Lo que no esperaba era ver a Jamie ya allí, metiendo su colada en la única lavadora en funcionamiento.

—Buenos días —lo saludó al entrar.

Él giró un poco el rostro por encima del hombro.

—Buenos días —dijo.

—¿Están todas las lavadoras fuera de servicio? —preguntó April, aunque era algo evidente.

—Me temo que sí.

—¡Vaya mierda!

Jamie se giró, apoyándose contra la máquina con una gracia casual que no debería ser posible en la lavandería de un sótano. Llevaba unos vaqueros descoloridos y una camiseta gris clara de manga corta ajustada, que le hacía parecer injustamente atractivo a esa hora de la mañana.

—Están muy viejas y se estropean cada dos por tres, la comunidad tiene que ir pensando en comprar unas nuevas —comentó.

—¿Y cuándo se supone que voy a poder lavar la ropa? —dijo April.

—Hay espacio en mi carga. Podríamos compartir la lavadora si quieres.

La oferta quedó suspendida entre ellos. April miró su cesta rebosante y luego volvió a mirar la sonrisa cómplice de Jamie.

—Es... muy amable de tu parte —dijo.

—Con este gesto espero ir ganándome ese título de vecino favorito —respondió Jamie con voz sugerente.

April sintió que el calor subía por su cuello. Después de las últimas conversaciones y de los últimos encuentros que habían tenido, la tensión entre ellos se había convertido en algo más peligroso. Cada nuevo encuentro parecía cargado de posibilidades, haciendo que incluso tareas simples como coincidir en el cuarto de las lavadoras fuera como caminar a través de una tormenta eléctrica.

April sonrió.

Jamie se hizo a un lado para dejarle espacio.

—Gracias —dijo April.

—Aunque te advierto que esto es combustible para la señora Henderson y todo el jaleo que se trae con nosotros y con la novela esa que está escribiendo.

April gimió mientras avanzaba con su cesta llena de ropa.

—¿Hay algo que permanezca privado en este edificio?

—Creo que no. Es una comunidad demasiado pequeña —respondió Jamie.

—Y demasiado cotilla —apuntó April.

La puerta del cuarto de lavadoras se abrió con un chirrido. La señora Abernathy entró arrastrando los pies, con los brazos sujetando una cesta rosa chillón llena de ropa. Sus ojos se iluminaron ante la escena que tenía delante.

—¡Haced como si yo no estuviera aquí! —exclamó con una alegría apenas contenida—. Pero debo decir que lavar la ropa juntos es un bonito paso adelante. Me recuerda cómo mi marido y yo empezamos a salir. Por supuesto, terminamos encerrados en la lavandería durante toda una noche, pero esa es otra historia. —Movió la mano en el aire y dejó escapar una risita.

Los hombros de Jamie temblaron por la risa que estaba tratando de contener, mientras April deseaba fervientemente que el suelo se abriera a sus pies y la tragara.

Jamie y ella estaría en boca de todo el edificio antes de que la lavadora terminara el centrifugado.

—Simplemente compartimos la lavadora, como puede ver, las otras no funcionan —logró decir April, pero la sonrisa cómplice de la señora Abernathy sugirió que no se había dejado engañar.

—Por supuesto, querida. Es una idea muy... práctica. —Le guiñó un ojo a Jamie—. Aunque debes saber que el señor Chapman también suele lavar la ropa los sábados, así que es mejor que compartas lavadora con el doctor Mitchell que con él. Qué chismoso es ese hombre. Casi tanto como la señora Henderson.

Claro, porque seguro que ella no era nada chismosa, pensó April con ironía. No había conocido en toda su vida unos vecinos más cotillas que los de *Paradise Hill*.

Como si al decir su nombre la hubiera invocado, la voz de la señora Henderson se oyó bajando las escaleras.

—¿Son April y el doctor Mitchell los que escucho en la lavandería? ¿Juntos?

April cerró los ojos y contó hasta diez. Iba a ser una mañana muy

larga. Muy muy larga.

La señora Henderson terminó de bajar las escaleras con una velocidad nada desdeñable para alguien de su edad, seguida de cerca por el señor Chapman del 3ºC y la señora Rodríguez del 5ºB.

De repente, el cuarto de lavadoras se llenó de gente. Así, como el que no quería la cosa.

—Oh, no nos tengáis en cuenta —sonrió la señora Henderson—. Solo estamos aquí para... hacer la colada. —La pausa que hizo dejó claro que lavar la ropa era lo último que tenía en mente.

¿Es que se habían puesto todos de acuerdo para bajar al mismo tiempo al cuarto de las lavadoras?

La mano de Jamie tocó ligeramente la espalda de April cuando pasó junto a ella en busca del detergente, el contacto envió una ola de algo cálido a través de su cuerpo.

—La verdad es que acabamos de llegar —dijo suavemente Jamie —. April ha tenido la amabilidad de dejarme agregar mi ropa a su carga, ya que las otras lavadoras no funcionan.

—En realidad he sido yo la que ha añadido la ropa a su carga —aclaró ella, incapaz de resistirse.

—¿Era precisa esa aclaración? —le susurró Jamie, lo suficientemente cerca como para que solo ella pudiera oírlo. El calor de su aliento contra la piel de su oreja hizo que April se estremeciera. Trató de mantener la compostura.

El señor Chapman tosió dramáticamente. Era un hombre de unos setenta años, calvo, con una franja de pelo corto blanquecina en la parte baja de la cabeza, y que llevaba unas gafas con montura al aire.

—Bueno, es un gesto muy amable por parte del doctor Mitchell —dijo.

—Sí, muy amable —contestó April entre dientes.

—Es que el doctor Mitchell es muy caballeroso —comentó la señora Henderson.

La sonrisa de Jamie se extendía de oreja a oreja.

April puso los ojos en blanco. ¿Cuándo iba aquella gente a dejar de halagarlo?

—Os aconsejo que tengáis cuidado, no os vaya a pasar lo mismo que a los Peterson hace un par de meses —habló de nuevo el señor Chapman.

—¿Qué pasó? —curioseó April.

—Los Peterson metieron cuatro cojines en una de las secadoras y al abrir la puerta una nube de pelusas invadió el cuarto. Estuvimos sacando pelusas de aquí durante dos semanas.

—Aunque nada supera la Gran Fiesta de Espuma de 2022. ¿Lo recuerda, señora Henderson? —dijo la señora Abernathy—. Cuando esos recién casados del 2ºB echaron accidentalmente demasiado detergente y la espuma salía por todos los lados de la lavadora.

—Aquello fue memorable —respondió la señora Henderson.

April se distrajo echando el detergente, tratando de ignorar las miradas de complicidad que se intercambiaban a su alrededor.

Jamie no se había alejado, seguía sintiendo su presencia cálida y sólida detrás de ella mientras trasteaba con el cajetín de la lavadora.

—Estás disfrutando mucho con esto —lo acusó en voz baja.

Su risa vibró a través de ella.

—¿Tú no?

—Claro que no, ¿dónde está la gracia? —dijo April, apretando el botón de encendido con demasiada fuerza.

Al girarse, descubrió que la audiencia había aumentado.

Aquello no podía estar sucediendo.

La señora Abernathy estaba deleitando a los recién llegados con lo que sonaba sospechosamente como un relato paso a paso de su «cita matutina en el cuarto de las lavadoras».

—¿Acaba de decir algo sobre «la apasionada clasificación de la ropa»? —le preguntó a Jamie. April estaba horrorizada.

—Espera a que llegue a la parte de mis calcetines quirúrgicos de la suerte —respondió él, con los ojos danzando de diversión—. La he escuchado contárselo antes a la señora Henderson.

—¿Y dice que el señor Chapman es chismoso? Qué valor el suyo —comentó April. Miró a Jamie de reojo—. Por cierto, ¿tienes unos calcetines de la suerte para operar?

—Sí, unos verdes fluorescentes.

—No sabía que eras supersticioso.

Jamie se limitó a encogerse de hombros.

—Algún día te los enseñaré —comentó.

April volvió el rostro hacia sus chismosos vecinos.

La señora Henderson se aclaró la garganta ruidosamente.

—¿Sabes una cosa, April? Cuando mi marido, que en paz descanse, y yo éramos jóvenes, el cuarto de las lavadoras era un lugar muy romántico. Había algo que provocaba el aire cálido de las secadoras que…

—Y esa es la señal para irme —anunció April, interrumpiéndola.

Cogió su cesta vacía.

El ciclo de la lavadora tardaría sesenta minutos. Sesenta minutos atrapada en el sótano con sus vecinos cotillas, y soportando la exasperante capacidad de Jamie para acelerar su pulso con solo mirarla. No, lo más sensato era marcharse.

Echó a andar hacia la puerta.

Jamie hizo lo mismo que ella y la siguió.

—Que tengan un buen día —se despidió April, mientras Jamie y ella navegaban entre sus entrometidos vecinos camino de la puerta.

—¡No os olvidéis de venir a recoger la ropa después! —les gritó la señora Abernathy.

—En el nuevo capítulo de mi novela, los protagonistas también van a tener un encuentro en el cuarto de las lavadoras del edificio —le dijo la señora Henderson a la señora Rodríguez—. Pero en mi historia se van a quedar encerrados toda la noche en el cuarto. Ya sabes, para darle un toque más… romántico.

April suspiró al oírlo y miró al techo, alucinando.

—Vaya panda de locos —afirmó, sacudiendo la cabeza—. Lo que ocurre en esta comunidad de vecinos no es normal.

Jamie rio.

—Desde luego que no. Te has mudado al edificio más delirante de todo Chicago.

El viaje en el ascensor de servicio estuvo cargado de una tensión silenciosa. April podía sentir a Jamie observándola. Su mirada era tan intensa que parecía poder palparla.

—Deja de mirarme así —murmuró.

—¿Cómo?

—Como si estuvieras tramando algo.

La sonrisa de Jamie se extendía traviesa en sus labios.

—No estoy… —comenzó a decir.

Las puertas del ascensor se abrieron para revelar a Jessica, vestida con lo que parecía ser ropa deportiva de diseño. Su rostro se iluminó al ver a Jamie, luego se atenuó ligeramente cuando advirtió la presencia de April.

—Hola —saludó.

—Hola, Jessica —se adelantó a decir Jamie.

—Hola —dijo April.

—Te estaba esperando para ir a correr juntos como quedamos.

Jamie parecía sorprendido. Salió del ascensor rascándose la nuca.

—Lo siento, Jessica, lo olvidé. Entre unas cosas y otras…

—Oh, no pasa nada. ¿Has hecho otros planes? —Jessica miró a April, como si hubiera pensado en algún momento que esos «otros planes» pudieran incluirla a ella.

—No, no —respondió Jamie—. Tenía pensado bajar al supermercado a hacer la compra y poco más. Aparte de hacer la colada.

—Entonces, todavía podemos salir a correr juntos. —La perfecta y blanca sonrisa de Jessica resplandeció en su rostro.

Algo posesivo revoloteó en el pecho de April.

—Vale, pues…, me cambio de ropa y nos vamos —dijo Jamie.

—Genial —respondió Jessica.

Jamie dirigió sus ojos hacia April.

—Luego… nos vemos —dijo.

Pero April en aquel momento no tenía muchas ganas de volver a verle.

—Claro —dijo, forzando una sonrisa.

Jamie sacó las llaves del bolsillo del pantalón, abrió la puerta de su piso y se metió en él con Jessica, que estaba encantada.

—Ojalá tropecéis con un adoquín y os caigáis de bruces —masculló April, entrando en su apartamento de mala gana.

CAPÍTULO 33

Luna salió a recibirla agitando la cola. April se agachó y le acarició la cabeza. Cuando se incorporó, su teléfono vibró con un WhatsApp de Sarah.

La señora Henderson acaba de enviarme un mensaje contándome lo de tu encuentro en la lavandería con Jamie, y cómo él se ha ofrecido para compartir la lavadora con tu colada. ¿No es adorable? Detalles AHORA ?? .

Su teléfono volvió a sonar. Sarah otra vez.

Es muy probable que la señora Henderson ya esté planeando vuestra boda.

—¡Venga ya! —exclamó April.

Definitivamente esa mujer estaba loca.

April tecleó en la pantalla de su teléfono. Estaba cabreada como una mona. ¿Por qué Jamie había ido a correr con Jessica? Era un jodido picaflor.

De adorable no tiene nada, ha quedado para ir a correr con su

amiga Jessica —escribió a toda prisa.

Y, por lo que veo, no te ha gustado mucho.

Anda tonteando conmigo todo el rato,
pero luego queda con sus amiguitas.

April, ¿estás celosa?

¿Celosa? Eso es lo que le gustaría a él.
No, para nada estoy celosa.
Simplemente me revienta
que ande calentándole la oreja a todas.
A saber con cuántas más está así.

Vamos, reconoce que un poquito celosa sí que estás.

Que nooooo, que lo que haga con ella me da igual, como si se pierden en un bosque.

¿Y dices que no estás celosa? Pues menos mal. 😂😂😂😂😂😂😂😂😂😂😂😂😂😂😂😂😂😂😂

Deja de reírte y de poner tanto emoticono, le reprochó April.

Madre mía, la cosa es peor de lo que pensaba. Será mejor que hablemos más tarde, no vayas a morderme. Pero para tu información, te diré que Jamie no se toma a ninguna en serio, así que no te preocupes tanto por Jessica.

«Tampoco me toma en serio a mí», pensó April para sus adentros. Pero no le hizo ningún comentario a Sarah. Como su amiga había dicho, sería mejor que hablaran más tarde.

Luego hablamos.

Cuando cuarenta y cinco minutos después April bajó a recoger la colada, Jamie no apareció por ningún lado. Ni vivo ni muerto. Y cuando sacó la ropa de la lavadora y la metió en la secadora, tampoco.

¿Hasta dónde cojones habían llegado corriendo Jessica y él? ¿Hasta México?

—Genial —farfulló al entrar en el cuarto de las lavadoras para ver si había terminado la secadora.

Como habían compartido colada, ahora le tocaba a ella ocuparse de su ropa. No iba a dejarla en la lavadora (aunque ganas no le faltaban). El muy cabrón parecía que lo había hecho a propósito para no tener que estar pendiente de nada, solo de la estirada de Jessica.

April abrió la puerta de la secadora con mala leche.

—Estas cosas solo me pasan a mí, por tonta —masculló.

Metió la mano y empezó a lanzar la ropa en el cesto con más

fuerza de la necesaria. Pero es que realmente estaba enfadada. Se iba a enterar Jamie Mitchell.

Cuando llenó el cesto, se subió al piso.

Y Jamie seguía sin dar señales de vida. Igual habían pasado México y andaban ya por Venezuela.

En casa, dobló su ropa, pero también la de Jamie. Al ser verano, la mayoría de las prendas eran ligeras. Algunas bermudas y algunas camisetas, y también había algunos calzoncillos tipo bóxer; de esos que quedaban ajustaditos al culo y a las piernas.

Después de echarles un vistazo (eran de marcas caras y de varios colores), sacudió la cabeza tratando de sacarse las ideas que pasaban por su mente. No quería imaginarse cómo se vería Jamie únicamente con uno de aquellos calzoncillos puestos.

No, no quería imaginárselo. Era demasiado tentador.

Mientras doblaba una de sus braguitas y escuchaba de fondo a Bruno Mars, se le ocurrió una idea.

Entornó los ojos y después sus labios delinearon una sonrisa traviesa.

Buscó entre la ropa que acababa de doblar sus braguitas más provocativas, unas de encaje negro, y las metió entre la colada de Jamie.

—Para que te acuerdes de mí —dijo.

Luna la miraba con las orejas levantadas, expectante. April se llevó el dedo índice a la boca.

—Shhh… —siseó.

Luna ladró.

April estaba terminando de meter los platos de la comida en el lavavajillas cuando escuchó ruido en el piso de Jamie.

Dejó lo que estaba haciendo y se dirigió hacia la pared que compartían en el salón. Aguzó el oído. Luna saltó de su cama y corrió hacia ella. April le ordenó guardar silencio, no quería que se pusiera a ladrar.

En aquella ocasión, Luna la obedeció.

No parecía que Jamie hablara con nadie. Había llegado solo, pero ¿había estado hasta esas horas con Jessica?

April consultó su reloj. Eran las tres y diez.

Pensarlo le producía una sensación extraña. Muy extraña. ¿Sería verdad que, como decía Sarah, estaba celosa?

No, de ninguna manera.

Música de Bach (o de Beethoven, seguía sin diferenciarlos bien), empezó a sonar.

April frunció los labios.

Jamie ni siquiera se acordaba de que había dejado una lavadora puesta y de que su colada andaba por ahí. ¿Cómo podía ser así?

Cogió la cesta en la que había metido su ropa (y las braguitas de encaje de ella) y enfilo los pasos hacia el piso de Jamie.

Con la cesta apoyada en la cadera, toco al timbre. Se impacientó al ver que Jamie no abría. ¿Dónde narices se había metido? Extendió el brazo y volvió a llamar.

Iba a dar unos cuantos golpes con los nudillos, cuando por fin se abrió la puerta. April se quedó con la mano suspendida en el aire.

Jamie acababa de salir de la ducha, porque tenía una toalla blanca enrollada a la cintura, el pelo mojado y gotas de agua le resbalaban por todo el cuerpo.

—April —dijo, ciertamente sorprendido—. Siento no haber abierto

antes, pero estaba en la ducha. ¿Extrañándome ya? —bromeó con media sonrisa en los labios.

—No puedo contigo —respondió ella.

Estiró los brazos y le golpeó los perfectos abdominales con la cesta de la ropa. En aquel momento no sabía si estaba más cabreada por todo el asunto de la colada o por lo bueno que estaba. Joder. ¿Cómo podía tener ese cuerpazo y ser tan…? Ufff…

A April no le extrañaba que todas las chicas babearan por él. Dios, qué ganas le habían entrado de repente de lamer cada una de las gotas de agua que se deslizaban por su torso.

—Tu ropa —dijo, fulminándolo con la mirada.

Jamie agarró la cesta con las dos manos para que no se cayera.

—Oh, gracias —contestó—. Lo siento, no me he acordado de que habíamos dejado la lavadora puesta.

—Ya veo… —April se cruzó de brazos—. Has estado muy ocupado toda la mañana corriendo de un lado a otro.

—Yo… —Jamie intentó hablar, pero April no le dejó.

—¿Hasta dónde habéis llegado corriendo? ¿Hasta México? —se mofó.

—En realidad…

April levantó las manos.

—¿Sabes qué? No me interesa saberlo —lo cortó de nuevo—. Lo que hagas o dejes de hacer no es asunto mío.

Y sin dejarle responder, se giró y se metió en su piso dando un pequeño portazo.

Jamie frunció el ceño y se pasó la mano por el cuello sin entender nada.

—Buenas tardes, doctor Mitchell. —La voz de la señora Henderson sonó al otro lado del rellano. Cuando Jamie volvió el rostro, la mujer

sonreía de oreja a oreja.

—Buenas tardes —la saludó.

—Está celosa —dijo la señora Henderson.

—¿Qué?

—April está celosa, por eso se ha comportado así.

—¿Lo ha visto?

—Sí…, bueno…, acabo de llegar… —contestó la señora Henderson en tono casual.

—Ya… Acaba de llegar… —repitió Jamie.

Seguro que los había oído hablar y había salido al rellano a cotillear, pensó en silencio.

—Por cierto, todo un detalle de April que se haya ocupado de tu colada.

Jamie bajó la vista hasta la cesta que sostenía en las manos.

—Sí, lo es.

—Que tengas buena tarde —se despidió la señora Henderson.

—Igualmente —contestó Jamie.

Echó un último vistazo a la puerta del piso de April y se metió en casa.

CAPÍTULO 34

Por la noche, April estaba trabajando con el portátil en un nuevo proyecto de marketing que le acababa de encargar su empresa, cuando un suave golpe en la puerta la interrumpió.

Cuando abrió, Jamie estaba en el umbral; alto, imponente, guapísimo, vestido con un pantalón corto y una camiseta negra sin mangas que dejaba a la vista sus maravillosos brazos. Llevaba dos tazas de chocolate caliente en las manos y mostraba una expresión con una ceja levantada.

—He venido a traerte una taza de chocolate —dijo—. Como agradecimiento por haber doblado mi colada. Ah, y porque quiero seguir ganándome el título de «vecino favorito».

Alargó el brazo y le pasó una de las tazas a April.

Ella rio.

—No puede ser —farfulló al oírle decir aquello, al tiempo que tomaba la taza de la mano de Jamie.

El chocolate desprendió un olor delicioso que le hizo salivar.

—Claro que sí —aseveró él—. Menudo soy yo para los desafíos —respondió—. Ah, y también he venido a traerte esto. —Llevó la mano hasta el bolsillo trasero del pantalón y sacó las braguitas de encaje de April. Se las tendió—. Creo… que se colaron entre mi ropa.

April trató de no reír ante la pequeña trampa que le había tendido y la consiguiente victoria. La Operación: «braguitas pro-recuerdo» había dado el resultado esperado. Estaba convencida de que, al

verlas, se había acordado de ella.

—Oh. —April se hizo la sorprendida. Sonrió, con un gesto tan enigmático como el de la Mona Lisa—. Sí, seguro, ya sabes… tu ropa, la mía… —dijo, cogiéndolas de su mano. La mentirijilla dejó un regusto divertido en su lengua—. Gracias.

—De nada —contestó Jamie.

Se rascó la nuca, un poco incómodo. April se dio cuenta de que sus braguitas no le habían sido indiferentes. ¡Chúpate esa, Jessica!

Jamie las había encontrado mientras colocaba la ropa y durante un rato se había quedado mirando el intrincado encaje, el color negro; había acariciado la suave tela, y no había podido evitar imaginarse a April con ellas puestas.

La imagen había provocado que su entrepierna se sacudiera.

Jamie entró en el piso y April cerró la puerta, mientras Luna, que ya había abandonado su lugar en su cama, se encontraba saltando entre los pies de Jamie.

—Siéntate —dijo April.

—Gracias por hacerte cargo de mi colada —le dijo Jamie, acomodándose en el sofá—. La verdad es que me he olvidado por completo de ella. —Ya sentado, dio un sorbo de su taza.

Luna se acurrucó a sus pies después de que él la saludara.

—Supongo que has estado muy ocupado con Jessica —soltó April —. Habéis hecho mucho deporte.

Jamie la miró, pero decidió no seguir por según qué caminos.

—A los diez minutos he tenido que irme porque ha surgido una urgencia —comenzó—. Me ha llamado el dueño de uno de mis pacientes, un perro labrador, porque ha empezado a tener hemorragias anales abundantes.

April puso cara de sorpresa. Aquello no se lo esperaba. Se había imaginado que Jamie y Jessica habían pasado la mañana juntos.

—Espero que todo haya salido bien —dijo, al tiempo que se sentaba en el extremo opuesto del sofá.

—Ahora está en observación.

—Y dime, ¿a qué debo tu visita, aparte de para traerme una taza de chocolate y mis braguitas? —le preguntó April. En ese momento dio un sorbo—. Wow… está buenísimo, por cierto —musitó para sí misma.

—En realidad he venido para ver si necesitabas ayuda con alguna araña —contestó Jamie en tono burlón, mirándola de reojo—. Sigo empeñado en hacerme con el título de «vecino favorito».

April compuso en el rostro una expresión de indignación.

—¿Es que no vas a dejar de burlarte de mí nunca? —le preguntó.

Jamie negó con la cabeza.

—No —dijo.

April bufó.

—Pues que sepas que la tenía bajo control.

—Por eso saltaste a mis brazos cuando se movió —bromeó Jamie, con los ojos brillando de diversión.

—Por favor, yo no salté a tus brazos —protestó April con el ceño fruncido.

—April, trepaste por mí como si yo fuera un muro de escalada —comentó Jamie.

April sintió que sus mejillas se sonrojaban, al recordar la forma en que se había pegado contra él presa del pánico. La verdad es que eso de que «la tenía bajo control» era una mentira como una catedral de grande. Si no hubiera sido por Jamie, ni siquiera se hubiera atrevido a dormir en el piso. Lo que sentía por las arañas era una fobia rotunda. Pero jamás se lo confesaría a él.

—¡Podía ser una araña venenosa! —se defendió, aunque al

recordar la calidez que desprendía el sólido cuerpo de Jamie la voz le tembló ligeramente.

La expresión de Jamie se suavizó incluso mientras mantenía su tono burlón.

—No era venenosa. April, no estamos en la selva, esto es Chicago —dijo—. Conozco perfectamente qué arañas son venenosas, y te aseguro que la que había en tu baño no lo era.

Alargó el brazo para quitarle un mechón de pelo de la cara. Su toque se prolongó unos instantes.

April levantó la barbilla desafiante.

—¿Conoces las veinte mil arañas venenosas que hay? —le preguntó.

—Por supuesto que no. Pero de esas veinte mil, solo doscientas son peligrosas para el ser humano. Lo que supone solo un 0,03 por ciento de todas las especies que existen —arguyó Jamie.

—A saber si no me la hubiera comido durmiendo. Dicen que nos tragamos ocho arañas al año mientras dormimos — declaró April, y dio otro sorbo de chocolate. Simplemente pensarlo le producía escalofríos.

La risa de Jamie llenó todo el piso. Era profunda y cálida. Un sonido que envolvió a April como una caricia.

—Eso es una leyenda urbana. Los seres humanos no comemos arañas mientras dormimos —dijo entre risas.

—Yo no estoy tan segura de eso.

—Dios mío, April, eres de lo que no hay.

—No te rías tanto —le increpó ella.

—Ven aquí —murmuró Jamie, dando palmaditas en el espacio libre que había a su lado. Dejó la taza de chocolate encima de la pequeña mesa auxiliar.

—¿Por qué? —preguntó ella, aunque ya se estaba acercando, atraída por algo más fuerte que el orgullo, atraída por algo en lo que le daba miedo pensar.

—Porque estás demasiado lejos y he prometido protegerte de intrusos de ocho patas.

La sinceridad que había detrás de sus bromas hizo que a April se le acelerara el pulso. Lo sentía amplificado por cien en las muñecas, el cuello, el pecho...

—No necesito protección —murmuró. Sin embargo, ahí estaba.

—¿No? —Los dedos de Jamie rozaron el brazo de April—. Entonces, ¿te encargarás tú misma de atrapar a la araña la próxima vez que encuentres una en el baño? —Su índice trazó dibujos sobre su piel, provocando escalofríos en April.

—Tal vez lo haga —contestó ella.

—Mentirosa. Vendrás corriendo a buscarme otra vez.

—No confíes mucho en eso.

—Siempre voy a confiar en eso.

La tranquila confesión quedó suspendida entre ellos, cargada de muchas cosas. April se volvió hacia él y encontró su expresión más seria de lo que esperaba.

Se produjo un breve silencio, interrumpido únicamente por el tenue ruido de la calle que entraba por las puertas abiertas del balcón.

Ninguno de los dos hizo algún movimiento. Sus rostros solo estaban separados por unos centímetros. Sus ojos se encontraron en un intercambio silencioso de anticipación.

—Jamie... —musitó April.

Él alzó la mano y le acarició la mejilla. El pulgar le rozó el labio inferior.

El sonido del teléfono de Jamie interrumpió el momento. Ambos pestañearon, como si salieran de una ensoñación.

Jamie sacó el móvil del bolsillo del pantalón y miró la pantalla. Era Mike, que estaba haciendo guardia en la clínica. Frunció un poco el ceño, presagiando que pasaba algo serio.

—Tengo que cogerlo —le dijo a April.

Ella asintió.

—Dime —dijo Jamie.

—…

—¿Son abundantes?

—…

—Vale, ahora mismo voy para allá.

Colgó la llamada y se levantó del sofá.

—Tengo que irme, el perro labrador ha comenzado de nuevo a tener hemorragias. Lo más seguro es que tenga que operarle.

—Sí, claro —dijo April, comprendiendo la situación. Se levantó del sofá—. Gracias por el chocolate —añadió.

—Ha sido un placer —respondió Jamie—. Ya hablaremos, ¿vale?

—Sí, ya hablaremos —repitió April.

CAPÍTULO 35

April no estaba espiando.

Ni muchísimo menos.

Simplemente estaba observando el entorno mientras paseaba con Luna. Que el Porche negro de Jamie estuviera aparcado fuera de un restaurante de lujo en el centro de Chicago era una casualidad. Y si April redujo la velocidad para mirar por las cristaleras, fue solo porque Luna necesitaba un descanso. Obviamente.

El hecho de que Jamie estuviera sentado en una mesa a la luz de las velas con una impresionante pelirroja con un vestido que probablemente costara más que su sueldo era información irrelevante.

Sin embargo, sintió un pinchazo inesperado al verlos juntos.

No era asunto suyo con quién pasara el tiempo su vecino (ellos no tenían nada), pero no pudo evitar sentir que algo se agitaba en su interior.

—No nos vamos a quedar —le dijo a Luna con firmeza mientras ella intentaba plantarse en la acera—. Esto no es lo que hacemos nosotras.

Luna protestó, con los ojos fijos en Jamie a través del ventanal. Incluso desde fuera, April podía verlo riéndose de algo que había dicho su cita.

—No —murmuró, tirando suavemente de la correa de Luna—. Somos personas normales que no espían a sus vecinos en sus citas.

La pelirroja estiró el brazo por encima de la mesa para tocar la mano de Jamie. Pero April hubiera jurado ante quien fuera que no sintió una oleada de celos.

No, no eran celos.

Ni mucho menos.

Luna ladró varias veces con fuerza, llamando la atención de los peatones cercanos, y, como el universo tenía un retorcido sentido del humor, del propio Jamie.

April observó con horror cómo él giraba el rostro y miraba hacia la cristalera. Sus ojos se abrieron ligeramente al reconocerla.

—¡Mierda, mierda, mierda! —masculló April—. Es hora de irse —le anunció a Luna. Tiró de ella, prácticamente arrastrándola—. Rápido, antes de que…

—¿April?

Se quedó helada al oír la voz de Jamie a su espalda.

Maldijo en silencio antes de darse la vuelta componiendo en sus labios lo que esperaba que pareciera una sonrisa casual.

—¡Oh, hola! Qué coincidencia encontrarte aquí —dijo, apartándose un mechón de pelo de la cara.

Jamie estaba de pie en la puerta del restaurante, con un traje negro y una camisa con los botones superiores desabrochados también de color negro.

Su expresión era ilegible mientras la estudiaba.

—Menuda coincidencia —dijo—. Sobre todo, porque no vives cerca de aquí.

—Bueno, es que Luna necesitaba hoy una larga caminata —respondió April—. Estaba… algo inquieta —se inventó.

—Vaya… —Los labios de Jamie se elevaron en una sonrisilla—. ¿No será que me has visto salir del edificio cuando estabas en la

puerta con ella y has decidido seguirme? —bromeó.

April abrió los ojos de par en par.

—Yo no... Eso no es… —farfulló, pero antes de que pudiera formular una mentira adecuada y creíble, la chica que estaba con Jamie apareció a su lado.

—Jamie, ¿está todo bien? —La mano con uñas de color berenjena de la pelirroja se posó posesivamente en su brazo—. El camarero nos acaba de traer el postre —dijo.

—Todo está bien, Claire —respondió Jamie, aunque sus ojos no habían abandonado el rostro de April—. Es que April es mi vecina. Está paseando a su perrita Luna —dijo, agachándose y acariciándole cariñosamente la cabeza a la Yorkie.

—Qué curioso —repuso Claire con una sonrisa que no llegó a sus felinos ojos grises—. Está un poco lejos del barrio para pasear a un perro, ¿no?

April sintió que le ardían las mejillas, pero trató de mantener la compostura.

—A Luna le gusta variar la ruta de los paseos —comentó.

—A Luna le gusta la atención de su veterinario favorito —corrigió Jamie suavemente—. ¿No es así, pequeña? —le preguntó, rascándole el cuello.

La cola de Luna se meneó frenéticamente mientras ladraba e intentaba subirse al regazo de Jamie, echando por tierra lo que quedaba de la dignidad de April.

—Tenemos que irnos —logró decir, tirando de Luna hacia atrás—. No quisiera interrumpir tu... cita.

Algo brilló en los ojos de Jamie.

—April…

—Que te aproveche la comida —lo interrumpió ella, ya alejándose calle arriba—. Vamos, Luna.

Logró mantener el tipo hasta que doblaron la esquina. Cuando Jamie ya no podía verla, se apoyó contra la pared y resopló.

—Esto ha sido humillante —masculló en voz baja, pasándose la mano por la cabeza—. Solo a mí se me ocurre venir hasta aquí.

Luna le lanzó una mirada que claramente decía: «esto es tu culpa».

—Sí, es mi culpa. Lo sé —dijo April—. Venga, nos vamos a casa, pedimos algo de cena a domicilio y nos olvidamos de que esto alguna vez ha sucedido.

El camino a casa se volvió más largo de lo habitual. Cada paso que daba iba acompañado de una retahíla de imágenes mentales de Jamie bromeando y riendo con su guapa cita pelirroja, unas imágenes que la torturaban sin parar.

—Joder —susurró a la nada.

April entró en el vestíbulo del edificio, seguida de Luna, justo cuando las puertas del ascensor se abrieron y apareció Mark, que bajaba. Iba vestido de forma elegante con un traje gris oscuro y una camisa blanca.

—Hey, April, menos mal que te encuentro. Quería darte una sorpresa —dijo—. He pensado que podríamos cenar juntos.

April miró su ropa (iba con un pantalón corto y una camiseta con el cuello desbocado) y luego miró a Luna, que estaba haciendo todo lo posible por enredarse entre las piernas de Mark.

—Bueno, en realidad no estoy… —comenzó a decir.

El sonido de una risa familiar la interrumpió cuando Jamie y Claire entraron en el vestíbulo. Caminaban muy juntos. La mano de ella

descansaba en el brazo de Jamie.

¿Por qué tenía que tocarle tanto?

—Eso de cenar juntos suena genial —se descubrió diciendo April a Mark—. Deja que me cambie de ropa y nos vamos.

—Esperaré aquí —dijo él.

Luna tiró de la correa para saludar a Jamie, pero antes de que lo alcanzara, April la cogió en brazos y se la llevó.

Unos pocos minutos más tarde, bajó con un vestido con escote halter de una tonalidad verde clara (se lo puso porque era una de sus prendas preferidas, no porque fuera del color favorito de Jamie, obviamente), y se encontró una escena interesante en el vestíbulo. Mark estaba al lado de los buzones, trasteando con el móvil, y Jamie y Claire permanecían junto a la puerta, hablando mientras Claire se fumaba un cigarrillo.

—¿Nos vamos? —dijo, agarrándose al brazo de Mark, quizás más efusivamente de lo necesario.

—Estás increíble —comentó él, lo suficientemente alto como para que todos los que estaban en el vestíbulo pudieran escucharlo.

—Gracias. —April sonrió.

—He reservado mesa en ese nuevo restaurante francés del centro del que te hablé el otro día.

April advirtió que la atención de Jamie se dirigía a ellos. En aquel momento los miraba de reojo.

—Perfecto —respondió alegremente, sin mirar en su dirección, pero consciente de que no les quitaba ojo de encima—. Vamos.

Dieron tres pasos antes de que la voz de Jamie los detuviera.

—Que lo paséis bien —dijo.

April se giró. La expresión de Jamie era neutral, pero sus ojos mostraban una mirada intensa.

—Gracias. Estoy segura de que lo pasaremos muy bien —contestó.

Algo peligroso cruzó por el rostro de Jamie.

—Jamie —interrumpió Claire, tirando de su brazo—. Deberíamos subir. Tenemos un asunto importante del que hablar, ¿recuerdas?

April no pudo evitar preguntarse qué era ese asunto tan importante del que tenían que hablar. Y por qué tenían que discutirlo en el piso de Jamie.

—Sí, claro —dijo él. Su mandíbula se tensó mientras veía la mano de Mark posarse en la parte baja de la espalda de April—. Buenas noches —se limitó a decir.

—Buenas noches —respondieron April y Mark.

El camino hasta el coche de Mark fue tenso, lleno de cosas que April se negó a analizar; cómo la forma en la que la voz de Jamie se había vuelto ronca al decir que lo pasaran bien, o cómo sus ojos habían seguido cada movimiento de Mark.

—¿Le gustas a tu vecino? —preguntó Mark, apartando la vista unos instantes del tráfico mientras conducía.

April frunció el ceño.

—¿Qué? —dijo—. ¿Gustarle? ¿A Jamie? No, por supuesto que no.

—¿Estás segura? —insistió Mark—. En ese vestíbulo había suficiente tensión como para cortarla con un cuchillo

April miró por la ventanilla. La bulliciosa Chicago pasaba ante sus ojos como una película.

—Son imaginaciones tuyas, Mark —aseveró.

—Seguro —dijo él, mirándola de reojo. Su tono era amable, pero evidentemente no le creía.

CAPÍTULO 36

El restaurante francés situado en el corazón de Chicago era un lugar encantador que capturaba a la perfección la esencia y la elegancia parisina.

El ambiente era íntimo, con mesas pequeñas cubiertas por manteles oscuros y decoradas con arreglos florales sencillos. Una música suave de acordeón flotaba en el aire, transportando a los comensales a las calles empedradas de Montmartre.

Uno de los responsables del restaurante los guio hasta una mesa junto a una ventana que ofrecía vistas al rio Chicago.

La comida era excepcional (pidieron una tabla de quesos franceses, el clásico *Coq au vin*, y de postre *Crème Brûlée*, una crema con sabor a vainilla y una capa superior crujiente que se rompía con un suave golpe de la cuchara), y Mark demostró ser una excelente compañía.

April casi se estaba divirtiendo, hasta que su teléfono vibró con un WhatsApp de Sarah.

Aprovechando que Mark se había levantado un momento de la mesa para atender una llamada de trabajo importante, sacó el móvil del bolso y leyó el mensaje.

La señora Henderson dice que Jamie y su acompañante se han peleado en el vestíbulo. Al parecer ella le ha reprochado que él había estado distraído todo el tiempo 😏.

April frunció el ceño mientras leía el mensaje. Las palabras de Sarah le habían dejado inquieta.

Miró alrededor del restaurante, tratando de olvidar lo que acababa de leer. ¿Qué le importaba a ella si Jamie había discutido con aquella pelirroja?

No sé nada, estoy cenando con Mark, escribió.

¿Mark, tu compañero de trabajo?

Sí.

Otro WhatsApp de Sarah siguió rápidamente.

Vale, entonces no os interrumpo.

Justo en ese momento, Mark regresó a la mesa con una expresión de disculpa.

—Lo siento —dijo, mientras se sentaba—. Era algo urgente.

April sonrió para tranquilizarlo.

—No te preocupes.

Mark asintió, alargó la mano para coger su copa y tomó un sorbo de vino antes de continuar la conversación sobre el proyecto en el que ambos estaban trabajando. Sin embargo, April no podía concentrarse completamente en lo que estaban hablando; su mente seguía volviendo al mensaje de Sarah.

Le había dicho que la discusión había sido porque su acompañante le había reprochado que había estado distraído todo el tiempo, como si tuviera algo más importante en mente.

April movió un poco la cabeza. No quería pararse a pensar en nada, aunque su mente había empezado a hacer cábalas.

—April… —la llamó Mark.

Ella pestañeó un par de veces, reaccionando a su nombre.

—¿Sí?

Mark esbozó una ligera sonrisa.

—¿Dónde estás? —le preguntó.

April se obligó a sonreír, tratando de ocultar la maraña de pensamientos que la había distraído.

—Lo siento, Mark. Estoy aquí —respondió, aunque sabía que no era del todo cierto.

Mark la miró.

—¿Estás segura? —preguntó suavemente—. Pareces tener la mente en otro lugar. Lo cual es un delito, porque este restaurante es precioso. Hay que estar aquí con los cinco sentidos.

April dejó escapar una risilla.

—Sí, tienes razón —dijo.

—Si quieres hablar sobre algo que te preocupe… —se ofreció Mark.

—Ah, no, son tonterías, solo cosas del trabajo —se excusó April.

Se negaba a admitir que últimamente Jamie había estado apareciendo en su mente más de lo que le gustaría. Bueno, y que se habían besado…, y todo lo que estaba pasando entre ellos.

Mark asintió con la cabeza, aunque no parecía muy convencido.

April decidió que lo mejor era cambiar de tema. A ver si de una

vez por todas dejaba de pensar en Jamie. Cogió la copa de vino y dio un sorbo.

—Y dime, ¿cómo va el proyecto de NexGen International? —le preguntó a Mark.

Él se arrancó a hablar de ese nuevo proyecto, describiendo entusiasmado las ideas creativas que había estado desarrollando.

A medida que avanzaba la cena, April logró concentrarse más en la conversación y dejar a un lado los pensamientos intrusivos sobre Jamie. Sin embargo, no podía evitar preguntarse por qué él seguía apareciendo en su mente. Todo el rato. No se explicaba por qué ocupaba tanto espacio en sus pensamientos. Tal vez porque los últimos días habían vivido algunos momentos bastante intensos, porque él la había besado, aunque su boca apenas había rozado sus labios, pero había sido suficiente para…

No quería pensar en ello.

Estaba decidida a que aquello no arruinara su noche. Disfrutaría de la compañía de Mark y del encantador ambiente del restaurante. Al fin y al cabo, Jamie también había tenido una cita, y parecía no pensar mucho en ella.

Mark dejó a April en la puerta del edificio. Cuando se bajó del coche, vio a Jamie.

Estaba sentado solo en uno de los bancos que había al lado del bloque, y no había ni rastro de la mujer pelirroja por ningún lado.

La noche estaba tranquila. La brisa corría suave, refrescando el calor acumulado del día. El bullicio de Chicago se oía a lo lejos como la banda sonora de fondo.

Lo observó pasarse la mano por el pelo de esa manera que ella

sabía que significaba que estaba intranquilo.

Como si hubiera notado la mirada de April sobre él, Jamie levantó la vista y sus ojos se encontraron con los suyos.

April respiró hondo y se acercó.

—¿Está todo bien? —le preguntó para romper el hielo.

—Sí, supongo —respondió él.

April se sentó a su lado.

—¿Solo lo supones? ¿No ha ido bien tu cita?

—Al parecer no me ha ido tan bien como a ti —respondió Jamie. En su tono de voz había mordacidad. Estaba enfadado, molesto, de mal humor. Algo muy poco habitual en él.

—Tú has estado cenando con una supermodelo pelirroja —le echó en cara April.

Los ojos verdes de Jamie se oscurecieron.

—Y tú con el Señor Perfecto de Marketing.

El corazón de April dio un vuelco ante los celos que parecía contener su tono de voz.

—Mark es solo un amigo —dijo.

—Claire también es solo una amiga —dijo Jamie.

—¿Una amiga que se te cuelga del brazo y se pega a ti como una lapa?

El fantasma de una sonrisa cruzó el rostro de Jamie.

—Cuidado, Carter. Eso casi suena a celos —dijo.

April bufó.

—Yo no estoy celosa, deja de alucinar. Y podría decir lo mismo de ti con respecto a Mark. No parece que te caiga muy bien.

—Sin embargo, eres tú la que me ha seguido hasta un restaurante

—aseveró Jamie.

—¡Estaba paseando a Luna!

—¿En la otra punta de la ciudad?

April se levantó abruptamente.

—Esto ha sido una mala idea —farfulló.

Jamie la agarró de la muñeca antes de que pudiera girarse para irse. El contacto envió electricidad a través de la piel de April.

La atmósfera cambió de inmediato. Se volvió… peligrosa. Fue entonces cuando los ojos verdes de Jamie se oscurecieron más.

—¿Lo es? —dijo. Y su voz sonaba como un desafío.

La pregunta flotaba entre ellos, cargada con todo lo que no se habían dicho, con todo lo que callaban.

April se encontró estudiando su rostro: la tensión marcada en su definida mandíbula, la intensidad que brillaba en sus ojos, la forma en que la miraba, como si fuera un rompecabezas que no podía resolver, como un enigma que no lograba descifrar por completo.

—Jamie... —susurró. Y el nombre le salió estrangulado.

—Dime que no sientes nada —dijo en voz baja, suave, *sexy*—. Dime que son imaginaciones mías la forma en que me miras cuando crees que no estoy mirando. La forma en que me tocas. Cómo te vistes de verde porque sabes que es mi color preferido…

El corazón de April latía con fuerza en su pecho.

—Yo…

La voz de George, el portero, los interrumpió de pronto.

—Me alegra encontraros aquí, chicos. Os quería informar sobre el corte de agua que habrá en el edificio el próximo viernes. —Se paró a unos cuantos metros de ellos—. Aunque puedo esperar si vosotros necesitáis… hablar —dijo, cuando vio la escena.

La enorme mano de Jamie todavía estaba alrededor de la muñeca de April. Su pulgar le acariciaba la fina piel de la zona, provocando que a April le costara pensar.

—April —dijo suavemente—. Deberíamos...

Pero ella no le dejó terminar.

—Tengo que irme —lo cortó, y aprovechando la interrupción de George, se alejó—. Esto es... No podemos... —dijo, dubitativa.

April huyó hacia el edificio, ignorando la forma en que su piel hormigueaba donde Jamie la había tocado.

Abrió la puerta y una vez dentro, tomó una profunda bocanada de aire.

—¿Quieres hablar, querida? —le preguntó la señora Henderson, al verla.

—No hay nada de qué hablar —contestó April.

—Ni siquiera del hecho de que estás enamorada de tu vecino.

—¿De dónde se saca eso? Yo no estoy enamorada de Jamie —aseveró April—. Creo que lee demasiadas novelas románticas, señora Henderson —dijo a la defensiva.

La señora Henderson sonrió con picardía, sin dejarse convencer por la negativa de April.

—Puede que lea muchas novelas románticas, querida, pero también tengo buen ojo para estas cosas. Además, más sabe el diablo por viejo que por diablo —respondió con un guiño—. He visto cómo lo miras cuando crees que nadie está prestando atención.

April se sonrojó ligeramente, sorprendida por la observación de la señora Henderson.

—Solo porque discutimos de vez en cuando no significa que haya algo más —insistió, tratando de sonar convincente—. Jamie es odioso.

La señora Henderson soltó una risita suave y se encogió de hombros.

—Tal vez tengas razón. —Echó a andar—. Ah, por cierto, ese vestido es precioso —dijo—. Me imagino que sabes que el verde es el color favorito del doctor Mitchell, ¿verdad?

April la observó alejarse con la boca abierta.

Miró su reflejo en el cristal de la puerta. Había elegido ese vestido a propósito. Así que sí, sabía que era el color favorito de Jamie, y era un recurso que había utilizado otras veces para llamar su atención.

¿Entonces?

Se quedó unos segundos pensando…

¡Estaba enamorada de Jamie!

Pero ¿cómo…? ¿Cuándo…? ¿De qué manera…?

April se quedó inmóvil en mitad del vestíbulo, como si el mundo a su alrededor se hubiera detenido durante un instante.

Su mente corría en mil direcciones mientras intentaba asimilar aquella revelación. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Se pasó la mano por la frente. ¿Cuándo había empezado todo? ¿En qué momento?

Suspiró, dejando que la verdad se asentara en ella.

Mientras subía a casa en el viejo ascensor de servicio, sacudió la cabeza, intentando despejar sus pensamientos. Ella no tenía tiempo para complicaciones emocionales de ningún tipo. No después de…

No, no estaba enamorada. Sería otra cosa: atracción física, simpatía, afinidad… ¿Cómo iba ella a estar enamorada de su odioso vecino?, se repitió una y otra vez, como si así pudiera negar lo evidente. Pero admitirlo significaba abrir una puerta a lo desconocido, y eso la asustaba. Por eso no era capaz de reconocerlo.

CAPÍTULO 37

Luna la recibió con ojos cómplices cuando entró en el piso. Después miró hacia la pared que compartían con Jamie.

April suspiró.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Lo sé, ¿vale? Puede que tengas razón sobre él.

En aquel momento escuchó cómo Jamie entraba en casa. Escuchó el ruido de la puerta al abrirse y al cerrarse y sus pasos hasta el salón.

En el silencio que vino posteriormente empezaron a sonar las notas de una canción lenta: *Wonderful Tonight* de Eric Clapton. La melodía era suave y melancólica, con una guitarra eléctrica que añadía un toque nostálgico.

April pensó que Jamie se comunicaba a través de la música mucho más de lo que él mismo se imaginaba.

Alargó el brazo y tocó la pared que los separaba, sintiendo las débiles vibraciones de la música en la palma de la mano.

Mañana, decidió.

Mañana finalmente hablaría con Jamie.

Mañana admitiría que tal vez sus vecinos, Sarah y Luna habían tenido razón todo el tiempo. Sabía que no podía seguir ignorando lo que sentía.

Aquella noche se permitió reconocer, muy a su pesar, que había

estado luchando por lo que sentía por Jamie desde aquel primer encuentro desastroso que había tenido con él, cuando el jarrón de su tía Matilda había impactado contra su coche, rompiéndole el parabrisas.

¡Dios!

Estaba completa e irrevocablemente enamorada de su odioso vecino.

La cola de Luna golpeó contra el suelo en evidente aprobación.

April pasó la noche dando vueltas y vueltas, repitiendo los acontecimientos del día.

A través de la pared que compartían, la música de Jamie finalmente se desvaneció, reemplazada por los suaves sonidos de él moviéndose por el piso.

Ella luchó contra el impulso de enviarle un WhatsApp para explicarle lo de Mark, para decirle que no significaba nada para ella, que solo eran amigos. No quería que hubiera malentendidos entre ellos.

Alrededor de la medianoche, el ladrido emocionado de Luna la sacó de sus pensamientos. El sonido familiar de la puerta de Jamie abriéndose y cerrándose resonó en el silencioso rellano.

April se descubrió caminando hacia la mirilla antes de poder detenerse o reflexionar sobre lo que estaba haciendo. Jamie estaba en el rellano, todavía con pantalones de vestir y camisa negra.

Caminó hacia su piso.

A April se le subió el corazón a la garganta. Contuvo la respiración cuando sus pasos se detuvieron frente a su puerta y su mano se

alargó hasta el timbre. Por un momento todo quedó en silencio. Suspendido en el aire.

Luego, tan sigilosamente que casi no se dio cuenta, lo escuchó suspirar. Para después darse la vuelta, desandar el camino que había hecho y meterse de nuevo en su casa. El sonido de la puerta al cerrarse sonó más fuerte de lo que debería.

April se quedó inmóvil como una estatua, con la mano aún sobre la puerta, y su corazón latiendo con fuerza en su pecho. No podía entender por qué había sentido una mezcla de alivio y decepción al mismo tiempo. ¿Tendría que haber abierto la puerta?

No, claro que no. Si lo hubiera hecho, Jamie se habría dado cuenta de que había estado mirando por la mirilla, espiando, y ya bastante humillante había sido lo del restaurante.

Dio un paso hacia atrás y se apartó de la puerta, tratando de calmarse.

Para distraerse se dirigió a la cocina y se preparó una taza de té. Mientras esperaba que el agua hirviera, no pudo evitar recordar la mirada en los ojos verdes de Jamie cuando la había sujetado por la muñeca. Había algo vulnerable en él, algo que rara vez dejaba ver, pero que en ese momento había aparecido.

Con el té humeante en sus manos, se dirigió al sofá y se acurrucó en él.

Dio un sorbo de la taza analizando de nuevo todo lo que había pasado entre ellos aquel día. ¿Para que había ido Jamie a su piso? ¿Qué quería decirle? ¿Por qué se había arrepentido en el último momento y no había tocado el timbre?

La mañana trajo nuevas complicaciones.

April salió de su piso y encontró a Jamie y Claire en el rellano, con las cabezas inclinadas sobre una carpeta llena de documentación.

Claire estaba demasiado cerca, con la mano apoyada en el brazo de Jamie mientras señalaba algo en los papeles.

—La reunión está programada para las nueve —estaba diciendo, su voz tenía ese tono profesional pero coqueto que April había llegado a odiar—. Pensé que tal vez después podríamos…

Luna eligió ese momento para anunciar su presencia con un ladrido entusiasta. La cabeza de Jamie se levantó de golpe y sus ojos encontraron los de April inmediatamente.

—Buenos días —logró decir April, intentando parecer casual y probablemente fallando en el intento.

—Buenos días —respondió Jamie, con la mirada fija en su rostro.

Claire se giró para mirarla con una expresión que era demasiado dulce para ser sincera.

—¡Buenos días, April! —la saludó con un entusiasmo exagerado.

—Vas temprano a dar el paseo a Luna —observó Jamie.

—Si…, bueno, hoy tengo un día ajetreado en el trabajo y una reunión a primera hora en la oficina —respondió April—. No todos podemos trabajar en casa —añadió en tono irónico antes de que pudiera detenerse.

Las perfectas cejas de Claire se alzaron. Había pillado la indirecta.

—Jamie y yo estamos discutiendo un asunto importante —dijo.

—¿En el rellano? —se mofó April. No sería tan importante si lo discutían en el rellano.

—¿Quizás preferirías que lo hiciéramos en algún lugar más... íntimo? —La sugerencia implícita en la voz de Claire hizo que a April le hirviera la sangre. Dios, aquella mujer le pisaba las tripas.

—Estoy segura de que a ti te encantaría —soltó, sin disimular la

doble intención de sus palabras.

—April… —comenzó Jamie, ligeramente incómodo, pero ella ya se dirigía al ascensor.

Luna la seguía a regañadientes, quejándose lastimosamente por obligarla a dejar atrás a su veterinario favorito. Bueno, a su humano favorito, porque April ya dudaba muy en serio de que no le quisiera más a él que a ella. Su mascota estaba loca por Jamie Mitchell.

—Disfrutad de vuestra emocionante reunión en el rellano —dijo, por encima del hombro.

Las viejas puertas del ascensor de servicio se cerraron ante la expresión frustrada de Jamie y la sonrisilla de Claire.

CAPÍTULO 38

Resultó imposible concentrarse en el trabajo.

April se encontró revisando constantemente el teléfono, aunque no estaba segura de lo que esperaba recibir, pero tenía la sensación de que iba a volverse loca.

¡Había escrito y reescrito unas ocho veces el mismo email!

Estaba comiendo algo en la cafetería que había frente a la empresa cuando su móvil vibró.

Le faltaron manos para cogerlo. Era un WhatsApp de Jamie.

Tenemos que hablar de lo de anoche.

El teléfono vibró de nuevo con otro WhatsApp de Jamie:

Y de lo de esta mañana. Y probablemente de cada momento desde que dejaste caer aquella caja sobre mi coche.

Quería responderle, pero le había jodido encontrarlo con Claire al salir del piso cuando había sacado a Luna a hacer sus necesidades. Esa mujer era una inoportuna de cojones, porque April tenía pensado hablar con Jamie si ella no hubiera estado con él.

Tomó aire y comenzó a escribir, sin embargo terminó borrando el

mensaje y guardando el móvil en el bolso.

A lo largo de la tarde lo intentó de nuevo unas cuantas veces. Había escrito y borrado aproximadamente treinta respuestas, y ninguna lograba captar la maraña de sentimientos que había en el interior de su cabeza.

Pero el universo tenía sus propios planes. Claro, ¿cómo no?

April salió del viejo ascensor del edificio y encontró a Jamie esperando sentado en los peldaños de la escalera, solo; sin Claire. Tan atractivo que a April le pareció insoportable. ¿Por qué siempre estaba tan guapo?

—No más carreras, no más salir huyendo —dijo Jamie con voz tajante mientras ella buscaba las llaves en el bolso—. Tenemos que hablar.

—Estoy cansada —se excusó April. No sabía si estaba preparada para hablar con él—. Ha sido un día largo.

Jamie se levantó de los peldaños con una expresión de determinación en el rostro.

—April, no podemos seguir evitando esto —insistió, dando un paso hacia ella—. No quiero que sigamos así.

—¿Crees que es normal que me esperes sentado en la escalera? —le preguntó ella.

—Pensé que era mejor que enviarte otro mensaje que probablemente borrarías antes de leer —respondió.

April no había borrado ninguno de sus mensajes. Al contrario, los leía una y otra y otra vez.

—Además, quería tenerte cara a cara para que no salgas corriendo.

—Yo no salgo corriendo.

—Claro que sí, no dejas de hacerlo. —Los ojos de Jamie se oscurecieron—. Menos cuando me sigues al restaurante en el que

tengo una cita.

—¡Estaba paseando a Luna! —se defendió April.

—Puedes decirlo todas las veces que quieras, pero eso no va a cambiar la verdad.

April sintió que se le sonrojaban las mejillas.

—Esa es una presunción muy atrevida por tu parte —dijo.

—Tanto como que últimamente utilices tanta ropa de color verde, sabiendo que es mi color favorito.

—Joder, eres un maldito presuntuoso.

—Presuntuoso o no, estoy en lo cierto. —Dio otro paso hacia April. Bajo la voz—. ¿O me vas a decir que me equivoco?

La respiración de April se entrecortó cuando Jamie se acercó un poco más.

—Jamie… —jadeó.

Él se inclinó sobre ella. Sus bocas se encontraban a escasos centímetros la una de la otra.

—Dime que me equivoco —la desafió Jamie en un tono de voz que hizo que April se estremeciera de la cabeza a los pies—. Dime que no se te acelera la respiración cuando estoy cerca.

April entreabrió los labios. Buscando, anhelando, deseando…

Luna ladró bruscamente en el interior del piso, rompiendo la tensión del momento.

April aprovechó para tomar aire.

—Aquí no —logró decir—. Probablemente la señora Henderson esté escuchando.

La sonrisa de Jamie era traviesa.

—Déjala que escuche. Tal vez finalmente pueda terminar esa novela que está escribiendo sobre nosotros. Tenemos que darle

material de calidad.

—No hay un nosotros.

La sonrisa de Jamie se hizo más amplia. Había un punto de ironía en el gesto. Y de incredulidad.

—¿No? —Su mano se dirigió a la cintura de April—. Entonces, ¿por qué me seguiste hasta el restaurante?

El corazón de April se aceleró cuando Jamie la acercó más a él.

Dios, iba a estallar.

O a entrar en autocombustión.

O a derretirse.

O todo a la vez.

—Eres imposible —dijo, poniendo los ojos en blanco. Pero no se movió ni un centímetro.

—Sin embargo, aquí estás —murmuró Jamie, y había una nota de triunfo en su voz—. Vistiendo de mi color favorito y fingiendo que no te importan mis citas con Claire.

—Claro que no me importan tus citas con Claire —aseveró April.

La risa de Jamie fue suave y ligera contra su piel. Y sexy. Tremendamente sexy.

—Mentirosa —susurró a ras de sus labios.

El beso, cuando finalmente llegó, no contenía ninguna duda. Los labios de Jamie reclamaron los de April con una certeza que hizo que sus rodillas temblaran. Sus manos la acercaban a él, la pegaban a su cuerpo, mientras días de tensión se disolvían en algo eléctrico.

Los labios se movieron al unísono, explorando y descubriendo su propio ritmo. Había una hipnótica mezcla de ternura y pasión en el beso.

El edificio desapareció por completo; no había ruido, ni

distracciones, solo la sensación envolvente del otro.

Ninguno de los dos se dio cuenta del feliz ladrido de Luna y del pequeño grito de victoria de la señora Henderson.

Cuando se separaron, la sonrisa de Jamie era de triunfo.

—¿Aún quieres fingir que esto no está sucediendo? —dijo.

April le rodeó el cuello con los brazos y abandonó toda pretensión de resistencia.

—Sigues siendo imposible —susurró.

—Y tú sigues siendo una mentirosa terrible —dijo Jamie.

Descansó su frente en la de April.

—Sobre Claire… —murmuró contra su boca.

—Sobre Mark… —dijo April al mismo tiempo, pisando sus palabras.

Ambos sonrieron.

—No hay nada entre Claire y yo —comenzó Jamie—. Nuestra relación es solo por trabajo.

—Tampoco hay nada entre Mark y yo —dijo April—. Solo es un amigo.

La expresión de Jamie se suavizó.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado.

—Yo también.

La risa de Jamie vibró a través de April.

—La señora Henderson tiene que estar alucinando en este momento —comentó con una sonrisa divertida.

—Ya lo creo —rio April.

—¿Sabes que ha estado apostando por nosotros desde el primer día?

—Todo el edificio lo ha hecho —respondió April, recordando las miradas cómplices y los susurros que siempre parecían perseguirlos.

—No podemos culparlos —admitió Jamie, encogiendo los hombros —. Les hemos dado un buen espectáculo.

Ambos se miraron, compartiendo aquel momento de complicidad.

—Sí, tienes razón.

Jamie tomó aire.

—¿Entras? —le preguntó a April, señalando la puerta de su piso con la cabeza—. Deberíamos hablar de… todo —propuso.

La invitación colgaba entre ellos, cargada de muchas cosas. Luna ladró con firmeza desde el otro lado de la puerta, manifestando su beneplácito.

—¿Solo para hablar? —dijo April, con el pulso acelerado.

La sonrisa de Jamie se volvió traviesa.

—Por supuesto. Aunque podría necesitar examinar esos aparentes síntomas de celos que has estado mostrando.

—¿Curiosidad profesional?

—Algo así. —El pulgar de Jamie trazó su labio inferior—. Junto con un gran interés por saber por qué me seguiste al restaurante.

April ladeó la cabeza.

—Fue una selección de ruta elegida de manera completamente casual —respondió.

—Sigues siendo una mentirosa terrible, Carter.

April se echó a reír.

No iba a admitir nada.

Al menos no en voz alta.

CAPÍTULO 39

Dentro del piso de Jamie, la tensión se transformó en algo más ligero, más cálido. Él se movía por la cocina con agilidad, preparando un café mientras April se acomodaba en el sofá.

Luna inmediatamente reclamó su lugar favorito junto a Jamie, como no podía ser de otro modo.

—Claire es una amiga —dijo Jamie sin preámbulos, entregándole a April una taza humeante—. Ha estado tratando de convencerme para que me asocie con la cadena de clínicas de la que es directora.

—¿Entonces vuestra relación es solo profesional? —le preguntó April.

Jamie delineó en sus labios una sonrisa de complicidad.

—Los celos te sientan bien —dijo—. Te brillan los ojos.

—No estoy celosa.

—Me seguiste a un restaurante.

—¡Estaba paseando a Luna! —se defendió April.

—¿En la otra punta de la ciudad? —se burló Jamie. Sus dedos rozaron su mejilla—. Inténtalo de nuevo, April.

Ella se inclinó hacia la caricia de su mano, muy a su pesar. Pero lo anhelaba tanto.

—Estás muy seguro de ti mismo —dijo, abrumada por el suave calor que desprendía su cuerpo y por su embriagador aroma.

—¿Sobre ti? Siempre lo he estado. Incluso cuando dices que soy odioso.

—Es que eres odioso.

Jamie sonrió travieso, pero la devoró con la sonrisa.

—Sin embargo, aquí estás —dijo.

Se inclinó lentamente sobre ella.

El beso fue más lento, más profundo, como si tuvieran todo el tiempo del mundo para explorar algo nuevo entre ellos.

April se fundió con él, permitiéndose finalmente reconocerse a sí misma que había estado luchando contra lo que sentía por Jamie casi desde el primer día.

Cuando se separaron, la sonrisa de Jamie era dulce.

—¿Te quedas a dormir?

—¿Qué pasó con lo de simplemente hablar? —le picó April.

—También podemos hablar. —Jamie le colocó un mechón de pelo rubio detrás de la oreja. Sus ojos se oscurecieron cuando ella se acercó—. Por ejemplo, sobre por qué has tardado tanto en reconocer lo que había entre nosotros, o en admitir que a veces las primeras impresiones no son del todo precisas…

April se puso de puntillas y lo silenció con otro beso. Algunas conversaciones podían esperar hasta el día siguiente.

Después de un largo beso, Jamie separó la boca de la suya y retrocedió unos pasos. April apartó los brazos de su cuello.

—¿Qué pasa? —preguntó casi sin aliento.

—Quiero mirarte —respondió Jamie.

April exhaló lentamente, sintiendo cómo la tensión abandonaba su cuerpo mientras él la contemplaba con una intensidad que casi podía tocarse. Bajo el vestido verde ajustado se revelaban sutilmente los pezones endurecidos contra la tela. La melena de color miel le caía

suavemente por los hombros, enmarcando su rostro con un brillo cálido que parecía captar cada chispa de luz de la habitación.

—Eres preciosa —dijo Jamie, con los ojos llenos de deseo.

—Tú tampoco estás nada mal —contestó April con una sonrisa pícara en los labios.

Jamie se inclinó sobre ella y la besó en el cuello. April soltó un suspiró cuando deslizó la lengua por su clavícula, hasta el escote.

Joder, la noche prometía.

Y tanto que prometía.

Jamie siguió la curva de los pechos y le lamió los pezones por encima de la tela del vestido.

April se estremeció de arriba abajo y cuando Jamie se introdujo uno en la boca y jugueteó entre los dientes con él, gimió y se arqueó para aumentar el contacto.

—Voy a hacer que no olvides esta noche nunca —susurró Jamie.

—Estoy segura de que lo conseguirás —musitó April.

Y estaba convencida de ello.

Jamie se arrodilló delante de ella y le bajó las braguitas por las piernas. Ya sin ellas, la agarró de las caderas. Le subió el vestido y comenzó a besarla en el estómago, descendiendo hasta los muslos.

—Jamie, joder… —jadeó April, cuando hundió la lengua en su sexo.

Él no dijo nada y continuó.

Ella metió los dedos entre los mechones de su pelo y se aferró a ellos como si fueran una tabla salvavidas que la impidiera caer a un profundo y oscuro precipicio.

Jamie se cansó del vestido.

Se puso de pie. Agarró el borde y tiró de él hacia arriba,

sacándoselo a April por la cabeza.

Volvió a contemplarla desnuda.

Era realmente preciosa, con unas curvas y una sensualidad capaces de volverlo loco.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó April con una mezcla de juego y coquetería, mordiéndose el labio.

Jamie la miró como un lobo.

—Me encanta lo que veo —respondió.

Le cogió la mano y tiró de ella hacia el dormitorio.

Luna llevaba dormida un buen rato, pero era mejor que terminaran lo que habían empezado en la habitación, sin ningún tipo de testigos.

April sintió un escalofrío de anticipación mientras avanzaban por el pasillo.

Dentro, Jamie la agarró de la cintura y la tumbó en la cama. Después se colocó sobre ella y atrapó sus labios con su boca.

—Llevo semanas deseándote —comenzó a decir, besándole la línea de la mandíbula—. Soñando con tu jodida boca, con acariciarte y que me acaricies, con follarte… —Tomó aire—. Te confieso que me he dado un montón de duchas frías y no ha funcionado.

April sonrió. Tenía un brillo intenso en los ojos castaños y las mejillas sonrojadas.

—No eres el único que se ha duchado con agua fría —confesó ella.

Empezó a trastear con las manos para quitarle la camiseta a Jamie. Él se incorporó un poco y se deshizo de su ropa, incluidos los calzoncillos.

Se inclinó y volvió a besarla mientras ella le acariciaba la espalda. Jamie se estremeció.

Se repitió un par de veces que tenía que ir más despacio, no perder el control. Aunque pensaba que no podía estar más excitado cuando April levantó un poco las caderas y las contoneó contra su pelvis, frotando su erección.

Respiró de manera agitada.

—No tienes ni idea de todo lo que he imaginado hacerte. Has estado a punto de volverme loco —susurró.

Antes de ir más adelante, alargó el brazo y abrió el cajón de la mesilla. Sacó un preservativo de la caja que había en su interior, rasgó el precinto plateado y se lo puso.

Ya listo, le separó las piernas a April y se las levantó. April lo rodeó por la cintura con ellas, pasó las manos por su cuello y lo atrajo hacia sí.

Incapaz de aguantar un solo segundo más, Jamie la penetró. April gimió, y él silenció su gemido con un beso apasionado antes de comenzar a moverse dentro de ella.

Jamie metió la mano bajo sus nalgas y las alzó hacia él. Después la embistió con fuerza.

—Diosss —jadeó April.

Apretó más las piernas, como si no quisiera soltarlo nunca, introdujo las manos en su pelo para bajarle la cabeza y lo besó en la boca. Iba a morirse si no lo hacía.

Jamie sintió el calor de su sexo apretándolo con fuerza y le saltaron chispas en el cerebro, como si hubiera sufrido un cortocircuito. Empujó con más fuerza, hasta lo más profundo, mientras le devoraba la boca.

April gimió de nuevo.

Jamie le cogió las manos y se las colocó en la almohada, a ambos lados de la cabeza. Entrelazó los dedos con los de ella y empezó a moverse más rápido.

Desesperado por un respiro, por recuperar el control, echó la cabeza hacia un lado, pero al sentir el cálido aliento de April en su oído, al escuchar sus jadeos, no pudo contenerse más. Gimió, dejando que el placer lo arrastrara.

April se aferró a sus hombros y hundió la cara en su cuello. Jamie embistió una vez más. Ella se puso tensa y susurró su nombre. Cuando el orgasmo la sacudió, presionó la boca contra su cuello para no gritar.

Los músculos interiores apretaron con fuerza la erección de Jamie, provocando que él alcanzara también el orgasmo.

Ninguno de los dos supo cuánto tiempo estuvieron abrazados.

CAPÍTULO 40

La mañana siguiente a sus confesiones trajo una complicación inesperada.

April se despertó en la cama de Jamie, rodeada de su aroma, y con un WhatsApp urgente de Sarah en el móvil.

Mira lo que hay en el tablón de avisos del vestíbulo del edificio. Me lo ha enviado la señora Henderson.

El archivo adjunto era una fotografía del tablón de avisos con un anuncio que decía:

«¡Felicidades al doctor Jamie Mitchell por su próxima asociación con Uptown Veterinary Associates!»

April miró fijamente la imagen y su corazón se hundió en los más profundo del pecho. El puesto que le había ofrecido Claire, y que Jamie supuestamente había rechazado.

—Buenos días. —La voz de Jamie llegó desde el otro lado de la habitación, cálida y ligeramente somnolienta—. ¿Qué tal has dormido? —le preguntó, acercándose a ella.

April giró el móvil con el anuncio que le había reenviado Sarah.

—¿Olvidaste mencionar algo anoche? —dijo.

La expresión de Jamie pasó de la confusión a la alarma.

—April, esto no es…

—¿No es qué? —le cortó ella—. ¿No es el resultado de una decisión que has tomado? ¿No es algo que deberías haberme dicho antes de lo que ha ocurrido entre nosotros?

—Todavía no he firmado nada —comenzó a decir Jamie—. Claire se ha adelantado. Ni siquiera he decidido...

—¿Ni siquiera has decidido qué, Jamie? ¿No has decidido si vas a aceptar o no? —April se levantó de la cama y comenzó a vestirse con la ropa que estaba esparcida por el suelo—. ¿O simplemente no has descubierto la forma de decírmelo?

Luna ladró desde el salón al escuchar la discusión entre ellos. April se metió rápidamente el vestido por la cabeza.

—Si tan solo me escucharas —dijo Jamie, con frustración en la voz.

—¿Como me escuchaste tú a mí cuando traté de explicarte lo de Mark? —dijo April. Las palabras estallaron antes de que pudiera detenerlas.

—¡Eso es completamente diferente!

—¿Ah, sí? —April dio un paso atrás mientras él se acercaba—. Porque tal y como yo lo veo, parece que has estado dejando que me enamore de ti, sabiendo que ibas a irte.

En el momento en que aquellas palabras salieron de su boca, el aire entre ellos cambió. De golpe. Jamie se quedó muy quieto, con los ojos fijos en April.

—¿Enamorarte de mí? —repitió suavemente.

April sintió que el calor subía a sus mejillas.

—Eso no es… No quise decir…

—Sí, lo has dicho. —Jamie salvó la distancia entre ellos con un par de zancadas—. Dilo de nuevo.

—¡Estoy enfadada contigo! —fue la respuesta de April.

—Dilo de todos modos.

—¡Eres imposible! —April se negaba a que aquellas palabras volvieran a salir de su boca. ¿Cómo había sido tan tonta?

—Estás enamorada de mí…

La confesión pendía entre ellos, cargada con todo lo que habían estado eludiendo. El corazón de April latía con fuerza en su pecho cuando Jamie la acorraló contra la pared.

—Dime que me equivoco —la desafió—. Dime que lo de anoche no ha significado nada para ti. Dime que no te enamoraste de mí desde el primer día, incluso cuando afirmabas que me odiabas y me decías que era insoportable.

—¡Eres odioso! —Pero la voz de April tembló—. Y prepotente, y complicado, y...

Jamie atrapó la boca de April con la suya, silenciando sus protestas. Sus labios se movieron ardientes y exigentes sobre los de ella. April se encontró respondiendo con igual pasión, volcando toda su frustración, su miedo y sí, su amor, en aquel beso.

Cuando se separaron, ambos respiraban con dificultad. Los ojos de Jamie se oscurecieron por el deseo.

—Rechacé la asociación —dijo contra sus labios—. Hace dos días. Claire ha estado tratando de convencerme, de hacer que cambie de opinión, pero yo sabía que no podía irme.

—¿Por qué no? —le preguntó April.

—Porque una mujer cabezota dejó caer una caja sobre mi coche recién sacado del concesionario y trastocó por completo mi vida cuidadosamente ordenada —confesó Jamie. Su pulgar acarició la mejilla de April.

Ella se quedó sin respiración.

—Jamie...

—Te quiero —dijo él—. Incluso cuando me sigues a restaurantes y finges que simplemente estás paseando a Luna. Incluso cuando usas vestidos verdes para volverme loco, pero lo niegas. Incluso cuando te enfadas y me gritas nada más de despertarte sobre cosas que no has dejado que te explique.

La confesión sacudió a April como un golpe físico. O así lo sintió. Ella la empujó al fondo de su cabeza. Necesitaba espacio para pensar.

—No puedes decir esas cosas…

—¿Por qué no? Es la verdad.

—Porque… —April se pasó las manos por el pelo con frustración—. Porque nos dimos cuenta de esto anoche. Porque se supone que tú eres el que no está emocionalmente disponible y teme comprometerse. Porque…

—Porque tienes miedo. —La voz de Jamie era suave y con una nota de comprensión—. Porque es más fácil luchar contra los malentendidos y no dejarme explicar, que admitir que esto es real.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. —Jamie sonrió suavemente—. Tú también me quieres. Pero eres demasiado testaruda para admitirlo.

April se pasó la mano por la frente.

—Yo… no puedo… Ahora no puedo… —Se sentía confusa y no era capaz de que el cerebro le funcionara correctamente. Tras unos instantes de silencio, dijo—: Necesito… Lo siento, Jamie, tengo que irme.

Se fue a su piso porque necesitaba tiempo para procesar todo lo que había pasado.

Cuando entró, Luna salió a su encuentro, gimoteando.

—No empieces —le advirtió April—. Esto ya es complicado sin que tú hagas de celestina.

Se dejó caer en el sofá del salón.

Luna se quejó ante la pared que compartían con Jamie, claramente desaprobando su decisión.

—No es tan fácil, ¿sabes? —le dijo April—. ¡Soltó las palabras «Te quiero» como si tal cosa! ¡En medio de la discusión!

La expresión de Luna sugería que no veía ningún problema en eso.

April se levantó de golpe del sofá.

—Y vale, tal vez yo sienta lo mismo —continuó, paseando por el salón—. Tal vez me gusta desde el primer día que le vi, desde que nos quedamos atrapados en el ascensor, desde que te operó de urgencia en plena madrugada, incluso desde el estúpido incidente con la araña. Pero eso no significa…

Su teléfono sonó. Era Sarah.

—Hola —dijo April al descolgar.

—Me ha dicho la señora Henderson que has discutido con Jamie. ¿Quieres hablar?

La respuesta tardó unos segundos en llegar.

—Estoy muy confundida, Sarah.

—¿Por qué?

—Jamie y yo… hemos pasado la noche juntos —le confesó a su amiga.

—¡¡¿Quéeee?!! —Sarah gritó con tanto entusiasmo que April tuvo que retirarse el teléfono del oído para que no le rompiera el tímpano —. ¡¡Por fin!! Mira que os ha costado, joder —añadió.

—Sarah…

—¿Qué pasa, April? —le preguntó su amiga—. No me vas a decir que no ha sido una noche inolvidable. Jamás me creeré que Jamie no es bueno en la cama.

—No es eso —dijo April.

No, desde luego que no era eso. Si algo era Jamie era buen amante. ¡Madre de Dios!

—Me ha dicho que me quiere.

—¿Que te ha dicho qué? —dijo Sarah, sin dar crédito a lo que estaba escuchando—. April, ¡vuelve a su casa y bésalo!

—No es tan fácil, Sarah.

Entonces Sarah entendió todo. Cogió aire.

—April, tienes que olvidarte de lo que te hizo el imbécil de Colin.

—Yo… —comenzó a decir ella.

—No puedes dejar que lo que te hizo, te siga condicionando la vida. No todos los tíos son como él. No todos los tíos dejan plantada a su novia en el altar. Colin lo hizo porque era un gilipollas —sentenció Sarah.

—Puede, pero a mí su acto me llenó de inseguridades y de desconfianza —afirmó April—. Lo que me dejó claro es que realmente no lo conocía, a pesar de que era mi novio desde el instituto. Jamie no ha podido enamorarse de mí solo porque nos quedamos atrapados en el ascensor, o por incidentes como el de la araña…

—¿Por qué no? —planteó Sarah.

—Porque no, Sarah. Porque las cosas no funcionan así.

—¿Quién dicta cómo funciona el corazón, April? Hay personas que se enamoran en meses, otras en semanas, otras en días y otras solo necesitan un instante. ¿Es que nunca has oído hablar del amor a primera vista? ¿De los flechazos?

—Eso son chorradas —atajó April, testaruda.

Sarah suspiró al otro lado del teléfono.

—Mira, no sé exactamente qué sientes por Jamie, pero de lo que estoy segura es de que te gusta… mucho, si no, no hubieras pasado la noche con él. Y me jode que no le des una oportunidad y que salgas huyendo solo por lo que te hizo Colin.

—No estoy huyendo.

—¿Ah, no?

—No, me estoy retirando estratégicamente.

Al oír aquella frase, Luna ladró, mostrando su evidente desacuerdo.

April bajó la vista hasta ella, pero no dijo nada.

—No es justo, April —habló Sarah—. No es justo que Jamie pague los platos rotos del imbécil de Colin. No se lo deberías permitir.

—No es eso, Sarah. Es que… —April se pasó la mano por la cabeza—. Que Colin me abandonara en el altar, me dejó tocada y hundida. Me sentí decepcionada, confundida, traicionada, humillada…

—Pero tienes que olvidarlo y seguir tu vida —dijo Sarah.

—Es muy difícil olvidar algo así —aseveró April.

—Puedo imaginármelo, cariño, pero es que me da tanta rabia que eso pueda impedir que des una oportunidad a Jamie. Es un tío que merece la pena.

—Es un rompecorazones.

—Entiendo que puedas tener miedo, que desconfíes, pero Jamie no es Colin.

April miró su reflejo en la ventana, todavía estaba vestida con la ropa del día anterior y tenía el cabello revuelto por las manos de Jamie. El corazón se le aceleraba cada vez que pensaba en el modo

en que habían follado.

Dios, se tenían tantas ganas el uno al otro.

Y tenían tantas ganas el uno del otro.

—No sé… Yo… —Tenía la cabeza hecha un lío. La confesión de Jamie la había dejado confundida.

—April, cuéntale a Jamie lo que te pasó, estoy segura de que lo entenderá, y de que te dará el tiempo y tendrá la paciencia que necesitas. Pero no lo eches a perder todo por Colin. Ese idiota no se lo merece.

April no dijo nada, y Sarah volvió a tomar la palabra de nuevo.

—Como no vayas a hablar con él, te quitaré los privilegios de mejor amiga y te echaré una maldición —la amenazó en tono de broma, para aflojar un poco el ambiente.

—¿Ahora eres bruja?

—Yo siempre he sido bruja. Seguro que encuentro algún hechizo en Internet con el que maldecirte y convertirte… No sé, en gusano de seda.

April no tuvo más remedio que echarse a reír.

—Por Dios, Sarah, eres tremenda, de verdad.

—Pero me quieres —dijo ella.

—Pues claro que te quiero —repuso April.

—Pues si me quieres, ve a hablar con Jamie.

April suspiró.

—Necesito pensar muchas cosas —dijo—. Hablamos en otro momento, ¿vale?

—Como quieras —accedió Sarah—. Pero piensa en todo lo que te he dicho, ¿vale?

—Vale.

—Un beso.

—Un beso —se despidió April.

Colgó la llamada y se quedó unos segundos con el teléfono en la mano, mirando la pantalla.

La cola de Luna se agitó cuando la voz de Jamie atravesó la pared, tarareando algo que sonaba sospechosamente a «La puerta es el amor», de Frozen.

Al escucharle, April no pudo evitar dejarse llevar por el impulso del momento.

—Muy sutil —gritó a través de la pared.

—La sutileza claramente no funciona contigo —respondió Jamie.

A su pesar, April sonrió. No quería, pero sonrió. Era la magia de Jamie.

—Eres imposible —dijo.

—Pero me quieres de todos modos —contestó él.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, esperando una respuesta.

April presionó la palma de su mano contra la pared, como si pretendiera sentir alguna especie de vibración procedente del otro lado.

—Jamie...

—No voy a retractarme. —Su voz se volvió más suave; se oía más cerca de la pared—. Estoy enamorado de ti, April Carter. Incluso aunque huyas, incluso aunque te escondas en tu piso fingiendo que entre nosotros no ha pasado nada.

—¡No me estoy escondiendo! —se defendió ella.

—¿No? Entonces ¿por qué me hablas a través de una pared en lugar de mirarme a la cara?

April observó a Luna, quien le dedicó una mirada que claramente decía: «Tiene razón».

Respirando hondo, como para imbuirse fuerzas, abrió la puerta y se dirigió al piso de Jamie. Llamó con un ligero toque de nudillos.

—Hola —dijo suavemente él, al abrir.

—Hola —respondió ella.

—Me alegro de que estés aquí.

—Todavía estoy enfadada por no hablar claramente de la oferta que te hizo Claire.

—Lo sé

—Y por dejar que pensara que tenía una oportunidad.

—Lo sé.

—Y por hacer que me enamore de ti cuando estaba intentando con todas mis fuerzas no hacerlo.

Jamie esbozó una sonrisa.

—Di esa última parte otra vez.

—Eres imposible —fue la respuesta de April, poniendo los ojos en blanco.

—Esa parte no, la otra.

April traspasó el umbral de la puerta y finalmente cedió a todo lo que sentía.

—Estoy enamorada de ti, Jamie. Incluso cuando eres insoportablemente prepotente, incluso cuando no dejas de meterte conmigo, incluso cuando te declaras en medio de las discusiones.

La suave risa de Jamie calentó su pecho mientras le cogía la mano y tiraba de ella para acercarla a él.

—Yo también estoy enamorado de ti, April. Incluso cuando me sigues a los restaurantes y después finges que es solo una

coincidencia —bromeó con su acostumbrado humor ácido.

—¡Estaba paseando a Luna! —se defendió April.

—¿En la otra punta de la ciudad?

April suspiró quedamente.

—Nunca te vas a olvidar de eso, ¿verdad? —dijo.

—Nunca —aseveró Jamie. Su frente descansó sobre la de ella.

Luna ladró alegremente a sus pies, moviendo la cola con evidente satisfacción.

Jamie alargó el brazo y cerró la puerta. Se inclinó sobre April y, acariciando suavemente su rostro, la besó. Como si fuera la primera vez, como si nunca la hubiera besado antes.

Sus labios se encontraron en un primer roce, pero rápidamente la chispa se encendió entre ellos. Las lenguas chocaron, envolviéndose en una danza sensual.

El beso se volvió más intenso. Las bocas se movían al unísono.

Jamie bajó las manos hasta la cintura de April y la atrajo más hacia él. Ella respondió envolviendo sus brazos alrededor de su cuello.

En el piso de al lado, podían oír a la señora Henderson anunciando actualizaciones en el grupo de apuestas, y feliz de tener nuevo material para continuar su novela.

April se separó un poco y se echó a reír.

—La señora Henderson es de otro planeta —comentó.

—Yo creo que es reptiliana —dijo Jamie.

April dejó escapar una carcajada.

Y con los brazos de Jamie rodeándola y el amor calentando su pecho, descubrió que no le importaba ser la protagonista de los cotilleos del edificio ni del nuevo romance de la comunidad.

Después de todo, valía la pena luchar por algunos sentimientos.

Incluso aunque vinieran acompañados de vecinos cotillas, extrañas apuestas y la necesidad ocasional de admitir que, a veces, enamorarse de tu odioso vecino no era lo peor que te podía pasar.

CAPÍTULO 41

Más tarde, aquella noche, después de haber pasado un par de veces por la cama tras la reconciliación, y haber dado rienda suelta al deseo, April se sentó al estilo indio en el sofá del salón de Jamie. Estaba rodeada de túper de comida a domicilio que habían pedido.

Entre bocado y bocado de sushi sonreía viendo a Jamie intentando explicarle a Sarah la cronología de su relación a través de una videollamada que le había hecho a April.

—A ver, que yo me aclare… —dijo. La voz de Sarah chisporroteó a través del altavoz—. ¿Admitiste tus sentimientos durante una discusión sobre una oferta para asociarte con una multinacional que ya habías rechazado? —le preguntó a Jamie.

—En realidad… —le corrigió él—… April lo admitió primero. Por accidente.

Ella tragó rápidamente el bocado que tenía en la boca.

—Porque estabas siendo exasperante —protestó.

—Porque estaba siendo honesto —matizó él.

Luna observó su intercambio de palabras desde su nuevo lugar favorito: el rincón al lado de las puertas abiertas del balcón, donde la brisa de la noche la refrescaba, aliviando el calor del verano.

—Vosotros dos —suspiró Sarah con cariño—, sois unos completos idiotas.

—Heyyy —dijo April, ceñuda.

—Sí, lo sois —se reafirmó Sarah—. Os habéis gustado desde el primer día y por vuestra terquedad habéis perdido un tiempo precioso para estar juntos.

—Sarah, no nos vamos a morir mañana —comentó April.

—Además, te aseguro que lo estamos recuperando muy bien —añadió Jamie, en tono insinuante.

—Vale, vale, vale, no necesito saber más detalles —dijo Sarah, agitando la mano en el aire—. La que está encantadísima con todo esto es la señora Henderson. Ya está planeando vuestra fiesta de compromiso.

—¡Santo Dios!, si solo somos pareja oficial desde hace aproximadamente seis horas —señaló April.

—Siete —murmuró Jamie, metiéndose en la boca un trozo de sushi—. No es que las esté contando, pero son siete.

April sonrió.

El sonido del timbre interrumpió su conversación. April se levantó y corrió hacia la puerta. A través de la mirilla vio que era Claire.

Se le revolvió el estómago. Aquella mujer había intentado a propósito crear un problema entre Jamie y ella, dejando caer que había aceptado asociarse con su multinacional. Una jugada que, al final, le había salido mal.

—Es Claire —le dijo a Jamie, pronunciando su nombre con mala gana.

Jamie se acercó a la puerta.

—Shhh —susurró con el dedo índice en los labios—. Se irá cuando vea que no estoy en casa.

April pensó que quizá no estuvieran siendo educados con ella, pero esa tía no le caía bien. Actuaba con unas tretas que no le gustaban nada.

Jamie la arrastró de nuevo al salón.

La risa de Sarah resonó a través del teléfono.

—Sois peores que los protagonistas de las novelas románticas de la señora Henderson —dijo.

—Hablando de eso… —intervino April, sentándose de nuevo en el sofá—. ¿A cuántos vecinos les has contado esto?

—Define «vecinos» —dijo Sarah, rascándose el cuello.

—¡Sarah! —exclamó April.

—¿Qué? —Sarah se encogió de hombros—. El edificio ha estado esperando esto desde que aquel jarrón de bronce tuyo rompió el parabrisas de su Jaguar.

Jamie pasó el brazo por los hombros de April, y la atrajo hacia él.

—El mejor desperfecto automovilístico que he experimentado.

—¡Estabas furioso! —le reprochó April.

—Estabas tan atractiva cuando discutiste conmigo. —Jamie inclinó la cabeza y le dio un beso suave en los labios.

—Oh, por favor —farfulló Sarah en tono de asco.

Cuando April y Jamie se volvieron hacia el teléfono, se la encontraron haciendo el ruido de arcadas a través de la pantalla.

—Esta es la señal para irme y dejaros solos —agregó Sarah.

April y Jamie se echaron a reír.

Después de colgar, el silencio se instaló cómodamente a su alrededor.

Luna dormitaba en su nueva cama mientras Jamie acariciaba con la yema del pulgar la piel del brazo de April.

—¿Te quedas esta noche a dormir? —preguntó suavemente.

—¿Dónde está lo de tomar las cosas con calma? —dijo April.

—Ya nos hemos tomado las cosas en calma durante estas

semanas —argumentó Jamie.

April esbozó una sonrisa.

En aquel momento llegó un WhatsApp al grupo de la comunidad de vecinos.

—La señora Henderson ha compartido el resumen de los últimos capítulos de la novela romántica que está escribiendo inspirada en nuestra historia —anunció Jamie, al abrir la aplicación y leer el último mensaje.

April puso los ojos en blanco.

—Este edificio es imposible —murmuró, con una nota de resignación en la voz.

Era lo único que podía hacer, resignarse. Admitir que la comunidad de vecinos en la que vivía estaba loca, que todos sus miembros estaban para encerrarlos y tirar la llave.

—Solo espero que cuando la publique en Amazon se convierta en un best seller —bromeó Jamie—. Hay que reconocer que se la está currando como nadie.

—La verdad es que eso no se lo podemos negar —comentó April con una sonrisa en los labios, acurrucándose contra el cuerpo de Jamie.

Y es que algunos finales se escribían solos, como decía la señora Henderson en uno de sus capítulos.

La historia de amor de April y Jamie no era perfecta, pero era perfectamente la de ellos.

Y era real.

Y eso era mejor que cualquier novela romántica que la señora Henderson pudiera escribir.

CAPÍTULO 42

El sol aterciopelado de la mañana se filtraba a través de las ventanas cuando April se despertó enredada entre las piernas de Jamie. Bostezó y estiró los brazos, desperezándose.

—Buenos días —le susurró Jamie en el oído.

April se encogió sobre sí misma con una sonrisa. El cosquilleo de su aliento le provocó un escalofrío que viajó por su cuerpo de la cabeza a los pies.

—Buenos días —respondió.

—¿Lista para enfrentar a la Santa Inquisición? —murmuró Jamie contra su sien.

—Creo que no —protestó April, hundiéndose más en la calidez de su cuerpo.

Luna comenzó a ladrar emocionada frente a la puerta de entrada, anunciando la llegada de alguien que claramente le gustaba.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jamie.

—No lo sé —dijo April, que se había incorporado y estaba apoyada en un codo.

Luna siguió ladrando hasta que alguien tocó el timbre.

—Chicos, soy Sarah —se oyó.

A April se le iluminó la cara cuando Jamie y ella intercambiaron una mirada.

—¿Sarah? —dijo con una enorme sonrisa.

April se levantó de la cama de un salto, se puso la camiseta de Jamie de la que se había adueñado las últimas horas (una negra con el icónico logotipo de la boca con la lengua fuera de los Rolling Stones en rojo) y salió corriendo por el pasillo, mientras Jamie también se levantaba y se vestía con unos pantalones cortos y una camiseta de manga corta blanca.

—¡Sorpresa! —exclamó Sarah cuando April abrió la puerta. Iba parapetada con una bolsa de papel en cada mano.

—Pero ¿qué haces aquí? —le preguntó April, dándole un abrazo lleno de entusiasmo.

—Traeros café y bollos —respondió Sarah.

—Dios mío, no sabes la ilusión que me hace verte —dijo April.

—Y a mí verte a ti, cariño. —Sarah desvió la vista a Jamie, que apareció detrás de April—. Buenos días, exvecino —dijo con una sonrisa traviesa de oreja a oreja.

—Buenos días, Sarah —contestó él, también sonriendo.

Sarah deshizo el abrazo y miró a April y a Jamie alternativamente.

—Espero no haber interrumpido nada —comentó.

—Tranquila, no has interrumpido nada —dijo April.

—Bien, porque os he traído el desayuno —anunció Sarah.

—Pasa —dijo April, guiándola hasta el salón de Jamie.

Sarah dio las bolsas a April y se agachó para coger en brazos a Luna, que había estado llamando su atención desde que había llegado.

—Y tú, ¿qué tal, preciosa? —le dijo. Luna se retorció entre sus brazos, queriendo lamerle la cara—. Que me ha dicho un pajarito que has hecho de casamentera con estos dos.

Luna ladró y todos se echaron a reír.

—¿Ese pajarito no será por casualidad la señora Henderson? —dijo April.

—¿Quién si no? —contestó Sarah en tono obvio.

El sonido de un WhatsApp se escuchó en los tres móviles al mismo tiempo.

Todos pensaron en la señora Henderson, claro.

Jamie fue el primero en leer el mensaje. Lo hizo en voz alta.

—¡Atención, vecinos! ¡Últimas noticias! Nuestra pareja favorita ha salido oficialmente de la fase de negación. Pronto se abrirán nuevas categorías de apuestas.

—No me lo puedo creer —suspiró April—. ¿Es que no se cansan?

—¿En serio a estas alturas todavía no te lo puedes creer? —le preguntó Sarah, alzando las cejas—. Este edificio es como un manicomio.

Llegó otro mensaje por WhatsApp. Fue Jamie quien volvió a leerlo.

—El grupo de apuestas ahora incluye las categorías: «lugares dónde acudirán para las primeras citas oficiales» y «quién dice primero que está enamorado del otro».

—La señora Henderson se está divirtiendo mucho con esto —apuntó Sarah. Ella también se estaba divirtiendo, no podía ocultarlo.

—Este edificio necesita algún pasatiempo —murmuró April.

—Oh, tienen uno —respondió Sarah—. Vosotros.

Luna ladró en señal de acuerdo, consolidando su papel de casamentera.

—¿Tú también Luna? —le recriminó April.

Luna lanzó un nuevo ladrido.

Jamie releyó el mensaje.

—Ya es demasiado tarde para eso de «quien le dice primero al otro que está enamorado» —se rio, alzando el rostro y mirando a April—. Fuiste tú. Técnicamente, se te escapó durante una discusión.

—No cuenta si es algo accidental —argumentó ella.

—Todo cuenta —dijo Jamie. Sus dedos recorrieron su columna vertebral y April sintió un cosquilleo—. Cada emergencia a medianoche, cada encuentro casual a la puerta de un restaurante, cada prenda verde…

—Cierto —intervino Sarah—. En esta historia todo cuenta. Por cierto, llevo ganados ya ciento veinte dólares con las apuestas.

April la miró con expresión acusadora.

—¡Sarah!

—¡¿Qué?! Me voy de vacaciones dentro de un par de semanas y ese dinero me viene genial —bromeó ella, guiñándoles un ojo con despreocupación—. Por cierto, quiero detalles. De todo —exigió, dejando a Luna en el suelo y dirigiéndose al salón.

Se acomodó en uno de los sillones. April dejó las bolsas sobre la mesita auxiliar. Sarah las abrió y comenzó a sacar los vasos de café.

—Venga, contadme… Todo esto empezó como el cliché ese de *«enemies to lovers»* de las novelas románticas y terminó con la señora Henderson viéndoos a punto de besaros en el ascensor. —Sarah tomó uno de los bollos de chocolate y le dio un mordisco.

Luna se tumbó al lado, moviendo la cola mientras supervisaba la historia. Al fin y al cabo, ella había sido testigo de casi todo.

—No hay nada que contar —comentó April, cogiendo uno de los vasos de cartón y dando un sorbo de café.

—¿No? —La ceja de Sarah se alzó, mientras masticaba sin parar —. ¿Entonces, no seguiste a Jamie hasta un restaurante del centro, te pusiste celosa de la tía con la que estaba comiendo y luego accidentalmente le confesaste tus sentimientos durante una

discusión?

La risa de Jamie le valió un codazo en las costillas por parte de April.

—Vale, tal vez han sucedido algunas cosas —dijo.

Jamie alargó el brazo y tomó el vaso de café que quedaba encima de la mesa. La verdad era que no le iba a venir mal un chute de cafeína.

—¿Algunas cosas? —Sarah señaló a April con la mano—. Estás usando una de las camisetas de Jamie porque has dormido en su casa.

—Es que es muy cómoda —contestó April.

—Claro que es cómoda. Es como cuatro tallas más grande que tú. —La sonrisa de Sarah se volvió cómplice. Estaba feliz de que su amiga por fin se hubiera decidido a dar una oportunidad a Jamie—. ¿No tiene nada que ver con marcar territorio dejando tú olor por toda la ropa de Jamie?

—Por supuesto que no —dijo April—. Esta camiseta me permite estar sin sujetador y no me molesta por ningún lado ni me deja marcas —explicó.

Jamie no pudo evitar que su entrepierna se sacudiera cuando le oyó decir a April que estaba sin sujetador. Al parecer no había sido suficiente sexo el que habían tenido durante la noche. Seguía deseándola cada segundo.

Sarah los miró.

—La verdad es que me alegro un montón de que por fin os hayáis dado cuenta de que estáis hechos el uno para el otro —dijo.

—A ver, Sarah, no empieces como la señora Henderson. Nos estamos conociendo —dijo April.

Sarah miró a Jamie.

—Preferimos ir despacio —repuso él.

Sarah volvió a mirar a April. No sabía si su amiga le había contado a Jamie lo que había pasado con su exnovio Colin y que la había dejado plantada en el altar. A April le costaba horrores hablar de eso (normal, por otro lado). Para ella había sido la mayor humillación de su vida.

Se encerró en casa y apenas salía. Desde aquel día su relación con los hombres, y con el mundo en general, cambió por completo. Se volvió desconfiada y no dejaba que ninguno se acercara a ella.

Sarah pensaba que por eso le había costado tanto reconocer lo que estaba pasando con Jamie.

—Claro, es mejor ir poco a poco —dijo con una suave sonrisa.

—Y, dinos —comenzó April—. ¿Cómo es que has venido? ¿Y por qué no me habías dicho nada?

—Tengo una reunión esta tarde con un posible cliente de aquí, de Chicago. Ha sido algo de última hora.

—¿A pesar de ser sábado? —preguntó Jamie.

—Es un cliente muy importante que no queremos perder. Si nos elige para que le hagamos las campañas de publicidad de su negocio, el contrato será el mayor que hemos tenido hasta ahora.

—No me extraña que no queráis perderlo —comentó April.

—Estoy seguro de que ese cliente se decantará por vosotros —dijo Jamie—. Teniéndote a ti como publicista…

Sarah levantó las manos. Tenía los dedos cruzados.

—Ojalá.

—¿Te quedas hasta mañana? —preguntó April, ilusionada.

—Sí, pero después de comer vuelvo a Detroit —contestó Sarah—. Tengo por delante más de cuatro horas de viaje y he de preparar un informe sobre este posible cliente para entregárselo a mi jefe a primera hora del lunes.

—Esta noche no se te ocurrirá quedarte en un hotel, ¿no? Te quedarás aquí con Luna y conmigo…

—Si no soy molestia.

April frunció el ceño.

—¿Molestia? Vivo en tu piso —dijo.

—Bobadas. Ahora es tuyo —respondió Sarah. Miró a Jamie.

—Espero que no te importe que te robe a April durante unas horas —bromeó.

Jamie delineó en sus labios una de sus radiantes sonrisas de dientes blancos.

—Por supuesto que no —dijo.

April se incorporó un poco en el sofá y dio un abrazo a Sarah.

—Estoy feliz de que hayas venido y de que podamos pasar unas horas juntas. Tenía muchas ganas de verte.

—Y yo a ti.

El domingo, tras la partida de Sarah de regreso a Detroit, April y Jamie optaron por disfrutar de una tarde tranquila juntos.

Se acomodaron en el sofá, con algunos aperitivos y refrescos en la mesa, listos para sumergirse en una serie de Netflix de su género favorito; el terror. En aquella ocasión eligieron *Ratched*, un drama de terror psicológico.

La luz dorada del atardecer se filtraba suavemente a través de las cortinas, bañando el salón con un resplandor cálido que acentuaba la atmósfera acogedora del momento.

En un momento dado, April se quedó mirando a Jamie.

—¿No te arrepientes? —le preguntó.

—¿De elegirte a ti en lugar de la asociación que me ofrece Claire e irme vete a saber tú a qué Estado a trabajar? Nunca —respondió él. Su expresión se volvió seria—. Merece la pena cada actualización del grupo de apuestas de la señora Henderson y hasta la intromisión de los vecinos cotillas.

April se echó a reír.

Luna subió al sofá y se instaló entre ellos, claramente complacida con su éxito como casamentera.

Y es que algunas personas escribían sus propios finales.

Incluso cuando llegaban con malentendidos y confesiones a medianoche.

Su amor no era convencional, pero era innegable que era el suyo.

Y eso hacía que todo valiera la pena.

A través de las ventanas, el crepúsculo pintaba sombras en su salón mientras se acurrucaban juntos en el sofá.

El edificio finalmente se había calmado, aunque de vez en cuando escuchaban exclamaciones provenientes del apartamento de la señora Henderson que les sugería que estaba actualizando su novela romántica.

CAPÍTULO 43

Vivir al lado de alguien después de confesarle que estás enamorado de él debería haber sido sencillo. Pero April y Jamie descubrieron rápidamente que nada en su relación seguía reglas convencionales.

—Necesitamos poner límites, cierta distancia —dijo April una mañana, desenredándose de las sábanas de Jamie.

Jamie la observó recoger su ropa esparcida por la habitación. Un toque de diversión bailaba en sus ojos verdes.

—Dice la chica que no se quita mi camiseta de los Rolling Stones.

—Hablo en serio —dijo April. Sin embargo su resolución se debilitó cuando él tiró de su mano y la acercó para besarla—. Todo el edificio está documentando cada uno de nuestros movimientos —añadió.

—Déjalos —afirmó Jamie. Sus labios trazaron su mandíbula con una estela de besos—. La señora Henderson necesita material para su novela.

April rio.

Ay, la señora Henderson…

El teléfono de Jamie sonó, interrumpiendo la conversación. Alargó el brazo hacia la mesilla y lo cogió.

—Es Mike —le dijo a April.

—Dime, Mike.

—Buenos días, jefe.

—Buenos días —respondió Jamie.

—Ha llamado el señor Harding. Al parecer, a su cerdo vietnamita no le sentó bien la cena de anoche. Me ha dicho que si puede ir a verle a su casa.

—Claro —dijo Jamie.

—Dile a Violet que me concierte una cita con él para dentro de una hora.

—Perfecto.

La realidad cayó sobre ellos. Tenían trabajos, responsabilidades y vidas que existían antes de que surgiera aquel vertiginoso romance.

—Distancia —repitió April con firmeza, alejándose—. A partir de ahora.

La expresión de Jamie cambió a algo más cauteloso.

—Vale. Porque Dios no permita que nadie piense que estamos juntos —dijo.

—Eso no es…

April no pudo terminar la frase porque en aquel momento fue su teléfono el que empezó a sonar.

Lo cogió.

—Hola, Mark —dijo al descolgar.

—…

—Sí, claro. Podemos almorzar juntos. ¿Te viene bien a las doce?

—…

—Ok, entonces a las doce me paso por tu despacho.

Colgó.

—¿Vas a almorzar con Mark? —preguntó Jamie.

La temperatura de la habitación pareció bajar unos cuantos

grados.

—Es una reunión de trabajo —respondió April.

—Por supuesto que lo es. —El tono de Jamie se volvió profesional —. Al igual que mi reunión con Claire más tarde.

April sintió una opresión en el pecho. ¿Iba a volver a quedar con Claire? ¿Es que no le había quedado claro a esa mujer que Jamie le había dicho que no? ¿Qué tenían que hablar?

—Pensé que le habías dicho…

—Sí, pero todavía tengo que hablar algunas cosas con ella —la cortó Jamie—. Límites, ¿recuerdas? —Se puso de pie, sin rastro alguno de la dulzura que había utilizado antes—. ¿No es eso lo que quieres?

—Sí —contestó April, pero en aquella ocasión lo dijo con la boca pequeña.

Luna se quejó desde su cama, sintiendo la tensión.

La jornada laboral se prolongó de manera interminable. April se sumergió en todos los proyectos que tenía pendientes, ignorando los mensajes cada vez más insistentes de Sarah sobre «el suicidio al que está abocada una relación por establecer reglas innecesarias».

Al final de la tarde, Mark apareció en la puerta de su despacho.

—¿Te estás escondiendo? —le preguntó.

—Estoy trabajando —dijo April.

—Parece que estás evitando a alguien.

April levantó el rostro de la pantalla del portátil.

—No estoy evitando a nadie. Simplemente tengo trabajo atrasado

y lo estoy poniendo al día.

—Está bien, lo que tú digas.

«No estoy evitando a Jamie —se dijo April para sus adentros, tratando de convencerse a sí misma—. Solo estoy estableciendo algunos límites saludables para ambos. Cierta distancia.

Su teléfono vibró.

Lo buscó con la mirada entre los papeles que había encima de la mesa. Cuando lo localizó, alargó la mano y lo cogió.

Era un WhatsApp de la señora Henderson.

Querida, tu veterinario ha quedado con esa tal Claire. Ella parece muy interesada en él. No ha parado de reír y de tocarle…

El estómago de April se revolvió.

—Tengo que irme —dijo rápidamente, al tiempo que se levantaba del sillón.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó Mark, preocupado al ver su cara —. Parece que has visto un fantasma.

—No —negó April, cerrando el portátil y recogiendo la documentación que había esparcida por el escritorio.

«Solo que voy a matar a Claire», pensó en silencio.

Se guardó el teléfono en el bolso, se lo colgó al hombro y salió disparada del despacho.

—Hasta mañana —se despidió de Mark.

—Hasta mañana —dijo él mientras se alejaba.

La recepción de la clínica estaba vacía cuando llegó April. Las voces llegaban desde la oficina de Jamie; su risa baja se mezclaba con la femenina y coqueta de Claire.

Luna se acercó a la puerta, pero April se mantuvo firme.

O trató de mantenerse firme.

—Distancia —se recordó a sí misma—. Límites.

—Hola, April. —Mike apareció a su lado, haciéndola saltar en el sitio.

—Hola, Mike —lo saludó ella.

Mike iba a decir algo, pero la puerta de la oficina de Jamie se abrió. Claire salió primero, sonriente y como si acabara de bajarse de una pasarela. Jamie iba detrás, con una expresión ilegible en el rostro hasta que vio a April.

Algo brilló en sus ojos (sorpresa, esperanza), antes de colocar en su lugar su máscara profesional.

—Señorita Carter —dijo formalmente—. No sabía que Luna tenía cita.

—Ella no tiene cita hoy —respondió April.

—¿Entonces? —preguntó Jamie.

April apretó los labios.

—Jamie… —interrumpió Claire suavemente—. Creo que deberíamos continuar nuestra discusión sobre la asociación durante la cena.

El corazón de April se detuvo.

«¿Asociación? ¿Todavía seguía insistiendo con eso?»

La mandíbula de Jamie se tensó.

—Ya te lo he dicho, Claire, no estoy interesado —respondió.

April no le había dejado de mirar en ningún momento.

—Sin embargo, has accedido a quedar conmigo para discutirlo nuevamente. —La sonrisa de Claire era triunfante, y April tuvo ganas de quitársela de la cara tirándole el jarroncito con flores secas que había sobre el mostrador.

Luna gruñó suavemente.

Era la primera vez que April la veía expresar disgusto hacia alguien. Luna era muy amigable, aunque al principio le gustaba mantener ciertas distancias con los desconocidos. Algo que nunca había pasado con Jamie, a decir verdad.

—April… —comenzó Jamie, pero ella ya estaba retrocediendo.

—Límites —susurró April, con un regusto amargo en la boca—. Eso es lo que acordamos.

April huyó antes de que él pudiera responder, ignorando la llamada de Mike y los pasos reticentes de Luna, que se negaba a irse de la clínica.

CAPÍTULO 44

El piso de April estaba demasiado tranquilo, demasiado vacío.

A través de la pared que compartían, oyó a Jamie regresar horas más tarde. Sus pasos recorriendo el salón, deteniéndose ocasionalmente cerca de la pared común.

Luna se plantó en su lugar habitual, gimiendo suavemente.

—Lo sé —le dijo April en voz baja—. Me he equivocado.

Su teléfono se llenó de WhatsApp.

Sarah: *Los dos sois idiotas. Arreglad esto.*

Señora Henderson: *El grupo de apuestas ahora incluye «lugares y escenarios de reconciliación». Se aceptan sugerencias.*

April puso los ojos en blanco. Lo de sus vecinos no tenía nombre.

Iba a dejar el móvil en la mesa cuando apareció un nuevo WhatsApp, en aquella ocasión de Jamie:

¿Esto es suficiente distancia para ti?

El corazón de April se encogió.

Otro mensaje siguió al primero.

Rechacé la asociación. De nuevo. Porque mi vida está aquí.

Contigo. Incluso cuando eres increíblemente terca queriendo poner entre nosotros una distancia y unos límites innecesarios.

De repente, la pared entre sus pisos le pareció demasiado sólida, demasiado consistente, demasiado indestructible. April presionó su palma contra ella y suspiró.

El gemido agudo y angustiado de Luna rompió el silencio.

April se giró y la encontró acurrucada formando un ovillo, temblando ligeramente, y manchada de vómito.

—¿Luna? —El pánico aumentó al reconocer los síntomas que había tenido la vez anterior.

—No, no, no... Joder, otra vez no.

Le temblaban las manos mientras marcaba el número de Jamie.

Él respondió de inmediato.

—April…

—Jamie, es Luna —lo interrumpió con la voz a punto de romperse —. Algo anda mal.

El suelo vibró ligeramente cuando Jamie corrió hacia la puerta.

Segundos después, apareció en el piso de April, olvidando toda distancia profesional.

—Déjame verla —murmuró. Jamie se acuclilló al lado de Luna y con manos suaves comenzó a examinarla—. ¿Cuánto tiempo ha estado así?

April se pasó la mano por la frente, nerviosa.

—No lo sé —contestó—. Estaba demasiado ocupada comportándome como una idiota y poniendo límites estúpidos entre nosotros como para darme cuenta.

La expresión de Jamie se suavizó.

—Tranquila, no es tu culpa —dijo.

—¿No? Estaba tan concentrada en mantener la distancia contigo, que no noté las señales de que Luna estaba empezando a tener los mismos síntomas que la vez anterior.

—April… —La mano de Jamie encontró la de ella—. Para. Luna se va a poner bien. Los Yorkshire Terrier tienen un aparato digestivo especialmente sensible. Sobre todo, cuando van cumpliendo años. Probablemente haya comido demasiado, o demasiado deprisa por estrés, mientras nosotros nos estábamos comportando como unos idiotas.

A pesar de todo, April esbozó una débil sonrisa.

—¿Es tan obvio?

—¿Que ambos somos idiotas? Sí —respondió Jamie. Apretó la mano de April—. Necesita suero y líquidos para que no se deshidrate. Vamos a la clínica.

—Vale —dijo April.

La clínica de noche le resultó familiar: las mismas luces fluorescentes, la misma sala donde su relación con Jamie había cambiado por primera vez.

—Lo siento —dijo April en voz baja mientras Jamie colocaba una vía intravenosa a Luna—. Por toda esa tontería de los límites y la distancia. Simplemente... me asusté —confesó en un acto de valentía.

—¿De qué? —le preguntó Jamie.

—De mis propios sentimientos, de lo que siento por ti —comenzó —. De la facilidad con la que has encajado en mi vida. Miedo a

perderte si te ibas a vivir a otra ciudad en la otra punta del país, de…

Las manos de Jamie se detuvieron.

—April, mírame —la cortó.

Ella lo miró a los ojos con vergüenza.

—Rechacé la asociación incluso antes de que tú y yo empezáramos a salir juntos. He rechazado la asociación hoy —dijo Jamie—. Y rechazaré cada oferta que me aleje de ti, de Luna y de nuestros ridículos vecinos que no dejan de hacer apuestas a costa de nuestra relación.

—¿Incluso cuando me pongo imposible?

—Sobre todo cuando te pones imposible —dijo Jamie. Su sonrisa se volvió burlona.

Vendó la pata de Luna para que no se quitará la vía intravenosa y se volvió hacia April.

—Me gustaría saber por qué tienes tanto miedo, April —dijo en tono serio. Una seriedad que no era habitual en él.

Ella se mordió el labio. Jamie habló de nuevo.

—Tengo la sensación de que hay algo que no me has contado; algo que te hace estar en ese estado de constante alarma; de poner límites, de poner distancia. Algo que no te permite entregarte del todo, entregarte entera. ¿De dónde sale tanta desconfianza?

April guardó silencio. Jamie había dado con la clave. Normal, era un tío muy inteligente. Era cuestión de tiempo que llegara a una conclusión de ese calibre.

Y él sabía que había dado con algo.

—¿Por qué no me cuentas? —le preguntó.

April cogió una bocanada de aire, como si quisiera imbuirse de valor.

Detestaba hablar de Colin y de lo que le hizo. De lo humillante que resultó para ella que la dejara plantada en el altar y de cómo eso le había condicionado la vida desde aquel entonces; de cómo su relación con los chicos había cambiado completamente. La había vuelto desconfiada, recelosa, descreída. Incluso celosa, cuando ella nunca había sido así. No creía en los hombres ni en el amor.

Se pasó la mano un par de veces por el cuello, nerviosa. Jamie lo notó.

—Tengo todo el tiempo del mundo —la animó con una sensibilidad que a April la sorprendió.

Jamie se recostó en la encimera de la sala, dispuesto a escucharla.

Lo mejor era soltarlo de golpe, pensó April.

Sin dar rodeos.

Sin edulcorarlo.

Sin ocultar nada.

—Mi novio del instituto me dejó plantada en el altar —soltó a bocajarro.

El rostro de Jamie se llenó de sorpresa. Se quedó atónito ante aquella confesión. Era lo último que esperaba escuchar. No pensaba que April hubiera llegado tan lejos con un hombre.

—Joder… —susurró, alucinando.

April volvió a tomar aire.

—No… No quiero darte pena, Jamie —dijo—. Es lo último que quiero.

—Tú no me das pena, April, el que me da pena es el gilipollas que te hizo algo así.

—Colin… —A April le costaba pronunciar su nombre—. Colin no era para mí.

—¿Y no pudo dejarte antes? —lanzó Jamie con un visible reproche en la voz—. Así no se hacen las cosas. ¿Cómo puede ser alguien tan irresponsable?

April encogió los hombros.

—Él tenía una vida paralela. Al mismo tiempo que estaba conmigo estaba con otra chica y la dejó embarazada.

—Menudo cabrón —soltó Jamie.

Alargó el brazo.

—Ven —le dijo a April, ofreciéndole su mano.

April se acercó y Jamie la colocó entre sus piernas.

—No puedo imaginar lo que debiste sentir en ese momento —dijo, apartándole cariñosamente un mechón de pelo del rostro y metiéndolo detrás de la oreja.

—Fue devastador. Me sentí humillada, traicionada. Todo el mundo estaba allí y yo… yo solo quería desaparecer. Morirme —repuso April con voz temblorosa. Aún le seguía haciendo daño. De manera distinta, por supuesto, pero le seguía haciendo daño.

—No digas eso —repuso Jamie.

April sacudió la cabeza.

—Tenía que haber sido el día más feliz de mi vida. Estaba tan emocionada… Pero cuando llegó el momento, Colin no se presentó. Simplemente no apareció.

Jamie la atrajo hacia él y la estrechó entre sus brazos.

—Lo siento mucho —dijo, acariciándole la cabeza con ternura—. Nadie debería pasar por algo así. —April se abrazó con fuerza a él—. No sabes cuánto te admiro, April.

Ella se separó un poco y Jamie puso las manos en su cintura.

—¿Admirarme? —repitió.

—Sí, por haber salido adelante.

April sonrió débilmente.

—No sé si lo he superado del todo —contestó con sinceridad. Dejó escapar el aire que tenía en los pulmones, como si así se liberara del peso que suponía aquello para ella—. Todo cambió a partir de ese momento. Yo, mi mundo, mi relación con los hombres… Me volví insegura, desconfiada, celosa…

—Es normal. Es una situación muy dura —dijo Jamie en tono comprensivo. La miró a los ojos—. Ahora entiendo muchas cosas. Entiendo tus miedos, tus reservas, tu escepticismo…

April guardó silencio y Jamie le cogió las manos.

—April, yo tengo muchos defectos, pero quiero que sepas que no soy como él. Nunca haría algo semejante.

—Lo sé —se apresuró a decir April.

Y de verdad lo sabía.

Jamie esbozó una sonrisilla.

—Estoy aquí para ti —afirmó—. Y siempre estaré aquí para escucharte. No tienes que cargar con ello sola.

April sintió que el corazón se le encendía.

—Gracias, Jamie, de verdad —dijo—. Me cuesta mucho hablar de este tema, pero creo que lo necesitabas saber para… —Encogió un hombro—. Bueno, para que entiendas mejor algunos de mis comportamientos.

—Has hecho muy bien contándomelo. Eres una tía increíble. Un poco testaruda, pero increíble —dijo Jamie, haciendo gala de ese humor que le caracterizaba.

April se echó a reír y lo abrazó de nuevo. Finalmente se permitió caer en su órbita, entregarse. Él inclinó la cabeza y la besó. Fue un beso suave pero insistente.

Cuando se separaron, la sonrisa de Jamie transmitía certeza.

—Te quiero —murmuró. Sus brazos rodearon con más fuerza a April—. Incluso cuando tratas de poner distancia conmigo y te inventas límites para alejarte de mí solo porque tienes miedo.

—Yo también te quiero —susurró ella.

Se sonrieron, volcando todo lo que sentían en el gesto.

—La señora Henderson se estaría frotando las manos si hubiera presenciado esta escena —dijo Jamie.

—Es cierto. —April rio.

El suave ladrido de Luna los interrumpió. Estaba más espabilada porque el suero había comenzado a hacer efecto, haciendo que se reanimara.

Ambos giraron el rostro hacia ella.

—Creo que Luna está cansada de nuestros dramas —dijo Jamie.

—Nuestra casamentera necesita un descanso —comentó April.

Luna los observaba con los ojos brillantes.

—Se lo ha ganado —dijo Jamie. Depositó un beso en la sien de April—. Podríamos facilitarle ese merecido descanso dejando de ser unos idiotas.

April le rodeó el cuello con los brazos, rindiéndose a lo inevitable.

—Estoy completamente de acuerdo.

CAPÍTULO 45

Jamie comprobó que Luna dormía.

Se giró hacia April, que estaba detrás de él, y la miró con los ojos entornados.

—No será una reconciliación como debe ser si no tenemos una buena dosis de sexo —dijo.

April sonrió de forma traviesa.

—Estaba pensando exactamente lo mismo —dijo.

Jamie aferró su mano y tiró de ella hacia su despacho. April iba sonriendo por el pasillo. Al llegar, Jamie le hizo pasar dentro y cerró la puerta con el talón del pie.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me pone verte con la bata blanca? —dijo April, mientras Jamie se acercaba a ella.

—¿Ah, sí? —repuso él, cuando quedaron frente a frente.

April asintió mordiéndose el labio de abajo.

—Sí —contestó.

—No dejas de sorprenderme nunca.

—Eso es lo que pretendo —dijo April.

Jamie la miraba con tanto deseo que ella pensó que iba a echar a arder por combustión espontánea.

Cada vez que estaba con él, se sorprendía. Nunca había sentido un deseo tan intenso por un hombre. Ni siquiera por Colin. Y aquello

le llamaba mucho la atención. ¿Y si Colin nunca hubiera sido el amor de su vida? ¿Y si Jamie…?

Perdió el hilo de sus pensamientos cuando Jamie se inclinó sobre ella y atrapó sus labios con su boca. Entonces el cerebro de April se quedó en blanco.

Era un beso persuasivo, exigente, tenaz. Un beso que hizo que le temblaran las rodillas.

El resplandor de las farolas de la calle entraba por las ventanas, iluminando el despacho en tonos dorados.

Sin dejar de besarse, Jamie se quitó la bata. Después se sacó la camiseta por la cabeza y ayudó a April a quitarse el vestido.

Ella, en bragas y sujetador, posó las manos en su pecho. Le encantaba pasar la mano por sus músculos; acariciárselos, notar cómo él se estremecía bajo su tacto.

Jamie tomó la cara de April entre ambas manos. Le besó el cuello y fue descendiendo la boca por el escote, dejando una estela de besos.

Con prisas, se deshizo de los pantalones. La parte delantera de los bóxers estaba abultada por culpa de la erección.

Se tumbaron en el sofá del despacho y Jamie siguió besándola; acariciándole los pechos, el vientre, los muslos.

—No quiero que vayas despacio —susurró April—. No puedo esperar mucho más.

—Tus deseos son órdenes para mí —dijo Jamie, esbozando una sonrisa pícara en los labios.

Se puso un preservativo que sacó de la cartera, se lo colocó sin perder tiempo y entró en ella lentamente, apretando los dientes. April ya estaba preparada para acogerlo.

Jamie hundió la cara en la curva de su cuello, inhalando su delicioso aroma, y empezó a moverse, tratando de contener la

necesidad de correrse. Por suerte, April no quería que fuese despacio.

Ella arqueó la espalda y jadeó.

—Oh, sí… —masculló.

April se mordió el labio inferior, gimiendo, y Jamie perdió el control.

Embistió con fuerza una y otra vez. La vio entreabrir los labios y suspirar de placer y después escuchó cómo decía su nombre al correrse.

Y se unió a ella.

El orgasmo sacudió su cuerpo haciendo que se estremeciera de la cabeza a los pies. Después se sumergió en una deliciosa oscuridad.

El amanecer pintaba sombras de colores pastel en el despacho. El ladrido de Luna despertó a Jamie. Abrió los ojos perezosamente y notó el cuerpo de April encima del suyo. Estaba dormida. Sus suaves ronquidos le hicieron esbozar una sonrisa.

Luna volvió a ladrar. April se movió un poco y finalmente abrió los ojos.

—Luna está solicitando atención —murmuró con voz somnolienta.

—Creo que sí —dijo Jamie, dándole un beso en la frente—. Voy yo. Si quieres, quédate tumbada un rato más.

—No, prefiero ir a verla y darle su dosis de mimos mañaneros y que ella me dé mi dosis a mí —respondió April.

Jamie sonrió.

—Me gusta mucho el tándem que formáis.

—La adoro —dijo April.

—Y ella te adora a ti —comentó Jamie.

—Y a ti —afirmó April a su vez—. No sé si los perros pueden enamorarse, pero desde luego Luna está enamorada de ti. Además, creo que fue amor a primera vista.

—¿Cómo un flechazo?

—Sí, algo así. Aunque bueno, no me extraña, porque la tratas con mucho cariño. A ella y a todos los animales.

—Me gustan mucho los animales, desde que era niño —contestó Jamie.

—Se nota —dijo April.

Luna volvió a ladrar de manera insistente. ¿Es que nadie le hacía caso?

—Hora de levantarse —anunció Jamie.

April retiró la manta con la que se habían tapado durante la noche y se incorporó, quitándose de encima de Jamie.

Él se sentó en el sofá y le pasó a April parte de su ropa, que estaba esparcida por el suelo.

—Gracias —dijo ella, dándole un beso en el cuello.

Él sonrió y aunque le hubiera gustado continuar la noche, empezó a vestirse.

Luna estaba completamente recuperada.

April la cogió y la abrazó mientras ella trataba de lamerle la cara.

—Ya estás bien, ¿eh? —dijo Jamie con una sonrisa, acariciándole

detrás de las orejas.

Luna ladró, como si estuviera reafirmando lo que Jamie había dicho.

—De todas formas, he pensado en cambiarle la dieta —dijo Jamie —. Quizá la comida que está tomando sea demasiado grasa para su intestino y le cueste digerirla, a pesar de ser especial para Yorkshire. A ver si con una comida más ligera evitamos diarreas y vómitos.

—Me parece bien. No me gusta verla mal —comentó April, acariciando a Luna.

—Lo entiendo.

April la sujetó y Jamie procedió a quitarle la vía intravenosa. Después le tomó las constantes vitales y comprobó que estaba perfecta.

A través de la ventana, la luz azulada de la mañana iluminaba la escena: April sentada, Luna en su regazo y Jamie cuidándola. Una imagen perfecta que April había intentado encorsetar con límites innecesarios.

—Lo siento —susurró de pronto.

—¿Por qué? —le preguntó Jamie.

—Por complicar las cosas.

—Hey… —Jamie le levantó la barbilla con los dedos—. No tienes nada de qué disculparte. No ahora que sé los motivos. —Sonrió de esa manera tan *sexy* suya—. Y, por si no lo sabías, me encanta lo complicado. Me encanta que te vistas de verde para llamar mi atención. Me encanta que te inventes excusas para verme. Me encanta...

—¿Te encanto yo? —lo interrumpió April, ligeramente ruborizada.

—Y cada parte imposible y complicada de ti —aseveró Jamie, mirándola a los ojos.

Acercó el rostro a ella y depositó un suave beso en sus labios.

Luna se agitó en su regazo, meneando la cola.

—Sigo pensando que Luna es mejor casamentera que la señora Henderson —dijo Jamie.

—Por Dios, que no te escuche decir eso. Creo que ya está escribiendo el capítulo veinte de esa novela romántica en la que nosotros somos los protagonistas —dijo April.

La risa de Jamie vibró a través de ella

—Déjala escribir. Nuestra historia es real.

—¿Incluso con todas las complicaciones que implica?

—Especialmente con las complicaciones. Eso es lo que la hace real —dijo Jamie. Le dio otro beso en los labios.

—Tienes razón. Además, ¿dónde está la diversión en una relación simple y aburrida? —bromeó April.

—Cierto —siguió con la broma Jamie—. Pero ¿sabes qué?, a veces, las relaciones avanzan gracias a superar esas complicaciones.

—Lo acabo de descubrir —dijo April.

CAPÍTULO 46

Jamie arrastró una taza de café bien cargado hacia April, que se encontraba sentada al otro lado de la mesa de la sala de descanso. Luna permanecía tumbada en el sofá, dormida.

—Gracias —dijo April.

Jamie se inclinó y le dio un beso en la frente. Ella sonrió, ensimismada.

Una rápida serie de golpes en la puerta los interrumpió. Mike entró en la sala agitando un montón de papeles.

—Jefe, nunca creerá... —Se detuvo en seco, con los papeles en alto, observando la escena que tenía ante sus ojos—. Vaya, esto explica por qué me ha transferido a mí las consultas de hoy —dijo, con una sonrisa pícara en los labios.

—Mike —le advirtió Jamie, pero el chico ya estaba enviando WhatsApp como un loco.

—La señora Henderson necesita actualizaciones para su novela —argumentó él—. Y el grupo de apuestas acaba de agregar «primera muestra pública de afecto».

April se tapó la cara con las manos.

—Oh, por favor —masculló.

Jamie rio y se sentó frente a ella en la mesa.

Luna ladró bruscamente, llamando su atención sobre Violet, que estaba de pie en la puerta.

—Doctor Mitchell —comenzó, y luego notó la presencia de April—. Pensé que teníamos programada una revisión de Luna para mañana, no para hoy —dijo, pensando que April estaría allí por esa razón.

—Y así es —se limitó a decir Jamie.

—Oh —farfulló Violet, sin entender muy bien qué estaba pasando, aunque comenzaba a hacerse una idea—. El señor Morris ha llamado para concertar una cita hoy. Sus periquitos vuelven a tener piojillo.

—Mike se encargará hoy de las consultas —respondió Jamie suavemente, apretando la mano de April—. Tengo la mañana libre para otra cita más importante —añadió.

April sintió que un líquido cálido le llenaba el pecho.

Violet miró a uno y a otro.

—Entiendo —dijo—. Entonces se la pasaré a Mike.

—Gracias, Violet —dijo Jamie.

Ella asintió en silencio, dio media vuelta y salió de la sala.

Mike miró su móvil cuando escuchó el sonido de la llegada de un WhatsApp.

Sonrió.

—La señora Henderson está haciendo apuestas sobre el próximo hito importante de vuestra relación —les informó—. Los favoritos hasta el momento son «vivir juntos» y «propuesta de matrimonio en la lavandería».

—¡¿Qué?! —gritó April—. ¿Es que esa gente no se da cuenta de que es muy pronto para eso? —protestó.

Jamie giró el rostro hacia ella.

—¿Te refieres a la mudanza o la propuesta de matrimonio? —dijo.

—A las dos —atajó April.

El silencio de Jamie lo decía todo.

—Jamie... —El corazón de April se aceleró—. ¿Estás pensando en…?

Jamie no la dejó terminar.

—Todavía no —contestó rápidamente—. Pero algún día. Cuando estés lista. Cuando ambos estemos listos —dijo.

La respuesta quedó suspendida entre ellos, cargada de perspectivas.

April se encontró estudiando el rostro de Jamie: la esperanza en sus ojos verdes, la ligera incertidumbre en su sonrisa, la forma en que la miraba, como si ella fuera todo lo que nunca había sabido que necesitaba.

Del mismo modo que ella lo miraba a él, conteniendo todo su mundo en los ojos.

—Algún día —asintió ella en voz baja, viendo cómo la expresión de Jamie se iluminaba—. Quizá estaría bien que trajeras tu cepillo de dientes a mi piso, o yo llevar mi cepillo de dientes al tuyo.

—Prácticamente la mitad de mis camisetas están ya en tu armario —rio Jamie—. Me las estás robando todas.

April hizo un mohín.

—Es que son muy cómodas —murmuró.

Jamie delineó en sus labios una sonrisa.

—Has convertido mi vida en un caos —dijo.

—¿Y eso es malo?

Jamie acercó su rostro al de April, negando con la cabeza.

—No, todo se ve mejor en mi vida contigo. Incluso el caos —dijo, y le dio un beso en la boca.

Luna ladró un par de veces, totalmente de acuerdo con aquella afirmación.

—La señora Henderson sigue actualizando las apuestas —dijo Mike, que estaba a lo suyo.

—¿Es que no se cansa nunca? —suspiró April.

—¿La señora Henderson? No —respondió Mike—. Está encantada con esta situación.

—Como tú —intervino Jamie—. ¿Cuánto dinero has ganado con todo esto de las apuestas? —le preguntó.

—Quinientos cinco dólares —respondió Mike.

April se quedó atónita.

—No me lo puedo creer. ¿En serio? —dijo.

Mike movió la cabeza.

—Sí, tengo buen ojo —dijo.

—La mitad de ese dinero es mío —bromeó Jamie—. Tú juegas con ventaja porque trabajas conmigo y ves cosas…

—No te creas, muchas veces vuestras actitudes me despistan —se defendió él—. No sois una pareja que se comporte de forma convencional.

Jamie miró a April.

—Eso es cierto —admitió—. April sigue fingiendo que no se viste de verde para volverme loco.

April no pudo evitar sonreír.

—Tal vez me gusta volverte loco —contestó, rindiéndose finalmente a lo obvio.

—Bien, porque planeo pasar mucho tiempo dejándote que me vuelvas loco.

La sonrisa de April se amplió.

Su camino no había sido convencional, pero los había llevado a donde estaban, a donde debían estar.

Y por eso merecía la pena.

April desvió los ojos hacia Mike.

—Por cierto, tampoco es que nuestros vecinos sean muy convencionales que digamos —replicó.

—No. De hecho, están locos —apuntó Jamie.

—Eso no puedo negarlo —dijo Mike—. Pero son divertidos, ¿no?

April y Jamie se encogieron de hombros. Sí, desde luego con esa comunidad de vecinos nunca se aburrirían.

CAPÍTULO 47

—¿Sabes qué? —dijo Jamie, apoyándose en la encimera de la cocina de April una mañana, con una taza de café recién hecho en la mano—. Creo que hemos hecho esto al revés.

April levantó la vista desde la mesa, donde se estaba comiendo una tostada con mermelada.

—¿Qué hemos hecho al revés? —preguntó.

—Todo. —Jamie hizo un gesto entre ellos—. Pasamos de enemigos a vecinos cuando rompiste el parabrisas de mi coche. Después tuvimos encuentros fortuitos; que si nos quedamos atrapados en el ascensor, que si te salvé de una araña asesina. —April ocultó la risa cuando Jamie nombró aquello—, y después directamente nos declaramos durante una discusión. Pero, en realidad, nunca hemos salido juntos.

—Cenamos juntos en un restaurante italiano cuando operaste a Luna y se quedó ingresada en la clínica —le recordó April.

—Pero eso no cuenta como una primera cita.

April luchó contra una sonrisa.

—Eres muy exigente con los protocolos de las citas, ¿no, doctor Mitchell?

—Simplemente creo que tal vez merecemos un comienzo adecuado, normal —se acercó, agachándose a su lado—. Sin arañas, celos o límites innecesarios entre nosotros.

—¿Qué tienes en mente? —April dio un mordisco a su tostada.

La sonrisa de Jamie era prometedora.

—Déjame llevarte a cenar a algún sitio agradable, donde podamos hablar tranquilamente sin que la señora Henderson nos oiga o Mike nos haga un parte sobre las actualizaciones de las apuestas.

—Eso está difícil —rio April.

Jamie movió la cabeza.

—Podemos intentarlo.

—¿Estás hablando de una cita real?

—Sí, una cita real. Solo nosotros. Sin dramas, sin complicaciones.

Luna ladró con escepticismo.

Jamie puso los ojos en blanco.

—Vale, con el mínimo drama posible —corrigió con buen humor—. ¿Qué dices?

April lo miró.

A pesar de todos los momentos que habían vivido y de la rimbombante manera de declararse, se habían saltado (y privado) del simple placer de estar juntos.

—Por supuesto que sí —dijo en voz baja, limpiándose la comisura de los labios con la servilleta—. ¿Aunque te das cuenta de que todo el edificio estará pendiente de esta fecha?

Como si fuera una señal providencial, la voz de la señora Henderson atravesó la pared.

—¿Alguien dijo fecha? ¡Necesito detalles para el capítulo veintidós!

Jamie se rio y puso a April en pie.

—Qué más da. Se trata de nosotros.

—Nosotros —repitió April, probando la palabra, paladeándola en la boca, como si fuera un exquisito manjar. Sonaba genial.

—¿Esta noche? —le preguntó Jamie.

April asintió.

—Sí.

—Conozco un lugar donde nadie nos interrumpirá.

April miró hacia la pared que el piso de Jamie compartía con la señora Henderson, que vivía al otro lado.

—Yo no estoy muy segura de eso —susurró.

—Te lo prometo —repuso Jamie. Se inclinó y le dio un beso en la boca. El beso era suave y prometedor—. ¿Qué te parece si te pones algo verde? —sugirió—. Es un color que te sienta genial.

—Me parece perfecto.

—¿A las ocho?

—A las ocho. ¿Y qué te parece a ti si no nos vemos hasta que llegue esa hora?

—Va a ser duro, pero creo que es una idea muy interesante —respondió Jamie.

El día transcurrió con agonizante lentitud. April intentó concentrarse en el trabajo, pero su mente se distraía pensando en la cita con Jamie. Y es que, aunque pudiera parecer una tontería, iba a ser su primera cita.

Su primera cita oficial.

Dios, estaba como una adolescente.

¿Cómo era posible?

Alrededor del mediodía, Sarah le hizo una videollamada.

—Hola —la saludó April al descolgar.

El rostro de Sarah apareció en la pantalla. Alzó la mano y la agitó.

—Hola, April —dijo—. Así que vas a tener una primera cita con Jamie.

—¿La señora Henderson te ha enviado un WhatsApp para decírtelo?

—Sí, está como loca con esta nueva idea de que tengáis una primera cita —contestó Sarah.

—Solo espero que no nos siga al restaurante —bromeó April.

Sarah se rio al otro lado de la pantalla.

—No puedo asegurarte que no se le pase por la cabeza.

April gimió.

—De verdad que este edificio necesita buscarse otro entretenimiento.

—Eso es imposible. Es mucho más interesante ver cómo Jamie y tú finalmente descubrís la manera de ser normales.

—Lo normal no va con nosotros, Sarah. No es nuestro estilo —dijo April en tono despreocupado—. Ya ves que hemos empezado al revés, como dice Jamie. Por lo menos de una manera poco convencional.

Sarah sonrió.

—No, no habéis empezado una relación de una forma normal, pero estáis trabajando en ello —dijo.

—Sí, por eso hoy vamos a tener una primera cita «oficial» —repuso April, entrecomillando con los dedos la palabra «oficial».

—Es extraño —observó Sarah—. Pero a vosotros os funciona. Y os funciona porque estáis hechos el uno para el otro.

April rio. Le brillaban los ojos.

—Eso lo tiene que decir el tiempo.

—Deja de ser tan pesimista, por favor.

—No es pesimismo.

—Un poco sí —le rebatió Sarah.

April puso los ojos en blanco.

—Bueno, a lo mejor un poco sí. Pero no me digas que no es el tiempo el que al final te muestra si alguien es tu media naranja o no.

—Sí, bueno, tienes razón —dijo Sarah—. Pero no vayas con el freno de mano echado, April, o te perderás un montón de cosas bonitas. ¡¡Disfruta!! —gritó a través de la pantalla.

April suspiró. Sabía por qué su amiga le decía eso.

—Sí, voy a tratar de disfrutar de lo que tengo con Jamie y no pensar en lo que pasó con Colin —dijo.

—Colin está muerto y enterrado… —Sarah acercó la cara a la pantalla—… metafóricamente hablando, claro. La pena es que no lo esté de verdad.

Las dos se echaron a reír.

—Oye, ¿y qué te vas a poner? —le preguntó Sarah.

—Jamie me ha pedido que lleve algo verde, ya sabes que es su color preferido. Así que he pensado en el vestido con falda tubo y el escote palabra de honor que me compré el año pasado para el Día de Acción de Gracias.

—¿El que tiene parte de una rosa negra en un lado?

—Sí.

—¡Dios, ese vestido es precioso! A Jamie se le van a salir los ojos de las órbitas cuando te vea.

—Esa es la intención —respondió April con una nota de malicia en la voz.

Sarah dejó escapar una carcajada.

—Me encanta verte tan ilusionada —dijo, usando un tono más serio—. Te lo mereces.

—Gracias. ¿Algún consejo para esta «primera cita»? —preguntó April, como si realmente fuera la primera cita con un chico.

—Sé tú misma —le aconsejó Sarah—. A Jamie le encanta tu parte complicada.

—¡No soy complicada! —protestó April.

La ceja levantada de Sarah decía lo contrario.

En ese momento llamaron a la puerta del despacho de April.

—Espera un segundo, Sarah —le dijo—. Adelante.

Su secretaria abrió la puerta y asomó la cabeza.

—April, ya está aquí el señor Watson para la reunión de la una —le dijo.

—Hazlo pasar. Gracias —indicó ella.

Su secretaria asintió con la cabeza y cerró la puerta.

April bajó la vista hasta la pantalla de su móvil.

—Tengo que dejarte, Sarah. El deber me llama —bromeó.

—Vale —contestó ella—. Mucha suerte con tu cita —le deseó. Levantó las manos, mostrando los dedos cruzados.

April rio, mientras sacudía la cabeza. Realmente actuaban como si fuera a tener una primera cita con un chico desconocido.

—Gracias.

Sarah le guiñó un ojo en un gesto de complicidad y después agitó la mano para despedirse.

—Adiós.

—Adiós.

April cortó la llamada justo cuando su secretaria abría la puerta de nuevo y daba paso al señor Watson.

April se levantó del sillón y extendió la mano hacia él.

—Bienvenido, señor Watson —dijo en tono profesional.

CAPÍTULO 48

A las siete y media, April estaba frente al espejo de su habitación, observando cómo le quedaba el vestido que había decidido ponerse.

Luna la miraba desde su cama, moviendo la cola con aprobación.

—Tú estás encantada con esto, ¿verdad? —le preguntó April, mirándola a través del espejo.

Luna ladró y April sonrió.

El sonido del timbre hizo que consultara el reloj. No podía ser Jamie, todavía era muy pronto.

Se giró y se dirigió a la puerta. Al abrir se encontró a la señora Henderson, armada con un cuaderno y un bolígrafo.

—Querida, ¡el edificio está absolutamente entusiasmado con vuestra cita! —exclamó.

April no se podía creer que estuviera allí.

—Señora Henderson… —comenzó, para intentar detenerla, pero su vecina ya estaba tomando notas.

—«La protagonista ha prestado especial atención al vestuario, escogiendo cuidadosamente la ropa en base a las preferencias de color de su objeto amoroso».

—¡No soy la protagonista!

—Claro que lo eres, y muy guapa, por cierto. Eres la típica protagonista de comedia romántica —afirmó la señora Henderson. Le echó un vistazo de arriba abajo—. Ese vestido es una maravilla.

¡Qué buen gusto tienes!

Y nada más decir aquello, pasó a anotarlo en su cuaderno.

April la miraba sin dar crédito.

—Le voy a pedir una parte de los beneficios por los derechos de autor —bromeó.

—Como quieras, querida. —La señora Henderson le dio unas palmaditas en el brazo—. Ahora pasemos a la tensión romántica y, sobre todo, sexual, que surgirá durante esta primera cita real...

—¡Señora Henderson! —exclamó April.

Por suerte, Jamie apareció detrás de ella, salvando a April de otro análisis literario por parte de su vecina.

—¿Todo bien? —preguntó.

—La verdad, no lo sé —contestó April entre risas.

Jamie estaba guapo a morir con un pantalón de traje, una camisa negra y una corbata también negra. April creyó que se pondría a babear como Homer Simpson en aquel mismo instante.

¡Madre de Dios! Jamie era como un jodido Dios griego.

Él sí que encajaba perfectamente como el protagonista de una novela romántica. Hasta la señora Henderson lo miró con ojillos ávidos.

—Buenas tardes, señora Henderson —la saludó Jamie.

—Buenas tardes, doctor Mitchell —contestó ella, sin poder dejar de mirarlo. April entendía perfectamente por qué. A ella le pasaba exactamente lo mismo.

La mirada de Jamie se posó en April.

—Esta rosa es para ti —dijo, ofreciéndole una rosa roja de tallo largo que parecía de terciopelo.

Los ojos de April se iluminaron al verla.

—Oh, gracias —dijo. La tomó de su mano y se la acercó a la nariz para disfrutar de su aroma.

—¿Lista? —le preguntó Jamie. Sus ojos recorrieron su figura de la cabeza a los pies, deteniéndose en cada detalle del vestido—. Ese vestido es muy bonito.

April sonreía cuando él se acercó a ella.

—Estás preciosa —murmuró Jamie contra su pelo—. Vas a volverme loco de verdad.

El grito emocionado de la señora Henderson les recordó que no estaban solos. Luna también hizo notar su presencia con un ladrido.

—¡Oh, esto es perfecto para el capítulo veintitrés! La tensión, la anticipación, la rosa... —dijo la señora Henderson, tomando de nuevo notas en su cuaderno.

—Creo que es hora de irnos —afirmó Jamie, levantando las cejas hacia April. Ella asintió rápidamente con la cabeza.

Se agachó, despidió con un beso a Luna y cerró la puerta.

Juntos se dirigieron al ascensor, pero Jamie se volvió antes de meterse en él.

—No nos espere despierta, señora Henderson. Esta noche es solo para nosotros —dijo—. Además, llegaremos tarde —añadió con una sonrisa pícara en los labios.

La señora Henderson sonrió.

Jamie eligió un restaurante llamado Aba, en el 302 de Green Street. Un lugar íntimo y elegante, apartado del barrio y de los sitios habituales, especializado en cocina mediterránea.

Aba tenía una decoración inusual con árboles reales en su interior, plantados en enormes macetas de madera. Las paredes eran de ladrillo liso y la iluminación tenía un color miel oscuro.

April se enamoró del lugar en cuanto entró.

—Es precioso —comentó.

—Algo me decía que este restaurante te iba a gustar —dijo Jamie.

El maître les guio hasta una mesa situada al fondo.

Jamie acercó la silla de April con una cortesía anticuada, pero que hizo que su corazón se acelerara.

—Cuéntame algo que no sepa sobre ti —dijo una vez que se acomodaron, después de mirar la carta y pedir al camarero lo que querían.

April levantó una ceja ante su pregunta.

—¿Después de todo este tiempo?

—Conocemos las partes *dramáticas*: el incidente de la caja, el incidente de la araña, los malentendidos por culpa de los celos... —Jamie no quiso mencionar a Colin—. Pero hay otras muchas cosas que no sé de ti. Si tienes hermanos o hermanas, cuál es tu recuerdo favorito de la infancia, si algún libro te ha cambiado la vida...

April entendió que aquello no era solo una cita, ni una cena, era una oportunidad para empezar a construir los cimientos de una relación de forma sólida.

—¿Sabes que quería ser veterinaria cuando era pequeña? —admitió April.

Aquella confesión sorprendió a Jamie.

—¿De verdad?

—Sí. Hasta que me di cuenta de que no podía soportar ver sufrir a los animales.

—Sin embargo, te enamoraste de uno —apuntó Jamie.

—Uno odioso —dijo April, esbozando media sonrisa en los labios.

Jamie también sonrió.

El camarero se acercó para dejarles los platos. April pidió Salmón trufado y Jamie se decantó por la costilla de res estofada con dátiles.

—Cuéntame más cosas —dijo a April.

—Tengo un hermano.

—¿Más mayor o más pequeño que tú?

—Dos años más pequeño. —April bebió un poco de agua de la copa y miró a Jamie—. ¿Y tú?

—Yo soy hijo único —contestó Jamie.

—Vaya, hijo único… ¿Fuiste un niño consentido?

—No —negó Jamie. Por alguna razón que April desconocía, Jamie cambió de tema, sin querer profundizar en nada que tuviera que ver con su familia—. ¿Cuál es tu color favorito? —le preguntó a April.

—El amarillo. —Ella lo miró con una nota de picardía—. A ti no te pregunto cuál es tu color favorito porque ya lo sé.

Jamie sonrió.

—Sí, y he de decir que el verde te sienta muy, pero que muy bien.

—Y a ti el negro. Quizá empiece a decantarme por el negro como color favorito, en lugar del amarillo —dijo April con doble intención.

Jamie la miró por encima del borde de la copa.

April se enteró, mientras degustaban el yogur griego helado que habían pedido de postre, que el primer paciente de Jamie, un gato al que le faltaba una pata, y al que había llamado Archie, fue el que

inspiró su dedicación a la medicina veterinaria de urgencia. Jamie descubrió el talento secreto de April para la pintura, aunque hacía años que no cogía un pincel.

—¿Por qué lo dejaste? —preguntó, con una curiosidad genuina.

—Entre unas cosas y otras dejas de tener tiempo. Empiezas a tener otras prioridades como el trabajo, novio… A Colin le parecía poco práctico.

—¿Es que todo para él tenía que ser práctico? —lanzó Jamie sin disimular cierto desdén en su voz—. Es simplemente un hobby. Los hobbies tienen otros beneficios.

April se limitó a encogerse de hombros. Colin era un hombre de negocios, y en cierto modo estaba acostumbrado a que todo tuviera un rendimiento, a ser posible, económico.

—Deberías pintar de nuevo —dijo Jamie en voz baja—. Me encantaría ver ese lado tuyo.

April apreció reflexionar sobre ello.

—Tal vez lo haga —dijo, y se lo estaba planteando en serio. Estudió el rostro de Jamie a la luz de las velas que había sobre la mesa. Las sombras acentuaban sus rasgos, haciéndolos más atractivos aún—. ¿Y tú? ¿Tienes algún talento oculto que deba conocer? —le preguntó, apoyando la barbilla en la mano.

—¿Aparte de mis expertas habilidades para atrapar arañas?

—Además de eso —sonrió April.

La expresión de Jamie se volvió pensativa.

—Toco el violín. De hecho, solía actuar en el instituto. Aunque no he tocado uno en años.

April se sorprendió.

—¿Por qué no?

—Supongo que por la misma razón que tú dejaste de pintar. La

vida se llenó de ocupaciones, el trabajo tomó el control. —Miró a April. Sus rasgos se habían suavizado con el resplandor ambarino de las velas. Alargó el brazo y le cogió la mano por encima de la mesa —. Pero tal vez sea hora de redescubrir algunas cosas —dijo.

El momento se sintió cargado de posibilidades. April se encontró imaginando veladas tranquilas con Jamie tocando una bella melodía con el violín. Ella cerca, con su caballete, plasmando en un lienzo un hermoso paisaje, y Luna observando la escena satisfecha, mientras ellos exploraban esas partes olvidadas de sí mismos.

—Cuéntame más sobre esa afición a tocar el violín —susurró ella.

Y él lo hizo.

Las historias fluían entre ellos. La decisión de Jamie de abrir su propia clínica en lugar de unirse a la prestigiosa empresa de su padre, la complicada relación de April con su exnovio, el amor que compartían por los animales, sobre todo por aquellos que habían sido rescatados, como era el caso de Luna, y el café de los domingos por la mañana. El de April, preferiblemente, con leche, miel y un toque de lavanda.

—Mi turno —dijo Jamie, metiéndose una cucharada de yogur griego en la boca—. ¿Por qué me seguiste al restaurante cuando quedé con Claire?

April sintió que sus mejillas se sonrojaban.

—Te lo he dicho mil veces, estaba paseando a Luna...

—April… —La voz de Jamie era suave—. No más disimulos, ¿recuerdas? Tenemos que ser honestos.

Ella respiró hondo, y jugueteó con la cucharilla y su yogurt helado.

—Tenía miedo —confesó—. Cuando te vi con Claire, fue la prueba que necesitaba para darme cuenta de que, lo que fuera que estaba pasando entre nosotros, quería que fuera real.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy convencida de que quiero que sea real. —April apretó la mano de Jamie—. Aunque sostengo que Luna necesitaba ese paseo —añadió en tono de broma.

La risa suave y profunda de Jamie calentó su pecho.

—Luna ha estado tramando esto desde el primer día —dijo.

—¿Tú crees?

—Sí. Creo que cuando me vio, enredó a propósito la correa alrededor de tus pies para que perdieras el equilibrio y pasara exactamente lo que pasó. De ese modo poníamos la atención el uno en el otro.

April no pudo evitar reír. En algún momento ella había pensado exactamente lo mismo.

—No me extrañaría. Definitivamente Luna es más perspicaz que yo —dijo.

—Es más perspicaz que cualquiera de los dos —enfatizó Jamie.

CAPÍTULO 49

El viaje de regreso a casa, después de dar un paseo bajo la luz de la luna por la orilla del río Chicago, fue diferente, y April hubiera jurado que especial; cargado de una nueva comprensión en lugar de la tensión habitual que había entre ellos cuando se encontraban.

Las cosas empezaban a funcionar.

La mano de Jamie buscó la suya en el coche, y los dedos se entrelazaron de una forma natural; sin teatro, sin estridencias, como algo normal.

Cuando entraron en el vestíbulo, April miró a un lado y a otro, como si estuviera buscando algo.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le preguntó Jamie.

—Asegurarme de que no esté la señora Henderson escondida en algún rincón —contestó—. Es extraño que no esté merodeando por aquí con su cuaderno de notas, fingiendo que no nos estaba esperando despiertos.

—¿Crees que sería capaz?

April miró a Jamie con una ceja levantada.

—¿Acaso lo dudas?

Él sonrió.

—La verdad es que no.

—Parece que no hay peligro a la vista —dijo April.

—Por si acaso, será mejor que subamos rápido a casa. Quizá si estamos demasiado tiempo por aquí, acabe viniendo —dijo Jamie en tono socarrón, al tiempo que llamaba al ascensor.

—Sí, será lo mejor.

April se echó a reír cuando Jamie tiró de ella y la arrastró hasta el interior del ascensor. Cuando las puertas se cerraron, la empujó ligeramente contra la pared y la besó.

—¿Qué te ha parecido nuestra primera cita? —le preguntó, pegado a su boca.

—Simplemente perfecta —contestó April, mirándolo a los ojos. A sus preciosos ojos verdes.

—Bueno, todavía no ha terminado —dijo Jamie en tono insinuante.

April esbozó una sonrisa traviesa.

—Desde luego que no, queda una de las mejores partes —aseveró.

—¿En tu casa o en la mía? —preguntó Jamie con voz *sexy*.

—En la mía, antes tengo que poner la cena a Luna.

—Genial.

El ascensor se paró en la cuarta planta y las puertas se abrieron. April y Jamie salieron de él riéndose, compartiendo complicidad. Se quedaron quietos cuando, de alguna parte, apareció la señora Henderson.

—Buenas noches —la saludaron.

—Buenas noches —respondió ella—. Veo que no os ha ido nada mal en la cita.

—Nos ha ido muy bien —dijo April, mirando a Jamie y sonriéndole con expresión bobalicona en el rostro.

—¡Cuanto me alegro! —La señora Henderson sonrió—. Eso da

lugar a nuevas apuestas y nuevos escenarios para mi novela.

—Yo tengo un nuevo escenario para su novela —habló Jamie.

Y antes de que April pudiera reaccionar, la tomó de la cintura, la atrajo hacia él y capturó sus labios con un beso tan apasionado que ningún escritor hubiera podido describirlo, ni siquiera la señora Henderson.

—Queridos, con esto, el capítulo veinticuatro se escribe solo —rio la mujer, encantada.

April y Jamie sonrieron uno contra otro. Si la señora Henderson no existiera, tendrían que inventarla.

Cuando se separaron, se despidieron de ella, deseándole «buenas noches», y se metieron en el piso de April.

—Te gusta presumir —murmuró April sobre sus labios, atrapándolo contra la puerta.

—No puedo evitarlo. —La sonrisa de Jamie era suave—. Me encanta que la gente vea que estoy enamorado de una mujer increíble que antes me odiaba.

—Nunca te odié —dijo April, mordiéndole la barbilla.

—¿No?

—No. Me volviste loca desde el principio.

—¿Todavía lo hago? —le preguntó Jamie.

April se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos.

—De una manera que no pensé nunca —respondió.

El ladrido emocionado de Luna anunció su presencia. Su casamentera trotó por el pasillo, agitando la cola de un lado a otro sin parar.

Tanto April como Jamie se agacharon y la acariciaron. April la cogió en brazos y la llenó de besos. Después Luna saltó al regazo de Jamie.

—Luna tiene un instinto excelente —comentó él.

—Ella tiene todo excelente. —April lo miró—. Incluido el gusto por los veterinarios. Después de ti, no quiere que la vea nadie más.

Jamie se echó a reír.

—Esta es mi chica —dijo, revolviéndole el pelo de la cabeza con las dos manos. Luna se lanzó a lamerle la cara.

Después de cenar, Luna se acurrucó en su cama hasta que se quedó dormida.

A través de las delgadas paredes, April y Jamie podían escuchar a la señora Henderson escribiendo entusiasmada el siguiente capítulo de su novela. Sus exclamaciones se oían de un extremo a otro.

Sin saber cómo, se habían convertido en los protagonistas del nuevo romance del edificio. ¡Y hasta protagonistas de verdad en una novela!

Las risas de April y Jamie se mezclaron en la oscuridad.

A través de la red de chismes de la comunidad de vecinos (y de la señora Henderson, por supuesto), la noticia de que su primera cita había sido perfecta se difundió rápidamente. Pero enredados entre las sábanas bajo el silencio de la noche, descubrieron que todo aquello les daba igual, y que sus propios vecinos (entrometidos) habían hecho que su historia tuviera lugar y que terminaran juntos.

¿Quién se lo hubiera dicho a April?

Jamás hubiera imaginado que mudarse a Chicago le traería todo lo que le había traído. Incluida una historia de amor y unos vecinos locos de atar, empeñados, junto con su mascota, en que se emparejara con el guapo vecino de al lado.

La vida a veces podía ser sorprendente.

La luz aterciopelada del sol de primera hora de la mañana se filtraba a través de las cortinas a medio correr, creando en la habitación una atmósfera cálida y suave.

Cuando April abrió los ojos se encontró a Jamie estudiando su rostro, como si le estuviera acariciando con la mirada.

—¿Qué? —murmuró, todavía medio dormida.

—Estaba pensando en lo diferente que ha sido nuestra primera cita a nuestro primer encuentro el día que te mudaste. No ha habido cajas volando por los aires ni parabrisas rotos.

April sonrió.

—Nunca lo vas a dejar pasar, ¿verdad? —dijo.

—No podría, es parte de nuestra historia. —Jamie alargó la mano y sus dedos acariciaron la mejilla de April.

—Es verdad, así empezó todo.

—Es curioso la forma en que en ocasiones el destino junta a dos personas.

—Sí, es asombroso.

—Pero todavía hay mucho que quiero saber sobre ti.

April se giró para mirarlo mejor.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué elegiste marketing en lugar de arte? Anoche mencionaste la pintura, pero quiero saber más.

La pregunta tocó algo más profundo que sus bromas habituales.

April se encontró compartiendo con Jamie cosas de las que rara vez hablaba.

—Mi padre era artista, era pintor —dijo en voz baja—. Brillante, apasionado, pero no ganaba dinero, o por lo menos no lo suficiente para mantener a una familia. Cuando murió, solo dejó a mi madre lienzos y facturas sin pagar. Me prometí a mí misma que nunca sería tan... inestable. Eso es lo que produce a veces el arte, inestabilidad. No todo el mundo puede vivir de ello.

La expresión de Jamie transmitía comprensión más que lástima, algo que April agradeció.

—Entonces, ¿elegiste la seguridad antes que la pasión?

—Elegí la realidad, elegí no morirme de hambre. Aunque a veces... —Recordó sus materiales de arte abandonados desde hacía mucho tiempo, y que permanecían todavía embalados en las cajas de mudanza.

—A veces la realidad te sorprende. —Jamie terminó la frase por ella—. Como enamorarte inesperadamente de tu odioso vecino —dijo.

—Muy odioso vecino —enfatizó April.

—Y, sin embargo, aquí estamos. —Jamie pasó el brazo por su cintura y la acercó más a él—. Cuéntame más sobre el arte de tu padre. ¿Qué clase de pinturas hacía?

La mañana se prolongó tranquila e íntima mientras intercambiaban partes de sí mismos. Jamie habló acerca de la presión que ejercía su padre sobre él y la decisión de emprender su propio negocio que, aunque le costó un enfado con su padre, le valió la libertad.

—Quería que me especializara en perros de exhibición, de competición y mascotas de celebridades, porque se gana muchísimo dinero —le explicó a April—. Pero a mí eso no me gustaba, me parecía muy superficial. No era medicina de urgencia, y estaba muy

lejos de tener algo que ver con animales rescatados.

—¿Es por eso por lo que rechazaste la asociación que te propuso Claire?

—En parte —respondió Jamie. Sus ojos sostuvieron los de April—. Quiero seguir manteniendo la independencia y la autonomía de la clínica, tener todo el control de mi negocio. Así puedo hacer las cosas cómo crea oportuno. Y también porque mi vida está aquí ahora. Mi vida está encauzada del modo que quiero y no tengo por qué cambiarla.

Luna se levantó de su cama y se acercó para unirse a sus confesiones matutinas. Se acomodó entre ellos, con la cabeza apoyada en el pecho de Jamie. Suspiró con evidente satisfacción.

—Tu turno de nuevo —dijo Jamie, rascando detrás de las orejas de Luna—. ¿Por qué este edificio? ¿Por qué Chicago?

—Sarah necesitaba un inquilino en quien confiar y yo necesitaba un nuevo comienzo...

—¿Por lo que pasó con Colin? —le preguntó Jamie.

—Sí —afirmó April—. La agencia de Nueva York de la empresa en la que trabajo me ofreció trasladarme a Chicago y acepté. —April sonrió ligeramente—. Y aquí estoy. Aunque a Sarah se le olvidó mencionar que mi vecino sería un veterinario insufriblemente guapo.

—Insufrible, ¿eh?

—Y prepotente, imposible, y... —April le dio un beso en la mandíbula—… exactamente lo que no sabía que necesitaba —añadió, enfatizando cada palabra de la frase.

Un golpe de nudillos interrumpió su momento. La voz de la señora Henderson atravesó la puerta.

—¿Hola? La comunidad se está reuniendo para discutir el próximo festival de otoño que vamos a celebrar en el edificio. Pensamos que nuestra pareja favorita podría querer ayudar con los planes.

—¡La madre que la parió! —exclamó April sin poder contenerse.

Jamie se echó a reír.

De pronto su sonrisa se volvió pensativa.

—April, he estado pensando… —comenzó, ignorando a la señora Henderson—. Tal vez deberíamos hablar sobre hacer que esto sea más... firme.

El corazón de April dio un vuelco tan grande que pensó que le había saltado a la boca, porque era ahí donde lo sentía latir.

—Jamie... —susurró.

—No hablo de matrimonio —aclaró rápidamente él—. Solo pienso en lo maravilloso que es esto: despertar juntos, compartir el café en compañía del otro, dejar que Luna reclame su espacio entre nosotros…

—¿Estás hablando de vivir juntos? —preguntó April.

CAPÍTULO 50

—Sí. —Jamie estaba muy seguro—. Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti, April, y no quiero desperdiciar ni un solo segundo sin tu compañía. Pero, por supuesto, la última palabra la tienes tú.

La pregunta flotaba entre ellos.

April se encontró estudiando la postura que tenía en aquel momento: enredada entre las piernas de Jamie, Luna tumbada feliz entre ellos, la luz de la mañana pintando todo de un suave dorado, como en un bello lienzo.

—Ahorraríamos costes en la lavandería —dijo finalmente.

Jamie soltó una carcajada. April era así. Y por ser así es por lo que se había enamorado de ella.

—Muy práctica —dijo entre risas.

—Y Luna ya está familiarizada contigo…

—Definitivamente piensas en la conveniencia de Luna. Eso está bien.

—Y tal vez... —April respiró hondo—. Tal vez esto si me gusta. Estar así contigo. —se acurrucó más contra su cuerpo—. Incluso cuando eres imposible.

—Sobre todo cuando soy imposible —apuntó él, apartándole un mechón de pelo del rostro.

El beso que se dieron contenía promesas de las mañanas futuras, de las confidencias entre las sábanas y de los cafés compartidos al

amanecer. La cola de Luna golpeó contra el colchón.

—La señora Henderson va a flipar con esto —comentó April.

—Seguro que va a decir que es perfecto para su novela.

—Sí.

—Vamos a tener que darle muchos más argumentos para escribir —dijo Jamie.

—Estoy totalmente de acuerdo.

April se inclinó y le dio otro beso, volcando toda la complejidad de sus sentimientos en el contacto. Cuando se separaron, los ojos de Jamie brillaban.

—Múdate conmigo —dijo en voz baja—. No porque sea práctico o conveniente, sino porque quiero despertarme contigo cada mañana. Porque quiero verte pintar de nuevo mientras toco el violín. Porque quiero construir una vida contigo, incluso si esa vida viene con vecinos cotillas y apuestas.

—Muy persuasivo, doctor Mitchell —dijo April.

—¿Eso es un sí?

April le pasó la mano por la cara y se rindió a él.

—Sí, es un sí —respondió—. Pero mantendré la cama de Luna aquí, por si acaso.

—Por si acaso, ¿qué?

—Por si acaso necesitamos espacio durante las discusiones.

Jamie sonrió.

—No será necesario. Resolveremos dialogando los posibles problemas que tengamos, como adultos que somos —dijo.

Lo que se preveía como una tranquila mañana se esfumó en el caos cuando se encontraron a la señora Henderson en el vestíbulo.

—¡Ay, queridos! ¡Nos tenéis embelesados con vuestra historia de amor! La seguimos como una telenovela. —Su voz resonó por todo el edificio—. Iros a vivir juntos es la culminación perfecta del arco argumental de mi primera novela. Sois tan inspiradores.

Jamie pasó el brazo por la cintura de April y la atrajo hacia él. La miró, luchando contra la risa.

—¿Deberíamos decirle que ni siquiera hemos decidido en qué piso vamos a vivir? —susurró en su oído.

—No te atrevas —dijo April entre dientes, tratando también de contener la risa—. Harán una junta especial para analizar los pros y los contras de cada uno de los pisos.

Como si la señora Henderson les hubiera leído el pensamiento, dijo:

—Ahora tenéis que decidir en qué piso de los dos montaréis vuestro nido de amor. Es importante saber cuál de los dos es mejor.

April miró a Jamie.

—En tu casa entra el sol por la mañana —dijo, considerándolo.

—La tuya tiene la cocina más grande —reflexionó Jamie.

—El dormitorio principal es más amplio en el tuyo.

—El tamaño del dormitorio es importante, y el tamaño de la cama también —intervino la señora Henderson.

Cuando April y Jamie la miraron, ella les guiñó un ojo. Movieron la cabeza.

—En el tuyo están casi todas mis camisetas —bromeó Jamie, retomando la conversación.

—No exageres —replicó April.

—No exagero ni un poco, con la excusa de que son cómodas, me

has desvalijado el armario.

April le dio un pequeño golpe en el hombro.

—Es que son muy cómodas —dijo. Y además olían a Jamie y eso a April le encantaba, estar envuelta en su maravilloso olor.

—Por supuesto que son cómodas. —Jamie se quedó pensando—. Aunque tal vez podríamos encontrar un lugar más grande. Algo que sea nuestro desde el principio.

Los ojos de April se encontraron con los suyos.

—¡¿Qué?! —exclamó espantada la señora Henderson, sin que a April le diera tiempo a responder—. ¿Qué es eso de iros a otro sitio? ¿Estáis locos? —Tenía el ceño profundamente fruncido. Jamie no pudo evitar reír—. No, no, no. Nada de irse a otro sitio. —Agitó la mano en el aire—. En este edificio estáis perfectamente. ¡Los vecinos os adoran!

—Porque nos hemos convertido en su pasatiempo favorito —arguyó April.

—Por lo que sea, pero os adoran. Os adoramos, yo también me incluyo, por supuesto —dijo la señora Henderson.

—¡Basta, señora Henderson! Todavía no hemos decidido dónde viviremos —dijo April, alzando los brazos.

La expresión de Jamie se volvió seria.

—Tengo una idea —dijo.

April y la señora Henderson lo miraron expectantes. April también con cierta cautela, las ideas de Jamie a veces eran para tomarlas con reserva.

—El ático del edificio está vacío y es tan grande como nuestros dos pisos juntos. Tendríamos el doble de espacio, terraza privada y lo más importante... —Sonrió, mirando a la señora Henderson—… Estaríamos lo suficientemente lejos de la red de vigilancia de la señora Henderson.

La mujer volvió a fruncir el ceño.

—¡Hey!

—La queremos mucho —intervino April—, pero reconozca que lo que hace no es normal.

—Estoy escribiendo una novela y necesito el mayor número de datos reales —se defendió la señora Henderson.

—Eso y que es bastante cotilla —dijo April, aunque lo hizo en un tono cariñoso.

—Sí, bueno…, eso también —reconoció la mujer.

April miró a Jamie.

—Piénsalo —habló él—. Un nuevo comienzo, juntos. Espacio para tu estudio de arte, espacio para mi violín, y Luna tendría una terraza con jardín para jugar.

El corazón de April dio un vuelco al pensar en la posibilidad que planteaba Jamie.

Joder, sonaba tan bien…

La señora Henderson se aclaró la garganta.

—A ver, centraos, tortolitos. ¿Estamos considerando seriamente lo del ático? Porque si es así, tengo que empezar a actualizar el escenario de la novela y cambiarlo para los próximos capítulos.

April dirigió sus ojos a Jamie.

—Tendríamos que verlo —dijo con una sonrisilla.

—Que conste que yo preferiría que os quedarais en el piso de Jamie. Al teneros al lado, puedo documentar mejor la novela —argumentó la señora Henderson.

—Y cotillear mejor —le susurró April a Jamie.

—Pero antes de que os vayáis del edificio, a saber dónde, el ático me parece una buena opción —terminó de decir la señora

Henderson.

April y Jamie intercambiaron una mirada y suspiraron con resignación.

—No tiene remedio —comentó Jamie, dándose por vencido.

La señora Henderson les dedicó una sonrisa.

April pensó que quizá lo mejor sería irse del edificio y dejar atrás a sus vecinos, pero ¿qué iban a hacer sin ellos? Aquella gente se las había apañado muy bien para envolverlos en su locura, y al final eran como una enorme familia (muy particular y un poco loca, eso sí, pero una familia, al fin y al cabo).

CAPÍTULO 51

Al día siguiente, George les enseñó el ático, ya que tenía la llave.

April y Jamie habían estado hablando sobre ello y habían llegado a la conclusión de que no perdían nada por echarle un vistazo.

El espacio se extendía amplio y prometedor ante ellos. La luz del sol entraba a raudales a través de las ventanas que iban del suelo al techo.

April suspiró al entrar.

Su cabeza ya estaba imaginando las posibilidades. Un caballete junto a la cristalera, el violín de Jamie en un soporte de madera en un rincón, la cama de Luna al lado del ventanal y sus juguetes esparcidos por todas partes.

Jamie se detuvo para examinar la gran cristalera que daba a la ciudad.

—Las vistas son impresionantes —comentó.

April se acercó hasta donde se encontraba de pie.

—Es cierto. Menuda panorámica —dijo.

Se miraron y se sonrieron.

April caminó hasta la cocina, era moderna con electrodomésticos de alta gama en color plata y elegantes encimeras de granito negras.

April pasó la mano por una de ellas y Jamie se inclinó un poco para inspeccionar el horno empotrado en el mobiliario.

—¿Cuántas habitaciones tiene? —preguntó April a George.

—Dos —respondió él—. Ambas cuentan con cuarto de baño propio. Para verlos, venid por aquí.

George los condujo a través de un pasillo ancho, con Luna siguiéndoles muy cerca. Ella daría su opinión de una manera u otra, como estaba acostumbrada. Tenía su propio código para hacerlo.

April alucinó cuando vio el tamaño del dormitorio principal y lo mismo le pasó cuando vio el baño. Era espectacular.

—Este dormitorio tiene vestidor —dijo George, abriendo las dobles puertas de madera que había en una de las paredes.

—¡Madre mía! —exclamó April al verlo.

—Aquí entra toda tu ropa y las camisetas que me has ido quitando —dijo Jamie en tono socarrón.

George soltó una carcajada.

April dio un codazo a Jamie en el costado, que se dobló un poco hacia adelante y se echó a reír.

Después de ver todo el ático, regresaron a la sala de estar y contemplaron de nuevo las vistas que había al otro lado del ventanal.

—Os dejó un rato solos para que lo veáis con detenimiento —dijo George.

—Gracias —respondieron April y Jamie casi al unísono.

Jamie se giró hacia April y la miró.

—Di que sí —susurró, rodeándola con los brazos por detrás—. Construyamos algo nuevo juntos aquí.

—Es un gran paso —comentó April, pasando sus manos por los brazos de Jamie.

—¿Un paso más grande que enamorarte de tu odioso vecino y admitirlo?

April se volvió hacia él con una sonrisa dibujada en los labios. Jamie apoyó las manos en su cintura.

—Nada es más grande que eso —dijo April.

Se puso de puntillas y le dio un beso.

Sus labios contenían promesas de días de sofá, manta y película, de materiales de arte mezclados con textos médicos y música de violín llenando cada rincón; de Luna reclamando nuevos lugares como suyos.

—¿Eso significa que podemos empezar a planificar la inauguración del ático? —preguntó Jamie—. Porque la señora Henderson ya tiene una lista de invitados preparada.

—Este edificio es una locura —dijo April entre risas.

—Y, sin embargo, aquí estamos —murmuró Jamie—, planeando nuestro futuro en él.

—Sí. Aunque será mejor que evitemos cualquier drama esta vez —dijo April.

—Sin drama no hay diversión —repuso Jamie, dando un beso a April en la sien—. El drama es lo nuestro. Somos expertos.

—Junto con urgencias de arañas en baños y encuentros celosos en restaurantes —apuntó April.

—Y límites para mantener cierta distancia que duraron solo unas pocas horas.

—Vosotros dos sois mejores que los protagonistas de mi novela —dijo la señora Henderson que, como siempre, apareció de la nada.

—Esos protagonistas están basados en nosotros —señaló April.

—Sí, pero vosotros sois mejores que la imaginación de cualquier escritor —dijo la señora Henderson—. Sin embargo creo que esto de mudaros al ático necesita… no sé, más intensidad emocional. ¿Quizás otro malentendido? —propuso.

—No más malentendidos —respondió Jamie con firmeza—. Hemos cumplido nuestra cuota.

April le rodeó el cuello con los brazos. El corazón le latía lleno de convicción.

—Entonces, ¿realmente esto está pasando? ¿Lo vamos a hacer? Nosotros, juntos, en este ático… —dijo.

—Ha estado pasando desde que dejaste caer aquella caja en mi coche, cuando Luna enredó su correa alrededor de tus pies. —La frente de Jamie descansaba contra la de April—. El ático solo lo está haciendo oficial.

—Me reafirmo, vuestros diálogos son mejores que los que puedan salir de la imaginación de cualquier escritor —intervino de nuevo la señora Henderson.

—Lo intentamos, para que tenga un buen material para la novela —dijo Jamie. Su sonrisa se volvió juguetona con la de April.

—Bueno, me voy. Tengo que empezar con los preparativos de la fiesta de inauguración —dijo la señora Henderson. Y sin más, se dio la vuelta y se marchó.

April y Jamie rieron.

—¿Crees que Luna aprueba este cambio? —preguntó Jamie.

Observaron a su casamentera explorar su futuro dominio, olfatear aquí y allá con su pequeña naricilla, mientras movía la cola con indiscutible satisfacción.

—Yo diría que sí —se rio April.

—Sin su aprobación no podríamos mudarnos —comentó Jamie en tono de broma.

—Por supuesto que no —respondió April—. ¿Te gusta, cariño? —le preguntó.

Luna ladró un par de veces desde la terraza, llamando su atención hacia las vistas. La ciudad se extendía ante ellos llena de

oportunidades.

Al igual que su futuro juntos.

Algunas historias de amor necesitaban espacio para crecer.

Y la suya lo haría en un precioso ático en el edificio con la comunidad de vecinos más loca de todo Chicago.

El sol de media tarde teñía su futuro nido de amor de tonos dorados, mientras April y Jamie planeaban dónde pondrían los muebles en el dormitorio principal.

—Creo que deberíamos insonorizarlo, para tranquilidad de los vecinos —dijo Jamie con expresión traviesa en el rostro.

April no pudo evitar soltar una carcajada. Por si no le había quedado claro, su vida sexual iba a ser activa. Muy activa.

Observó el dormitorio.

—¿Qué te parece si pintamos las paredes de verde? —sugirió April, mirando de reojo a Jamie mientras luchaba contra la risa—. Ya sabes…

—Me gusta el verde, pero no lo veo en nuestro dormitorio —comentó Jamie.

—Quizás todas las paredes no, pero en una de ellas un verde oscuro no sería tan terrible.

—Sabía que usabas ropa verde a propósito para llamar mi atención —dijo Jamie.

—Pura coincidencia —atajó April, moviendo la mano en el aire.

—Sigues siendo una mentirosa malísima, Carter. —Jamie la agarró de la cintura y le dio un beso en los labios—. Aunque eso también

me encanta de ti.

April enterró el rostro en su hombro mientras él reía. Dios, en algunos momentos se había comportado como una adolescente.

CAPÍTULO 52

La noche cayó suavemente a su alrededor mientras degustaban en la pequeña terraza del piso de Jamie la cena casera (consistente en tacos de carne con tortillas, lechuga, queso, tomate y salsa) que habían preparado entre los dos, y discutían los planes para su nuevo espacio.

Jamie quería estanterías de madera oscura para sus libros médicos y April planteó alguna que otra idea para su estudio de arte. Luna supervisaba la conversación desde su posición estratégica entre ellos.

Sonó el timbre.

Jamie se levantó y abrió la puerta.

—Señora Henderson, qué raro que esté por aquí —le oyó decir April. Sonrió.

La señora Henderson agitó la mano en el aire.

—No os voy a quitar mucho tiempo, solo he venido a traeros esto —dijo, alargando el brazo y entregando a Jamie dos cuadernillos con una espiral negra.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Vuestra historia de amor —contestó la señora Henderson—. Está escrita desde ambas perspectivas. Desde tu punto de vista y desde el punto de vista de April. Empieza con el incidente de la caja. Espero que os guste —dijo—. Si queréis añadir algo, toda sugerencia será bien recibida.

—Gracias —dijo Jamie, visiblemente sorprendido.

—Adiós, April —se despidió la señora Henderson.

—Hasta mañana, señora Henderson —gritó ella desde el interior del piso.

—Que paséis buena noche —se despidió la señora Henderson de Jamie.

—Igualmente —dijo él antes de cerrar la puerta y dirigirse al salón con los dos cuadernillos.

Cuando llegó, los alzó y los agitó en el aire.

—Nuestra historia —anunció, entregando uno de los cuadernillos a April. Ella lo cogió con los ojos brillantes.

—Oye, pues me pica la curiosidad —dijo.

—Y a mí —secundó Jamie.

Jamie abrió su volumen con cierta impaciencia.

—Lo ha contado todo —dijo, echando un vistazo por encima, leyendo un párrafo aquí y otro allá.

—Lo del incidente de la caja tiene un capítulo entero —comentó April, que también estaba leyendo algunas partes salteadas.

Hojeó su cuadernillo y encontró relatos detallados de la historia, edulcorados por la prosa de la señora Henderson, que era clara y elegante (para asombro de ambos). Estaba plasmado cada momento, cada encuentro cargado de tensión (no resuelta), cada paso que los llevaba hacia el inevitable amor.

—Ha descrito uno de mis monólogos internos con sorprendente precisión —reflexionó Jamie—. Aunque no me puse tan poético sobre los datos que iba descubriendo día a día de ti.

—Claro que sí —lo corrigió April—. Me mandaste con Mike un café con leche, miel y lavanda a mi despacho.

Jamie tenía poco que decir al respecto. Así que guardó silencio.

El corazón de April se calentó al leer los pensamientos de Jamie sobre ella.

La frustración que sintió durante la fase en la que afirmaba odiarlo. Cómo se divertía cuando se hacía la dura, a pesar de que intuía que no le era del todo indiferente. La certeza de que ella le gustaba más de lo que le había gustado ninguna otra chica en su vida.

Levantó la vista del cuadernillo.

—¿Es así? —le preguntó a Jamie.

—No exactamente, pero se parece bastante —contestó él—. La señora Henderson tiene buen criterio para intuir y plasmar sentimientos. —Miró a April—. Tu turno —dijo—. Veamos qué precisión ha tenido sobre los pensamientos que pasaron por tu cabeza la noche del incidente de la araña, cuando casi no podías articular palabra del pánico.

—No seas cabrón —replicó April.

La sonrisa burlona que le dedicó Jamie le hizo derretirse por dentro. Y se encontró devolviéndole la sonrisa.

Se turnaron para leer los pasajes más significativos, y sus risas se mezclaron con los sonidos que el aire los llevaba de Chicago y que se colaban por las puertas abiertas del balcón.

—Aunque se equivocó en nuestro primer beso —señaló Jamie—. No fue tan coreografiado, ni siquiera planeado.

—No —estuvo de acuerdo April—. Fue mejor del que describe aquí.

De pronto, Jamie le quitó el cuadernillo de las manos y lo dejó a un lado.

—Tenemos que generar más material para la secuela —dijo, mirando a April con expresión traviesa.

Se sentó a su lado, la cogió por la cintura y levantándola casi en

vilo, la puso en su regazo.

—Estoy de acuerdo —dijo ella.

Le agarró el rostro entre las manos y lo besó.

Continuaron besándose mientras April se colocaba a horcajadas encima de Jamie.

Después de dar rienda suelta al deseo, el silencio se instaló cómodamente entre ellos.

April se acurrucó contra el cuerpo de Jamie, que le acariciaba la cabeza con suavidad.

—¿Crees que estamos listos? —preguntó April con voz un poco vacilante.

—¿Para vivir juntos? ¿O para ser los protagonistas de la novela de la señora Henderson? —dijo Jamie.

April esbozó una ligera sonrisa ante la segunda pregunta.

—Para ambas cosas —respondió.

Los dedos de Jamie se introdujeron entre los mechones de pelo de April.

—Creo que hemos estado preparados desde el primer día. Incluso cuando luchábamos contra nosotros mismos.

—Estás muy seguro —comentó April con suavidad, casi en un suspiro.

—Siempre lo he estado. —Su expresión se volvió pensativa—. Incluso cuando decías que me odiabas y tratabas por todos los medios de evitarme.

—¿Y si nos volvemos locos el uno al otro?

Jamie tomó aire.

—Tienes miedo de arruinar las cosas, de que todo se vaya al traste. Los dos lo tenemos —admitió.

Pasó la mano por el brazo de April en un gesto reconfortante.

April levantó la vista y sus ojos reflejaron los de él.

—Tener un poco de miedo es normal —dijo. Y una pequeña sonrisa se escapó de sus labios.

—Sí, sobre todo cuando hemos tenido experiencias en el pasado desagradables.

—¿Has vivido con alguna de tus parejas? —le preguntó April.

—Sí, con Katherine —respondió Jamie—. Ha sido la relación más larga que he tenido.

—¿Por qué se rompieron las cosas con ella?

—No compartía mi manera de ver las cosas. Éramos totalmente opuestos. Ella era una persona demasiado… —buscó la palabra—… elitista.

—Entiendo —susurró April, apoyando la cabeza en el pecho de Jamie.

—Pero esto va a salir bien, April —dijo Jamie—, porque nos queremos. Tendremos desacuerdos, por supuesto, pero los resolveremos.

April no tuvo más remedio que sonreír ante su optimismo, que era contagioso.

—Haremos que salga bien —dijo.

CAPÍTULO 53

Sarah parpadeó con un vaso de té chai en la mano.

—¡No me lo puedo creer! —dijo, cuando April le contó que Jamie y ella iban a vivir juntos en el ático del edificio.

—¿No te parece demasiado pronto? —April, que estaba sentada en un puf naranja que amenazaba con tragársela por completo, mordisqueaba con impaciencia el extremo de una pajita.

—Bueno, sí, quizás es pronto, pero ¿y qué? ¡Wow, April! ¡Es increíble! —exclamó Sarah.

April sintió un pellizco en el corazón. Estaba emocionada.

—Sí, lo es, ¿verdad? —dijo.

—Claro que lo es.

—Es una locura, pero Jamie lo propuso y… Bueno, la idea me encanta.

Sarah dio un trago de su té.

—Te encanta porque te mueres por sus huesitos —bromeó al otro lado de la pantalla.

April se echó a reír. No iba a negar lo evidente.

—Me preocupaba un poco que pensaras que era demasiado rápido —confesó, acariciándose el cuello.

Sarah acercó el rostro a la pantalla, como si así quisiera enfatizar sus palabras.

—April, el tiempo es una bobada en cuestiones de amor —comenzó—. Fíjate lo que te pasó con Colin. Llevabais años saliendo juntos, conociéndoos, y mira lo que hizo.

—Resultó que no lo conocía tanto.

—Por eso el tiempo no es un elemento que deba meterse en la ecuación del amor. Hay parejas que se ponen a vivir juntos después de años de noviazgo y rompen, y otras que se van a vivir al mes de conocerse y duran toda la vida.

—Tienes razón.

—Además, se te ve feliz, cariño. No sabes cómo te brillan los ojos.

April se pasó la mano por el pelo y en sus labios apareció una sonrisa algo tímida.

Sarah tenía razón, estaba loca por Jamie. No sabía cómo había llegado a ese punto, con lo reacia que estaba a tener una relación con un hombre después de lo que había pasado con Colin.

—Y Jamie es un tío genial —habló de nuevo Sarah—. Te adora.

Sarah realmente lo creía.

El día que había ido a Chicago y había estado con ellos, había visto la forma en que Jamie miraba a April, la forma en que la escuchaba atentamente, la forma en que la hacía reír hasta que le dolía la tripa.

—Lo sé —respondió April. Un rubor se extendió por sus mejillas.

—Ya no es tan odioso, ¿eh? —dijo Sarah en tono socarrón.

April se echó a reír. Dios, había dicho tantas veces que lo era, que ahora no tenía más remedio que tragarse sus propias palabras.

—No, ya no es mi *odioso* vecino, sino mi *adorable* vecino —dijo.

Sarah se unió a su risa.

—Yo lo vi desde el principio —comentó—. Supe que iba a pasar algo entre vosotros.

—Tú, Luna y todos los vecinos del edificio lo visteis rápidamente, incluso Jamie. La más lenta he sido yo —reconoció April.

—Pero porque estabas muy poco predispuesta a abrir tu corazón, cariño.

April movió la cabeza y gimió dramáticamente.

—Es cierto, tenía el corazón totalmente cerrado al amor.

—Cuando llegaste al edificio estabas en un estado emocionalmente inaccesible —afirmó Sarah.

April levantó una ceja.

—¿Emocionalmente inaccesible? —repitió—. Más bien estaba «hibernando emocionalmente».

Sarah dejó escapar una risotada.

—La verdad es que tenías menos alcance emocional que una cuchara.

Aquella comparación hizo que April carcajeara.

—Desde que pasó lo de Colin, empecé a construir muros a mi alrededor. Piedra a piedra, y los reforcé con vigas de acero, para que no los traspasase nadie —admitió—. Llevaba un montón de tiempo diciéndome a mí misma que «los hombres eran una mierda», «que no merecían la pena».

—Lo repetías como un mantra —dijo Sarah, sonriendo—. Deberías haberlos impreso en camisetas. ¡Podrías haber ganado una fortuna!

—Tal vez era demasiado extrema —comentó April.

—Es normal, teniendo en cuenta la situación por la que habías pasado. Pero Jamie ha sabido ganarte poco a poco.

—Y con mucha paciencia.

Se hizo unos segundos de silencio.

—April, estoy muy feliz por ti, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. —April soltó un suspiro—. Y me tranquiliza un montón saber que cuento con tu apoyo.

El apoyo de Sarah significaba mucho para ella. Incluso el peso de la decisión que había tomado de irse a vivir con Jamie se había aliviado un poco. Pero es que Sarah era más que una amiga, era como su hermana.

—¿Lo dudabas? —dijo ella—. Mi apoyo hacia ti es incondicional.

—Gracias.

—No seas tonta. —Sarah le quitó importancia—. Jamie y tú os enfrentaréis a desafíos, pero vosotros formáis un equipo, un equipo muy fuerte. No tengo ninguna duda de que trabajaréis juntos para superarlo.

Lo que ignoraban April y Sarah era lo pronto que llegaría el primer desafío.

El día de la mudanza se acercaba, y las cajas se acumulaban en ambos apartamentos mientras se preparaban para el cambio al ático.

April estaba en la sala de descanso de la clínica, hojeando revistas de decoración, cuando alguien tocó el timbre de la puerta principal.

—Voy yo —dijo, levantándose de la silla y saliendo de la sala—. Probablemente Mike se ha vuelto a olvidar las llaves.

La persona que estaba al otro lado de la puerta acristalada no era Mike. Era una mujer alta, elegantemente vestida con un traje de corte ejecutivo sin mangas, de pelo oscuro perfectamente liso y ojos azules.

April pensó que podría haber salido de la portada de una revista

de moda.

—¿La oficina de Jamie Mitchell? —preguntó, aunque su tono sugería que ya conocía el camino.

—En estos momentos el doctor Mitchell está con un paciente —logró decir April, al reconocerla.

Sarah se la había descrito meticulosamente. Era Katherine, la exnovia de Jamie. Había poco margen de error. Pero ¿qué hacía allí?

—Esperaré. —Katherine se acomodó elegantemente en una silla, poniendo una pierna encima de la otra—. Él querrá verme.

El corazón de April latía con fuerza cuando le envió un WhatsApp a Jamie.

Tu *exnovia está aquí.*

La respuesta de él fue inmediata.

Saldré enseguida.

Los ojos azules de Katherine se posaron en April.

—Tú debes de ser la vecina de la que todos hablan —dijo, para sorpresa de April—. La que dejó caer una caja en el coche de Jamie y le rompió el parabrisas.

Las noticias volaban, pensó April. ¿Cómo se había enterado ella de eso?

—Esa soy yo. —April se apuntó a sí misma con los pulgares—. Aunque ahora no solo somos vecinos —dijo, marcando claramente su territorio. No iba a dejar que aquella mujer la intimidara.

Katherine ladeó un poco la cabeza y sonrió. Pero April supo que no era una sonrisa sincera.

—Qué dulce —dijo con una nota de mordacidad en el tono—. Jamie siempre tuvo debilidad por... las cosas poco convencionales.

Antes de que April pudiera responder (que estaba dispuesta a hacerlo), Jamie salió de la sala en la que se encontraba examinando a un gato abandonado que los bomberos habían rescatado en el incendio de una nave a las afueras de Chicago.

Se quedó paralizado momentáneamente al ver a Katherine, con una expresión ilegible en el rostro.

—Katy. —Su voz tenía una cuidada neutralidad, como si la hubiera estado ensayando durante mucho tiempo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿No puedo visitar a un viejo amigo? —Katherine se puso de pie. En ella era todo elegancia, gracia y saber estar—. Tu padre mencionó que rechazaste otra oferta de asociación con el grupo veterinario más importante del país, y pensé que tal vez deberíamos hablar.

April observó cómo se tensaba la mandíbula de Jamie.

—No hay nada de qué hablar —dijo él.

—¿No? —Katherine se acercó, quedando a un par de metros de Jamie—. ¿Ni siquiera sobre cómo estás desperdiciando oportunidades por jugar a las casitas con tu vecina? —Había desdén en su voz.

—No… —Jamie se calló de golpe y apretó los dientes—. April no entra en esta discusión. —Su tono contenía una advertencia.

—Todo está sujeto a discusión, Jamie. Ese fue siempre nuestro problema: que evitabas conversaciones importantes —le echó en cara Katherine.

—Ese no fue nuestro problema —rebatió él.

Luna eligió aquel momento para salir de la sala de descanso, siguiendo a April y el murmullo de las voces.

Echó un vistazo a Katherine y se plantó firmemente entre ella y Jamie, con las orejas levantadas.

Katherine le echó un vistazo.

—¿Sigues coleccionando perros callejeros? —Su risa era ciertamente desdeñosa.

April la fulminó con la mirada, aunque Katherine no le estaba prestando atención, pero ¿quién se había creído aquella mujer que era? Luna no era ningún perro callejero. Menos mal que no tenía nada a mano para lanzarle, como una grapadora o un pisapapeles, si no se lo hubiera lanzado.

—Algunas cosas nunca cambian —añadió Katherine.

—Y otras sí —aseveró Jamie con contundencia. Se acercó a April y le pasó el brazo por la cintura—. Como estar seguro de lo que quiero.

—¿Y lo que quieres es esto? —Katherine señaló con el dedo índice el perímetro de la clínica—. ¿Ser un veterinario de urgencias de poca monta en lugar del futuro que planeamos juntos?

April sintió que Jamie se tensaba a su lado.

—Será mejor que me vaya —dijo—. Tenéis cosas que hablar.

No sabía por qué. O sí, pero April se sentía fuera de lugar. Como si se estuviera inmiscuyendo en un asunto que no iba con ella, como si aquello no fuera de su incumbencia.

Y en realidad no lo era. Tenía la sensación de que Jamie y Katherine tenían asuntos pendientes que debían resolver. Sin ella.

—Puedes quedarte —dijo Jamie.

Pero la inseguridad y otras tantas cosas ya habían empezado a mostrar sus tentáculos. April cogió a Luna en brazos.

—Luna necesita dar un paseo —se excusó.

Y ella también. Sobre todo, ella.

Dio media vuelta y se marchó.

Huyó antes de que Jamie pudiera decir algo.

Luna se fue de mala gana, después de lanzarle a Katherine una última mirada.

CAPÍTULO 54

Chicago se desdibujaba mientras April caminaba por sus calles. Su mente repasaba las perfectamente dirigidas indirectas que le había lanzado Katherine.

Ella era todo lo que April no (o eso era lo que ella pensaba), y formaba parte del mundo de Jamie. Habían sido novios. Seguro que ellos nunca habían tenido divertidos incidentes con arañas a medianoche, o había sido pillada mientras le seguía a restaurantes…

Su teléfono vibró repetidamente. Tenía varios WhatsApp.

Jamie: *¿Dónde estás?*

Sarah: *¿La señora Henderson me ha dicho que ha aparecido Katherine, la ex de Jamie? Se lo ha contado Mike. ¿Necesitas hablar?*

Mike: *El jefe tiene cara de asesino. ¿Qué ha pasado?*

April silenció el móvil y se lo guardó en el bolso.

Después de una hora de vagar sin rumbo, se encontró delante de la tienda de artículos de arte que había estado evitando desde que se mudó a Chicago. El escaparate exhibía caballetes y lienzos. Para ella, vestigios de la vida que había abandonado por cuestiones prácticas, y porque tenía que pagar el alquiler y las facturas.

—Estoy seguro de que eres una artista tan brillante como tu padre.

April se giró y encontró a Jamie detrás de ella, de pie en medio de la acera, con los brazos cayendo sobre los costados.

—¿Cómo me has…?

—¿Encontrado? —Jamie terminó la pregunta por ella—. Tenía la intuición de que acabarías viniendo aquí, de alguna manera. Hemos hablado varias veces de esta tienda, y he visto cómo te brillan los ojos cuando la nombras.

—Jamie…

Él alzó una mano.

—Déjame terminar, por favor. —Se acercó a ella—. Katherine apareció solo para darme un mensaje de mi padre. Otro intento para que regrese al negocio familiar; o al redil, como me gusta decirlo a mí. Katherine pensó que usar nuestra historia me haría reconsiderar las cosas.

—¿Y lo hizo? —preguntó April con el corazón en vilo.

—April… —Sus manos enmarcaron su rostro—. Lo único que me ha hecho ver Katherine ha sido lo bueno que es esto: tú, yo, nuestra historia. No quiero algo perfecto y pulcro. —April lo miró a los ojos —. Quiero que me busques cuando te encuentres una araña y creas que te quiere asesinar, quiero que nos quedemos hablando hasta las tantas de la madrugada como hacemos ahora, y que sigas robándome las camisetas para ponértelas porque son muy cómodas.

—Es que son muy cómodas. —La risa de April transmitía alivio.

—Lo sé.

—Ella encaja mejor en tu mundo —comentó April.

—No. —La voz de Jamie se volvió seria—. Ella encaja en el mundo de mi padre. Tú encajas en el mío. El que yo elegí, con mi clínica de urgencias y ayudando a animales que lo necesitan. Katherine representa todo aquello de lo que me alejé, porque nunca fue mi sueño. Era el de mi padre.

April ladeó el rostro para sentir más la mano de Jamie.

—Katherine es muy guapa —dijo.

Las muchas inseguridades que tenía April se agitaban en su interior. Eran como un monstruo dispuesto a salir en cualquier momento. A dejarse ver.

—Tú eres muy guapa —afirmó Jamie. Sus ojos reflejaban sinceridad—. Incluso cuando huyes de las conversaciones que necesitamos tener.

—No estaba huyendo.

—¿No? Yo creo que sí. ¿O es que Luna necesitaba un paseo urgente en la otra punta de la ciudad?

Aquello hizo sonreír a April a pesar de todo.

—Eres imposible.

—Lo sé. —Él la acercó más—. ¿Estás lista para hablar sobre por qué te molestó realmente la presencia de Katherine?

—Porque es sofisticada y segura de sí misma… y porque a ella no la han dejado plantada en el altar —confesó April.

—No, ella solo me daba ultimátums sobre qué decisiones profesionales tenía que tomar —dijo Jamie con un punto de ironía en la voz. Su expresión se suavizó—. Elegí esta vida, April. La clínica, los casos urgentes de animales rescatados, el edificio de locos en el que vivo, la relación sentimental con mi vecina. La elijo todos los días.

—¿Incluso cuando me siento insegura? —preguntó April, dejando entrever la verdadera razón por la que había salido corriendo.

—Especialmente en esos momentos. —Jamie le dio un beso en los labios—. Aunque tal vez podríamos discutir tranquilamente estas cosas en vez de llevar a Luna a paseos tan largos. Vas a agotarla.

Luna ladró, aparentemente de acuerdo.

April bajó la vista hacia ella.

—Traidora —susurró, pero su tono de voz expresaba cariño—. Se supone que debes de estar de mi lado.

—Ella está del lado que haga feliz a su humana —corrigió Jamie —. Incluso cuando es increíblemente terca.

April esbozó una sonrisa.

—Lo siento —se disculpó.

—Entiendo tu reacción —dijo Jamie—. Sé que lo que te hizo Colin te ha marcado para siempre y que eso ha generado en ti mucha desconfianza.

April bajó la cabeza.

—No debería permitir que condicionara mi vida —dijo, apesadumbrada, pero era algo que no podía evitar. Era puro instinto de supervivencia.

—April, mírame.

Jamie puso los dedos debajo de su barbilla y le levantó el rostro para que lo mirara.

—Es normal. Fue un hecho muy traumático. Pero lucharemos juntos para que quede atrás.

April lo abrazó, pensando que siempre era mejor enfrentar los miedos juntos. Jamie la rodeó con los brazos y la estrechó contra él.

—Gracias —susurró April contra su pecho.

—¿Por qué?

—Por todo.

Jamie le pasó la mano por el pelo.

Cuando se separaron, April lanzó una última mirada al escaparate de la tienda de arte, contemplando todos los materiales que había al otro lado del cristal.

—Cómpralos —dijo Jamie en voz baja, pegado a su oído.

—¿Qué? —farfulló April.

—Compra todo lo que necesites para pintar. Monta un estudio en

el ático. Pinta de nuevo.

April estudió su rostro a la luz de la tarde: la calidez en sus ojos, la ligera tensión en su mandíbula, la forma en que la miraba como si ella fuera todo lo que nunca supo que necesitaba, como si fuera todo su mundo, su universo.

—Te quiero —dijo de repente, y puso en las palabras todo el corazón.

Jamie le acarició la mejilla.

—Y yo te quiero a ti. —Se inclinó sobre ella.

Luna ladró un par de veces y comenzó a agitar la cola cuando Jamie le dio a April un beso de esos que describía la señora Henderson en sus novelas románticas.

—Ahora vamos a comprar algunos materiales de arte —dijo Jamie contra sus labios—. Luego podremos trabajar en el tema de la comunicación entre nosotros y llegar a la conclusión de que huir no soluciona nada.

La risa de April se mezcló con el sonido de la vida de la ciudad.

CAPÍTULO 55

La tienda de arte se convirtió en una especie de santuario mientras April deambulaba por los pasillos, acariciando con los dedos los materiales que había en las diferentes estanterías.

Jamie la seguía con una cesta en la mano que cada vez estaba más llena, al tiempo que contaba historias sobre por qué abandonó él su afición.

—Hace años que no toco un violín —admitió—. No desde que elegí ser veterinario en lugar de quedarme en el negocio familiar.

—¿Por qué no? —le preguntó April, deteniéndose frente a una hilera de caballetes de madera.

—Porque era parte de esa vida que quería dejar atrás. Y lo asocio a ella —respondió Jamie—. Recitales los domingos, eventos de caridad, galas benéficas. Siempre demostrando que el apellido Mitchell era sinónimo de cultura y refinamiento. —Su expresión se volvió pensativa, rememorando aquellos tiempos—. Katherine solía decir que tocar un instrumento demostraba una educación distinguida.

April resopló.

Qué casposo y anticuado sonaba aquello, por Dios.

—¿En lugar de tratar a animales rescatados y salir con vecinas patosas y asustadizas? —dijo, poniendo una nota de humor a la conversación.

—Exactamente —respondió Jamie—. Aunque prefiero las

urgencias a medianoche para atrapar arañas que los recitales de los domingos.

—Hablando de Katherine... —April seleccionó un juego de pinceles de varios tamaños que había en una estantería—. Parecía muy segura sobre tu futuro.

—Pero es un futuro que yo nunca quise. Sin embargo, estoy muy seguro del que tengo ahora contigo.

—A pesar de que yo no sea…

Jamie alzó el dedo índice.

—Si dices «sofisticada» o «refinada» o «adecuada», o cualquier otra cosa que Katherine te parezca, te besaré aquí mismo, en la sección de pintura acrílica, para demostrarte lo contrario.

April se echó a reír.

—Eso no es muy profesional, doctor Mitchell.

—Puede, pero lo haré —aseveró él (y April no tenía ninguna duda de que lo haría)—, hasta que la dueña de la tienda se vea obligada a llamar a la policía para que nos saquen de aquí.

Las ruidosas carcajadas de April hicieron que varias personas que andaban por la tienda giraran sus cabezas hacia ellos.

—Además, tú eres todas esas cosas, ¿es que no lo ves? —añadió Jamie.

El teléfono de April sonó. Ella abrió el bolso rápidamente y lo cogió.

Era una videollamada de Sarah. Descolgó.

—April, ¿estás bien? —le preguntó su amiga en tono preocupado.

—Ahora ya sí —dijo ella.

—¿Qué narices ha pasado?

April miró a Jamie, que estaba a su lado.

—Ah, hola, Jamie —saludó Sarah al verlo a través de la pantalla.

Jamie agitó la mano.

—Hola, Sarah —dijo.

—Dime, April, ¿qué narices ha pasado? —volvió a decir ella.

—Me han entrado algunas inseguridades al ver a Katherine.

—¿Por qué? Esa tía ya no forma parte de la vida de Jamie. —Sarah desvió los ojos hacia él—. Ya no forma parte de tu vida, ¿no?

—Pues claro que no —respondió él.

—Bueno, ya sabes qué problema tengo… —dijo April, pasándose la mano por el cuello.

Jamie intervino en la conversación.

—Voy a dar una vuelta por la tienda, para que podáis hablar a solas.

April sonrió.

Sarah llamó su atención al otro lado de la pantalla cuando Jamie se alejó.

—April, por Dios, tienes que dejar todos esos complejos atrás.

Ella suspiró, mirando hacia la estantería de los botes de pintura, como si buscara respuestas en ellos.

—Lo sé, lo sé… —dijo—. Es solo que… no puedo evitar sentirme insegura a veces. Y cuando he visto a Katherine…

Era tan alta, tan guapa, tan elegante.

Sarah sonrió comprensivamente al otro lado de la pantalla.

—Escucha, cada relación es diferente. Lo que te pasó no define lo que tienes ahora con Jamie. Ni lo que él tuvo con Katherine define lo que tiene ahora contigo.

April levantó la vista y se encontró con la mirada amistosa de

Sarah.

—¿Y si nunca dejo de comparar las historias? ¿De compararme a mí? ¿De comparar a Jamie con Colin? —preguntó en un susurro.

—Entonces recuerda una cosa —dijo Sarah en tono cálido—. No eres Katherine, ni necesitas serlo, y Jamie no es ni mucho menos el idiota de Colin. Tú eres tú, April. Una tía súper especial; brillante y valiente. Jamie ve todo eso en ti, igual que lo veo yo.

April sonrió débilmente.

—Siento ser tan pesada —dijo.

—Siempre estaré aquí para recordarte lo maravillosa que eres —contestó Sarah.

—Y yo. —La voz de Jamie sonó detrás de April.

Ella se volvió y le sonrió. Él se acercó y depositó un beso en su cabeza.

—Vale, hasta aquí el momento cursi —dijo Sarah—. No quiero empezar a dar arcadas —bromeó—. Por cierto, ¿dónde demonios estáis? —les preguntó.

—En una tienda de arte —respondió April.

Sarah levantó un poco las cejas.

—¿Estás planeando retomar tu afición a la pintura? —dijo, con una sonrisa esperanzada en el rostro.

April tocó un juego de acuarelas, recordando las lecciones que había recibido de su padre cuando era una niña.

—Tal vez es hora de dejar de huir de algo más que de conversaciones difíciles —contestó April.

—Qué poético —murmuró Jamie contra su cabello—. La verdad es que prefiero que corras hacia mí en lugar de alejarte.

April y Sarah rieron.

—¡No sabes cómo me alegro! —exclamó Sarah—. Creo que te va a venir genial. Pintar es parte de quien eres.

April esbozó una sonrisa tímida, recordando las horas que solía pasar perdida en sus creaciones, llenando lienzos de luz y color.

—Espero no haber perdido el *punto* —dijo con una risilla nerviosa.

—Yo estoy seguro de que no. Confía en ti —afirmó Jamie con convicción—. Retomar la pintura te va a reportar más beneficios de lo que te imaginas.

—Jamie tiene razón —intervino Sarah—. Pintar siempre fue tu forma de expresarte, tu manera de encontrar paz —dijo—. Por cierto, espero que seáis conscientes de que la señora Henderson va a narrar todo esto en alguna secuela de vuestra historia que se sacará de la manga.

Jamie se echó a reír y April suspiró.

—Yo no tengo ninguna duda de ello —dijo Jamie—. No sería la señora Henderson si no lo hiciera.

—A mí solo me queda resignarme —repuso April, aunque había buen humor en sus palabras.

Los tres rieron.

CAPÍTULO 56

La noche los encontró en el departamento de Jamie, rodeados de materiales de arte y las sobras de un salteado de verduras con brochetas de carne que habían hecho para cenar.

April estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas a estilo indio, esbozando en un cuaderno algunas ideas que luego llevaría a un lienzo, mientras Jamie miraba las partituras esparcidas que había a su alrededor.

—¡La encontré! —anunció, sosteniendo en la mano una libreta desgastada—. Mi última composición antes de dedicarme por completo a ser veterinario.

April alzó la vista.

—¿La tocas para mí? —le preguntó.

Los dedos de Jamie se tensaron ligeramente.

—Hace tanto tiempo que no toco el violín, que no sé si seré capaz —dijo.

—Yo también hacía años que no había tocado un pincel —respondió April suavemente, alzando el pequeño estuche de acuarelas que había comprado en la tienda de arte—. Hasta hoy.

A través de las ventanas abiertas, les llegaban los sonidos de la ciudad. Un telón de fondo que parecía perfecto para acompañar los nuevos comienzos.

April observó desde su sitio cómo Jamie se acomodaba en el hombro el violín que había desenterrado de entre los cachivaches

que tenía en el trastero.

Apoyó con cuidado la barbilla en la base del instrumento y pasó el arco por las cuerdas.

La melodía comenzó vacilante. Años de silencio y abandono hicieron que sus manos normalmente seguras, titubearan un poco. Pero a medida que la música fluía, algo cambió.

April se encontró pintando con el pequeño pincel al ritmo de las suaves notas musicales que salían del violín, capturando el momento con los trazos rápidos que dejaban las acuarelas.

—Ese soy yo con el violín —se dio cuenta Jamie, deteniéndose para estudiar el boceto.

—Sigue tocando —lo instó April—. Aún no he terminado de acomodarme de nuevo en la pintura y necesito un poco más de tiempo para consolidar los trazos.

La risa de Jamie se mezcló con el siguiente acorde.

—Una metáfora muy sutil, Carter —dijo.

April le miró de reojo.

—Aprendí del mejor. —Añadió algunas sombras a la silueta que había plasmado en el papel.

Jamie pasó el arco más despacio por las cuerdas del violín. La música se atenuó.

—Mi padre me llamó después de que se fuera Katherine —dijo.

La mano de April se detuvo en el aire. Su expresión reflejaba una mezcla de preocupación y curiosidad.

—¿Y?

—Quería saber si definitivamente estaba eligiendo una «clínica de poca monta» en lugar del legado familiar.

—¿Y qué le has dicho? —La pregunta de April sonaba cautelosa, como si temiera la respuesta.

Los dedos de Jamie encontraron una nueva melodía, algo más suave, más íntimo. Las notas fluían como un susurro en la noche, llenando el salón con una calidez reconfortante. Cada acorde parecía un diálogo secreto entre el violín y Jamie.

—Le he dicho que he elegido la felicidad —respondió, sin dejar de tocar.

Cerró los ojos y se dejó llevar por la corriente de emociones que emergían con cada nota que le arrancaba a las cuerdas del violín.

April sonrió suavemente, admirando la determinación que mostraba el rostro de Jamie.

—A veces me sorprenden tus respuestas —comentó.

Jamie dejó escapar una pequeña risa.

—Hace años que dejé de tratar de complacer a mi familia.

—Es muy valiente lo que haces.

—Al principio tuve dudas, pero recordaba cómo me hacía sentir mi profesión, los animales… y todo cobraba sentido. —Jamie hizo una pausa en su interpretación y dejó de tocar—. Y contigo me pasa igual —dijo, mirando a April—. Tú eres lo único que necesito para recordarme por qué elegí este camino.

Ella sonrió abiertamente.

Jamie volvió a pasar el arco por las cuerdas del violín, sumergiéndose de nuevo en la melodía.

—¡Sois perfectos el uno para el otro! —De pronto oyeron la voz de la señora Henderson.

April y Jamie dejaron lo que estaban haciendo y salieron al balcón.

La señora Henderson se encontraba de pie en el suyo con un cuaderno y un bolígrafo en las manos.

April no se lo podía creer. Aquella mujer necesitaba terapia, o

algo.

—Esta escena es de Óscar. Tendrían que hacer una película con vuestra historia —dijo la señora Henderson, entusiasmada. Se le iluminaron los ojos cuando los vio salir al balcón—. Es tan emocionante, tan romántico… Pero sigo pensando que no le vendría mal agregar más dramatismo.

—¿Más? —dijo April, abriendo los ojos de par en par.

—Nunca hay suficiente dramatismo, querida —repuso la mujer.

—Señora Henderson… —comenzó Jamie, pero ella ya estaba tomando notas en su cuaderno.

—«Los protagonistas expresan sus miedos e inquietudes a través del arte» —empezó a narrar—. «Mientras su fiel mascota observa con aprobación…»

Luna, que había saltado de su cuna y había salido al balcón, ladró, claramente disfrutando de su momento literario. Estaba encantada de formar parte de aquel loco proyecto de novela.

—¿Usted no descansa nunca? —le preguntó April. ¿Cómo hacía para documentarlo todo?

—No estos días, querida. Tengo las musas a pleno rendimiento —respondió la señora Henderson.

—Las musas, y nosotros también estamos a pleno rendimiento —intervino Jamie—, que no dejamos de suministrarle material para la secuela de su novela.

—¡Y qué material! —exclamó la mujer sin dejar de escribir en el cuaderno.

—¿Le importa si seguimos con lo nuestro? —dijo Jamie, cogiendo la mano de April y tirando ligeramente de ella.

—Oh, no, no, por supuesto que no —contestó la señora Henderson—. «Los amantes buscan el silencio de la soledad…» —leyó en voz alta al tiempo que escribía.

April se echó a reír mientras volvían al salón.

—Madre mía como suena eso de «los amantes».

—Muy mal —dijo Jamie, también riéndose.

Sus risas se mezclaron con los sonidos de Chicago que entraban por la ventana.

—Aunque… te confieso que ahora me está apeteciendo mucho hacer cosas «de amantes» —murmuró Jamie, llevando a April hacia su dormitorio.

—Y a mí —afirmó ella con voz pícara.

—Lo que va a pasar entre nosotros en este momento es mejor que no lo escuche nadie —susurró Jamie.

—¿Qué pasa con eso de darle a la señora Henderson material para la secuela?

Una sonrisa traviesa se dibujó en los labios de Jamie.

—Algunas escenas es mejor no documentarlas —dijo, se inclinó y dio a April un beso en el cuello.

Ella sintió un estremecimiento de anticipación.

CAPÍTULO 57

La luz de la mañana se filtró a través de las ventanas del dormitorio cuando April se despertó y encontró ya a Jamie con el violín en el hombro. La mano moviendo el arco sobre las cuerdas.

Luna estaba sentada a su lado, con la cabeza ladeada mientras absorbía la melodía que comenzaba a sonar.

—Estás mejorando —observó April, envolviendo con sus brazos la cintura de Jamie desde atrás. Depositó un beso en el hombro.

—Todavía estoy algo oxidado —contestó él. Su mano encontró las de ella—. Aunque vale la pena practicar.

Jamie se giró para mirarla. Se inclinó y le dio un beso en los labios.

—Me encanta despertarme contigo al lado —dijo.

—Y a mí —afirmó April.

El sonido del timbre los interrumpió.

—¿Quién coño es a estas horas? —gruñó Jamie.

—¿La señora Henderson? —sugirió April en tono socarrón.

—¡Dios, espero que no!

Jamie se dirigió a la puerta.

Cuando abrió, allí estaba Katherine, viéndose de alguna manera incluso más refinada que el día anterior.

—Buenos días —lo saludó.

—Buenos días —correspondió Jamie.

April apareció detrás de Jamie.

—Oh, estás aquí —masculló Katherine al verla.

April se tensó.

—Es normal que April esté aquí —dijo Jamie con firmeza—. Es mi novia. Aunque tengo curiosidad por saber por qué estás tú aquí.

—Tu padre me ha enviado con los papeles para que los firmes y te unas a su sociedad. —Katherine sacó un sobre grueso de la carpeta de cuero que llevaba debajo del brazo—. Una última oportunidad para que dejes de jugar a ser el héroe de un pequeño pueblo.

April detestaba que Katherine fuera tan despectiva. Pero en aquella ocasión no iba a quedarse callada.

—¿Jugar a ser el héroe de un pequeño pueblo? —No pudo evitar reírse—. Realmente no conoces a Jamie en absoluto, ¿verdad?

Las perfectas cejas de Katherine se alzaron.

—¿Perdona? —dijo, sorprendida por la reacción de April.

—Jamie no juega a nada —aseveró ella. De pronto sintió que la confianza reemplazaba a la inseguridad—. Eligió ser veterinario de urgencias porque es importante. Construyó su clínica de la nada porque quería ayudar a los animales que más lo necesitaban. Eso no es jugar a ser un héroe, es serlo —sentenció.

La expresión de Jamie se suavizó cuando le oyó defenderlo.

—Muy conmovedor. —El tono de Katherine era frío como un témpano de hielo cuando se dirigió a él—. Sin embargo pienso que esta felicidad que crees que tienes te ha nublado el juicio y no te permite distinguir cual es el verdadero éxito.

—¿Y cuál es, según tú, el verdadero éxito? —Jamie se cruzó de brazos—. ¿Un tipo que tiene una buena educación y acude a eventos sociales? —dijo con burla—. ¿O el tipo que duerme cada noche sabiendo que ha marcado una diferencia?

—Jamie…

Él alzó la mano.

—No, Katy. No puedes venir aquí con los ultimátums de mi padre y tirar por tierra lo que he conseguido. —Su voz tenía acero—. Elegí esta vida. Elegí montar mi propia clínica, los casos de urgencias para los animales de personas que no tienen recursos, y por supuesto elijo la relación perfectamente imperfecta que tengo con April. Lo elijo todos los días.

—El inalcanzable Jamie Mitchell redimido por una chica patosa y su perrito callejero —la risa de Katherine no contenía humor.

—Ten cuidado con lo que dices —le advirtió Jamie.

April podría haberle saltado a la yugular (es lo que se merecía), pero tenía más clase que aquella mujer.

—Jamie lo único que ha hecho ha sido elegir su propio camino —aseveró.

Katherine suspiró, dejando caer la máscara de sarcasmo durante unos instantes.

—Solo me preocupa que estés sacrificando demasiado por… esto.

—¿Sacrificando? —Jamie sacudió la cabeza—. Estoy ganando más de lo que jamás imaginé posible. La satisfacción de ayudar a quienes realmente lo necesitan y el amor de una persona que me acepta tal como soy, sin darme ultimátums, sin obligarme a elegir… Eso no es un sacrificio.

April se llenó de orgullo al oír aquellas palabras.

Katherine miró a Jamie durante unos segundos antes de hablar de nuevo.

—Siempre has sido demasiado rebelde —dijo.

Jamie cambió el peso del cuerpo de un pie al otro, manteniendo su postura firme.

—No se trata de ser rebelde, se trata de ser fiel a uno mismo —dijo—. Lo que tengo ahora es real. No es una fachada ni algo impuesto. Es mi vida, construida con mis propias decisiones.

—Tu padre no aceptará esto nunca —dijo Katherine.

—Menos mal que dejé de buscar su aceptación hace muchos años —contestó Jamie.

Katherine dirigió a April una mirada de desdén. Después posó los ojos en Jamie.

—Espero que tengas razón y que no termines arrepintiéndote —dijo en tono de suficiencia.

—Adiós, Katy —dijo Jamie—. Yo espero que encuentres lo que estás buscando, porque nunca estuvo aquí.

Cuando Katherine se giró, miró horrorizada la audiencia que estaba en el rellano. Varios vecinos se habían concentrado para presenciar el enfrentamiento, y salir en defensa de Jamie y April si era necesario. Entre ellos estaba la señora Henderson.

Katherine negó con la cabeza. ¿Cómo era posible que Jamie dejara un prometedor futuro por… aquello?

Pero ya no era asunto suyo.

Echó a andar hacia el ascensor. Cuando desapareció tras las puertas de acero, un silencio cayó sobre el rellano.

—Esto es mejor que una telenovela turca —dijo la señora Henderson, rompiendo la tensión del momento.

—Ni que lo digas —habló la señora Abernathy, asintiendo con entusiasmo.

—Es maravilloso ver cómo triunfa el amor —afirmó la señora Peterson.

—Acabas de darme una idea para una frase —dijo la señora Henderson—. «Los protagonistas triunfan sobre los obstáculos externos y su amor se fortalece a través de la adversidad».

La señora Peterson se inclinó hacia ella.

—Esa novela va a ser todo un éxito —dijo.

—Cuando la publiques, crearemos un club de lectura. Imaginaos las charlas que vamos a tener —apuntó la señora Abernathy.

Las tres mujeres intercambiaron una mirada cómplice, disfrutando del momento.

—El espectáculo ha acabado —afirmó Jamie.

—Esperaremos al siguiente acontecimiento —dijo la señora Henderson.

—No va a volver a haber ningún acontecimiento de este estilo —dijo April.

—En vuestra historia yo no estaría tan segura —repuso la señora Henderson.

—Nosotras estamos totalmente de acuerdo —dijo la señora Abernathy, que hablaba también por la señora Peterson.

—Que pasen un buen día, señoras —dijo Jamie a modo de despedida.

—Igualmente —contestó la señora Henderson.

Jamie y April regresaron al piso y cerraron la puerta.

CAPÍTULO 58

—¿Una cena? —April miró a Jamie desde el otro lado del salón del ático, que estaba lleno de cajas—. ¿Estás seguro de que es una buena idea con todo el lío de la mudanza? —le preguntó.

—Sí, creo que es un buen momento. —Jamie sacó de una de las cajas los utensilios de cocina—. Mis amigos de la universidad están en Chicago y se mueren por conocer a la mujer que ha reformado al inalcanzable doctor Mitchell. —Sonrió—. Además, así podrán ver el ático.

April suspiró, mirando el caos que era su nuevo hogar.

Las cajas estaban apiladas por las esquinas, y todavía no habían tenido tiempo de desempaquetar lo esencial.

—Bueno, si no les importa comer entre cajas de cartón y papel de burbujas… —dijo.

Jamie sonrió mientras cogía otra caja y la abría para ver su contenido.

—Les encantará, y podemos decirles que es una nueva moda de decoración.

April se echó a reír.

—Encanto bohemio —rio suavemente—. Espero que también encuentren encantador el menú improvisado que vamos a preparar.

Jamie movió la mano en el aire.

—No te preocupes por eso. Pediremos algo a domicilio y asunto

arreglado.

—Vale.

A media tarde, April recibió un WhatsApp de Sarah.

Así que vas a cenar con los amigos de Jamie ?? . (April le había escrito anteriormente para contárselo).

April sonrió.

Es solo una reunión de amigos.

¿Solo una reunión de amigos?

Es vuestra primera reunión oficial como pareja, en el ático en el que vais a vivir juntos. Es algo muy importante para afianzar la relación.

April no quiso empezar a agobiarse pensando en ello.

Tienes razón, pero no quiero ponerme nerviosa.

Solo quiero conocer a los amigos de Jamie

y disfrutar de la noche.

Sé tú misma y todo saldrá bien ?? *. Estoy segura de que a ellos*

les va a encantar conocerte.

Espero encajar.

Por supuesto que vas a encajar.

¿Acaso te crees que los amigos de Jamie son marcianos?

April dejó escapar una carcajada. ¿Cómo no iba a decir Sarah alguna tontería de las suyas?

Advirtió que volvía a escribir.

Y ya sabes que una buena manera de romper el hielo es hacer preguntas (no indiscretas, claro).

Eres de lo que no hay, Sarah.

Pero me quiereeeees.

¡¡Por supuesto que te quiero!!

No te entretengo más, que disfrutes. Besooos ?? .

Besooos 😘

Jamie se encargó de despejar el salón lo mejor posible, apilando las torres de cajas contra las paredes. April sacó unas velas aromáticas que había encontrado en una de sus cajas etiquetada como «decoración» y las distribuyó estratégicamente por la estancia.

La noche llegó con una velocidad inevitable, y aunque el ático estaba lejos de estar ordenado, al menos tenía cierto encanto.

Los amigos de la facultad de veterinaria de Jamie, Alex y Michael, llegaron puntuales.

—Oye, este ático tiene mucho potencial —comentó Alex, mirando a su alrededor, después de hacer las correspondientes presentaciones.

—Pero ahora está oculto bajo montañas de cajas —dijo April.

—Con las cajas hay que tener cuidado —dijo Michael, acomodándose en el sofá nuevo.

April sintió que se le calentaban las mejillas.

—Yo lo sé mejor que nadie —contestó.

Se echaron a reír.

—No me quiero imaginar cómo se puso Jamie —dijo Michael—. Para él su coche es intocable.

—Y encima lo acababa de estrenar —apuntó Alex.

—La verdad es que he de decir que en aquel momento lo odié. Lo odié mucho —bromeó April.

—No me extraña —dijo Michael—. Quizás hubieras querido que la caja le hubiera caído encima a él. —Guiñó un ojo a April en un gesto de complicidad con ella.

—Lo pensé —afirmó April.

—Muy graciosos —farfulló Jamie, al tiempo que descorchaba una botella de vino tinto y servía cuatro copas.

Alex se echó a reír.

—No te quejes, que gracias a eso la conociste —dijo.

—Se lo he dicho mil veces. —Jamie miró a April—. Y aunque me jodió el parabrisas, fue la manera en que llegó a mi vida.

Alex ladeó la cabeza.

—Oh, qué bonito… —dijo con voz melosa—… y qué cursi —añadió después.

Los cuatro se echaron a reír.

—Bueno, así tenemos una buena historia que contar en las cenas —dijo April.

Michael levantó la copa para proponer un brindis.

—Por los tropezones, las cajas voladoras y los parabrisas rotos que traen el amor —dijo.

Todos chocaron las copas entre risas y dieron un sorbo de vino.

—La verdad es que la culpa del tropezón fue de Luna —explicó April—. No es que yo sea una patosa —se excusó.

Luna ladró desde su cama, como si ratificara aquella afirmación.

—¿Tú fuiste la artífice? —le preguntó Alex, desviando los ojos hacia la Yorkshire.

Luna volvió a ladrar.

—Vaya, vaya… —dijo Michael.

—Sí —respondió Jamie—. Ha sido nuestra casamentera desde el principio. Y se toma muy en serio su trabajo. El resto lo hicieron encuentros en la lavandería, ascensores averiados y arañas en baños a medianoche.

—Ah, sí, lo de la araña perversa —dijo Alex.

—¡Era perversa! —se defendió April.

—Y te miraba perversamente con sus ocho ojos, ¿verdad? —dijo Jamie.

—Deja de burlarte de mí —dijo April, dándole un pequeño golpe en el hombro, mientras intentaba no reírse.

Luna observó su intercambio con evidente diversión, agitando la cola de un lado a otro, disfrutando claramente de la reunión de los amigos de sus humanos.

—Bueno, al menos no te encontraste una cucaracha —intervino Michael—. Esas sí que son difíciles de atrapar, con lo que corren, igual todavía estaríais detrás de ella.

—Pues no quiero pensar si hubiera sido voladora —dijo Alex.

April levantó las manos en señal de rendición.

—Vale, admito que quizás exageré un poco… pero solo un poco —dijo.

Las risas llenaron el ático.

La tarde se hizo más oscura y las luces de la ciudad brillaron debajo de las ventanas del ático.

Los amigos de Jamie se habían lanzado a contar historias, y cada revelación hacía que April se enamorara un poco más del que había sido su odioso vecino.

—Deberías haberlo visto, April —recordó Alex, haciendo un gesto con su copa de vino—. Completamente obsesionado con el protocolo y con seguirlo rigurosamente, hasta que ese gato al que le faltaba una pata apareció en la clínica de urgencias.

—Archie —dijo ella en voz baja, recordando la historia que le había contado Jamie el día que habían tenido su cita «oficial».

—Se pasó tres días seguidos monitoreando a ese gato —añadió Michael—. Rompió todos los protocolos. Fue entonces cuando supimos que la medicina veterinaria de urgencia era su verdadera vocación.

Los dedos de Jamie acariciaban el brazo de April.

—Archie me enseñó que a veces la mejor medicina no sigue ningún protocolo y sí la intuición.

April observó a Jamie con sus amigos. Se fijó en la forma en que su máscara profesional caía ante las personas que conocían su historia, o cómo su risa se aligeraba con cada anécdota que compartían.

—Contadme más sobre el Jamie de la facultad —pidió.

—Oh, Dios… —gimió él. Sin embargo sus amigos ya estaban lanzándose a contar historias.

Historias de sus primeras cirugías, con manos nerviosas y decidida concentración. La manera en que desafiaba a aquellos profesores que descartaban los casos urgentes menos prestigiosos. Sus silenciosas donaciones a refugios locales incluso cuando tenía dificultades para pagar el alquiler.

Alex y Michael intercambiaron miradas.

—¿Deberíamos contarle el incidente de la gala benéfica? —dijo Alex.

El gemido de frustración de Jamie solo los animó más.

—Imagínate esto, April —comenzó Michael, ignorando las protestas de Jamie—. Recaudación de fondos en un hospital prestigioso. El padre de Jamie lo presenta como el heredero perfecto de su empresa. Entonces un perro callejero desaliñado y sucio de barro hasta decir basta irrumpe en la celebración, poniéndolo todo perdido. Todo.

—Oh, Dios —jadeó ella.

—¿Quién se encargó del perro? —lanzó Alex—. Jamie, por supuesto.

—Arruinó su esmoquin de decenas de dólares al rescatar a ese perro que nadie sabía de dónde había salido —recordó Michael con

cariño—. Justo delante de todos los amigos de sociedad de su padre.

—Valió la pena —dijo Jamie en voz baja, orgulloso—. Ese perro vivió otros cinco años feliz.

April estudió su rostro con admiración y vio capas de él que nunca se hubiera imaginado que existían cuando lo conoció.

—Siempre has sido así, ¿verdad? —le preguntó—. Eligiendo lo que realmente tiene valor en lugar de lo que aparenta ser atractivo, en lugar de las apariencias.

Jamie se encogió de hombros, como si lo que hacía no tuviera importancia, aunque la tenía.

—Y no ha cambiado mucho —apuntó Michael—. Sigue luchando por los animales desvalidos como el primer día.

April sonrió, recordando las veces que había visto a Jamie cuidar de los animales rescatados que llegaban a la clínica.

—Es cierto, a veces la clínica se convierte en un refugio de animales —dijo.

Michael rio entre dientes.

—Recuerdo cuando trajiste a aquel erizo herido por un coche a la residencia universitaria —dijo—. ¿Cómo lo llamaste?

—Spike —respondió Jamie, sonriendo al recordarlo.

—Y fue todo un desafío mantenerlo escondido de los supervisores —intervino Alex.

—¿Quieres ver algunas fotos de aquellos tiempos? —le preguntó Michael a April.

—¡Por supuesto! —exclamó ella.

Jamie se echó las manos en la cabeza. A saber qué fotos tenían esos dos guardadas en el móvil.

CAPÍTULO 59

Alex y Michael empezaron a mostrarle a April fotos de cuando estaban en la facultad, y cada imagen revelaba una capa del pasado de Jamie.

—Espera un momento… —April se inclinó hacia delante, apuntando con el dedo la pantalla del móvil—. ¿Es el mismo violín?

Jamie se tensó ligeramente.

—Me lo regaló mi madre. Fue ella la que me enseñó a tocar —contestó.

La habitación se quedó en silencio, sintiendo el peso de esa revelación. April nunca le había oído mencionar a su madre.

—Ella estaría orgullosa de ti —dijo Alex a Jamie en tono suave.

—Háblame de ella —le pidió April.

Jamie tomó una bocanada de aire.

—Mi madre era... diferente. —Jamie comenzó a hablar despacio—. Era el alma artística dentro de una familia de normas rígidas. Enseñaba música en el conservatorio Alice S. Pfaelzer, mientras mi padre levantaba su prestigiosa empresa.

—¿Qué pasó? —preguntó April, porque intuyó que había pasado algo.

—Cáncer. Murió. —La voz de Jamie transmitía un viejo dolor—. Justo antes de entrar en la facultad de veterinaria. Fue por aquel entonces cuando mi padre se obsesionó con el camino «correcto»,

según él; con que todo quedara en la familia, como si controlar mi futuro pudiera compensar el no poder salvarla.

April lo rodeó con los brazos, ofreciéndole un apoyo silencioso. No era necesario decir nada.

—Ella fue quien me introdujo en la medicina veterinaria de urgencia —añadió Jamie—. Era voluntaria en un refugio del vecindario, y me llevaba para ayudar a los animales callejeros heridos.

—Eso explica muchas cosas —observó April, mirándolo con ojos tiernos.

April estaba convencida de que había sido su madre quien le había inculcado el amor por los animales y por quien había desarrollado su vocación.

Luna se levantó de su cama, de un saltó se subió al sofá. Apoyó la cabeza en la rodilla de Jamie, ofreciéndole su consuelo canino.

—Luna tiene un excelente instinto —dijo Alex con cariño, y cierta admiración en la voz.

—Siempre lo ha tenido —estuvo de acuerdo April, recordando cómo Luna había sabido desde el primer día que Jamie era especial —. Incluso cuando nosotros nos comportábamos como unos idiotas.

—Sobre todo en esos momentos —dijo Jamie

—Aunque verte descubrirlo ha sido… interesante —intervino Michael, refiriéndose a Jamie—. Estabas muy reacio a volver a tener una relación después de Katherine. Por cierto, ¿qué ha pasado con ella y esa visita que te hizo?

—No hay mucho que contar. Vino inducida por mi padre, ya sabéis —contestó Jamie—. Pero, en resumen… mi pasado apareció, mi presente se mantuvo firme y mi futuro se volvió más claro que nunca.

—Sí que es un buen resumen —apuntó Alex.

La noche continuó con más anécdotas sobre los días universitarios de los tres. Historias de noches en vela estudiando para los exámenes, fiestas que se alargaban hasta el amanecer y profesores excéntricos que parecían sacados de una comedia.

Cada nuevo relato traía consigo una ola de risas.

—¿Os acordáis cuando intentamos cocer pasta en la cafetera de la habitación? —dijo Alex.

—¡Como para no acordarnos! —exclamó Jamie, recordando el desastre—. El olor a quemado no se fue durante semanas. La cafetera no volvió a ser la misma.

—¡Oh, por favor! —intervino Michael, secándose las lágrimas de risa—. Es la primera y la última vez que intentamos ser «creativos» en la cocina.

April abrió los ojos de par en par.

—¿Qué hicisteis qué? —dijo.

—Lo que has oído —contestó Jamie entre risas.

—Pero ¿cómo…? —Frunció el ceño—. Estabais locos —terminó diciendo.

—Muy locos.

Después de un par de intentos fallidos por encontrar tazas limpias para tomar un tercer café y no encontrarlas, decidieron dar por concluida la reunión. La pila de platos y tazas sucias en el fregadero era testimonio de lo bien que lo habían pasado.

—Bueno, creo que es una señal de que debemos irnos —dijo Michael, mirando resignado las tazas sucias.

—Sí, antes de que terminéis intentando hacer café en la tostadora —bromeó April.

Se despidieron con abrazos y la promesa de repetir pronto.

—Ha sido un placer conocerte, April —habló Alex. Se inclinó un

poco hacia ella—. Ahora entendemos por qué Jamie se ha enamorado de ti —dijo en tono confidencial, pero lo suficientemente alto como para que lo oyeran todos.

April rio.

—Para mí también ha sido un placer conoceros. Sois geniales.

Michael y Alex sonrieron. Después se despidieron de Jamie con uno de esos abrazos de camaradería tan habituales en los chicos.

Luna los acompañó hasta la puerta, moviendo la cola alegremente como si quisiera asegurarse de que volvieran pronto.

Cuando cerraron la puerta, April y Jamie se quedaron unos instantes en silencio, disfrutando de la tranquilidad recién recuperada del ático.

Jamie se acercó a April y la envolvió con sus brazos.

—¿Qué tal te han caído? —le preguntó.

—Genial. Tienes unos amigos maravillosos, Jamie —contestó April.

—Creo que no se nos ha dado tan mal ser los anfitriones en nuestra primera reunión con amigos.

—Yo también lo creo.

Ambos sonrieron con complicidad. Luego se pusieron a recoger el ático.

Ya en la cama, April y Jamie se quedaron hablando un rato antes de dormir.

—Entonces… —April delineó con la yema de los dedos los músculos del pecho de Jamie—… tu madre te enseñó a tocar el violín.

—Sí, y predijo que me enamoraría de una artista —respondió Jamie. Su sonrisa contenía tanto alegría como esa tristeza vieja y nostálgica del corazón—. Ella siempre decía que la música y la medicina necesitaban creatividad para sanar.

—Suena muy bien.

—Ella te habría adorado. —Jamie le dio un beso en la sien—. Especialmente por esa tendencia tuya a desafiar todo lo que creo que sé.

—Me hubiera gustado mucho conocerla —dijo April, acurrucándose contra Jamie.

—Y a ella conocerte a ti —respondió él, envolviéndola con sus brazos.

Se quedaron en silencio durante un rato, disfrutando de la calidez del otro y del suave murmullo de la ciudad que se filtraba por la ventana abierta.

Era uno de esos momentos en los que las palabras parecían innecesarias, donde el simple hecho de estar juntos era suficiente.

CAPÍTULO 60

El email llegó una tranquila mañana de martes, mientras April revisaba el correo electrónico.

Una oferta de trabajo en Nueva York (un puesto de directora creativa en una importantísima empresa), el doble de su salario actual, libertad de actuación... Era todo lo que alguna vez había soñado tener.

—Estás muy callada —observó Jamie, ya por noche, y la encontró mirando fijamente su ordenador portátil—. ¿Está todo bien?

Luna gimió suavemente desde su cama, sintiendo algo extraño.

—He recibido una oferta de trabajo —dijo April finalmente—. En Nueva York.

Las manos de Jamie se detuvieron sobre el vademécum que estaba leyendo.

—Oh. —La única sílaba contenía un montón de matices.

—Probablemente no sea nada —comenzó April, pero su voz carecía de convicción, y estaba teñida de algo que podía ser anhelo.

—¿No? —El tono de Jamie se mantuvo cuidadosamente neutral.

Dejó el libro a un lado, se levantó del sillón y se dirigió hacia la mesa, donde estaba April con el portátil abierto.

Leyó la oferta por encima de su hombro.

—Doble salario, total control creativo, en Nueva York —recitó—. Volverías a la ciudad que adoras.

April se sintió confusa. Era cierto. Todo. Cuando se mudó a Chicago, lo que quería desesperadamente era volver a Nueva York.

—¿Lo estás considerando? —le preguntó Jamie.

—No. —La respuesta salió demasiado rápido de los labios de April.

—Yo creo que sí —la contradijo Jamie, mirándola directamente a los ojos.

April desvió la mirada, sintiendo el peso de sus pensamientos y sus emociones entrando en conflicto.

Sí, lo estaba considerando. Era la oportunidad que siempre había soñado, que había estado esperando durante tanto tiempo.

—Me preocupa que huyas —dijo de pronto Jamie, directo como una bala, al intuir lo que estaba pasando por la cabeza de April.

Ella sintió que se le oprimía el pecho.

—No voy a salir corriendo —dijo, pero lo hizo con poca firmeza.

—¿No? —Jamie sonrió sin humor—. Lo has estado haciendo todo el tiempo.

—Ahora… es diferente.

—¿Lo es? —Jamie se enderezó—. Porque tengo la sensación de que estás considerando una ruta de escape nuevamente.

Luna ladró bruscamente, desaprobando su creciente tensión.

Antes de que April pudiera responder, el teléfono de Jamie vibró. El nombre de su padre apareció en la pantalla.

—Perfecto momento ha escogido mi padre —murmuró con desagrado.

Pulsó el botón para rechazar la llamada. Unos segundos después, su teléfono se iluminó con un WhatsApp. Jamie chasqueó la lengua contra el paladar.

—¿Qué quiere? —preguntó April, consciente de que ese WhatsApp

era de su padre, y tratando de ganar algo de tiempo.

—Insiste sobre la oferta de unirme a su sociedad; otra oportunidad de meterme en el prestigioso negocio familiar —respondió Jamie, mirando el teléfono.

—Tu padre es persistente —observó April en voz baja.

—Es un manipulador de manual. —Jamie se pasó una mano por el pelo—. Usar la memoria de mi madre para hacerme sentir culpable por emprender un camino independiente o enviar a Katherine para recordarme las elecciones «adecuadas» es solo parte de su táctica.

—Tal vez está tratando de protegerte —comentó April.

Los ojos de Jamie se clavaron en los suyos. ¿Qué estaba diciendo? ¿Acaso no había oído nada de lo que le había contado sobre él?

—¿Como si tú estuvieras tratando de protegerme al volver a Nueva York? —soltó.

La acusación flotaba entre ellos, grave y honesta.

Luna gimió de nuevo, moviéndose inquieta entre los dos.

April sintió un nudo en la garganta.

—Eso… no es justo —dijo, y la voz le tembló—. No puedes pensar que cada decisión que tomo es para alejarme.

Jamie cruzó los brazos por encima del pecho. Su expresión se había ensombrecido.

—¿Y cómo debería interpretarlo entonces? Cada vez que las cosas se ponen serias entre nosotros, empiezas a buscar una razón para distanciarte. —Señaló el portátil con la barbilla—. Y esa oferta es la excusa perfecta para evitar enfrentar tus miedos sobre el compromiso y nuestro futuro juntos.

April se revolvió incómoda en la silla. La mirada de Jamie era intensa, como si le estuviera leyendo los pensamientos. Sintió la necesidad de huir de aquella situación.

—Yo no tengo miedo al compromiso —rebatió.

—Por supuesto que sí. Estás aterrada.

April levantó la barbilla en actitud defensiva.

—Tengo derecho a considerar este trabajo, es todo lo que siempre he soñado —dijo—. Es una oportunidad increíble, todo por lo que he trabajado en mi vida.

Aquello fue como un golpe para Jamie, o por lo menos él lo notó así. April parecía estar despreciando todo lo que tenía en Chicago, incluido a él.

Su rostro se endureció.

—Si te quieres ir, vete, April, pero no pongas excusas —soltó, y sin darle tiempo de replicar, echó a andar y salió del salón.

Sus palabras golpearon a April como un puñetazo en el estómago.

Lo siguió con la mirada hasta que su figura desapareció tras la puerta. Suspiró, pasándose la mano por la cabeza.

CAPÍTULO 61

—No me puedo creer que sea tan egoísta —dijo April a Sarah.

—¿Eso es lo que piensas? —le preguntó ella.

—Sí, es lo que pienso. —April apretó los dientes—. ¿Y sabes qué? Quizá acepte ese trabajo. No voy a dejar que un hombre me condicione la vida.

—April, creo que te estás equivocando —dijo Sarah.

—¿Equivocando? —repitió ella—. ¿En qué me estoy equivocando? ¿Tú permitirías a un hombre que te cortara las alas y te impidiera ser quien quieres ser? —dijo con malas pulgas.

—Es lo que tú le estás permitiendo a Colin —respondió Sarah sin rodeos.

April frunció el ceño.

—¿De qué coño estás hablando? ¿Qué tiene que ver Colin en esto?

Sarah tomó aire.

—Todo, April. Tiene que ver todo —dijo—. Sigues haciendo las cosas en base al miedo que tienes…

—¡Eso no es cierto! —la cortó April.

—Sí que lo es —insistió Sarah con voz suave pero firme—. Jamie tiene razón. Estás huyendo de tus miedos en lugar de enfrentarlos.

April compuso una expresión de indignación en el rostro,

sintiéndose atacada.

—¿Te pones de su parte? ¿Qué clase de amiga eres? —le echó en cara.

—Me pongo de parte de quien tiene razón, y soy la clase de amiga que no te ríe las gracias y que te dice la verdad, tal como es, incluso si no es lo que quieres escuchar.

April suspiró ruidosamente, frustrada.

—Mira, será mejor que dejemos de hablar, no quiero terminar diciendo algo de lo que después me arrepienta —dijo.

—April, espera… —dijo Sarah, pero ella ya había colgado la llamada.

April dejó el teléfono de malas maneras sobre la mesa.

—¿Qué mierda le pasa a todo el mundo? —masculló.

Luna ladró, y por el sonido que emitió, no estaba muy de acuerdo con April. Ella la miró.

—¿Tú también, Luna? —le preguntó.

La Yorkie volvió a ladrar.

April puso los ojos en blanco.

—¿De qué me sorprendo? Tú siempre has estado de su parte —dijo, refiriéndose a Jamie.

Luna lanzó un par de ladridos más.

—Que sí, que ya me ha quedado claro —dijo April, y se dejó caer en el sofá.

Estaba furiosa después de la conversación con Sarah. No podía creer que estuviera tomando partido por Jamie.

Se había negado a seguir escuchándola, por eso había colgado el teléfono, evitando cualquier discusión.

Respiró hondo un par de veces, intentando calmarse.

El ambiente del ático se sentía tenso bajo el silencio de las palabras no dichas, de todo lo que se estaba gestando en su interior.

Fuera había tormenta, y la lluvia golpeaba los ventanales con fuerza.

—¿Quieres que hablemos? —le preguntó Jamie a April, al entrar en el salón.

—¿Sobre qué? —dijo ella.

Jamie bufó.

—¿Se puede saber qué te pasa?

April siguió tecleando en su portátil.

—Pasa que no puedes actuar como un egoísta y pensar que voy a aceptar todo lo que digas sin rechistar. Yo no soy así —respondió.

—¿Crees que estoy siendo egoísta? —dijo Jamie.

April levantó la mirada de la pantalla del ordenador.

—¿Acaso tú piensas que no? —dijo.

—Te aseguro que vería las cosas de otra manera si no te conociera.

—No me conoces tan bien como crees —se defendió April.

—Te conozco mejor de lo que te conoces tú misma —replicó Jamie.

—Jamie, es una oportunidad que no puedo, que no debo dejar pasar. —Al decir aquello, April evitó su mirada, fijándola de nuevo en el portátil.

—¿Es una oportunidad que no debes dejar pasar? ¿O es una oportunidad para escapar? —La pregunta de él quedó suspendida en el aire.

—No me hagas esto —dijo April, con una voz apenas audible por encima del repiqueteo de la lluvia.

—¿Que no haga qué? ¿No ver el elefante en la habitación?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que esto no solo se trata de un trabajo; no se trata del trabajo de tu vida, April. Se trata de nosotros —aseveró Jamie.

La miró a los ojos, buscando una pizca del amor que creía que había entre ellos, pero April ni siquiera lo miraba.

—Es un trabajo, un trabajo muy bueno. Solo eso —se defendió ella.

—Un trabajo que te permite huir de lo que tenemos, de todo lo que podríamos tener.

—¡Deja de decir que estoy huyendo! —exclamó April. La mentira sonó débil, incluso a sus propios oídos.

Luna alzó la cabeza y la miró con las orejas levantadas.

—Tienes que dejar que decida por mí misma —añadió.

El silencio era pesado, cargado de muchas cosas. En el exterior, la lluvia continuaba con su implacable tamborileo.

—No mientas, April. Sabes que se te da fatal —dijo Jamie. Cruzó el salón para mirarla de frente—. Tienes miedo de lo que tenemos.

En aquel momento, al ver sus ojos, Jamie se dio cuenta de que la distancia que había entre ellos era enorme; un abismo tallado por todos los miedos que April no era capaz de expresar y contra los que él no podía luchar.

—No tengo miedo —dijo ella—. Pero tú defiendes que me quede aquí porque es lo más cómodo para ti.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es lo que pienso. —April echó hacia atrás la silla, y se levantó. Cerró de golpe el portátil y lo cogió—. Porque es lo que pienso —repitió.

Y salió del salón.

Jamie se quedó de pie en mitad de la estancia, y el silencio llenó todo.

Cada rincón.

Cada ángulo.

Cada esquinazo.

Después de unos segundos, se giró y enfiló los pasos hacia la cristalera.

Contempló la ciudad azotada por la incesante lluvia. Sus ojos reflejaban el gris tormentoso del cielo.

Algo le decía que April ya había tomado una decisión. Una decisión que nacía de un miedo que ella no quería, o tal vez no podía reconocer.

Ese trabajo en Nueva York no era más que una conveniente vía de escape. Una forma de huir del aterrador amor y de los sentimientos.

Él lo sabía.

La distancia entre ellos no sería solo geográfica.

Desde que había empezado a salir con April, ella había estado construyendo muros entre ellos. Uno tras otro. Uno tras otro. Muros que pretendía que fueran infranqueables.

Una profunda tristeza se apoderó de Jamie, mientras la lluvia difuminaba las luces de Chicago, y ponía la banda sonora perfecta al momento.

Luna saltó de su cama y fue hacia él.

Jamie la cogió en brazos y le acarició suavemente.

—Todo va a estar bien —le susurró para tranquilizarla, aunque sabía que era mentira.

Aquello, quizás, no era más que el principio del fin.

CAPÍTULO 62

Al día siguiente, cuando Jamie entró en el ático, se encontró a April metiendo algunas de sus cosas en una pequeña maleta que había sobre la cama.

Alzó las cejas.

—¿Qué haces? —le preguntó, con el rostro lleno de confusión.

—Me voy unos días al piso de Sarah —respondió ella.

Jamie frunció el ceño.

—¿Qué? —No entendía nada.

—Necesito unos días para pensar. Un poco de espacio, y aquí no lo tengo —explicó April, sin volverse hacia él.

—Todos tenemos miedo, April. Pero huir no va a resolver nada. Solo nos aleja más de lo que realmente queremos —dijo Jamie.

April metió el neceser en un lado de la mochila, se enderezó, de espaldas a él, y tomó aire.

—Jamie, solo necesito unos días —repitió.

—No, no solo te vas durante unos días —comenzó él—. No vas a volver —afirmó, contundente.

April se giró hacia él.

—Esta oferta de trabajo es importante para mí. No tiene nada que ver contigo o con nosotros. ¿Tan difícil es de entender?

Jamie negó lentamente con la cabeza.

—Siempre va a haber algo más importante que nuestra relación a lo que te agarres. Siempre hay una excusa para no comprometerte del todo con lo que tenemos.

Aquella acusación dolió a April y su voz se elevó un poco más de lo planeado.

—¡¿No te das cuenta de lo egoísta que eres?! —exclamó—. Tengo mis propios sueños y ambiciones, y no puedo simplemente ignorarlos por nuestra relación.

Jamie suspiró profundamente, tratando de mantener la calma mientras respondía.

—Nunca te he pedido que ignores tus sueños, April. Jamás me atrevería a hacer algo así —dijo—. Y me conoces lo suficiente para saber que es cierto. Solo quiero saber si alguna vez dejarás de huir, si alguna vez me pondrás por encima de tus miedos.

April permaneció en silencio, con los labios apretados y la mirada fija en un punto indeterminado del suelo, como si estuviera todo dicho. Jamie captó su significado. Era el tipo de silencio que hablaba más fuerte que las palabras. Conocía bien esa expresión en el rostro de April. Sí, la conocía muy bien.

—Querías romper esto, y ya lo has roto —aseveró—. Espero que no te vayas por la razón equivocada. —Cogió aire—. Si vas a irte a Nueva York, hazlo porque sea lo mejor profesionalmente para ti, no porque estés huyendo de nuestra relación, de nosotros.

El silencio cayó entre ellos como un muro impenetrable. Jamie, al ver que April no iba a decir nada, dio media vuelta y se fue.

¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo?, le escribió Sarah a April por WhatsApp.

Estaba alucinando en colores desde que le había dicho que volvía unos días a su piso.

Al principio, April no iba a contestar, pero terminó respondiendo.

Tomarme unos días. Necesito pensar.

¿Pensar qué? ¿Qué tienes que pensar, April?

En muchas cosas, fue lo único que respondió ella.

Vas a joderlo todo con Jamie. Tienes una historia preciosa con él y la vas a tirar por la borda. Perdóname por lo que te voy a decir, pero se te ha ido la cabeza.

April ya se había instalado de nuevo en el piso de Sarah, pero ni siquiera ahí estaba encontrando algo de paz.

¿Y qué decir de Luna? Había vuelto al piso a regañadientes. Tan a regañadientes, que April se había visto obligada a cogerla en brazos para llevársela del ático. Y se notaba a leguas que estaba enfadada (muy enfadada, a decir verdad), porque apenas interactuaba con ella. Ni siquiera quería jugar a la pelota. Se había limitado a tumbarse, como era su costumbre antes de mudarse al ático, al lado de la pared que compartían con el piso de Jamie y, aunque él ya no vivía ahí, era la manera en la que Luna reivindicaba su desacuerdo por la desatinada decisión de April.

Sarah, no necesito que me sermonees.

Y menos ahora.

Haz lo que quieras, pero estás metiendo la pata. Luego no digas que no te lo avisé.

April puso los ojos en blanco, salió de WhatsApp y dejó el móvil sobre el sofá.

Alguien tocó el timbre.

Al oírlo, se levantó y se dirigió a la puerta. Cuando abrió, se encontró a la señora Henderson al otro lado del umbral.

—Buenas tardes —la saludó.

—¿Qué se supone que estás haciendo, querida? —le preguntó directamente la mujer, con los brazos cruzados por delante del pecho.

—Señora Henderson, no estoy de humor —dijo April, en tono cansado.

—Normal que no estés de humor, ¿cómo se te ocurre irte del ático? Pero, sobre todo, ¿cómo se te ocurre romper con el doctor Mitchell? Hombres como él no se encuentran todos los días, querida.

April suspiró, resignada.

—Señora Henderson, esto es algo entre Jamie y yo.

—Y también de los vecinos —aseveró ella—, que hemos formado parte de esta historia desde el principio, incluso hemos colaborado para que dejarais atrás vuestra enemistad y os dierais cuenta de estáis hechos el uno para el otro —dijo tajante.

April pensó, por la forma de hablar de la mujer, que realmente leía muchas novelas románticas.

—El pobre George se estrujó la cabeza para poneros juntos en el grupo cuando se estropeó el ascensor —reveló la señora Henderson.

—Ya sabía yo que habíais tenido mucho que ver en eso —dijo April con los ojos entornados.

—Pues claro —repuso la señora Henderson, como si fuera lo más natural del mundo.

Volvió a tomar la palabra.

—Tengo que confesarte que es un giro de guion que no me esperaba para nada. Yo siempre os he pedido un poco de dramatismo, pero esto es pasarse —opinó—. No puedes irte a Nueva York, no puedes romper con el doctor Mitchell por un simple trabajo.

—Eso es algo que tengo que decidir yo —replicó April.

La señora Henderson la miró con una mezcla de compasión y determinación.

—Querida, sé que piensas que esto es solo decisión tuya, pero a veces necesitamos escuchar las voces de quienes nos rodean, porque ven cosas que nosotros no podemos ver cuando estamos atrapados en los bucles de pensamientos de nuestra propia cabeza.

—Señora Henderson… —comenzó April con paciencia. Tenía la intención de cortarla, pero era la señora Henderson, claro, y ella no se daba por vencida tan fácilmente.

—A veces, estamos tan enfocados en nuestros miedos e inseguridades que perdemos de vista lo importante —dijo—. No tomes la decisión equivocada.

—¿Ya ha terminado? —le preguntó April.

—No, pero te dejaré tranquila… de momento —respondió la señora Henderson. Sonrió suavemente y le dio unas palmaditas en el brazo—. Querida, quiero un final feliz para mi novela.

—Esto no es una novela, es la vida real —arguyó April.

—Si me permites un consejo… —April sabía que se lo daría lo

quisiera o no—. Sigue a tu corazón.

April tomó aire.

—Gracias —contestó.

—Y si tu corazón te lleva hacia un hombre tan guapo y *sexy* y buenorro como el doctor Michell, no lo detengas.

—¡Señora Henderson! —exclamó April, aunque había humor en su tono de voz.

La señora Henderson le guiñó un ojo antes de girarse para marcharse.

—Hazme caso, querida.

April se tapó la boca con la mano para ocultar la sonrisa que asomaba a sus labios y movió la cabeza, negando. La señora Henderson no tenía igual.

CAPÍTULO 63

April salió del piso y cerró la puerta, justo en el momento en que Jamie también salía del que había sido su apartamento con un par de libros en una mano y las llaves tintineando en la otra.

Ambos se detuvieron y sus miradas se cruzaron brevemente en el amplio rellano.

April carraspeó.

—Buenos días —lo saludó.

No pudo evitar que el corazón le diera un vuelco dentro del pecho. Habían pasado tres días desde que se había marchado del ático, tres días en los que no le había visto, tres días en los que no había sabido nada de él.

—Buenos días —respondió Jamie.

Luna, en cuanto lo vio, se lanzó como una bala a él.

Jamie se guardó las llaves en el bolsillo trasero del vaquero que llevaba puesto, se agachó y la acarició.

—¿Cómo estás, pequeña? —le preguntó con una sonrisa, mientras Luna se revolvía alegre contra su mano sin dejar de agitar emocionada la cola.

Después Jamie se enderezó.

—¿La llevas a su paseo matutino? —le preguntó a April con cordialidad.

—Sí, ya sabes que no puede pasar sin él antes de irme a trabajar

—respondió April.

—Yo… antes de ir a trabajar he bajado a recoger unos libros que necesitaba y que dejé en el piso.

April asintió, mientras se ajustaba la correa del bolso sobre el hombro.

Se hizo un silencio entre ellos.

—Entonces, ¿bajas? —le preguntó finalmente, apuntando al ascensor.

—No, bajo por las escaleras —respondió Jamie—. Así hago un poco de ejercicio.

—Vale —dijo April.

Jamie se agachó y alargando el brazo, se despidió de Luna cariñosamente, rascándola detrás de las orejas. Luego tomó la dirección de las escaleras.

—Bueno, adiós —se despidió de April.

—Adiós —correspondió ella.

Cuando Luna advirtió la intención de Jamie, fue tras él, pero la correa hizo tope y le impidió perseguirlo.

—No, Luna —susurró April, tirando ligeramente de ella—. Nosotras bajamos en el ascensor —le dijo.

Pero Luna no estaba conforme con esa idea y comenzó a gruñir.

—Luna, por favor —masculló April entre dientes.

Por suerte, las puertas del ascensor se abrieron en ese momento y, aunque a regañadientes, Luna terminó subiéndose en él.

Una vez dentro, April se apoyó en la pared y respiró hondo.

¿De qué manera esperaba que reaccionara Jamie? Estaba dolido con ella, y era normal.

Había tomado una decisión de forma unilateral que afectaba a

ambos y lo había hecho sin consultarlo con él, dejándose llevar por…

Sacudió la cabeza.

No quería pensar en lo que todo el mundo le decía. Quería convencerse de que su carrera era importante para ella, de que había trabajado duro para llegar donde estaba y de que la oferta en Nueva York era un sueño hecho realidad. Sí, era un sueño hecho realidad.

Su teléfono sonó, rompiendo el hilo de sus pensamientos. Abrió la cremallera del bolso y después de trastear con la mano en su interior, lo sacó. Miró la pantalla. Era un número desconocido.

—Dígame… —dijo al descolgar.

—¿April Carter?

—Sí, soy yo.

—Buenos días, le llamamos de Global Nexus Corporation —comenzó a decir una voz femenina al otro lado de la línea—. Recibió una oferta de trabajo de nuestra empresa hace unos días.

—Sí, así es.

—¿Podría venir el próximo viernes a hacer la entrevista?

April respondió por inercia, de forma mecánica.

—Sí, claro.

Luna ladró mientras el ascensor descendía, mostrando su desacuerdo. April se llevó el dedo índice a los labios y le indicó que guardara silencio, pero Luna volvió a ladrar. Una vez y otra. April volvió a pedirle que se callara.

—Sabemos que actualmente reside en Chicago —dijo la mujer, que seguía hablando por teléfono—. ¿Le supone algún problema desplazarse hasta Nueva York para hacer la entrevista? Si es así, podríamos aplazarla hasta el lunes.

April hizo unos cálculos rápidos.

Era martes.

No sería difícil comprar un billete de avión para Nueva York. Incluso *low cost*. Tenía tiempo de sobra. En poco menos de tres horas estaría en La Gran Manzana.

—No, no tengo ningún problema. Allí estaré —contestó.

El ascensor se detuvo en la planta baja, las puertas se abrieron y April salió al vestíbulo con Luna detrás de ella.

—¿Le viene bien a las cinco de la tarde? —le preguntó la mujer.

—Sí.

—Tiene la dirección de la empresa, ¿verdad?

—Sí, en el email que me enviaron.

—Perfecto, entonces la esperamos el viernes por la tarde, señorita Carter —dijo la mujer en tono amable.

—Gracias —le agradeció April.

—Que tenga buen día.

—Igualmente.

April colgó el teléfono y lo guardó de nuevo en el bolso.

Luna volvió a ladrar un par de veces. April bajó la mirada hasta ella.

—Ya sé lo que piensas, pero no te voy a hacer caso. No voy a hacer caso a nadie. Ni a ti, ni a Sarah ni a la señora Henderson —le dijo—. Voy a hacer esa entrevista y punto.

Luna ladró de nuevo.

—Ay, Dios, tú también eres imposible —dijo, y tiró de ella hacia la puerta.

April era tremendamente terca y no permitiría a nadie que le dijera lo que tenía o no que hacer. Aunque el mundo estuviera en su contra, seguiría adelante con su decisión.

Iría a Nueva York, haría la entrevista y después…

El después se quedó suspendido en el aire.

—Vamos —dijo a Luna, saliendo a la calle.

CAPÍTULO 64

—Pero ¿qué le pasa a April? —le preguntó Alex a Jamie, hablando por teléfono.

—Que está huyendo —respondió él.

—Huyendo, ¿de qué? —Alex parecía extrañado.

—De mí, de lo que tenemos, del compromiso que está adquiriendo nuestra relación.

—Pero ¿por qué?

—Su novio del instituto la plantó en el altar —explicó Jamie.

—¡¿Qué?! ¡Joder! Eso sí que es un drama digno de una novela. No me extraña que esa vecina del edificio esté escribiendo vuestra historia.

—La verdad es que lo es, y eso ha provocado que April tenga pavor al compromiso y a abrirse de nuevo completamente a alguien. Lleva una coraza para protegerse de volver a salir herida y eso… Bueno, provoca que siempre busque excusas para alejarse, para huir.

Alex guardó silencio unos segundos.

—Eso es muy duro, tío. Puedo entender que reaccione así, pero tú no eres ese tipo.

Jamie suspiró.

—Lo sé, pero el miedo no siempre es racional, ya lo sabes —dijo —. Durante este tiempo he intentado demostrarle que estoy aquí

para quedarme, que no voy a hacerle lo mismo. Lo hemos hablado… Pero cada vez que avanzamos un paso en nuestra relación, ella retrocede, se aleja encontrando una excusa, y esa oferta de trabajo es el pretexto perfecto para irse.

En ese momento llegó Michael.

—¿Qué ocurre? —preguntó, asomando la cabeza a la pantalla del móvil de Alex—. Hola, Jamie —lo saludó.

—Hola —contestó él.

Alex se giró y le explicó a Michael lo que estaba ocurriendo con April.

—Hostia, tío, eso está chungo.

Jamie asintió.

—Sí, lo está.

—¿Y crees que va a aceptar la oferta de trabajo? —le preguntó Alex.

—Estoy convencido de ello.

—¿De verdad? —dijo Michael.

—Sí, algo me dice que April se va a ir de Chicago —contestó Jamie.

—Puede que te estés sugestionando y que por eso tengas esa sensación.

Jamie se pasó una mano por el pelo.

—No lo sé, a lo mejor me equivoco.

—¿Y ahora dónde está April? —dijo Michael.

—Ha vuelto al piso de Sarah, me dijo que necesitaba unos días para pensar.

—Jamie, ¿habéis roto? —preguntó Alex.

Jamie cogió una bocanada de aire y reflexionó durante unos segundos.

—No lo sé —respondió con sinceridad—. Hemos discutido un par de veces bastante fuerte y no sé muy bien en qué punto estamos ni en qué punto está lo nuestro. April necesita resolver sus propios sentimientos y por supuesto no puedo obligarla a quedarse si no está lista, si no quiere.

Alex y Michael notaron que su amigo estaba preocupado.

—Jamie, no te desesperes —habló Michael—. Todo terminará arreglándose.

—¿Tú crees? —dijo él.

—Sí, todos pasamos por momentos de confusión a lo largo de las relaciones…

—Y a lo largo de la vida —intervino Alex.

—Pero estoy seguro de que April recapacitará —terminó de decir Michael.

—Yo en estos momentos estoy muy ofuscado y no tengo capacidad para pensar —dijo Jamie.

—Entonces no hagas ni digas nada de lo que quizá más tarde te puedas arrepentir —le aconsejó Alex.

—Lo mejor es que te mantengas a la expectativa —opinó Michael.

Alex asintió a las palabras de su amigo.

—Tenéis razón. No es un buen momento para hacer ni decir nada.

—Dale a April ese tiempo que te ha pedido y a ver qué sucede —dijo Alex.

—No quiero perderla, pero por supuesto no puedo obligarla a que se quede aquí si no quiere —dijo Jamie.

—Exacto. A veces las personas necesitamos un poco de espacio para respirar y ver las cosas con más claridad —añadió Michael.

—Y, quién sabe, tal vez ese tiempo le ayude a darse cuenta de lo que realmente siente por ti.

Jamie sonrió, aunque el gesto contenía una pizca de tristeza, y hasta de escepticismo.

—Eso espero —dijo—. Gracias, chicos. Aprecio un montón teneros a mi lado en esto.

—Oh, por favor, deja de ponerte ñoño y sensiblero —bromeó Alex con el humor ácido que le caracterizaba.

Jamie rio suavemente.

—Vale, vale. Entonces, gracias, cabrones —dijo.

—Eso está mejor —afirmó Alex.

—Donde va a parar —siguió la broma Michael, riéndose.

—¿Finalmente vas a ir a la entrevista? —le preguntó Sarah a April.

—Sí —respondió ella a través del teléfono.

—¿Te has vuelto loca?

—No.

—Pues yo creo que sí. Parece que has perdido el juicio —afirmó Sarah.

—Deja de decir bobadas, Sarah.

—Estás llevando todo este asunto al extremo, April, y lo peor es que te estás equivocando.

—¿Por qué?

—Te lo repetiré mil veces, si hace falta: porque estás huyendo en lugar de enfrentar lo que realmente sientes —contestó Sarah con

firmeza.

—Solo necesito un cambio de aire para… —comenzó April.

—¿Para qué? ¿Para deshacerte del miedo que te da el amor y el compromiso con Jamie? —la cortó Sarah—. ¿Crees que volver a Nueva York te quitará esos miedos? —le preguntó con escepticismo.

—Tú no lo entiendes…

—¡Claro que no lo entiendo! Porque lo que estás haciendo no es normal. Lo que sí sé es que alejarte de todo no es la solución. —Sarah tomó aire—. Mira, entiendo que tengas miedo por todo lo que te hizo Colin, que no quieras volver a salir herida, pero Jamie no es como él, no es como los demás tíos.

—Bueno, tiene una larga lista de conquistas. Es un rompecorazones nato —intervino April.

Aunque no podía verla, Sarah puso los ojos en blanco al otro lado de la línea.

—Por favor, April, no puedes salir ahora con esas. Eso es algo del pasado y no tiene nada que ver contigo —dijo—. Jamie está enamorado de ti y está dispuesto a esperar.

April suspiró.

—Necesito hacer esa entrevista —fue lo único que dijo.

Sarah movió la cabeza.

—Haz lo que quieras, pero asegúrate de estar siendo honesta contigo misma sobre lo que realmente quieres y, sobre todo, sobre lo que realmente sientes —le aconsejó, aunque estaba segura de que April no la escucharía.

—Tengo que dejarte —contestó ella.

—Vale —suspiró Sarah, dándose por vencida.

CAPÍTULO 65

En las primeras luces del amanecer del viernes de aquella semana, April dejó a Luna en la guardería canina y tomó un taxi hacia el aeropuerto Chicago-O'Hare.

A través de la ventanilla, los edificios se desdibujaban lentamente a medida que el vehículo se deslizaba por las afueras de la ciudad.

El cielo estaba cubierto de nubes grises y prometía una inminente tormenta.

Sentada en el taxi, April experimentaba una extraña sensación en la boca del estómago. Una mezcla de nerviosismo e inquietud, pero nada que ver con la emoción que debería sentir por regresar a Nueva York, la ciudad que había sido su hogar.

A medida que el aeropuerto se acercaba, April respiró hondo, intentando calmar el torbellino de sensaciones que había dentro de ella. Sabía que aquel viaje no era solo una entrevista laboral.

No.

El taxi se detuvo frente a las puertas de cristal, sacando a April de sus pensamientos. Pagó la carrera, recogió su equipaje (una pequeña maleta con lo imprescindible) y se dirigió a la terminal.

Aprovechó las dos horas y cuarenta y cinco minutos que aproximadamente duró el viaje para dormir un poco y descansar, aunque no lo logró del todo.

Cuando el avión aterrizó finalmente en Nueva York, tomó otro taxi para que la llevara al hotel en Park Avenue en el que había cogido

una habitación. Necesitaba darse una ducha y cambiarse de ropa antes de acudir a la entrevista, cuya empresa estaba emplazada en la misma Park Avenue.

Mientras el vehículo se abría paso por las concurridas calles de La Gran Manzana bajo la lluvia (también llovía en Nueva York), April comenzó a sentirse abrumada, confusa.

Los edificios se elevaban a su alrededor, una mezcla de antiguas estructuras de piedra y modernos rascacielos de cristal.

El ritmo frenético de la ciudad la envolvió haciéndole sentir extraña. ¿Cómo era posible? Aquella era su ciudad, su casa durante los últimos años. Con dieciocho años se había trasladado a Nueva York desde Watertown, en el condado de Jefferson, en el mismo Estado de Nueva York para estudiar la carrera universitaria.

Camino del hotel, veía los edificios y las calles pasar ante sus ojos, pero su mente estaba a kilómetros de distancia. Muy lejos de allí.

El taxi pasó por Times Square, las luces de neón de las pantallas se reflejaban en las gotas de lluvia del parabrisas. Avanzó por la Quinta Avenida, y April observó el Empire State Building alzándose majestuosamente en la distancia. El edificio Chrysler brillaba con orgullo, una reliquia de estilo art déco en medio de la moderna jungla de cristal.

Después el taxi giró en una esquina, y vio Central Park extenderse ante ella, un oasis verde en medio del caos urbano.

Y, aunque todo era de sobra conocido, no tenía ninguna sensación de pertenencia, como si nunca hubiera vivido allí.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué sentía Nueva York tan extraña? Como si fuera una ciudad desconocida para ella.

Cuando llegó a la entrevista, la vorágine de sensaciones que sentía no varió, no cambió. Al contrario, se acentuaron.

Se sentó en la sala de espera mientras el dueño de la empresa terminaba una reunión.

—Señorita Carter, el señor Bennett la espera —dijo la recepcionista, acercándose a ella.

—Gracias. —April se levantó de la silla de madera oscura y siguió a la mujer.

El dueño de Global Nexus Corporation era un hombre de unos cincuenta años más o menos, de pelo oscuro, con hebras plateadas en las sienes, y que iba vestido con un inmaculado traje negro, camisa blanca y corbata azul marino.

—Bienvenida, señorita Carter —la saludó, alargando el brazo hacia ella, al tiempo que se levantaba del sillón de cuero negro.

—Gracias —respondió April, estrechándole la mano que le ofrecía.

—Siéntese, por favor.

April asintió y se acomodó en una de las sillas que había frente al enorme escritorio.

—Le agradezco mucho que haya venido desde Chicago —comenzó a decir el hombre, que había tomado también asiento—. Hemos seguido su trayectoria laboral y estamos muy interesados en que se incorpore a nuestra empresa. Su trabajo es magnífico.

—Muchas gracias —contestó April.

Y mientras el hombre hablaba, ella se preguntaba qué era lo que estaba haciendo allí. Sentada en aquel elegante despacho, rodeada de paredes de cristal que ofrecían una vista impresionante del skyline de Nueva York.

April sintió una desconexión entre su entorno y su corazón.

Las palabras del hombre resonaban como un eco distante, mientras su mente viajaba a otro lugar.

A Chicago.

Y a otra persona.

A Jamie.

Se preguntó cómo había llegado hasta allí, persiguiendo un sueño que ya no le pertenecía, que ya no era suyo. Y obtuvo claramente la respuesta.

Había sido el miedo el que la había llevado a aquel despacho. El miedo, y no la ambición, ni el deseo de tener éxito en su profesión. Eso ya lo tenía.

La oferta de trabajo en otra ciudad había sido la solución perfecta, la excusa para evitar enfrentar el miedo y las inseguridades que tenía. Pero en ese momento, con el dueño de Global Nexus Corporation frente a ella, se dio cuenta de que estaba siendo egoísta y… cobarde. Muy cobarde.

Se lo había dicho Jamie, se lo había dicho Sarah y hasta la señora Henderson. Era hora de ser honesta consigo misma. Por una vez. Reconocer que se estaba alejando por miedo.

¡Dios, había sido tan estúpida!

¡Tan, tan estúpida!

El hombre continuaba hablando sobre las oportunidades y beneficios del puesto, pero April apenas podía concentrarse. No le escuchaba. Una voz interna le decía que ese no era su lugar. Ya no. Que por más prestigioso o lucrativo que fuera el trabajo, no llenaría el vacío que sentía al estar lejos de lo que realmente amaba; al estar lejos de Jamie, de su «odioso vecino».

¡Oh, Dios!

Todo, absolutamente todo cayó de golpe sobre su cabeza.

April miró al señor Bennett a los ojos y respiró hondo.

Sabía lo que tenía que hacer. Lo sabía muy bien.

Con calma, lo interrumpió suavemente.

—Disculpe, señor Bennett, yo… —dijo con voz firme pero amable.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó él.

April se pasó la mano por el cuello.

—Sí, es que… —Carraspeó—. Agradezco mucho el interés que su empresa ha mostrado en mí y es verdaderamente un honor que quiera que trabaje aquí. Sin embargo, me he dado cuenta durante esta conversación de que… mi corazón ya no está en Nueva York, está en otro lugar.

—¿En Chicago? —dijo el hombre.

April esbozó en sus labios una ligera sonrisa.

—Sí. Mi vida ahora está allí.

«Y no solo mi vida, el amor de mi vida también está allí», pensó para sus adentros.

—¿Entonces?

April retiró la silla y se puso de pie.

—Siento mucho haberle hecho perder el tiempo, señor Bennett, pero creo que en este momento no puedo formar parte de su empresa; no puedo aceptar su oferta de trabajo.

El hombre la miró sorprendido, pero había una nota de comprensión en sus ojos.

—¿No puedo convencerla de ninguna manera? —lo intentó por última vez.

April movió la cabeza.

—No. Lo siento.

No podía negar la sensación de estar alejada de casa. Estaba muy presente en ella. La idea de volver a Nueva York, a casi mil trescientos kilómetros de distancia de Chicago, ahora le parecía

abrumadora.

—Entiendo —respondió el señor Bennett, levantándose del sillón —. A veces hay que seguir los dictados del corazón —añadió.

—Sí —dijo April, sonriendo agradecida por su comprensión.

—Qué le vaya muy bien, señorita Carter.

—Gracias.

Se estrecharon la mano por última vez. Después April se dio media vuelta y salió del despacho.

Ya en la calle, fuera del edificio, sintió una ligereza en sus pasos y como si el corazón le pesara menos. De una manera inesperada, se había dado cuenta de dónde estaba su lugar. Y en ese momento había tomado una decisión (muy) difícil para ella, pero necesaria. Había elegido dejar el miedo atrás y ser fiel a sí misma. Con las consecuencias que ello tuviera.

De pronto echaba de menos el barrio, el edificio, a los vecinos entrometidos metiéndose en su historia de amor, a la señora Henderson loca por captar hasta el último detalle de sus conversaciones con Jamie para escribir su novela. Y, por supuesto, a Jamie.

Sonrió en mitad de la calle.

¿Cómo había estado tan ciega?

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

El propio miedo había actuado como una venda en los ojos, impidiéndole ver la realidad de sus sentimientos.

Cuando volviera, tenía que arreglar muchas cosas.

Recogió en el hotel la pequeña maleta que había llevado y se fue al aeropuerto sin perder tiempo, para regresar a Chicago.

Y supo con certeza que era dónde pertenecía: un lugar donde había encontrado el amor y a unos vecinos locos. Y eso era más

fuerte que cualquier miedo.

A partir de ahora se enfrentaría a él y a todas sus inseguridades con valentía. Había decidido ser valiente. Sí, lo había decidido.

CAPÍTULO 66

En cuanto puso un pie en Chicago se dirigió al edificio. Sin recoger aún a Luna de la guardería canina, subió al ático. Tenía que hablar con Jamie. Tenía que hablar sin falta con él.

Frente a la puerta y con el corazón desbocado, tocó el timbre.

A medida que el taxi la acercaba al barrio, su corazón se había llenado de una mezcla de emoción y nerviosismo. De pronto tenía prisa.

El silencio era total y nadie respondió al otro lado de la puerta. Volvió a llamar un par de veces.

—El doctor Mitchell no está, querida. —La voz de la omnipresente señora Henderson sonó a su espalda.

April se giró.

—¿Está en la clínica atendiendo alguna urgencia? —le preguntó, segura de que la mujer sabría la respuesta, porque la señora Henderson lo sabía todo de todo el edificio.

—No, está en una convención en Carolina del Norte.

—Oh —murmuró April.

Estaba sorprendida, aunque no tenía motivo. Jamie había mantenido la distancia con ella desde que había vuelto a vivir en el piso de Sarah, como se lo había pedido.

Joder, se arrepentía tanto de todas las tonterías que había hecho.

—Pero tranquila, querida, el domingo está de vuelta —le informó

la señora Henderson.

—Vale —contestó April—. Gracias.

—Un placer. Por cierto, ¿qué tal la entrevista? —le preguntó, y sin dejarle tiempo de responder, añadió—: Espero que hayas vuelto para quedarte, como te dije, mi novela necesita un final feliz.

April no iba a contarle nada. No, si no quería que dentro de diez minutos lo supiera todo el edificio, desde el primer piso al último. Pero no pudo evitar que una sonrisa traidora se le escapara de los labios.

—Quizá tenga su final feliz —afirmó.

La señora Henderson se quedó mirándola unos segundos.

—Me alegra saberlo, querida —dijo.

April consultó su reloj de pulsera.

—Tengo que ir a recoger a Luna —anunció.

—Bien —dijo la señora Henderson.

—Buenas noches —se despidió April.

—Buenas noches.

El sol apenas había empezado a asomarse por el horizonte cuando el timbre del piso de April sonó de forma insistente.

April abrió los ojos.

Medio dormida, se levantó de la cama y consultó el reloj, ni siquiera eran las siete.

—Joder —masculló en voz baja.

El timbre volvió a sonar un par de veces más.

—¡Ya voy! —gritó, mientras intentaba despejarse.

Echó a andar, tropezando con las zapatillas que había dejado tiradas por ahí la noche anterior. Por suerte se agarró al marco de la puerta de la habitación antes de estampar los dientes en el suelo.

—¡Mierda! —farfulló.

Luna se bajó de la cama y la siguió con entusiasmo hasta la puerta. Al abrir, se encontró a Sarah, que sostenía en las manos dos vasos enormes de café con el logotipo de Starbucks.

—¿Sarah? —dijo April, con el ceño fruncido—. ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? —le preguntó, frotándose los ojos para tratar de espabilarse.

—¡Sorpresa! —exclamó ella, entrando en el piso sin esperar a que April la invitara. No lo necesitaba de todas formas—. Qué bien que estés despierta. —Le dio un rápido beso en la mejilla a April y puso uno de los vasos en su mano.

—Me han despertado tus timbrazos. Casi quemas el timbre.

—Sí, bueno… lo importante es que estás despierta —dijo Sarah, sin darle importancia.

April levantó una ceja. «Sarah y sus cosas».

—Sí, antes de que lo digas, sé que es temprano —habló de nuevo Sarah.

April parpadeó sorprendida.

—¿Temprano? —repitió—. Ni siquiera son las siete de la mañana. ¡De un sábado!

—Por eso he traído café, para que termines de despertarte —arguyó Sarah.

April no pudo evitar sonreír.

—Sarah, ¿qué estás haciendo aquí? Y a esta hora. ¿No deberías estar en Detroit?

Sarah se dio la vuelta de golpe en mitad del pasillo después de saludar a Luna, y miró a April con seriedad.

—He venido a convencerte para que no cometas el mayor error de tu vida —dijo, dramáticamente—. Irte a Nueva York es una locura total. ¡Una locura, te digo! —exclamó—. Es una idea terrible. Pero terrible de verdad. Tienes que quedarte en Chicago y continuar tu preciosa historia de amor con Jamie. Además, la gente habla de Nueva York como si fuera la mejor ciudad del mundo, pero en realidad es mejor Chicago. Sí, es mejor Chicago, incluso tiene un musical con su nombre.

Con esa perorata, llegó al salón.

April rio.

—Tengo buenas noticias para ti —dijo, con una sonrisa traviesa dibujada en los labios—. No voy a irme a Nueva York.

Sarah la miró boquiabierta durante unos segundos.

—¿En serio? —le preguntó.

—Sí, en serio —dijo April.

—¡Sabía que mi plan funcionaría! —exclamó Sarah—. Solo he tenido que venir a hablar en persona contigo para hacerte entrar en razón.

April negó con la cabeza, riendo.

—Claro, claro —dijo, dando a Sarah una palmadita en el hombro —. Todo ha sido gracias a aparecer en casa a las siete de la mañana sin avisar trayendo dos vasos de café de Starbucks.

Sarah se echó a reír.

—¿Es verdad que se te ha quitado esa idea de irte a Nueva York? —le preguntó, sentándose en el sofá. Su rostro había adoptado una expresión seria.

April asintió y se acomodó a su lado.

—Sí, no he aceptado el trabajo —respondió.

—Joder, cómo me alegro —comentó Sarah, visiblemente aliviada —. Era una locura, April.

—Lo sé. Me he dado cuenta de que mi vida está aquí —dijo. Alargó el brazo y dejó el vaso de café en la mesita auxiliar. Se restregó los dedos, nerviosa—. No lo quería admitir, pero todos teníais razón. Cada vez que las cosas se ponen serias entre Jamie y yo, mi instinto de supervivencia me grita que es hora de salir corriendo. —Se pasó las manos por la cara—. Es… es una reacción automática, ¿sabes? No puedo controlarla.

Sarah le pasó el brazo por la espalda.

—Por supuesto que lo entiendo —dijo, comprensiva.

—La idea de comprometerme… —dejó la frase suspendida en el aire.

—Sé que tienes miedo de que vuelva a suceder lo mismo que con Colin —la ayudó Sarah.

April movió la cabeza, afirmando.

—Sí.

—Es lógico que tengas miedo, April, pero debes tratar de dejarlo atrás, si no, nunca serás feliz —le aconsejó Sarah.

—Lo sé. No puedo dejar que lo que pasó con Colin afecte a mi vida ni a mi relación con Jamie.

—Qué bien que hayas recapacitado.

—¿Sabes que me sentí como una completa extraña en Nueva York?

Sarah dio un sorbo de su café, y April también.

—¿Sí? —dijo, algo sorprendida.

—Sí, como si nunca hubiera vivido allí, como si durante años no hubiera sido mi hogar.

—¿Cuándo te diste cuenta de que tu lugar estaba aquí, en Chicago?

—Cuando estaba haciendo la entrevista. El dueño de Global Nexus Corporation hablaba y hablaba, y yo no dejaba de pensar que aquel ya no era mi sitio, que mi sitio estaba en Chicago, en este edificio de locos, con estos vecinos entrometidos y, por supuesto, con Jamie.

—¿Él sabe todo esto? —preguntó Sarah.

—No he podido hablar con él —contestó April—. La señora Henderson me ha dicho que está en una convención en Carolina del Norte, y no quiero hablar nada de esto por teléfono, prefiero esperar a que llegue mañana y hablarlo cara a cara con él.

—Es lo mejor.

—Solo espero que entienda… Bueno, que entienda mis miedos.

Sarah buscó las manos de April y las envolvió cariñosamente entre las suyas.

—Claro que lo entenderá, April. Jamie es un tío comprensivo.

Ella sacudió la cabeza.

—No sé, Sarah —dudó—. Quizá ya está cansado de mis inseguridades.

—Estoy convencida de que no. Jamie está enamorado de ti, ¿tanto te cuesta entenderlo?

Luna ladró suavemente como si estuviera de acuerdo. April y Sarah se echaron a reír.

—Luna sabe que lo que digo es cierto —apuntó Sarah.

—Hablaré con Jamie cuando regrese de la convención, y a ver si podemos dar a la señora Henderson ese final feliz que tanto desea para su novela.

—Sí, por Dios, está como loca con ella. Como termine convirtiéndose en un best seller os vais a hacer famosos —bromeó

Sarah.

—Ya me veo firmando autógrafos por la calle —siguió April con la broma.

Volvió a reír y Sarah se unió a ella. Después se puso seria un instante.

—De verdad, April, me alegra mucho que hayas decidido quedarte, tratar de vencer tus miedos e inseguridades y luchar por tu historia con Jamie. Os lo merecéis.

April delineó en los labios una sonrisa.

—Gracias por estar ahí siempre para mí, Sarah —respondió en tono cálido y ligeramente emocionada—. No sé qué haría sin ti.

Sarah le dio un abrazo.

—Y yo sin ti —dijo con sinceridad—. No importa si estamos cerca o lejos la una de la otra; siempre seremos un equipo.

April apoyó su cabeza en la de Sarah.

—Por cierto, ¿has venido desde Detroit solo para intentar convencerme de que no me fuera a Nueva York? —Se incorporó.

—Por supuesto, ya me conoces —contestó Sarah con naturalidad. Ella era así.

—La madre que te parió —dijo April.

—Eres muy cabezota, April, y a veces hay que hacerte entrar en razón a la fuerza. —Levantó el puño.

—¿Estabas dispuesta a pegarme?

—Si hubiese sido necesario, sí. Te lo acabo de decir, eres más terca que una mula.

April sacudió la cabeza.

Sarah se limitó a guiñarle un ojo con expresión de complicidad en el rostro.

En ese momento fue April quien la abrazó.

CAPÍTULO 67

Luna se paró en mitad de la acera y miró a April.

—Sí, ya sé por qué me miras. Yo también tengo ganas de verle, pero no podemos hacer nada —dijo, refiriéndose a Jamie—. Todavía no ha regresado de la convención. Tenemos que esperar. —Sonrió.

Luna, satisfecha con la explicación, echó a andar de nuevo.

La tarde de aquel domingo estaba tranquila y soleada. Con el cielo totalmente despejado y luciendo un azul impoluto, April había decidido sacar a Luna a pasear.

Sarah, después de pasar el fin de semana con ella, había cogido un vuelo de vuelta a Detroit. Su misión había sido completada.

Después de estar un rato en el parque canino y dejar que Luna corriera libremente por él, April y ella se dispusieron a volver a casa.

Durante el camino de regreso, la pequeña Yorkie se lanzaba a explorar el césped de un lado y de otro, olfateando todo lo que aparecía ante ella.

April sonrió cuando la vio persiguiendo a un par de mariposas.

Echaron a andar de nuevo. Cuando estaban casi frente al edificio, April se dio cuenta de que se le habían desabrochado los cordones de la zapatilla.

Se agachó para atárselos de nuevo, sin soltar la correa de Luna, pero sujetándola con menos fuerza. Lo que nunca pensó April es que ocurriría lo que ocurrió.

Al otro lado de la calle, Jamie se bajó de un taxi, captando la atención de Luna. Al verle, salió disparada hacia él cruzando la calle sin advertir el peligro.

El corazón de April dio un vuelco.

—¡Luna, para! —gritó desesperadamente.

Pero no sirvió de nada.

Fue demasiado tarde.

Un espantoso chirrido de neumáticos rompió el silencio. Un coche que circulaba por la calle no tuvo tiempo de frenar completamente. El sonido del impacto contra el pequeño cuerpo de Luna y su fuerte quejido resonó en el aire en una espiral dantesca.

Y todo pareció detenerse durante un instante eterno.

April se incorporó rápidamente, sintiendo que se le paraba el corazón. Echó a correr con un jadeo; el grito ahogado que se contenía en el interior de su pecho, mientras Luna yacía inmóvil en mitad de la calzada.

April llegó hasta donde estaba tendida en el asfalto.

—¡Luna! —gritó.

Se arrodilló junto a ella. Le temblaban las manos mientras tocaba suavemente el cuerpo pequeño e inerte de su mascota.

—Luna, no —sollozó.

La sangre manchaba su pelaje, formando una flor rojiza sobre el muslo. Las propias lágrimas de April, que empezaron a aflorar de sus ojos sin cesar, se mezclaron con la sangre de Luna.

Ni siquiera se dio cuenta de que Jamie estaba frente a ella.

—Tranquila, April —le dijo.

Ella reaccionó a su voz. Alzó la vista y lo vio. Y sintió alivio.

—Jamie… —gimió.

—Estoy aquí —contestó él.

Se agachó y con manos expertas le buscó el pulso a Luna, tanteando su pecho.

No lo encontró, así que puso su dedo índice y corazón en la parte inferior de su muslo, cerca de donde se unía la pierna al cuerpo.

Su ceño fruncido se suavizó.

—Tiene pulso —dijo con una nota de esperanza en la voz—. Débil, pero al menos tiene pulso.

—Lo siento, lo siento mucho —se disculpó una voz femenina detrás de ellos. Era la dueña del coche que había atropellado a Luna —. Yo… no la vi, salió disparada… —dijo, afligida.

April sabía que no había sido culpa de aquella mujer. Luna se había emocionado al ver a Jamie al otro lado de la calle y sin ser consciente del peligro que entrañaba, había salido corriendo hacia él.

—No… No ha sido su culpa —repuso April con voz entrecortada por los sollozos.

—¿Puedo hacer algo? —se ofreció la mujer, amable.

Jamie fue quien habló.

—¿Puede llevarnos en su coche a mi clínica veterinaria? Está a solo tres manzanas de aquí.

—Sí, por supuesto —respondió la mujer.

—Perfecto.

Jamie cogió con muchísimo cuidado a Luna y la llevó en brazos hasta la parte trasera del coche. April ya se había encargado de poner en el asiento la chaqueta que tenía atada a la cintura, para que no lo manchase.

Alrededor de la escena se había congregado un grupo de personas, entre ellos, la señora Abernathy.

—Cariño, ¿qué ha pasado? —le preguntó. Su voz estaba llena de preocupación.

—Luna… vio a Jamie y corrió hacia él. Cruzó la calle sin darse cuenta de que venía un coche… —Las palabras de April se fueron apagando. Apenas tenía fuerzas para hablar.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó horrorizada la señora Abernathy, con las manos en la boca.

—Vamos a llevarla a la clínica de Jamie —le informó April.

—Está en buenas manos, April. Estoy segura de que todo saldrá bien —la animó la señora Abernathy.

April asintió con la cabeza. Ella también sabía que Luna estaba en buenas manos. En las mejores.

—Tenemos que irnos —dijo.

—Claro, claro.

April se montó en la parte trasera del coche, junto con Jamie y Luna, que estaba tumbada entre los dos.

Mientras Jamie daba las indicaciones a la mujer para llegar a la clínica, April rezaba para que Luna sobreviviera.

—Por favor, aguanta… —le susurró con voz temblorosa, mientras acariciaba con suavidad su maltrecho cuerpo—. Te lo suplico, pequeña, aguanta —repitió.

Le hablaba con delicadeza, como si sus palabras pudieran aliviar de alguna manera el dolor que sentía Luna.

—Eres muy fuerte, mi pequeña —decía, intentando aguantar los sollozos—. Vas a salir de esta. Juntas vamos a salir de esta.

El trayecto hasta la clínica, a pesar de ser corto, se le hizo eterno. El tiempo que duró, April le susurró palabras de ánimo y de disculpas. El corazón le latía frenético contra las costillas. Luna no podía morirse. No se lo perdonaría nunca.

Luna gemía de dolor. El sonido era débil, apenas audible por encima del ruido del motor del coche. Jamie no le quitaba ojo, controlando su pulso de vez en cuando.

—Jamie, ¿cuál es el diagnóstico? —le preguntó April.

—Tiene la pata derecha rota, de ahí la hemorragia, y varias contusiones fuertes en el cuerpo, pero no puedo asegurar nada más al cien por cien. Necesito examinarla detenidamente en la clínica para ver el alcance de las heridas.

Jamie se quedó mirando unos segundos a April. Tenía la cara desencajada y estaba pálida, con el susto todavía dentro del cuerpo.

—Sabes que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que se recupere, ¿verdad?

April afirmó con la cabeza.

—Sí, lo sé —respondió, y estaba convencidísima de ello.

CAPÍTULO 68

Al llegar a la clínica, fueron recibidos inmediatamente por Mike, al que le cambió el rostro a una expresión seria cuando vio que se trataba de Luna.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—La ha atropellado un coche —contestó April.

Jamie tomó el mando con la eficiencia con la que lo hacía siempre.

—Mike, necesito que prepares el quirófano —comenzó a darle indicaciones, mientras colocaba a Luna en una de las camillas especiales—. Tiene una pata rota y hay que operarla. También vamos a hacerle un TAC para ver si tiene lesiones internas.

—Vale —contestó Mike.

Se dio la vuelta y salió corriendo hacia el pasillo. Jamie se giró hacia April.

—Mantente en la sala de espera —le dijo—. Saldré a informarte en cuanto sepa algo.

—Ok.

Jamie se disponía a irse, cuando se volvió.

—Todo va a salir bien —le dijo a April.

Ella apretó los labios. Tenía los ojos anegados en lágrimas. El nudo que tenía en la garganta le impedía hablar, así que se limitó a asentir con la cabeza.

Jamie se quedó mirándola unos segundos. Le dolía verla así, en aquel estado de desesperación. Sabía cuánto quería a Luna y el modo en que le estaba afectando aquella situación.

Finalmente se fue hacia el quirófano.

April se sentó en una de las sillas. Se sentía impotente y la posibilidad de perder a Luna la aterrorizaba.

La sala de espera se sentía fría, pese a que en la calle la temperatura era cálida. Los minutos pasaban lentos e implacables. Cada *tictac* del reloj parecía amplificar el silencio del lugar; cada minuto que pasaba sin noticias era un cruel recordatorio de lo frágil que era la vida.

En algunos momentos, la esperanza de April era tan tenue como el hilo de una telaraña.

Inmersa en aquel compás de espera, April repasó mentalmente todos los momentos felices que había compartido con Luna desde que había llegado a su vida: los paseos interminables por la calle, las mañanas perezosas de los domingos remoloneando en la cama, las noches acogedoras de invierno acurrucadas juntas en el sofá. El amor que sentía por Jamie, y cómo se las había ingeniado para hacer de casamentera…

Se le escapó una sonrisilla. Luna era tan especial.

La noche se desdibujó entre pruebas y una espera desesperante.

El teléfono vibró. April lo sacó del bolso. Un WhatsApp de Sarah.

¿Cómo está Luna? La señora Henderson me ha contado lo que le ha pasado. Se lo ha dicho la señora Abernathy.

Está mal, Sarah. El pronóstico es grave.

Jamie la está operando de una pata en este momento.

Todo va a salir bien, April. Luna es muy fuerte.

Estoy segura de que va a salir de esta.

Ojalá, porque no quiero perderla. Todavía nos queda mucho por vivir juntas.

No la vas a perder. Avísame cuando sepas algo.

Ok.

En ese momento le llegó otro WhatsApp. Era de la señora Henderson.

El edificio está organizando un círculo de oración por Luna.

April esbozó una ligera sonrisa. La señora Henderson y sus ideas. Sus dedos se movieron por la pantalla del móvil.

Gracias, os lo agradezco mucho, respondió.

La operación duró horas.

Finalmente, después de lo que a April le pareció una eternidad, Jamie salió del quirófano para hablar con ella. Su cara era seria y parecía exhausto. April se levantó de inmediato de la silla.

—¿Cómo se encuentra Luna? —se adelantó a preguntarle a Jamie con impaciencia.

—La operación de la pata ha salido bien —comenzó a explicarle—. Pero Luna ha sufrido varias lesiones graves y las siguientes horas son cruciales.

April frunció el ceño con gravedad. El miedo se pegó a su cuerpo como si fuera algo adherente.

—¿Puede morir? —preguntó, aunque la respuesta la aterrorizaba.

—Luna es una luchadora nata y, además, es muy fuerte, pero hay que ver cómo va reaccionando al tratamiento —contestó Jamie—. Ahora está estable y las constantes vitales están controladas. Eso es una buena señal —añadió.

—Gracias a Dios —dijo April, llevándose la mano al pecho.

Se acercó a Jamie, pero él retrocedió un paso.

—Jamie…

—Ahora no, April. Necesitamos concentrarnos en Luna —la cortó él.

—Claro —respondió ella, tratando de disimular su decepción—. ¿Cuándo podré verla? —le preguntó.

—Está bajo los efectos de la anestesia. Cuando despierte, te avisaré.

—Gracias.

Jamie dio media vuelta y salió de la sala de espera.

Cuando la puerta se cerró, April se pasó la mano por la cabeza y resopló.

Sacó el móvil, entró en la aplicación de WhatsApp y envió un mensaje a Sarah.

La operación de la pata de Luna ha salido bien,
pero sigue en peligro, porque tiene
varios golpes internos.

La respuesta de Sarah fue inmediata.

Me alegro muchísimo de que la operación haya salido bien. Estoy dentro del círculo de oración que ha organizado la señora Henderson.

Muchas gracias. Seguro que vuestras
oraciones surten efecto.

Estate segura de ello. 😊

Mucho ánimo. ¿Cómo está Jamie?

April tomó aire antes de escribir.

Un poco tirante, pero es normal teniendo en cuenta la cantidad de tonterías que he hecho estos últimos días.

¿Has hablado con él?

No, todavía no. Iba a hacerlo, pero me ha dicho que ahora tenemos que centrarnos en Luna.

Sarah respondió rápidamente.

Es normal que esté así,

pero se le pasará en cuanto hables con él.

Le entiendo.

Él también tiene que protegerse.

Tengo que dejarte, cariño.

Luego te llamo. Un beso. 😘

Vale. Besos. 😘

April seguía en la sala de espera cuando entró Mike con un vaso de café de la máquina. Alargó el brazo y se lo ofreció a April.

—No es el mejor café del mundo, pero es mejor que nada —comentó.

—Gracias —respondió ella, tomándolo de su mano.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Mike.

—Preocupada.

—El jefe va a tratar de hacer todo lo posible para que Luna se recupere.

April movió el café con la cucharilla de plástico.

—Lo sé.

—Las perspectivas son buenas —dijo Mike.

—Y Luna es fuerte —añadió April después de dar un sorbo del vaso. El café tenía buen sabor y estaba caliente, algo que agradeció, porque estaba muerta de frío a pesar de haber buena temperatura.

—Sí, estoy convencido de que va a salir adelante.

Mike extendió la mano y apretó el brazo de April en un gesto cariñoso.

Durante unos segundos reinó el silencio.

—El jefe no ha estado bien estos días —habló de nuevo Mike.

April alzó la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Ha estado irritado, de mal humor y cabizbajo.

April chasqueó la lengua contra el paladar. La mortificaba saber que ella había provocado todo aquello en Jamie.

—Me he comportado como una idiota —afirmó.

—Todos nos hemos comportado como idiotas alguna vez —dijo

Mike.

—Sí, pero yo he hecho daño a Jamie con mi idiotez extrema.

Mike esbozó una ligera sonrisa.

—No ha sido un daño gratuito ni intencionado —dijo.

April encogió los hombros y apretó los labios.

—¿Importa si es intencionado o no? —preguntó, y dio otro sorbo de café.

—Yo creo que sí.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

—Voy a abrir —dijo Mike.

April se limitó a asentir con la cabeza. Mike se giró.

—Y gracias de nuevo por el café —le agradeció April.

—De nada.

CAPÍTULO 69

Entrada la noche, Jamie salió para decirle que Luna estaba empezando a despertar de la anestesia y que podía pasar a verla.

—Hola, pequeña —susurró April, acariciándole la cabecita cariñosamente y llenándole de besos.

Luna movió la cola al verla, golpeándola levemente contra la cuna, pero todavía no podía levantarse porque se encontraba bajo los efectos de la anestesia.

—Me has dado un susto de muerte —dijo April en voz baja, mientras Luna le lamía la cara.

Cuando se incorporó, Jamie estaba apuntando los datos de las constantes vitales de Luna en un portafolio.

—¿Cómo está? —quiso saber April en tono preocupado.

—Está respondiendo bastante bien al tratamiento y no ha tenido hemorragias. Es una muy buena señal.

April dejó escapar el aire que estaba conteniendo en los pulmones.

—Menos mal —dijo aliviada.

Un silencio denso gravitó sobre sus cabezas. April miró a Jamie.

—Deberíamos hablar —dijo.

Jamie explotó como si llevara mucho tiempo sujetando las palabras en la garganta.

—Has ido a la entrevista. —No era una pregunta.

—Jamie…

—Has ido a la entrevista —repitió.

—Sí, he ido, pero no he aceptado el trabajo.

Jamie abrió un poco los ojos.

—¿No? —Estaba seguro de que April había dicho que sí y de que iba a volver a Nueva York.

—No —negó April, observando la mezcla de sorpresa y confusión en el rostro de Jamie.

Jamie cruzó los brazos, como si intentara protegerse de una decepción que ya había anticipado.

—Entonces, ¿por qué fuiste? —preguntó en un tono que oscilaba entre la curiosidad y el reproche.

April suspiró, sabiendo que tenía que ser honesta. Más honesta de lo que había sido en su vida. Más honesta de lo que había sido jamás.

—Te diría que fui porque necesitaba ver lo que realmente quería; por no quedarme con la duda, por crecer en mi carrera profesional —dijo, buscando las palabras adecuadas. Bajó la mirada por un momento antes de sincerarse—. Pero fue porque tenía miedo —aceptó finalmente—. Tenías razón, Jamie. Estaba huyendo. Cada vez que la relación se complica o se vuelve más seria, mi instinto de supervivencia me grita que busque una salida, que salga corriendo. Hasta ahora no quería admitir que estaba huyendo de mi pasado y tomando decisiones basadas en el miedo.

Jamie relajó un poco la postura, aunque aún parecía estar procesando la información.

—Tengo miedo de lo mucho que me gusta esta vida, de lo mucho que me gusta estar aquí; miedo de lo que siento por ti, de lo que te quiero… De lo fácilmente que todo podría desmoronarse.

Jamie la miró con una mezcla de sorpresa y ternura. No esperaba esa confesión, pero podía ver lo difícil que había sido para April decirlo.

—April, todos tenemos miedo —dijo suavemente, dando un paso hacia ella—. Yo también tengo miedo. Miedo de perderte, miedo de no ser suficiente para ti. Yo… —Tomó una bocanada de aire—. No sé qué puede pasar en el futuro; nadie lo sabe, porque no tenemos una bola mágica que nos lo diga, pero sé que te quiero, que estoy enamorado de ti hasta los huesos y que nunca te haré lo que te hizo Colin. Eso puedes tenerlo seguro.

—He dejado que el miedo y las inseguridades me controlen y he tomado decisiones que nos han afectado a los dos, basadas en ello, pero es hora de que me enfrente a mis temores y tome el control de mi propia vida —repuso April.

El ladrido de Luna los interrumpió, débil pero decidido. Se giraron y la encontraron observándolos, mientras agitaba ligeramente la cola contra el colchón de la cama.

Sonrieron.

—Creo que Luna está tratando de decirnos que quizá deberíamos dejar de huir de las cosas que nos asustan —comentó Jamie.

April estudió el rostro de Jamie a la luz artificial de la sala: el cansancio alrededor de los ojos, la tensión de la mandíbula, la forma en que la miraba como si ella fuese todo lo que temía perder. Ella también temía perderle a él, por eso había huido.

—No quiero irme a Nueva York —dijo.

—¿No?

April movió la cabeza.

—No —se reafirmó. Y la certeza remplazó al miedo—. Me encanta esta vida, incluso aunque me dé miedo, incluso aunque se complique. No quiero estar con nadie ni en otro lugar que no sea contigo aquí, en Chicago.

Jamie se acercó un paso más, dejando caer los brazos a los costados.

—Me alegra mucho escucharte decir eso —dijo, con una sonrisa tenue asomando a los labios—. Porque yo tampoco quiero que te vayas. No quiero perder lo que tenemos.

April sintió cómo se le aligeraba el corazón al escuchar esas palabras y dio un paso hacia él, acortando la distancia entre ambos.

Alzó el rostro y miró a Jamie directamente a los ojos.

—Lo siento. Siento muchísimo haberme comportado del modo que lo he hecho y el daño que te he causado —dijo en tono afligido—. No sé qué más puedo decir, excepto que prometo dejar a un lado mis miedos e inseguridades. —Sus ojos de color café vibraban—. No sabía si estaba lista para una historia como la que tenemos, pero cuando estuve en Nueva York me di cuenta de que sí. No he aceptado el trabajo, pero hacer la entrevista me ha hecho ver que mi lugar está aquí.

—Supongo que eso significa que no tengo que empezar a hacer las maletas para mudarme a Nueva York —bromeó Jamie, soltando una risa ligera.

April frunció el ceño.

—¿Habrías venido a Nueva York conmigo? —le preguntó con incredulidad.

El rostro de Jamie volvió a adoptar una expresión seria.

—Si realmente te hubieras mudado por trabajo, por crecer en tu carrera profesional, sí. Iría contigo al fin del mundo —dijo.

April sonrió, agradecida por tener a alguien como Jamie a su lado.

—Gracias. —Sin apartar la vista de él, dijo en tono suave—: ¿Puedo darte un abrazo?

—Ya te lo doy yo —dijo Jamie, y alargando los brazos, la estrechó contra su cuerpo.

—Te prometo que lucharé por lo quiero, que es un futuro contigo, Jamie. Prometo trabajar en mí, en nosotros, porque de verdad quiero que nuestra relación funcione —confesó April, con la mejilla sobre su pecho.

En la calma de la sala de recuperación, oía palpitar su corazón. Jamie agachó la cabeza y le dio un tierno beso en el pelo.

—Ahora sé que huir no solucionará lo que me asusta —añadió April.

—Mi niña… —suspiró Jamie—. Te he echado de menos estos días que has estado separada de mí.

—Y yo a ti —dijo April, abrazándolo con fuerza.

Jamie irguió la cabeza para mirarla.

—¿No más huidas? —le preguntó.

—No más huidas —respondió April.

Su casamentera meneó débilmente la cola desde su cama.

—Esto es material suficiente para la novela de la señora Henderson. —La voz de Mike sonó en la sala de recuperación. Estaba cruzado de brazos, apoyado en el marco de la puerta.

April y Jamie giraron el rostro hacia él.

—¿Tú también, Mike? —dijo Jamie con resignación, deshaciendo el abrazo y separándose un poco de April.

—Alguien tiene que documentar esta reconciliación para la novela de la señora Henderson. Toda ayuda es poca para que termine de escribir su historia —contestó él—. Esta declaración es fantástica.

—Más bien es nuestra historia —matizó April.

—Tienes razón, no puedo ponerle ni un «pero» a eso. No lo puedo rebatir —dijo Mike.

—Estáis todos fatal —rio April.

—Pero nos quieres —repuso Mike.

Ella sonrió.

—Sí, es verdad. Amo la locura en la que me habéis envuelto desde que llegué aquí.

Mike también sonrió.

—¿No tienes ningún paciente que revisar? —le preguntó Jamie con una nota de mordacidad en la voz.

—Sí, claro. El titi que trajeron los bomberos ayer necesita que le eche un vistazo —contestó Mike.

Jamie ladeó la cabeza, como diciendo, «entonces, ¿qué haces aquí?».

—Vale, ya me voy —comenzó Mike, pero antes de salir de la sala de recuperación se giró una última vez—. April, me alegro de que hayas decidido quedarte.

—Yo también —dijo ella con una sonrisa.

Cuando la puerta se cerró, April miró a Jamie.

—¿Tenéis un mono titi?

—Sí, lo trajeron los bomberos. Estaba en un parque con una herida en una de las manos. Les avisó una mujer porque estaba en la rama de un árbol. Creemos que se ha escapado de alguna casa.

—¿Se pueden tener titis como mascotas?

—No, es una especie protegida que está en peligro de extinción —contestó Jamie—. Hay animales que son adorables, pero hay personas que no entienden que no se pueden tener como mascotas y que nuestras casas no son su hogar.

—Nunca he entendido esa afición de algunos ricos por tener a toda costa especies exóticas —dijo April.

—Es simple y puro ego de las ultra élites —explicó Jamie—. No hay duda de que esa gente está pensando más en sí misma que en

los animales.

April se quedó mirándolo.

—¿Qué? —dijo Jamie—. ¿Tengo un moco o algo? —bromeó, tocándose la nariz.

April se echó a reír.

—Nooo.

—¿Entonces?

—Te miraba mientras pensaba que cada día te admiro más por el modo en que proteges a los animales, por cómo te implicas con ellos. No me extraña que me haya enamorado de ti.

—Estos días de atrás había llegado a la conclusión de que no estabas tan enamorada de mí como yo creía —dijo Jamie.

—Estoy mucho más de lo que piensas, mucho más de lo que algún día lo estuve de Colin —contestó April. Ya que estaba siendo sincera, lo iba a ser del todo—. No sé si es un dato relevante, pero es así.

Jamie le cogió la mano y tiró de ella para atraerla hacia sí. Le rodeó la cintura con los brazos.

—Joder, April, lo he pasado fatal —confesó.

Ella alzó los brazos y le acarició la cara, mientras lo miraba con ojos llenos de amor.

—Lo sé, y lo siento muchísimo. No sabes cuánto, Jamie. No me lo voy a perdonar nunca.

Jamie cerró los ojos unos instantes, disfrutando de la calidez de la piel de April. Era como si sus caricias pudieran borrar las sombras que se habían acumulado en su corazón durante los días de incertidumbre.

—No quiero que volvamos a pasar por algo así —dijo con voz suave pero firme, abriendo los ojos para mirarla directamente—. No

quiero perderte por malentendidos o por miedos que no expresamos. Quiero que hablemos, que nos comuniquemos. Esa es una de las bases de una buena relación.

April asintió. Sabía que había sido injusta al dejar que sus miedos y sus inseguridades se interpusieran entre ellos. Había estado a punto de echarlo todo a perder. Todo lo bonito que había en su vida.

—Tienes razón —admitió—. Me he dado cuenta de que eres demasiado importante para mí como para arriesgarme a perderte.

Jamie sonrió, una sonrisa genuina que iluminó su rostro de rasgos perfectos y llenó el espacio entre ellos con una calidez reconfortante.

Muy reconfortante.

April sintió que estaba en casa.

Jamie se inclinó y rozó su nariz con la de ella.

—Tú también eres muy importante para mí, April. Más de lo que nunca pensé que alguien llegaría a serlo —confesó en voz baja.

Se quedaron en silencio durante un rato, simplemente disfrutando de la proximidad del otro.

El mundo entero pareció desvanecerse, dejando solo el latido sincronizado de sus corazones.

El sonido de un WhatsApp en sus móviles los interrumpió.

April sacó su teléfono del bolsillo del pantalón y lo miró.

—Al parecer, Mike ya ha puesto al día a la señora Henderson —comenzó—. Quiere saber si debería titular el siguiente capítulo como «El amor conquista las ambiciones profesionales», «El amor conquista los miedos» o «Elegir el amor antes que Nueva York».

—Esa mujer está para que la encierren —dijo Jamie, riendo, al tiempo que sacudía la cabeza.

—La verdad es que ninguno de los tres —comentó April—. No se trata de elegir entre distintos futuros, se trata de construir uno

juntos.

La expresión de Jamie se suavizó mientras estudiaba su rostro.

—¿Incluso con todas las complicaciones que ello conlleva? —dijo.

—Incluso con las complicaciones que ello conlleva —repitió April. Apretó la mano de Jamie y lo miró con complicidad—. Son parte de nuestra historia.

Luna ladró, más fuerte que antes, para mostrar su acuerdo.

—Te quiero —dijo Jamie.

—Y yo te quiero a ti —respondió April.

CAPÍTULOS EXTRA

CAPÍTULO 70

El teléfono de Jamie sonó. Al consultar la pantalla, vio que se trataba de su padre.

—Es mi padre —dijo a April con voz cansada—. Estos días ha estado insistiendo para que me una a él.

No lo cogió, pero a los cinco minutos su padre volvió a llamar. En aquella ocasión, descolgó.

—Dime, padre.

—…

—Ya te lo he dejado claro. No, no me voy a unir a ti ni voy a formar parte de tu empresa —dijo Jamie.

—…

—Me da igual. Sigo eligiendo la vida que tengo. La elegiré mil veces.

April observó a Jamie mientras hablaba, notando la tensión en su mandíbula y el brillo de determinación en sus ojos verdes. Sabía que las conversaciones con su padre siempre eran complicadas, una lucha constante entre expectativas familiares y sus sueños personales; el camino que había tomado.

Jamie escuchaba pacientemente, aunque su expresión mostraba claramente que no estaba dispuesto a ceder.

—No, padre, no es solo por eso —respondió, buscando la mirada de April—. Es por mí. He encontrado lo que realmente me importa,

lo que me hace feliz, y no voy a cambiar eso por nada.

April era consciente de lo difícil que debía ser para Jamie enfrentarse constantemente a su padre, pero también sabía lo importante que era para él mantenerse fiel a sí mismo y a lo que había elegido, a la manera en que quería vivir su vida.

—…

Su padre se volvió más insistente al otro lado del teléfono, pero Jamie se mantuvo firme.

—Lo siento si eso te decepciona —dijo—. Pero necesito vivir mi vida de la forma que creo correcta. Espero que algún día puedas entenderlo.

Con aquellas últimas palabras, Jamie colgó el teléfono, dejando escapar un largo suspiro, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante toda la conversación.

April se acercó.

—No se dará por vencido, ¿verdad? —preguntó.

—Yo tampoco. —La voz de Jamie tenía acero—. He pasado años construyendo esta vida, no dejaré que sus ambiciones la destruyan.

April tomó su mano y se la apretó suavemente.

—Estoy muy orgullosa de ti —dijo con sinceridad—. Sé lo difícil que esto resulta para ti.

—Me aterroriza convertirme en mi padre —dijo Jamie de pronto.

April se quedó helada ante aquella contundente afirmación.

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre dejó que la ambición destruyera todo lo bueno que había en su vida, y después de la muerte de mi madre fue peor aún. —Las palabras salían ligeramente roncas de la garganta de Jamie—. Juré que nunca pondría la ambición o el estatus por encima de lo que importa. De lo que me importa.

—Tú nunca vas a ser como él, Jamie —aseveró April.

—A veces la presión que mi padre ejerce sobre mí… —dejó la frase en el aire. No quería terminarla.

Alzó la mano y se pinzó el puente de la nariz con los dedos. Sacudió la cabeza. Estaba agotado.

—Jamie, siempre estaré aquí para apoyarte —le prometió April—. Pase lo que pase.

Él sonrió, aunque todavía había una sombra de preocupación en sus ojos.

—Gracias —murmuró—. A veces me gustaría que las cosas fueran más sencillas con él, pero empiezo a perder la esperanza.

—Has hecho lo correcto. Gracias a ti el mundo es un poco mejor —dijo April con el corazón en la mano.

No había mucho más que pudiera decir para aliviar la carga que Jamie llevaba sobre los hombros. Sin embargo, estaba decidida a estar ahí para él en cada paso del camino. Y ya nada ni nadie lo impediría.

Jamie tomó aire.

—Quizás no has elegido el camino más sencillo, pero siempre valdrá la pena luchar por ello —añadió April.

—Sí, siempre valdrá la pena luchar por ello —afirmó Jamie.

—Las mejores decisiones rara vez son las más fáciles de tomar.

Jamie reflexionó unos segundos.

—Tienes razón.

Se inclinó y le dio un beso en los labios a April.

En aquel momento sonó la alarma del reloj inteligente de Jamie, interrumpiendo la escena. Se separó de April y consultó la pantalla.

—Es la hora de darle la medicina a Luna —anunció.

—Vamos —dijo April.

Jamie preparó el antibiótico y se lo metió a Luna por la vía intravenosa.

—Se está recuperando mejor de lo que pensaba —comentó.

—¿Está ya fuera de peligro? —le preguntó April con visible preocupación.

Jamie asintió con una sonrisa tranquilizadora.

—Sí, está fuera de peligro —confirmó—. Todavía necesita tiempo para recuperarse por completo, pero va por buen camino.

April dejó escapar un suspiro de alivio, sintiendo como la tensión desaparecía de sus hombros.

—He pasado tanto miedo… —dijo.

Jamie alargó el brazo y con la mano le acarició la mejilla.

—Lo sé, pero Luna es muy fuerte.

—Me he dado cuenta. —April se giró hacia ella y le acarició cariñosamente la cabeza—. La pobre ha sufrido mucho estas semanas: la operación por la infección, la recaída y ahora esto…

Se inclinó y le dio un beso.

—La verdad es que no ha sido una buena época —dijo Jamie.

April enderezó la espalda.

—Es un milagro lo que has hecho con ella, Jamie —dijo con admiración en la voz—. No sé qué hubiera pasado si no hubieras estado siempre tan cerca… de las dos —añadió.

Él sonrió con modestia.

April se acercó y le dio un abrazo, sintiendo un profundo agradecimiento por el modo en que había cuidado a Luna, y también a ella.

CAPÍTULO 71

La luz azulada del sol de media tarde se filtraba por la ventana mientras Luna descansaba en la sala de recuperación.

April acababa de llegar a la clínica después de un ajetreado día de trabajo y de tener una conversación con Mark. Él la había invitado a ir al Instituto de Arte de Chicago. Quería que April viera la estrella de la colección, el *American Gothic* del pintor Grant Wood. Según Mark, resultaba abrumador contemplar ese cuadro.

April le puso al día de cómo estaban las cosas y de que estaba saliendo con Jamie. Extrañamente, Mark no se sorprendió, incluso le dijo que lo sospechaba (algo que era cierto). De hecho, él había sido una de las personas que se había dado cuenta de que pasaba algo entre ellos y de los celos que Jamie mostraba cuando él estaba cerca.

April le agradeció que se lo tomara de aquella forma.

En aquel momento, estaba sentada junto a la cama de Luna, observando a Jamie comprobar sus constantes vitales.

Él se inclinó hacia la Yorkshire y comprobó los puntos de sutura de la pata.

—No se ha infectado ningún punto, esto va genial —dijo, satisfecho.

Antes de que April pudiera decir algo, el teléfono de Jamie sonó.

—¿Es tu padre? —preguntó April, al ver que él consultaba la pantalla y volvía a guardar el móvil en el bolsillo del pantalón sin

responder.

—Sí —contestó escuetamente.

«¿Es que ese hombre no se cansa?», pensó April.

Sin embargo, no hizo ningún comentario al respecto.

El teléfono de Jamie volvió a vibrar. Era un WhatsApp de su padre.

Sacó el móvil de nuevo del bolsillo del pantalón, al tiempo que tomaba una bocanada de aire. Abrió la aplicación.

Se quedó mirando la pantalla, petrificado; un montón de emociones cruzando su rostro.

April advirtió el cambió en su expresión.

—¿Todo bien, Jamie? —preguntó en tono suave.

Él leyó el mensaje de su padre en voz alta.

—Tu madre estaría orgullosa. De todo lo que has hecho.

—¿Es de tu padre? —April estaba tan alucinada como Jamie.

—Él nunca... en todos estos años... —Jamie tragó saliva—. Es la primera vez que menciona que ella estaría orgullosa de mí.

Jamie se quedó en silencio unos segundos, procesando las palabras que le había escrito su padre y que no podía parar de leer. Era como si una puerta que había estado cerrada durante años se hubiera entreabierto un poco, dejando entrar un rayo de luz inesperado.

April, frente a él, lo observaba con una mezcla de sorpresa y ternura. Jamie necesitaba aquel reconocimiento de su padre.

—Es…

—… Increíble. —April terminó la frase por él, leyendo su pensamiento.

—Sí. —La voz de Jamie era apenas un susurro—. Siempre pensé que él… No sé, que nunca vería las cosas desde mi perspectiva.

April le tomó la mano, sintiendo la magnitud del momento. Sabía cuánto significaban para Jamie aquellas palabras por parte de su padre.

—Tal vez está empezando a entender —sugirió con esperanza—. A veces las personas necesitan tiempo para ver las cosas de forma diferente.

Jamie asintió lentamente, todavía asimilando el impacto del mensaje.

Recordó a su madre y cómo siempre había sido su mayor apoyo, incluso cuando las cosas se complicaban con su padre. Saber que ella estaría orgullosa de él le daba una sensación de paz que no había sentido en mucho tiempo.

—Me gustaría pensar eso —respondió—. Quizás esto sea el comienzo de una nueva relación entre mi padre y yo.

—Estoy segura de ello —dijo April, esbozando una sonrisa.

Jamie levantó la vista de la pantalla del móvil y la miró.

—Tengo miedo de que al final no sea nada, con mi padre nunca se sabe… —confesó.

—Jamie, no caigas en la misma trampa que caí yo con nuestra relación y con lo que tenía contigo —dijo.

Jamie se quedó mirándola con el ceño levemente fruncido, reflexionando sobre lo que acababa de decir.

—Sí, tienes razón.

Escucharon un ruido a su lado. Se giraron y encontraron a Luna intentando ponerse de pie.

—Despacio, pequeña. —Jamie se movió rápidamente para ayudarla—. Tienes que ir poco a poco, dando pequeños pasos.

—Como nosotros —intervino April, mirándolo.

—Exactamente como nosotros —afirmó Jamie, con una pequeña

sonrisa.

—Y como tu padre y tú —añadió April, porque la frase le venía al pelo. Era perfecta para la situación que tenían Jamie y su padre en aquel momento.

Luna se movió, presionando su nariz contra la mano de Jamie. Él bajó la vista hacia ella, agradeciendo el gesto.

Luna tenía mil y una formas de hacerse entender. Era increíble.

Mike irrumpió por la puerta blandiendo su teléfono.

—¡Tengo una actualización de última hora! —exclamó—. La señora Henderson ya ha terminado de escribir el capítulo de la reconciliación y es una pasada.

April y Jamie intercambiaron una mirada y se echaron a reír.

A través de las ventanas de la clínica, el sol pintaba la ciudad de tonos cálidos. La brisa soplaba suave, meciendo las ramas de los árboles que había en la acera.

El teléfono de Jamie vibró con otro mensaje de su padre. Lo leyó.

—Quiere que comamos o cenemos juntos algún día —dijo.

—Debes ir —lo animó April—. Tenéis que hablar, hablar de verdad, de todo. Ya sabes, construir puentes en lugar de muros.

El ladrido de aprobación de Luna alentó la decisión.

A veces las historias de amor, las reales, necesitaban obstáculos para revelar su fuerza. Jamie y April sabían que el camino a seguir no sería sencillo, pero lo afrontarían juntos.

Después de todo, no se trataba de evitar desafíos, se trataba de encontrar a alguien con quien mereciera la pena enfrentarlos.

Juntos construirían algo más fuerte que el miedo. Un futuro que valiera la pena elegir una y otra vez. Un futuro que valiera la pena elegir siempre.

Las sombras de color escarlata del crepúsculo que protagonizaba la última hora de la tarde se extendían por el suelo de la clínica.

April y Jamie habían pedido comida tailandesa a un restaurante cercano para cenar y la degustaban tranquilamente en la sala de descanso.

Un WhatsApp iluminó el móvil de Jamie.

Era un mensaje de su padre, pero en aquella ocasión diferente a cualquiera que le hubiera mandado anteriormente. Lo leyó en alto.

¿Cenamos juntos la próxima semana? Que venga April. Y Luna, si está recuperada. El jardín de tu madre podría ayudarla a terminar de recuperarse. Ya sabes que tiene muy buenas vibraciones.

A Jamie se le cortó el aliento.

—Él nunca ha invitado a nadie al jardín de mi madre. No desde que murió.

—Las cosas cambian —dijo April. Le apretó la mano—. Y la gente también.

—¿Vienes conmigo? —le preguntó Jamie. Su voz transmitía una nota de vulnerabilidad.

—Claro que sí —contestó April.

—Vas a tener que enfrentarte a tu suegro —bromeó Jamie.

Ella sonrió despreocupadamente.

—Estoy lista para el desafío —respondió con un guiño—. Además, tendré a Luna de aliada. Nadie puede resistirse a su encanto.

Jamie soltó una risotada.

—Tienes razón. Luna solo va a necesitar diez minutos para ganarse a mi padre, pese a que es un hueso duro de roer —dijo.

Su expresión adoptó un semblante serio. La idea de volver al jardín de su madre, un lugar que estaba lleno de recuerdos y emociones, le resultaba al mismo tiempo abrumadora y reconfortante.

—Será extraño estar allí sin ella —dijo Jamie. Su voz estaba teñida de nostalgia. Se tomó unos segundos—. Pero creo que es hora de crear nuevos recuerdos en él.

April asintió, comprendía perfectamente a Jamie y la importancia del paso que estaba a punto de dar.

Sabía que el jardín no solo era un espacio físico, como tal, sino también un símbolo del amor y la complicidad que había compartido con su madre. Todo parecía estar contenido en aquel lugar.

—Y estarás con tu padre —comentó April con suavidad—. Eso es lo más importante.

Jamie respiró hondo. El apoyo incondicional de April le daba fuerzas para enfrentar lo que viniera. No sería fácil, pero estaba dispuesto a intentarlo por el bien de la relación con su padre y por honrar la memoria de su madre.

—Vale, ¿qué te parece el sábado por la noche? —propuso.

—Perfecto —respondió April con entusiasmo—. Prometo hacer mi mejor tarta de cerezas para llevarla a la cena e impresionar a mi suegro.

La risilla de Jamie contenía menos tensión.

—No dudo de que lo impresionarás —dijo.

Cogió el móvil y escribió un mensaje de respuesta a su padre, sugiriendo ir a cenar a su casa el sábado por la noche.

CAPÍTULO 72

La noche cayó sobre Chicago como un manto, cubriendo el cielo de azul oscuro.

—Háblame del jardín de tu madre —dijo April en voz baja, apoyando la barbilla en la mano.

Jamie hizo memoria unos segundos.

—Era su santuario —respondió—. Era el lugar donde daba lecciones de música a los niños del vecindario que no podían pagarlas. Donde ayudaba a los animales callejeros heridos antes de que encontraran un hogar. —Su voz transmitía amor—. Ella siempre dijo que los jardines eran para cultivar algo más que flores.

—¿Para tender puentes? —sugirió April.

—Y esperanza. —Jamie dio un sorbo de café—. Algo que esta clínica también intenta hacer.

April sonrió, le encantaba escuchar a Jamie hablar sobre el legado de su madre. Podía imaginarse el jardín como un lugar lleno de vida, de color y de amor. Un reflejo del espíritu generoso que había dejado una huella imborrable en su hijo.

—Me va a encantar conocerlo —dijo con sinceridad—. Y saber más sobre tu madre a través de él.

—Ese jardín es una forma de mantener viva la memoria de mi madre y de venerar en cierta manera todo lo que ella representó —comentó Jamie. Guardó silencio unos segundos antes de decir—: Creo que mi madre te habría gustado. —Sonrió al imaginar a su

madre y a April conversando tranquilamente sentadas en uno de los bancos del jardín—. Ella siempre tenía una historia o una lección que compartir.

April echó el torso hacia adelante, intrigada por las historias que aún no conocía de Jamie.

—¿Cuál es tu recuerdo favorito del jardín? —preguntó con curiosidad.

Jamie se quedó pensativo, dejando que los recuerdos fluyeran libremente en su cabeza.

—Recuerdo una tarde en particular —comenzó—. Encontramos un cachorro herido cerca de casa. Mi madre lo llevó al jardín y pasó horas y horas cuidándolo. Me enseñó cómo ser paciente y compasivo, y cómo cada pequeño acto de bondad puede marcar la diferencia.

April lo escuchó atentamente. Era evidente que la influencia de su madre seguía presente en la vida de Jamie, guiándolo en sus acciones y decisiones.

—Es increíble ver cómo has llevado esa enseñanza contigo hasta hoy —aseveró.

Jamie sonrió, reconociendo cuánto había aprendido de su madre y cómo esos valores habían moldeado quién era él ahora. Quizá por eso se negaba de manera acérrima a abandonar su vida, a dejar atrás todo lo que había construido, en detrimento de los caprichos de su padre. Sentía como si él hubiera continuado con el legado de su madre.

—Espero poder hacerle justicia —respondió—. Y seguir llevando esperanza donde sea posible.

Se quedaron en silencio, disfrutando de la tranquilidad de la noche. Pero su paz se hizo añicos cuando irrumpió la señora Henderson en la sala de descanso, con el cuaderno preparado.

—«Los protagonistas se enfrentan a decisiones difíciles mientras

su fiel compañera peluda lucha por su salud…» —narró con entusiasmo, como si fuera el mismísimo Shakespeare.

—Santísimo Dios —masculló April poniendo los ojos en blanco.

—Pero ¿qué tal chicos si le añadimos algo más de dramatismo?

El ladrido de respuesta de Luna desde el otro lado del pasillo sonó más fuerte que horas antes, como si estuviera de acuerdo.

—Luna es tan dramática y teatrera como usted —comentó Jamie con buen humor.

—Sí, a ella le gusta una buena telenovela como a mí —admitió la señora Henderson.

—No más dramas —atajó April con firmeza—. ¿Es que no ha tenido ya suficientes?

La señora Henderson se quedó unos segundos pensando, con el extremo del bolígrafo apoyado en los labios.

—Quizás sí. Puede que tengas razón —dijo finalmente.

—¡Claro que la tengo!

La señora Henderson agitó la mano en el aire.

—Vale, vale, no más dramas —dijo, dándose por vencida.

April y Jamie intercambiaron una mirada cómplice.

—A Luna no le convienen más sobresaltos —comentó Jamie.

La señora Henderson también sonrió antes de volver a centrarse en sus notas. Tenía que reconocer que disfrutaba de aquellas pequeñas discusiones con ellos, aunque siempre terminara cediendo a sus argumentos.

—Bueno, entonces enfoquémonos en lo positivo —dijo—. ¿Qué tal si me centro en la fuerza del amor para superar los miedos y las inseguridades? —sugirió.

—A mí me parece perfecto —contestó Jamie.

April asintió con entusiasmo, viendo el potencial en esa idea.

La señora Henderson comenzó a tomar algunas notas rápidamente.

—Creo que con esto tengo suficiente para el siguiente capítulo.

—¿Es que nunca va a acabar? —preguntó April.

—La novela estaba terminada, pero ese giro inesperado cuando te fuiste a vivir de nuevo al piso de Sarah y todo lo del trabajo de Nueva York y la entrevista, no me lo esperaba. He tenido que ampliar el argumento con la reconciliación y todo lo que ha venido después —le explicó.

Jamie sacudió la cabeza.

—¡Escritores! —dijo.

—Tenemos que documentar la historia todo el rato —comentó la señora Henderson—. Bueno, me voy. Mis manos van a volar por el teclado en cuanto llegue a casa.

April y Jamie se echaron a reír.

—Adiós —se despidió la señora Henderson. Y del mismo modo que llegó, se fue.

La noche se hizo más cerrada, más profunda y las luces de los edificios brillaban como estrellas en el horizonte.

El bullicio de la ciudad se mezclaba con el suave murmullo del viento que se había levantado, creando una melodía única que solo Chicago podía ofrecer.

Mientras Jamie trabajaba actualizando los expedientes de los pacientes, April pintaba a Luna en un bloc de bocetos.

Entretanto, llegó otro mensaje del padre de Jamie:

El violín de tu madre necesita afinarse. Quizás podrías encargarte de ello después de la cena del sábado.

Una nueva emoción cruzó las facciones de Jamie.

¿Lo has conservado todos estos años?, le preguntó.

Algunas cosas tienen que esperar el momento adecuado, respondió su padre.

Le echaré un vistazo, dijo Jamie.

CAPÍTULO 73

A la mañana siguiente, Luna comenzó a dar sus primeros pasos temblorosos desde la operación. Jamie auxiliaba su movimiento con manos cuidadosas mientras April observaba la escena con satisfacción.

—Es más fuerte de lo que pensábamos —dijo, observando el progreso de su casamentera.

Mike entró en la sala de recuperación con los informes diarios.

—Jefe, tu padre está en el vestíbulo —anunció.

Jamie alzó la vista hacia Mike.

La tensión recorrió cada rincón de la habitación. El mundo pareció congelarse de alguna manera, hasta que Luna ladró, un sonido cercano, familiar.

April vio cómo un montón de emociones se reflejaban en los rasgos perfectos de Jamie: esperanza, miedo, anhelo…

—Ve —le instó suavemente—. Luna y yo estaremos aquí —dijo.

Su casamentera meneó la cola en claro acuerdo.

April se acercó a la Yorkshire y tomó el puesto de Jamie. Ella la ayudaría también a dar sus primeros pasos.

—Voy a ver qué quiere —dijo Jamie, dándole un beso en la sien a April.

El vestíbulo quedó en silencio mientras padre e hijo se encontraban. El doctor Mitchell padre parecía algo más pequeño y

menos intimidante de lo que sugería su reputación, aunque era un hombre de armas tomar.

Tenía el pelo algo canoso ya y vestía un traje negro, una camisa blanca y una corbata de color verde oscuro.

—A tu madre le habría encantado este lugar —comenzó con voz áspera—. El caos, el propósito, la forma en que luchas por cada paciente.

Jamie asintió. Sentía una mezcla de orgullo y nostalgia al escuchar aquellas palabras de boca de su padre. Sabía cuánto había significado su madre para su padre.

—Sí, siempre decía que la medicina veterinaria era más que una profesión; era una vocación —respondió, recordando las largas conversaciones que había tenido con su madre.

El doctor Mitchell padre esbozó una leve sonrisa (algo muy poco habitual en él), aunque sus ojos reflejaban una sombra de tristeza que no podía ocultar.

—Ella tenía una forma especial de ver el mundo —continuó—. Siempre encontraba belleza incluso en los momentos más difíciles. Creo que eso es lo que la hacía tan buena en todo.

Hubo un momento de silencio entre ellos, lleno de recuerdos y sentimientos. El vestíbulo de la clínica parecía haberse detenido solo para ellos, dentro de un mundo que fuera seguía girando.

—He intentado seguir su ejemplo —dijo Jamie finalmente—. No siempre es fácil, pero cada día trato de recordar por qué elegí este camino.

Su padre asintió lentamente.

Luna logró dar unos pasos más y salir de la sala de recuperación con April detrás, llamando la atención del padre de Jamie.

—Ella debe de ser Luna —dijo.

—Sí —contestó Jamie—. Es muy especial.

—Como sus humanos —apuntó el doctor Mitchell.

Su mirada de ojos castaños se centró después en April.

—Y tú debes de ser April —dijo.

—Sí. —Ella se acercó con el brazo extendido—. April Carter —se presentó.

—Robert Mitchell —dijo él, estrechándole la mano.

—Encantada, señor Mitchell.

—Llámame Robert, por favor, y tutéame.

April esbozó una sonrisa.

—Como quieras —dijo.

—¿Qué tal se encuentra Luna? —le preguntó Robert.

—Mejorando día tras día. Está empezando a dar sus primeros pasos después de la operación —le explicó April.

—Me alegro.

—Gracias.

Luna ladró un par de veces. Todos sonrieron.

El doctor Mitchell echó un rápido vistazo a su alrededor.

—Así que aquí es donde has encontrado tu camino.

Era la primera vez que veía la clínica. Nunca se había molestado en ir.

—Aquí es donde he encontrado todo —respondió Jamie simplemente, y miró a April, que le sonrió tímidamente. Aquella afirmación iba dirigida a ella.

Su padre posó sus ojos en Jamie. Lo estudiaban. April aprovechó el momento para coger a Luna.

—Será mejor que os dejemos solos —dijo, echando a andar hacia la sala de recuperación.

Luna era reacia a irse, y empezó a revolverse entre sus brazos, pero April la agarró más fuerte.

—Encantada, Robert —repitió.

—Igualmente —dijo él.

A solas, Robert Mitchell devolvió la atención a su hijo.

—Tu madre creía en el amor y en ser fiel a uno mismo por encima de las expectativas, por encima de las apariencias, por encima de cualquier otra cosa. A ella le habría encantado la vida que has elegido.

Jamie sintió un nudo en la garganta al escuchar esas palabras. Por primera vez, su padre reconocía, no solo sus logros profesionales, sino también las decisiones personales que había tomado para llegar hasta allí.

—Siempre me he empeñado en que siguieras mis pasos —continuó el doctor Mitchell, con la voz más suave de lo habitual en él —. Pero veo que has encontrado tu propio camino, y eso es algo que… respeto.

Jamie asintió lentamente con la cabeza, sintiendo cómo se disipaba la tensión que había existido entre ellos durante tanto tiempo. Había temido decepcionar a su padre al elegir un camino diferente, pero siempre había tenido claro que el verdadero valor estaba en ser fiel a uno mismo, como decía su madre.

—Gracias, papá —dijo.

El doctor Mitchell observó a su hijo con una mezcla de orgullo y admiración. Jamie se alegró de que por fin viera al hombre en el que se había convertido.

—Tu madre siempre decía que el éxito no se mide por los títulos o el dinero —reflexionó su padre—. Se mide por la felicidad y la paz interior. Y parece que tú has encontrado ambas cosas aquí.

—Así es —corroboró Jamie.

—Yo… nunca lo había entendido, nunca había visto la vida de esa manera… hasta ahora —añadió Robert—. Estoy orgulloso de ti, Jamie —dijo finalmente—. Has elegido bien.

Jamie delineó en sus labios una débil sonrisa.

—Significa mucho para mí escuchar eso de ti —dijo.

El doctor Mitchell dio un paso hacia adelante y en silencio abrazó a su hijo con fuerza, un gesto muy poco común en un hombre como él, pero que estaba lleno de aceptación.

April estaba asomada discretamente por el hueco que había entre el marco y la puerta de la sala de recuperación. Se le encogió el corazón cuando contempló aquel maravilloso abrazo.

Jamie se merecía que su padre le admirara y le dijera que estaba orgulloso de él.

Se enjugó la lágrima que le caía por la mejilla.

En ese momento Luna ladró con fuerza, haciendo notar su presencia. Jamie y su padre giraron el rostro hacia donde se encontraban.

—¡Mierda! —masculló April, encogiéndose sobre sí misma. Temía que la hubieran pillado.

Dio un paso hacia atrás para que no la vieran, tropezó con el pie de un soporte para suero y lo tiró. El escandaloso ruido que hizo el metal contra el suelo se escuchó por toda la clínica.

Todos miraron con el ceño fruncido hacia la sala de recuperación. ¿Qué había pasado?

—Estoy bien —se oyó decir a April, cuando se recompuso.

Jamie sonrió y sacudió la cabeza.

April se volvió hacia Luna con el dedo índice en los labios.

—Shhh… —siseó—. Casi me pillan mirando —le regañó en voz baja.

Pero Luna se limitó a agitar la cola alegremente. Le daba igual todo.

April rio. Al final ella había hecho más ruido que la propia Luna.

La Señora Henderson se presentó en la clínica con su cuaderno y su bolígrafo, y la intención de consultar con April y Jamie algunos aspectos del último capítulo que había escrito.

Levantó las cejas cuando vio al padre de Jamie.

—Vaya, hola —dijo en tono coqueto.

Alargó el brazo hacia Robert y colocó la mano para que él se la besara, como si estuvieran en el siglo XVIII. Robert miró a Jamie con el ceño fruncido como diciendo: «¿qué quiere esta mujer?».

Jamie se limitó a encoger los hombros y a sonreír.

—Papá, te presento a la señora Henderson —dijo—. Señora Henderson, él es Roberto Mitchell.

—Mucho gusto —respondió él, pero no le besó la mano, se limitó a estrechársela.

—No sabía que Jamie tuviera un padre tan apuesto —comentó ella.

April y Jamie se miraron tratando de contener la risilla que se escapaba de sus labios.

—La señora Henderson es vecina del edificio —explicó Jamie.

—Y la cronista de su historia de amor —enfatizó ella, levantando el dedo.

Robert Mitchell frunció aún más el ceño.

—¿Usted ha estado escribiendo su historia? —le preguntó sin

disimular su asombro.

—¡Oh, sí, desde los inicios! —respondió orgullosa la señora Henderson—. Desde que aquella caja que se escapó de las manos de April, cayó oportunamente encima del coche de Jamie y le rompió el parabrisas.

El rostro de Robert se giró hacia su hijo, como pidiéndole explicaciones.

—Es una historia muy larga —atajó él.

—¿Le gustaría leer el primer borrador? —le preguntó la señora Henderson a Robert—. El incidente de la caja es uno de los que mejor está descritos.

—Quizás en otra ocas… —comenzó el doctor Mitchell, pero la señora Henderson no le dejó terminar la frase, lo cogió del brazo y se lo llevó a la sala de descanso.

—¿Por qué no me cuenta algo sobre Jamie? —dijo—. Ya sabe, para desarrollar con mayor precisión al personaje de la novela. Nunca está de más tener todos los datos posibles para darle más personalidad, más pasión…

Luna ladró para mostrar lo buena idea que le parecía.

—La verdad es que ahora no tengo tiempo —se excusó Robert.

La señora Henderson agitó la mano en el aire.

—Tonterías, seguro que sí que tiene diez minutitos para atender mi petición —insistió, sin dejar de andar hacia la sala de descanso—. Tengo que describir un personaje lo más real posible.

Robert volvió la cabeza y miró a Jamie, que sonreía con mordacidad.

No estaba dispuesto a salvar a su padre. Además, no sufriría ningún peligro con la señora Henderson… O eso esperaba.

April tenía los labios apretados y la mano ocultando su boca. Estaba a punto de dejar escapar una carcajada, pero se contuvo

hasta que la señora Henderson y Robert entraron en la sala de descanso.

Miró a Jamie.

—¿Crees que va a salir vivo? —bromeó en voz baja.

—Con la señora Henderson nunca se sabe —contestó Jamie, riendo, mientras rodeaba la cintura de April.

CAPÍTULO 74

El jardín de la madre de Jamie dejó a April sin aliento: enredaderas trepando a árboles centenarios, doseles de rosas, setos y flores en un lado y en otro; luces de colores parpadeando en la incipiente oscuridad. En el centro había una fuente de mármol que emitía un suave murmullo al caer el agua en su base.

El aire estaba impregnado del dulce aroma de las flores y el sonido de los grillos creaba una atmósfera casi mágica.

April se detuvo un momento para absorberlo todo, sintiendo cómo la belleza del lugar la envolvía por completo.

Las luces colgaban entre las ramas de los árboles, proyectando sombras danzarinas sobre el césped y añadiendo un toque festivo al ambiente.

April avanzó lentamente hacia la fuente con Jamie a su lado, sus pasos crujían con suavidad sobre el estrecho sendero de grava. Cada detalle parecía cuidadosamente diseñado para inspirar paz y reflexión, como le gustaba a su madre.

A un lado del jardín, bajo una pérgola, había una mesa rodeada de sillas.

—Es precioso —comentó.

—Lo es —dijo Jamie.

—Lo he hecho restaurar exactamente como lo tenía tu madre —intervino Robert Mitchell.

Jamie desvió la mirada hacia uno de los rincones. Se quedó

petrificado.

—El violín de mamá —susurró, moviéndose hacia el instrumento —. Creí que…

—Pertenece al lugar que ella más amaba —lo interrumpió su padre.

April sintió un cosquilleo en el pecho. Sabía cuánto significaba aquel violín para Jamie.

Él lo cogió con mucho cuidado y después de revisarlo como si se tratara de una preciada y cara joya, se lo acomodó en el hombro. Tomó el arco y acarició las cuerdas con él. Sus dedos encontraron melodías que había abandonado años atrás.

La música llenó el crepúsculo mientras sus mundos se fusionaban: pasado y presente, pérdida y reconciliación, miedo y fe, convirtiéndose en algo nuevo.

April lo escuchaba embelesada, con los ojos brillantes.

—Su madre os habría adorado a los dos —dijo Robert, observando cómo April contemplaba a Jamie tocar el violín.

—¿Si? —preguntó ella.

—Sí. Por la forma en que lucháis por lo que os importa.

April giró el rostro hacia Robert y sonrió.

Luna ladró a sus pies. El doctor Mitchell bajó la vista hasta ella.

—A ti también te hubiera adorado —dijo, como un guiño a April.

El timbre de la puerta sonó. El ama de llaves del doctor Mitchell fue a abrir.

—¡Qué entorno tan romántico! —La voz de la señora Henderson se escuchó al otro lado del jardín.

—Señora Henderson, ¿qué hace aquí? —le preguntó April, ciertamente asombrada de verla.

—Reuniendo material para el capítulo final —respondió la mujer, y le guiñó un ojo.

April no entendía nada. ¿Cómo se las había ingeniado para convencer al padre de Jamie de estar en aquella cena? Definitivamente la señora Henderson tenía recursos que nadie conocía.

—Bienvenida —le dijo Jamie.

—Gracias, querido.

—¿Cómo está, señora Henderson? —le preguntó Robert.

—Muy bien, señor Mitchell.

April pasó la mirada de uno a otro. ¿Se habían hecho amigos?

Estaba dándole vueltas en la cabeza cuando el timbre volvió a sonar.

Apareció Mike y detrás de él Sarah.

April abrió los ojos de par en par cuando la vio.

—¿Sarah? ¿Qué haces aquí? —le preguntó sorprendida, al tiempo que la abrazaba.

—Nos ha invitado Jamie —dijo ella.

La mirada de April se dirigió a él.

—Hoy quiero que sea una noche especial —respondió Jamie a la pregunta inarticulada de April.

April sabía que pasaba algo, pero no lograba alcanzar a comprender qué.

La suave luz del atardecer se filtraba a través de las hojas de los

árboles, bañando el jardín en tonos dorados.

La mesa que había bajo la pérgola, cubierta con un mantel azul y decorada con velas que proyectaban un resplandor cálido y acogedor, se había llenado de ensaladas, platos de verduras asadas y cortes de carne marinada. Robert Mitchell no había escatimado en detalles. Todo estaba delicioso.

La cena transcurrió entre risas y anécdotas. Entre plato y plato se brindó por la vida, por la amistad, por las reconciliaciones y por los nuevos comienzos, mientras las copas tintineaban bajo el cielo ya estrellado.

El buen rollo era palpable.

Todos comentaron lo bonito que era el jardín y el buen trabajo que se había hecho al restaurarlo tal y como lo tenía la madre de Jamie.

—A ella le hubiera encantado —comentó Robert, y miró a su hijo.

Cuando la cena llegó a su fin, April empezó a notar algo raro en el ambiente. Unos y otros se miraban con cierta impaciencia. Hasta Luna estaba rara.

¿Qué narices pasaba?, se preguntó.

No tardó mucho en descubrirlo.

—April… —comenzó Jamie—, tengo algo que preguntarte.

El corazón le saltó a la garganta.

—Jamie… —musitó.

Él deslizó la mano en el bolsillo de su pantalón.

El gritito emocionado de Sarah atravesó la noche.

—Oh, Dios mío… —jadeó April.

—Señora Henderson —la llamó Jamie sin apartar la mirada de April—, espero que esté lista para escribir el capítulo final.

—Por supuesto —afirmó ella.

La mano de la señora Henderson comenzó a volar por una pequeña libreta que había sacado de su bolso mientras Jamie hincaba la rodilla delante de April.

—Oh, Dios… —volvió a decir ella, alucinada.

Miró a Jamie. Sus ojos brillaban bajo las luces titilantes. Era consciente de que algo importante iba a suceder.

—Tenía todo un discurso planeado —admitió Jamie con una sonrisa nerviosa pero llena de amor—. Sobre cómo chocaste con mi vida perfectamente ordenada, sobre cómo una de las cajas de tu mudanza terminó sobre mi parabrisas, sobre cómo me buscaste a medianoche para atrapar la araña de tu baño…

—Muy romántico —ironizó April con el corazón acelerado.

Jamie sonrió.

—Pero en realidad —continuó, abriendo la tapa de una pequeña cajita negra de terciopelo, y sacando un anillo de oro blanco que captaba las luces de colores que había alrededor como si fueran estrellas—, todo se reduce a dos palabras: te quiero. Incluso cuando me sigues a restaurantes y finges que es una coincidencia.

—¡Fue UNA vez! —exclamó April.

—Eso es discutible —bromeó Jamie.

Todos se echaron a reír. April puso los ojos en blanco. El rostro de Jamie compuso una expresión algo más seria.

—April, ¿te quieres casar conmigo? —le preguntó.

El ladrido entusiasta de Luna se mezcló con los vítores y los aplausos de todos los presentes.

—Muy discreto, doctor Mitchell —susurró April, con lágrimas en los ojos.

—No tiene que ser ahora, podemos dejarlo para más adelante…

—dijo Jamie.

—Me casaría contigo mañana mismo —lo cortó April, emocionada.

—¿Eso es un sí?

—Sí. —April se arrodilló delante de él—. Eso es un sí —respondió.

Jamie sacó el anillo de la cajita y lo deslizó por su dedo. April se lanzó a él y lo besó, provocando una retahíla de aplausos entre su audiencia.

—¡Esto es perfecto para el epílogo! ¡Perfecto! —exclamó la señora Henderson, entusiasmada—. Aunque quizás no hubiera estado mal un poco más de dramatismo —bromeó.

—No más dramas —murmuró April contra los labios de Jamie—. Solo nosotros, eligiéndonos cada día —añadió, mirándolo a los ojos.

—Sí, solo nosotros, eligiéndonos cada día —repitió él.

Luna fue hacia ellos, moviendo alegremente la cola, y comenzó a saltar, mostrando la satisfacción que sentía por su éxito. Era la mejor casamentera del mundo.

April y Jamie la cogieron entre risas y la abrazaron. Ella había orquestado su historia de amor desde el principio, con sutiles estrategias, ladridos y oportunas intervenciones.

El bolígrafo de la señora Henderson volaba a través de las páginas de la libreta capturando cada detalle, capturando cómo el amor había triunfado finalmente sobre el miedo.

EPÍLOGO

Un año después

El sol brillaba con un entusiasmo casi desmedido sobre Chicago, como si incluso el clima estuviera emocionado por la boda de April y Jamie.

Las flores adornaban cada rincón del jardín donde se iba a celebrar la ceremonia, y una ligera brisa jugaba con los pétalos de rosa que había por el suelo, esparciendo un dulce aroma que parecía susurrar promesas de amor eterno.

April estaba en una de las habitaciones del segundo piso de la mansión de Robert Mitchell, rodeada de un ejército de damas de honor que intentaban mantenerla tranquila, entre las que se encontraban su madre, Sarah, la señora Henderson, la señora Abernathy…

Luna lo observaba todo detenidamente desde el sillón en el que estaba sentada.

Sarah le ajustaba el velo mientras hablaba sin parar para distraer a April de los nervios, o para tratar de calmar los suyos propios.

—Sarah, ¿quieres tranquilizarte? Estás acelerada —comentó April —. Al final vas a terminar poniéndome nerviosa a mí.

—Es que estoy muy emocionada —confesó ella.

—Ya lo veo —respondió April.

—¿Sabes? —dijo Sarah con una sonrisa traviesa, mirándola a través del espejo de la habitación—. Si alguien me hubiera dicho cuando te mudaste a mi piso, que terminarías casándote con mi vecino, habría apostado mi colección completa de discos de vinilo a que estaban locos.

—Tu vecino, que pasó a ser mi vecino —dijo April—. Bueno, mi *odioso* vecino —enfatizó.

—Y que después se convirtió en tu *adorable* vecino —repuso Sarah.

April rio al recordarlo.

—Sí, es cierto. Es increíble cómo poco a poco fueron cambiando las cosas, como Jamie fue ganándose mi corazón.

—Al pobre le costó lo suyo enamorarte. No podías ni siquiera pensar en tener una relación sin entrar en pánico y salir corriendo.

April miró a Sarah a los ojos.

—Estuve a punto de aceptar un trabajo en Nueva York solo para huir —dijo.

—Dios, estabas fatal, April.

—Ni que lo digas. Hubiera sido una locura —admitió.

—Y una mala, mala, mala, malísima decisión.

—Sí, tienes razón. Pero el miedo me jugó una mala pasada.

—Menos mal que recuperaste la cordura en el último momento —dijo Sarah.

Alargó los brazos y le dio a April un suave apretón en los hombros.

—Has recorrido un largo camino hasta llegar aquí, pero ahora estás lista para dar este paso.

April respiró hondo.

—Sí, estoy lista. Ya han desaparecido todos los miedos.

Mientras tanto, en el jardín, Jamie estaba tratando de combatir sus propios nervios. Su padre le ajustaba la corbata mientras intentaba calmarlo.

—Todo va a salir bien —le dijo, mirándolo a los ojos y esbozando una sonrisa.

—¿Y si me quedó en blanco y olvido los votos? —preguntó Jamie.

Robert le dio una palmada en la espalda.

—Siempre puedes improvisar algo sobre lo mucho que quieres a April y cómo te ha cambiado la vida. Eso nunca falla. A veces lo mejor es dejar que el corazón hable —le aconsejó.

Jamie soltó una pequeña carcajada, fruto de los nervios.

—Lo tendré en cuenta —dijo.

La música empezó a sonar suavemente desde el cuarteto de cuerda situado en un lateral del jardín.

Los invitados, que hasta ese momento conversaban y reían animadamente, tomaron asiento, mientras las damas de honor hacían su marcha hacia el altar.

—¿Lista? —preguntó Sarah a April antes de salir al jardín.

Ella sonrió.

—Sí —dijo, al tiempo que asentía.

—Estás preciosa, querida —dijo la señora Henderson cuando el padre de April le ofreció el brazo.

—Gracias —contestó ella.

Había llegado el momento.

April respiró hondo y tomó el brazo de su padre para caminar hacia Jamie, que la esperaba en el altar. Sarah se giró y cogió a Luna, ya que se encargaría de ella durante la ceremonia.

El mundo pareció detenerse cuando los ojos de April se encontraron con los de Jamie al final del pasillo que marcaban las sillas blancas decoradas con cintas de color beige.

Jamie esbozó una amplia sonrisa cuando la vio acercarse. Los ojos le brillaban. Todos los miedos y las incertidumbres de April desaparecieron al instante. Jamie no la dejaría plantada como hizo Colin. Él nunca haría algo así.

Y recordó por qué estaban allí: porque se amaban y querían pasar el resto de sus vidas juntos.

—Dios mío, estás preciosa —la halagó Jamie cuando April finalmente lo alcanzó.

—Muchas gracias —dijo ella— Tú también.

Jamie le colocó un poco el velo. La miraba embelesado.

—Joder, no puedo dejar de mirarte —le confesó.

April se ruborizó ligeramente.

—Espero que no te canses de hacerlo —respondió con una sonrisa tímida en los labios.

—Nunca —respondió Jamie.

El juez carraspeó suavemente, recordándoles que había un público esperando. Ambos rieron nerviosamente antes de devolver su atención a la ceremonia.

Se sentaron, con las manos entrelazadas.

—Bien, comencemos —dijo el juez con una sonrisa cálida—. Estamos aquí reunidos para celebrar el amor entre April y Jamie, quienes han decidido unir sus vidas en matrimonio…

Mientras el hombre continuaba con las formalidades propias del momento, Jamie aprovechó para susurrar:

—Tal y como nos conocimos, nunca pensé que terminaríamos aquí.

April sonrió. Sus ojos brillando con emoción.

—Yo tampoco, eras mi odioso vecino. Pero odioso de verdad —recalcó.

—¿Y ahora? —le preguntó Jamie.

—Ahora te adoro —dijo April.

—Mira dónde estamos. No cambiaría nada de nuestro camino juntos.

April arrugó un poco la nariz.

—Yo te diría que cambiaría todo lo que sucedió con la oferta de trabajo de Nueva York, por el daño que te causé, pero en el fondo creo que fue necesario para darme cuenta de lo que realmente quería, de dónde quería estar y con quién.

—Hasta eso fue necesario —comentó Jamie.

La ceremonia fue breve pero emotiva.

La señora Henderson, que se había deshecho de su sempiterno cuaderno y su sempiterno bolígrafo, observaba todo desde la primera fila con los ojos llenos de lágrimas y un pañuelo en la mano.

Tal y como pensaba, su novela fue un éxito de ventas en Amazon. A los dos días de su publicación se convirtió en el número uno de la plataforma. Pero no solo eso, la historia había generado una legión de seguidores que, al enterarse de que estaba basada en una historia real, peregrinaban al barrio y a la clínica de Jamie para ver los famosos escenarios donde se había desarrollado su romance favorito.

Las habilidades de Luna para juntar personas se habían expandido más allá de la relación de April y Jamie, y ella sola podía atribuirse el

mérito de varias parejas nuevas dentro de Paradise Hill.

Su éxito como casamentera había ido más allá del edificio, ya que de alguna manera se las había ingeniado para orquestar encuentros «casuales» entre personas compatibles durante sus paseos, y es que al parecer tenía un aparente talento para unir parejas a través de ladridos estratégicos y enredos «accidentales» de correas.

El juez miró a los novios con complicidad antes de continuar:

—Es el momento de los votos. Jamie, ¿quieres comenzar? —dijo.

Jamie asintió y tomó aire profundamente antes de hablar. Se giró hacia April.

—April… —Cogió sus manos—. Nunca pensé que encontraría a alguien tan increíble como tú; alguien capaz, no solo de enfrentar sus propios miedos, sino también de ayudarme a enfrentar los míos… —April sonrió—. Prometo amarte cada día más… incluso aunque me rompas el parabrisas del coche el primer día que lo saco del concesionario.

Luna lanzó un ladrido al escucharlo.

Los invitados rieron, mientras April ponía los ojos en blanco fingiendo exasperación antes responder:

—Jamie… —Su expresión se volvió seria—. Yo quiero darte las gracias por tu infinita paciencia conmigo, por el modo en que has hecho que vuelva a creer en el amor. Prometo apoyarte siempre, amarte y respetarte… a pesar de que mi mascota parece estar enamorada de ti.

Más risas llenaron el aire antes de sellar sus promesas con un beso, bajo los aplausos entusiasmados de todos presentes.

La ceremonia continuó entre risas y lágrimas de felicidad hasta llegar al momento culminante donde finalmente el juez los declaró marido y mujer.

Mientras caminaban juntos del brazo por el pasillo como pareja

casada, April susurró:

—¿Listo para nuestra próxima aventura?

Jamie le dio un apretón suave en la mano.

—Contigo siempre estoy listo para todo —dijo.

Luna ladró, feliz.

April y Jamie sonrieron.